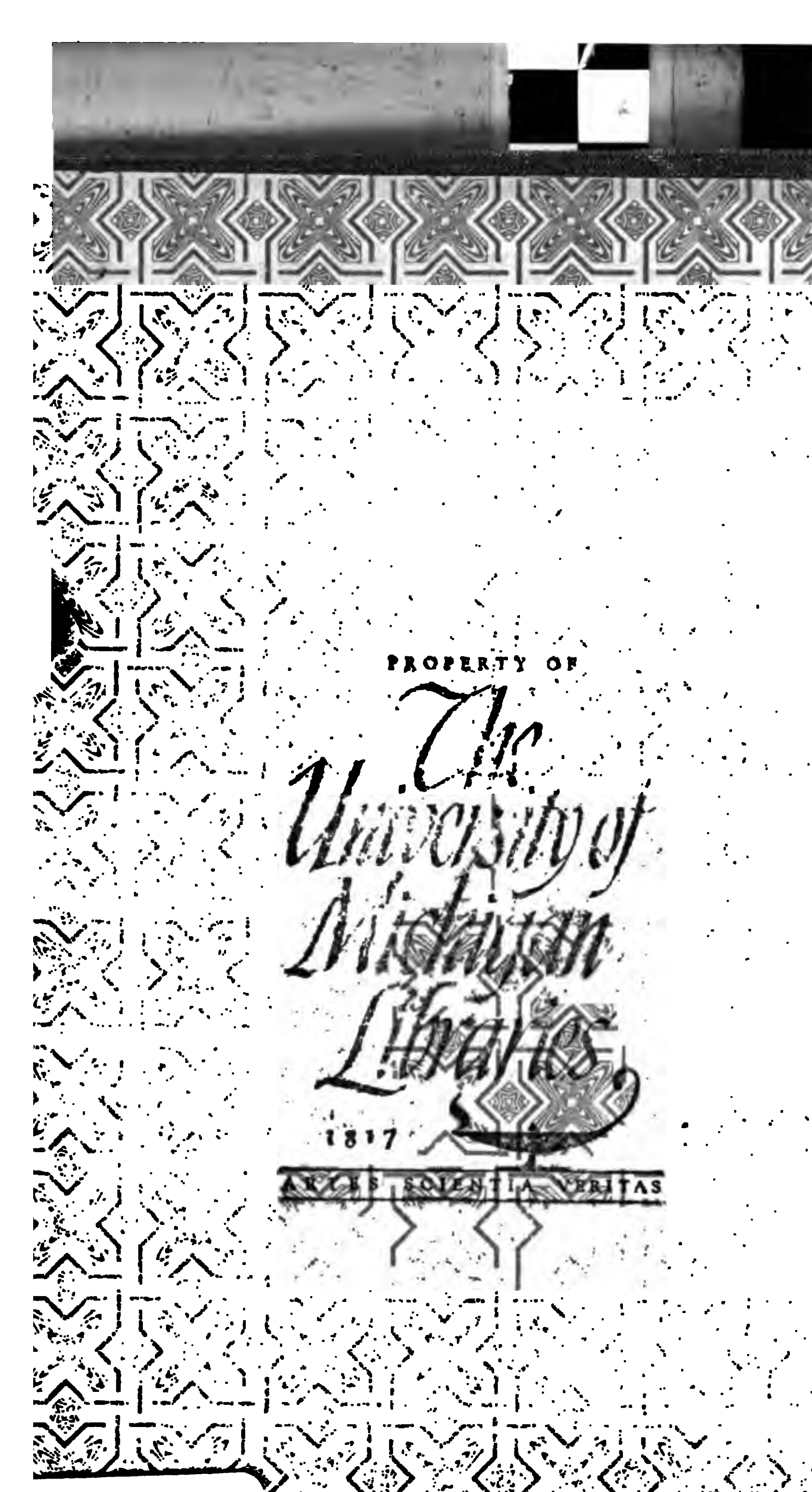
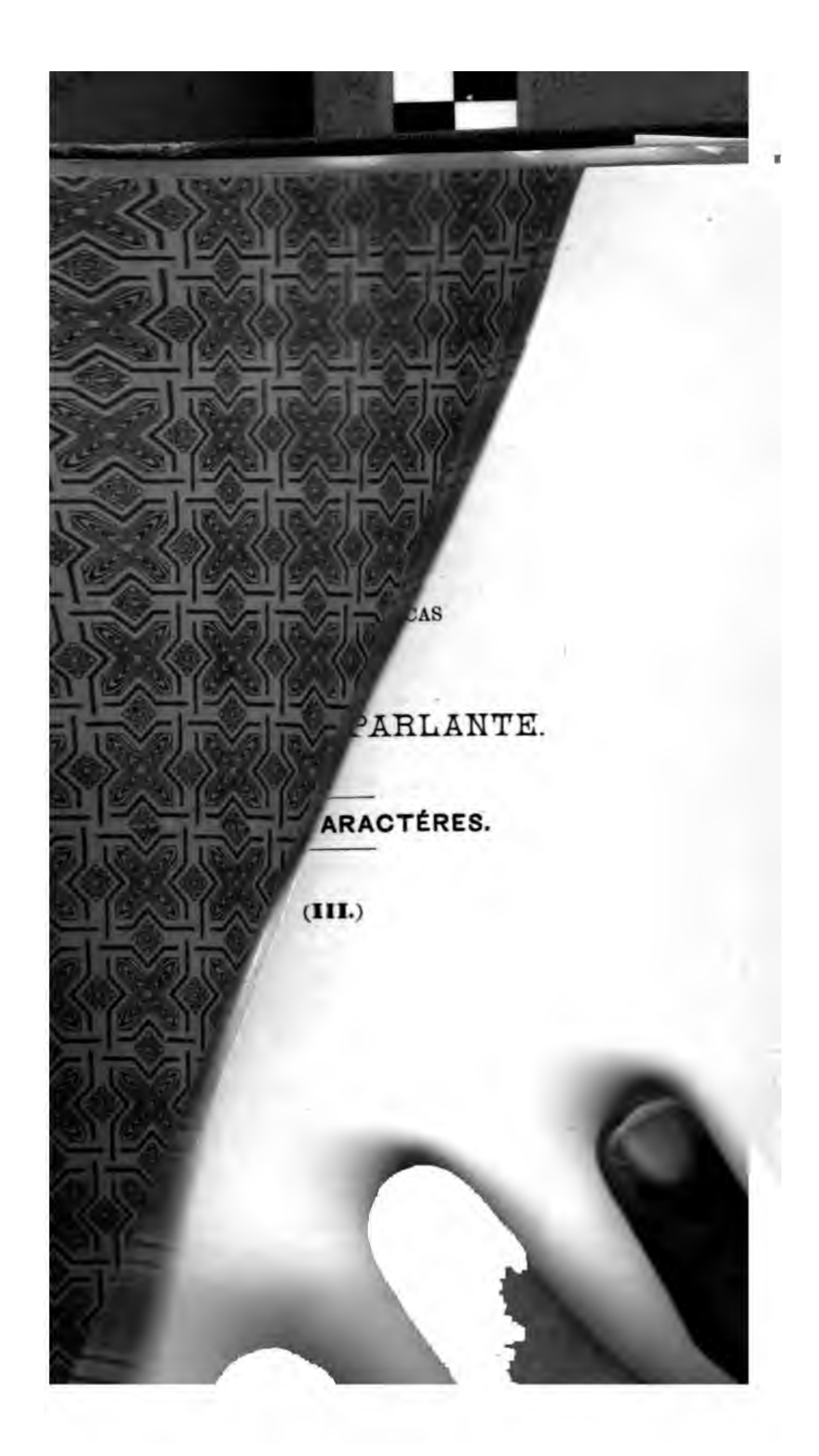
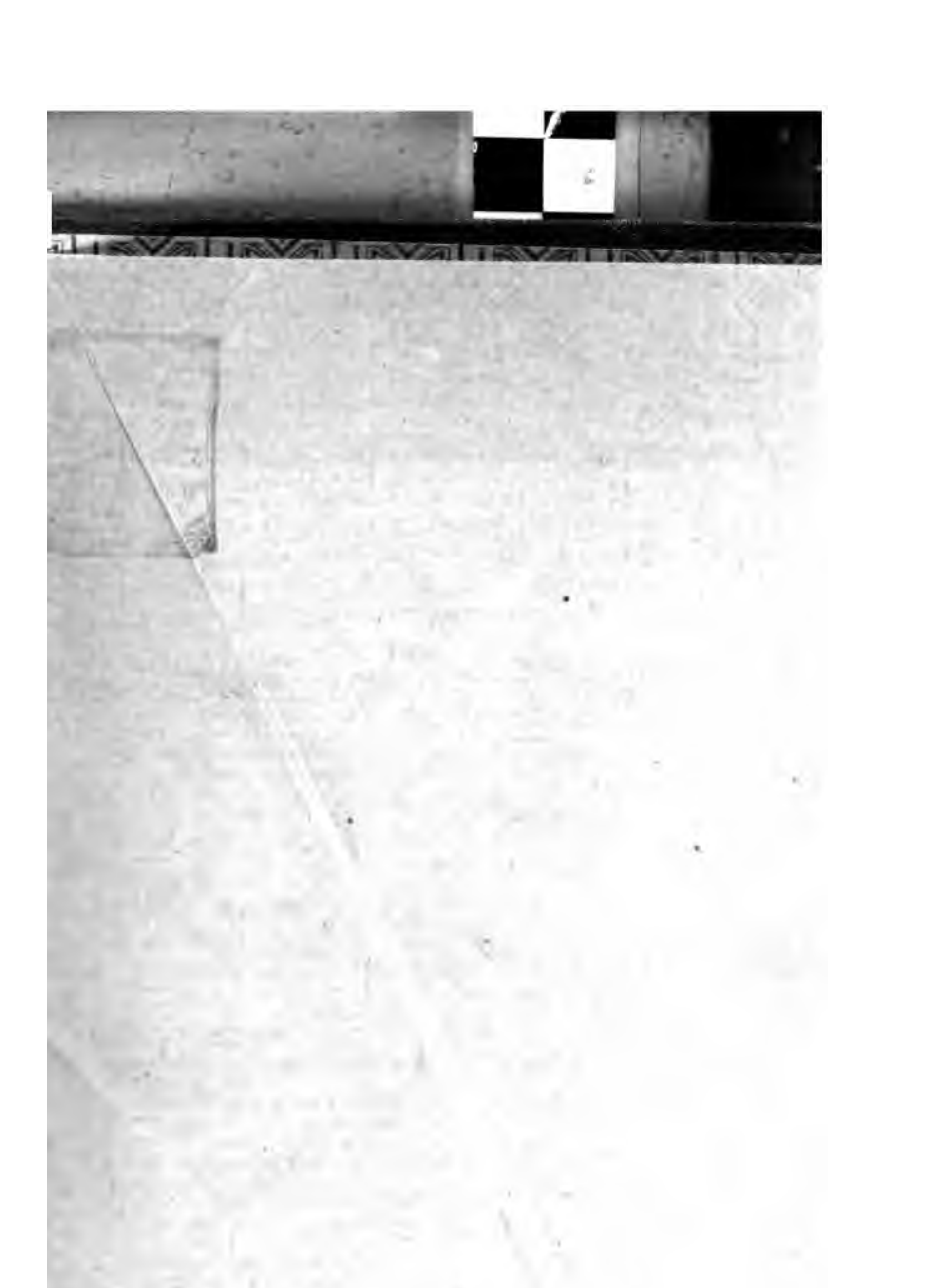





CAS
PARLANTE.
ARACTÉRES.
(III.)





OBRAS

JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

TIPOS Y CARACTÉRES.

(III.)

Mesonero y Romanos, Ramón de.

TIPOS Y CARACTERES.

BOCETOS

DE CUADROS DE COSTUMBRES

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

(1843 Á 1862.)

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.



MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

ADIOS AL LECTOR.

(1862.)

Este artículo, como se ve por el título que le encabeza, deberia ir al final del libro; por eso va al principio:—deberia servirle de rondó; por eso le sirve de overtura.—En ello, si bien se mira, anda tan lógico como todos los prólogos, introducciones y proemios conocidos; porque, escritos por lo general en són de despedida y despues de la obra, no se contentan con su puesto á retaguardia, sino que van impolíticamente á tomarla la delantera.

Falta ademas saber, ántes de colocar este *prólogo*, *epílogo*, ó lo que sea, si ha de ser escrito ó sólo pensado; si debiera ostentar las pretensiones de *prefacio*, ó contentarse con las modestas de *postdata;* si ha de referirse, en fin, á lo escrito, ó extralimitarse á lo que se pensaba escribir.

Es, pues, el caso (lector benévolo, que durante treinta años has oido y prestado atencion á la festiva charla del autor), que éste, indolente y caprichoso cultivador de las modestas flores de su fantasía, al sembrarlas al descuido acá y allá, en diversos tiempos y á largas distancias, nunca pensó ni concibió la idea de que agrupadas luégo en vistosos ramilletes, en obras de arte, pudieran ostentar tal vez en diestra combinacion sus variados matices;—ni se atrevió á pensar que cada una de sus hojas habia de llegar á formar las páginas de un libro;—ni abrigó, en fin, la esperanza de que, dispuestas así, llegarian á brindar á los ojos del público mayor simpatía que á los de su propio autor, el cual en sus descuidados y caprichosos juguetes *humorísticos*, como ahora se dice, no llevaba otra idea que solazarse con el placer que le producia el cultivo de su escaso ingenio.

Pero, en fin, su buena estrella lo dispuso de otro modo; quiso que aquellas incoloras florecillas parecieran más gratas aún á los ojos ajenos que á los propios; quiso que el jardinero indolente fuese formando el ramillete sin pretenderlo; quiso que el libro naciese sin preexistente intencion del escritor; y que éste, á la manera del personaje cómico de Molière, echase de ver con sorpresa «que hacía treinta años que estaba haciendo prosa sin saberlo.»

El Panorama y *Las Escenas matritenses* aparecieron, puede decirse, de este modo, en 1832 y 1842;—y el *Curioso Parlante* hubo de presentarse en las tablas, con grata sorpresa, á recibir los inesperados aplausos del público, y lo que es más, la investidura de su favorecido pintor.

Deseando, pues, corresponder lo más dignamente que le fuera posible á tan inusitadá bondad, y terminada hace veinte años la segunda serie de *Las Escenas*, quiso dar otro giro á sus tareas, y aunque siempre con la indisciplina propia de su carácter, aspiró á generalizar más en una tercera obra la pintura satírico-moral de las costumbres y caractéres contemporáneos, no precisamente contraidos á la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española.

Pero «el hombre propone y Dios dispone», que dice el refran.—Aquellas primeras obras de su ingenio nacieron espontáneamente y sin preexistente intencion; y ésta, concebida y calculada, no llegó á madurarse, á pesar de la ternura y del interes paternal, y hubo, como quien dice, de quedarse en embrion.

En vano pidió á la ciencia nuevos recursos para dar mayor importancia, forma diversa á sus estudios sociales; en vano buscó en su paleta co-

lores más ricos con que intencionarles y generalizarles más; la máquina no se prestaba fácilmente á abandonar su antiguo y favorito troquel; el pintor no alcanzaba nuevas combinaciones en su paleta; el rudo celebrante no sabía leer más que en su misal.—Sucedióle, pues, lo que á Ovidio, cuando, reprendido por su padre por su intemperancia poética, iba á contestarle

»*Juro, juro, pater, numquam componere versus*.....
«*Et quod tentabat dicere, versus erat*» (1).

El *Curioso Madrileño* pretendió ampliar más y más sus cuadros, y quitarles su carácter local y su forma de *caballete;* pero su modesto pincel se resistió á trazar más importante obra; su óptico instrumento no acertó á verse libre del propio modelo objetivo; y *Escenas matritenses* le brindaba su lente, y *Tipos y caractéres matritenses* le brotaba obstinadamente su pincel.

Por eso este libro, que en la intencion del autor debia ser otra cosa, viene á ser poco más ó ménos la misma, esto es, un *apéndice* ó continuacion de los anteriores; por eso esta obra, conce-

(1) Yo juro á vos, padre mio,
No hacer ya mas poesía.....
(Y en verso se lo decia).

bida bajo el plan de un edificio aislado é independiente, no es más que el remate ó coronacion del primitivo.

Hay tambien otra razon para que no haya alcanzado el autor la satisfaccion de cumplir su objeto con las condiciones que se propuso; y es que cuando escribia las *Escenas* se hallaba en el vigor de su edad lozana, en el candor de su entusiasmo juvenil; que el pintor entónces disponia de los abundantes colores de su vírgen paleta, y que la sociedad que servia de modelo á sus cuadros era mucho más sencilla y reposada tambien.

Ahora, por el contrario, al paso que el artista ha ido sintiendo enervadas con la edad sus fuerzas y su imaginacion, la sociedad del siglo se ha rejuvenecido y vigorizado, en términos de cambiar á cada paso y en cada dia de colorido, de fisonomía, de intencion. — En vano el pintor fatigado la persigue y estudia, espiando sus movimientos, sus actitudes, sus tendencias; — trabajo inútil; — la sociedad se le escapa de la vista; el modelo se le deshace entre las manos; imposible sorprenderle en un momento de reposo; y sólo echando mano de los progresos velocíferos de la época, del vapor, de la fotografía y de la chispa eléctrica, puede acaso alcanzar á seguir su senda rápida é indecisa; puede fijar sus volubles faccio-

nes en el lienzo; puede entablar con ella instantánea y mental comunicacion.

El asendereado pintor, al fin, se confiesa vencido; el desmayado observador siente ofuscados su vigor y su imaginacion; y en tal caso cumple á la conciencia del artista dejar caer el añejo y clásico pincel; cumple al escritor colgar con pena su mal tajada péñola; al satírico moralista arrumbar entre el polvo su risueño tirso y su festivo cascabel.

Mas, en descargo de su conciencia, y ya que ha reconocido y declarado francamente su incompetencia para realizar su pensamiento, dispensaráse á su amor propio de autor que se atreva á explicarle, ó señalar siquiera la parte del plan no realizado, el conjunto de su obra *non nata*, como el artista á quien sorprendió la muerte en la ejecucion de su cuadro capital deja señalada en el lienzo con breves líneas los contornos de las figuras, los grupos y episodios que formaban su argumento.

Acudiendo para ello á mi mesa de escribir, manoseado laberinto de borrones y archivo descompuesto de toda clase de materias; *vera efigies*, en fin, de lo que los ingeniosos calígrafos suelen representar en gallardos rasgos con el título de

Mesa revuelta (ménos los naipes, diplomas y memoriales); y descartando todo lo inútil al objeto, pretendí allegar sólo entre los opúsculos, impresos unos é inéditos otros, aquellos juguetes literarios, satírico-morales, que en el largo período transcurrido desde 1842, en que dí por terminadas *Las Escenas*, pudieran agruparse homogéneamente á ellas bajo un título comun, y formar un volúmen aparte, aunque de la misma índole, que más ó ménos propiamente revelase mi pensamiento indicado; y cuando no, pudiera por lo ménos servirlas de continuacion, y marcar en una *tercera serie* el asombroso movimiento y transformacion completa de la sociedad española en este período.

Resultado de este rebusco es el presente libro, verdadero traslado fotográfico de mi descompuesta *mesa de escribir*.—Conocidos separadamente ya del público en diversas obras y periódicos todos ó la mayor parte de los opúsculos que contiene, tal vez adquieran, con ser coleccionados hoy por primera vez, algun interes á los ojos del observador de nuestra marcha social.—Tal vez de la comparacion de su argumento con el de las épocas anteriores resulte el contraste que el autor se propuso presentar entre la antigua y moderna sociedad; tal vez en el desempeño literario se ad-

vierta tambien, si ménos espontaneidad é interes dramático, alguna más filosófica intencion.

Por desgracia, no puede revelar por completo, ni mucho ménos, el pensamiento que guiaba á mi pluma; el desaliento que por las razones ya dichas se apoderó de mi ánimo me hizo abandonar, apénas iniciada, la tarea; baste decir que entre los artículos ó cuadros que he tropezado para este *rebusco*, empezados unos, borrajeados otros, y no terminados los más, quedan en el polvo de mi cartera los que habian de llevar los títulos siguientes :

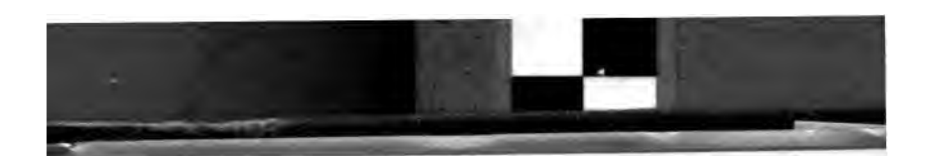
—*El aura popular:* — *Reputaciones de reflejo:* — *La rueda de cobre y la aguja de oro:* — *Un hombre de órden:* — *Mis amigos políticos:* — *Aprenda V. á vivir:* — *La medianía perseverante:* — *El independiente:* — *La filantropía y la caridad:* — *Haz daño y te harán lugar:* — *Madrid en* 1900: — *El no de los hombres:* — *Las hijas de viuda* (materia imponible): — *La pesadilla:* — *Las primeras canas:* — *La otra casa:* — *El paseante en córte:* — *El buen mozo:* — *Una prima..... á voluntad del comprador:* — *Las cosas de España:* — *Vocabulario del gran tono:* — *El comodin:* — *El obrador de sastre* (taller de reputaciones): — *El nos periodístico:* — *La casa ó la malicia:* — *Las segundas nupcias:* — *El genio:* — *Profesion de fe dramática:* — *Una mujer superior:* —

Memorias de un portero:—La sala y la cocina (economía sublime):—*¿Quién protege á quién?—Las víctimas:—En un tris.....—El editor responsable:—Las fuentes de la prosperidad:—Los buenos principios:—La opinion del país :—Cubrir el expediente:—Una notabilidad de campanario:—El escabel:—Remedios caseros:—Misterios de un abanico:—La tertulia y la soirée:—La comandita:—Madrid sin fachadas:—Los puntos suspensivos.....—De escalera abajo:—El marido á prueba:—Un hombre para todo:—La gramática parda:—El mal de nervios:—La almohadilla:—La catalépsis política:—Juego de compadres:—Crónicas del fogon:—Un hombre de más:—La pluto-cracia:—El título..... sin interes.*

De los títulos ó cuadros anteriores que quedan, como va dicho, en el tintero del autor, se ve claramente que, no la falta de materia, sino la de espíritu, pudo obligarle á dejar incompleta su obra;—pero de ellos tambien se infiere otra razon que le compelió á este espontáneo silencio;—y es que habiéndose de rozar ya directamente y dar la cara á una sociedad esencialmente política, no pudo jamas resolverse á ello, y prefirió *callar* á desnudar á su pluma de la tranquila, risueña é *impolítica* especialidad que supo tenazmente conservar.

El Curioso Parlante.

[redacted]



TIPOS Y CARACTÉRES.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por estar exentos de la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser más ó ménos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician, inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que, sin más facultades que las tres del alma, sin más oficio que el de vivir, sin más porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora; se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa más blanda que los soportales de la Plaza ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel dia pasa, y se encuentran con la agradable certi-

dumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena; que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos; que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias; que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, más ó ménos voluntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y travesura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajeno; todos están seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado : los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los más numerosos y modestos de estos vividores impertérritos se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la Lengua*), escogiendo una actitud más ó ménos patética para implorar la caridad ajena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices más ó ménos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas más ó ménos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. gr., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) áun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros,

que á la sazon os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre éste despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no teneis qué contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempos que habia Cuzco y se estilaban todavía intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.

Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfitéutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscricion que os presenta, cubierto de las firmas más respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.

Ya es un malparado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que ha-

cer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho; á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria; á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podais acudir á remediar su desconsuelo; las bases del arancel con que podeis obtener sus más tiernas simpatías. — Y vosotros (que supongo no estaréis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Jerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que atormentar el pecho para desviarle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiais el arancel de su gratitud; y trocando los papeles, os dirigís *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es sólo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de los que le negára la fortuna.—Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresa, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mujeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las más veces se explica por medio del garrote y la navaja, á true-

que de una posesion que casi siempre acaba por conducirlas á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes hay infinitos que recorrer hasta lo más alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto jinete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono que arrebata la atencion de las mujeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que, sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden, sin embargo, decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dósis suficiente de ingenio para hacerse, no sólo tolera-

bles, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar sólo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. — Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique asiette;* los españoles solemos designarle con los no ménos expresivos de *catacaldos y panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes* de buen tono.

No léjos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druídicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compas en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno ó comun á entrambos sexos, y comprende, ademas de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Vírgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio, y concluido éste á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de ésta, cuando era más jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases más elevadas. Y sin embargo, nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenía, por otro lado, tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo más escogido y brillante

de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puertas de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí sólo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa hacía los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquéllas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de***, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo, por otra parte, idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A....., seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar :—«Todo esto está muy bueno, pero ¿quién es esa brillante dama, y con qué medios cuenta para sostener todo ese lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?» —Nadie por entónces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan sólo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenía la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demas *gracias al sacar*, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban más cómoda esta vía reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no ménos equívoca del *pobre vergonzante* es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de

los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al reves que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á éstos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detras de todo aquel aparato de decoracion exterior, sólo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaferro.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el Gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquéllos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario, con la blanca mano del ama de llaves, dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No sólo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre más ó ménos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros más célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos»;

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito, podriamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester más.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caractéres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del regio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos.—Mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores, de que tenian hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecénas que le pagó la impresion.—Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje y de un abono de palco en el teatro Real. —Mísero vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto más al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna.

Pero, en fin, ésta ya es otra clase de mendicantes, y aquí sólo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion, dando otro giro, vuelo más extendido al argumento, consideremos la cues-



tion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion; ántes bien dirémos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia:*

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.»

GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion.—Y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no ménos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quierán los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, ésta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario como por los cerros de Úbeda.—Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caractéres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos naciéramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese sólo una, entónces sí

que serian más sérias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centrípeta..... Pero nos vamos extraviando en la ideología..... *Retournons à nos moutons.*—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disimular el gusto general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo ántes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podriamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto*, de Brillat Savarin; ni bajo su más sublime y dramático aspecto, del amor, lo cual no podriamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac, ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el Padre Huarte; ni áun siquiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Craneoscopia* del doctor Gall ó la *Frenología* de Cubí en la mano.

Nada de eso : nuestra mision es más modesta, muchísimo más reducida : tomamos por hoy de los gustos humanos una módica racion, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentarémos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza,—y pare V. de contar.

Quede, pues, sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiracion y

respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitacion; gustos, en fin, *que merecen palos.*—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la más incierta de las edades, segun el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirées*, á que convida todo el moviliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetillas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas.—Pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, ademas de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrion, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia; si van VV. á oir á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetillas; segun los últimos, *merece palos;* y es así que yo, como vecino, soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora Doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las ajenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus

bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y expende voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado, pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los más remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologéticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes á los herederos; de mudanzas probables á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas á los que andan á caza de ellas; de remedios caseros é infalibles á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos á los músicos festeros de la murga.— No puede negarse que esta activa matrona es, en cierto sentido, una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que los colocan entre los gustos que merecen..... otra cosa.

¿Y qué recetarémos al del otro ciudadano que, sin más estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó

ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses reclaman su tiempo y su atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas; las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol son los teatros cotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y expende grátis sus opiniones.—Entre tanto sus enfermos (si es médico) se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado) se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro) esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidon.

Ahora díganme VV., señores lectores, si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política es de aquellos de que dispensa el refran, ó de los que merecen más bien el epígrafe que cuelga á la cabeza de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que, ménos bilioso y acerbo, se incline tambien á mirar los negocios públicos

por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós, crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.

Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los Ministros y magnates, sonrie á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, ántes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial. —¡Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona, un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad!—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá): —verdad es; pero en nuestra humilde opinion *merece palos.*

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus

plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su mujer por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querella, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial.

A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sujetos sobre qué ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes : en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos, reñirá con éste por haberle quitado la acera, con aquél por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de más allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda.—Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre qué reñir, se mezclará é identificará con los ajenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Rojas :

«Si el duelo en dos llega á oir
Que satisfecho no está,
Aunque esté acabado ya,
Los hace otra vez reñir.»

Hay quien, más apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pié á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el légamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alturas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convier-

te hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata ó de un córte nuevo de pantalon. — Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la mujer que no los comprende, ó composiciones fugitivas al público, que los huye á más no poder.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De aficiones inocentes son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo de balcon, y que se pasan las noches de claro en claro, entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio, alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo y medio Casino, y que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan contínuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas

personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, pintadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel contínuo de su gracia coquetil.

Ediciones populares y económicas, áun más que las de las bibliotecas *á real la entrega*, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor», que traduciria libremente alguno.—¿Quién ha de ser el cruel que decrete castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿Quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos sí que no pega lo de los palos; pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo ménos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona que, no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse (despues que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda, asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que, convirtiendo su persona en *anima vili* de experiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía ó en el vomipurgante de Le-Roy; bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán éstos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo.—Tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta *indirecta* al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que, infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince dias sus doblones positivos por los fugaces

papelitos de la renta;—por último, nada dirémos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas, á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos; porque para éstas no sabemos si será bastante el remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamarémos, en fin, la atencion del lector hácia los gustos y aficiones igualmente inocentes del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo y buen salchichero», que le da por mangonear en cofradías y hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar ó repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignarémos ex-profeso el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de persona *que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos; — el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festin, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical.—Respetarémos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos *póstumos;* el del erudito que anda á caza de libros, impresos ántes de Guttemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto más cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pre-

tenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fósiles y organizaciones antidiluvianas: hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecénas espléndidos, y quien, diligente escudriñador de libros y mamotretos viejos, los reune y apila con el único objeto de sustraerlos á la circulacion, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad; verdaderos Harpagones literarios, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo:

«No es erudíto, que es sepulturero
Quien sólo entierra cuerpos cada dia:
Bien se puede llamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos.*

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intencion aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diria bien con nuestra suave condicion y blanda correa, tan material y grosera demostracion.—Quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia) que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice: *Sobre gustos no hay disputa,* hay otro que responde: Sí, pero *Gustos hay que merecen.....* las gracias, por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

[redacted]

INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la ajena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guante pajizo y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heroico Madrid; en términos que, al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero perdonen los que tal aseguran, que dicen un so-

lemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos, sin embargo, concederles que la poblacion matritense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la Mecánica y de la Física; ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros; ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol; ni sepa tampoco qué cosa sea fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion, ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnología fabril; pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demas agentes industriales. Nos explicarémos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la Lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habrémos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una poblacion eminentemente industrial.—Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.— Veamos, pues, en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los más industriales de Europa.

La fabricacion más importante en la villa-capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones :* fabricacion tan ámplia, que no solamente sirve al surtido de la córte

y sitios reales, sino que extiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, explotada en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Ademas cuenta como poderosos auxiliares con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes, que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima: —«Lo más difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.» —Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una extension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aún la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á *real la entrega* y las academias á *duro al mes;* las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado del gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que íbamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empírico vergonzante (la fabricacion todavía no estaba autorizada legalmente); el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la mo-

desta tertulia de algun ex-consejero de la ex-Hacienda real; y luégo que nuestro neófito en la córte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y con limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergaminosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quién sabe si alguna hermana fiambre de aquélla, ó alguna sobrina trasnochada de éste, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por vía de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador!—Esto y más solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje melífluo y lisonjero y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegado á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de provecho*, expedido por aquellas cancillerías, ya era apto para empuñar una vara ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estanco ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de títulos y diplomas.—Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del Parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y período fijo, por años, por meses, por dias y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, pregonada á grande orquesta ó con el

solo obligado de bombo, confeccionada de pacotilla ó de superior calidad; v. gr.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinticinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrarse en el estudio práctico de un letrado, que envolverse en el fárrago de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si médico, ha de asistir diariamente á las salas del Hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera de un moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea, en fin, abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un Capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que hacer oposicion á la cátedra ó á la prebenda.

Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el gérmen de la elevacion y el instinto gubernamental. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demas— ¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnoches, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital, y desde la mañana siguiente entabla al pié de fábrica el negocio de su reputacion.—Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y condiscípulos (alguno de los cua-

les por fuerza ha de ser Ministro ó haberlo sido, ó esperar serlo); introdúcese en las reuniones políticas y cortesanas; asiste diariamente á las discusiones de las Cámaras; se hombrea y explica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelto ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luégo el folletin ó la gacetilla; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; crécese, en fin, de dia en dia, y su reputacion empieza á hacer espuma; hierve por fin, y se desborda haciendo la oposicion; pero no la oposicion melíflua y compaseada de que ántes hablábamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tormentosa, la oposicion gigantesca y osada, la *oposicion al poder*.

Y á dos por tres héte aquí á nuestro reciente é ignorado colegial convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfoseado en ministro, ó cuando ménos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la fortuna material.—Llovido como de las nubes en medio de la Puerta del Sol—de esta gran fábrica de reputaciones y de gloria—sin más camisa que la puesta, ni más bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras dósis de reputacion; pero sí que con ellas le vemos de la noche á la mañana

«Extenderse, crecer, tocar las nubes»

y arriesgar en la Bolsa operaciones fabulosas, y contratar con los Gobiernos de vecino á vecino, y arrastrar coches,

y habitar palacios, y brillar, en fin, como uno de los astros del mundo *financiero.*

La industria madrileña, la fábrica de famas al portador, hace á veces prodigios, y nó solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material. — Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto traje del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando más atraia las miradas del ama del Cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodo; y gracias á la sábia tijera de Utrilla ó de *Peré* (grandes fabricantes de reputaciones en córte), gracias á los guantes del *regenerador de la camisa*, gracias á las pomadas de *Miró* ó al péine civilizador de *Reigon*, vémosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en teatros y paseos, de envidia á los mancebos en el asalto, en el picadero y en el café.—Pues merced á esta brillante aureola, hija legítima de la calle de la Montera, nuestro mozo alcanza á usufructuar la vitalicia prebenda de una vieja marquesa, ó inflama el corazon juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recien venido á la villa del oso y del madroño pertenece al sexo que por pura galantería llamamos bello, ¡ cuántas beldades oscurecidas en un rincon de Aragon ó de Castilla! ¡Cuántas flores ajadas ya, y pasadas de moda en las campiñas y salones de Andalucía y de Valencia, no vemos renacer ó retoñar de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vocinglera de los infatigables talleres del Salon del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de madamas *Bernós* ó *Petibon!* — La industria madrileña obró tambien aquel fenómeno, señaló y analizó aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entónces á las márge-

nes del Ebro ó del Turia, del Eresma ó del Guadalquivir.

El alma no comprendida en su modesto pueblo viene tambien á revelarse al país por medio y con el mágico auxilio de la trompa matritense. — Cincuenta meditaciones y doscientos fragmentos producidos por una tierna lira no habian logrado llamar la atencion ni fijar las miradas de los indiferentes ó incapaces convecinos de nuestro vate, y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensar en las buenas ó malas cosechas, de calcular sobre la venta de las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller. — Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualqüiera de nuestros cafés ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la censura de las obras que otros escribieron y él no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caractéres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpétua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba ménos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella habia hecho á la patria el regalo de un genio más.

Por este estilo prolongariamos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos artefactos de la industria matritense, poderoso zahorí que, penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar esterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie

adivinó; y maravilloso Proteo que, convirtiéndose luégo en vehículo de comunicacion instantánea, trasmite y pregona hasta el último confin de la península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por excelencia? ¿Habrá quien nos pretenda encarecer los productos de la prosaica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital?—¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Extremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragon? Pero ¿qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la explotacion de la fama y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son, por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invencion y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sabios en córte, políticos ó literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta dol Sol?

¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argentífero venero, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparacion del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta dramático, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital?—Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construccion de armas guerreras; Astúrias y Vizcaya sus nobles alcurnias y rancios pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas y los variados productos

de sus talleres.—A todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricacion indefinida de *genios* y de *hombres grandes* para el surtido de todo el Reino; de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles; de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa; de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica cortesana, ¡ con la *Guía de forasteros!*

LA PATRONA DE HUESPEDES [1].

El orígen de las casas de huéspedes (estilo coronista) se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos todavía este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como le vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducia á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que ésta tenía puertas) al fatigado peregrino que, sin más maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servia de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luégo, de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped para escuchar de su boca la narracion de

(1) Este artículo y el siguiente fueron escritos en 1845 para la obra publicada bajo el título *Los Españoles pintados por sí mismos.*

las extrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo usted estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y si no, léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales, hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no consta pagasen patente de hospedaje público ni secreto), hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales), y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan sala y alcoba con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano*, etc.»; viendo lo cual los mancebos Enéas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podia consolarse de la partida de Ulíses; y que en el exceso de su dolor (cómo hubieran traducido más de cuatro *literatos*), *se encontraba desgraciada de ser inmortal:* quiero decir, de hallarse viva todavía, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios.

Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroína, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguirémos

nuestra *indirecta* imitacion, ó sea *arreglo á la escena española,* diciendo que las ninfas que la servian no usaban decirla «esta boca es mia.»—(Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y colorada como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanáres, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Vírgen del Puerto á sumergir en las ondas las flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada inmaculados por cierto.)

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio, que podria tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal pergeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, léjos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que don Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de San Estéban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los Zapirones de la vecindad; y todo se la volvia alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo léjos el camino real de Castilla, por donde don Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luégo, porque no habia más que subir; llaman três golpecitos á la puerta, abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecia á don Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda.— Por supuesto que ésta conoció á la legua que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que éste le habia anunciado como que debia venir un dia de éstos á

Madrid para revalidarse de cirujano en el Colegio de San Cárlos.—No pudo, sin embargo, conocer quién era el vejete que le acompañaba, y es que el tal vejete era un escribiente memorialista de detras de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia, y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heroica capital.

Por supuesto, que nuestra patrona (á quien ya relevarémos el incógnito, y llamarémos por el nombre de *doña Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del recien venido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó cómo habian sabido su ignorada habitacion, y qué ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entónces el mancebo (que tenía una voz de barítono acostumbrada á modularse al compas de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, diósele á leer á doña Tadea, por donde ésta vino en conocimiento de lo que ya su corazon le habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, más en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, instalóle en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer una tortilla con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron,

hicieron crecer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña doña Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium;* la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped.—Éste por su parte, que no era lerdo, bien echó luégo de ver el efecto que sus ojos y compostura habían hecho en la huéspeda; y como ella no era todavía ningun vestiglo que digamos, y más para impuesta sin censo; y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que, á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *¡ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal, sino que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés.—Todo se reducia por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa, hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!), bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser más calcula-

dos que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corria inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla más y más en estos temores una sospecha, que aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fué el caso que cierta noche, regresando del sermon de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano y á oscuras con la moza gallega, que, nueva Eucharis, podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero y contribuir con su traicion á hacer más interesante el argumento del drama. (La viuda habia leido el Telémaco traducido por Rementeria, lo cual es lo mismo que decir que no le habia leido de modo alguno.)

Desde aquel dia, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada doña Tadea no tenía, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno número 2 huyendo con la otra maula, ora creia ver á ésta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacía experimentar.—Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que áun confiaba recibir, todo se resolvia en protestas y manifiestos del más sincero y cordial rendimiento, y áun habló de «coronar su amor», y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia; siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prójimo.

Doña Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto más, que el galan por su parte la instaba diariamente á que, para apartar el pre-

texto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hízolo así con efecto; y desde entónces, más acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fe, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo más recóndito de sus redes á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuracion el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item más, de las fees de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquélla rezaba fervientemente el responsorio de San Antonio, *Si buscas milagros, mira.....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple exposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavía se encuentra en el hospital de incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este más que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los embates de las pasiones, y templar el corazon á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon.—El buzo no se sumerge

en el fondo de los mares sin la campana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes sin el paracaidas que ha de sostenerle, y el osado jinete no comienza la carrera hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan.—De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero ha de haber cerrado y áun tapiado de antemano las entradas de su corazon.—El caso de Dido, el de Calipso y el de doña Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que os conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman más bien excepciones de la regla, que quiere que la *huéspeda*, *patrona* ó *pupilera* (que de todos modos podrémos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes), frise ya en las cincuenta navidades, edad la más propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la más idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero. Quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; qué el vestido de sarga ó de algodon oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal; que las tocas modestas encubran la rugosa garganta; que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.

Es tambien inmemorial costumbre en Madrid (donde hablamos) que la tal patrona sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pío, y que éste la deba treinta ó más mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca con que acudir al servicio de los comensales, y que, en fin, por su economía, su religiosi-

dad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la córte la casa y persona de doña Escolástica ó doña Celedonia.

Pero de nada habrian de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos, ó más hijas ó sobrinas de pocos años, alegre travesura y no desapacible parecer.—Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. gr., un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que, entónces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la Constitucion del 12 ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central.—Todo lo demas sería llevar fósforos donde hay combustibles, ó poner al gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues qué, si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano ó de un abogado andaluz, de un jóven millonario de la Habana ó de un novelesco viajador frances, de un militar brioso y arrogante ó de un estudiantillo travieso y perspicaz?—¡Patronas las que teneis hijas doncellas, libradlas, por su bien, de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oidos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta sólo meter el pié! porque á lo mejor, y cuando ménos lo creyéredes, veréislos alzarse con el santo y la limosna; y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra mísera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huéspeda, tambien los hay que buscan la huéspeda y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, ápenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro país, por desgracia, ofrece aún muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y áun dejarse caer luégo dentro de los muros de la noble capital.—Al entrar en ella y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores, ni acudirán á recoger su equipaje infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario : la más absoluta soledad, la más completa indiferencia esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por orígen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos; la falta de estímulo para las grandes empresas industriales; la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. —La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion; el interes, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos

limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó más personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederlas por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles y hasta del mísero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia se hallan hoy suscritas más de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales; brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de París, Lóndres y Bruséles, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán más visitadas y conocidas; el interes de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de éste recurso de existencia; el forastero, de este medio de incorporacion á nuestra sociedad, y ésta, en fin, verá desaparecer un tipo que, si no es poético, por lo ménos tiene no poco de original.

En la dilatada escala de familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, sería imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos. —Los hay que, ostentando aún los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio; pero el precio de ellos suele exceder por lo ménos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reunen á una mediana comodidad los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las más módicas

como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunion; que su marcialidad con los huéspedes descubre al mismo tiempo que no la es desconocida la íntima comunicacion con más elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de sus parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la córte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de Cataluña y su gracioso delantal, y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no ve, que escucha y que no oye, que sisa, que come, calla y no replica. —Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano, la antesala; los huéspedes, la sala principal y los dormitorios; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador; ya acude risueña á coger un boton ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita le introduce á la audiencia de la Señora, la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte, y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la Vírgen ó en el de los tiestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincon.—Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solos ocho dias, costarále al triste más que si permaneciera un mes; y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes.—Si es diputado, ó ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero; pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se

retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Miéntras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretexto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj, pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, y pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene bigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, *Gacetas* vírgenes, y mártires sombrereras de carton. — Muda, á vista del nuevo cofrade, las sábanas de la cama por otras no tan amarillas; barre el cuarto en sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca», y ve correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon; para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos; para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros dias de Noviembre, ó se almazarronan los suelos en los últimos de Mayo; para ellos,

en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Unicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion : que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion se sirve con ellos á *perfetta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amén del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in solidum*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona, que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos dias la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL PRETENDIENTE.

Tratando de delinear los tipos más generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podriamos dar en tan vasto campo sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial.—Desde el humilde taller del artesano, hasta los áureos escalones del trono, ni una sola clase, apénas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado más ó ménos de esta enfermedad endémica, de este tífus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el expresivo título de *la empleo-manía;* y aunque variados en los accidentes, siempre habrémos de reconocer en todos ellos los caractéres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes.—El término del mal tambien varía segun los individuos ó segun las circunstancias; los hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de tabacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta

los hemos visto que, en más elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmover al país á trueque de conquistar una corona.—Todos son *pretendientes;* todos están atacados del tífus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por más análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caractéres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes.—Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad;—*la antigüedad*, en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca más que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.

Tanto más difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste, como el camaleon, de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion más constante, al más atinado pincel, á la pluma más bien cortada.

Válgannos, pues, para el desempeño más ó ménos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos velocíferos del siglo en que vivimos; hagamos, en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; áun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejan-

te, ha de haber envejecido ántes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito, como acostumbran los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podrémos observar cuál era entónces el *pretendiente cortesano* y cuáles las condiciones á que habia de sujetarse en aquella *clásica* sociedad.—Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea más que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad más juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de *progreso* más.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabía de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *Quousque tandem*, CATILINA..... á todas las Catalinas del pueblo; cuando el padre Vicario ó el administrador del Duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo, inoculábanle los más recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la córte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil

profundas meditaciones sobre su porvenir; y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestía ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de los propios deseos, que, al decir de sus patronos, le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—« No hay hombre sin hombre »—repetíase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á extenderse en cálculos sobre cuál sería el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próvida fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponia su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ajeno y lo crítico de la edad propia, influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo más íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del « hombre con hombre », se ponia á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese, si era posible..... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del Vicario al padre Guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador, con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placía en designar con el título expresivo de *gramática parda;* que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*, y que daba en fin al que sabía aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho.*

Un *mozo de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacía buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol; si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, ó ponia los alegatos y

respuestas, iba á comprar á la plaza y agenciaba aguinaldos por pascuas y ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de S. E., extendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pesar el carbon; si era, en fin, ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre Guardian, ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara, ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E., ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

Á propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era *mujer;* cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en ésta á la más bella mitad del género humano, entónces el avance en la carrera era por lo regular más rápido; entónces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor.—Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de Palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella, protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre Guardian, ó de la más contrahecha y antipática de las hijas del mercader.—Pero... ¿quién dijo miedo? La ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados, y nuestro pretendiente de entónces rendia el más humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente di-

cho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara..... en las manos y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.— Pero esta variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos más característicos de la época en cuestion.

Figúrense, pues (si no lo han por enojo), un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entónces la capacidad y las togas no se concedian ántes sino á los que acertaban á casarse con la hija de un Camarista), que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la Cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los Consejos ó las galerías bajas del Palacio, espiando el instante de que suene el coche del Presidente de Castilla ó del Ministro de Gracia y Justicia para colocarse al pié del estribo con papel en mano, cabeza al aire y encorvada espina dorsal.

Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos ántes ostentaba todo el aire de un *capitan á guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal daban muestras visibles de hallarse pocos dias ántes colocado al frente de todo un

partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamórfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era, en efecto, una de las más graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex;* calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro (porque conviene saber que entónces los ministros y los presidentes lo eran *de véras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucir la voz del más aguerrido pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *verémos* del magistrado, deshacíase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones; quebraba el hilo de su discurso; paralizábanse sus miembros, y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena, repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la *Guía de Forasteros*, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Ávila ó en Alcaraz (1).

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *D. Verecundo Cor-*

(1) «¿Qué es un Corregidor en sus tres años?
Es un Don Sancho el Bravo en el primero,
Es un Don Sancho Abarca en el segundo,
Y es un Don Sancho Panza en el tercero.»

Arroyal.

beta y Luenga-vista, cuya animada historia ocupó ya el clarin de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con más favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad.—Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de léjos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á adivinar los pensamientos del poderoso; á calcular sus próximos deseos; á leer en sus ojos las más remotas esperanzas; nadie, en fin, llegó á olfatear de más léjos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador; desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral.—Escribia 365 memoriales en cada año, y 366 los que eran bisiestos; pero tenía la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y aconteciale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canonjía, á una direccion de rentas ó á una comandancia militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño; y sin embargo, ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano, era sólo

para darle un empujon.—Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito; ántes bien, reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veia de jefe de fila de toda audiencia, de estatua marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y áun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme, y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de Setiembre de 1833, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados sería un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social.—Ahora los hombres y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con más propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion.—¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!..... Papeles mojados, viejos de figuron, resortes mohosos y gastados, habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías, y oratoria de levadura y masas dispuestas á fermentar.

Ademas, ¿á quién pudiera satisfacer, como antiguamente, un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tísis para el otro, ó calcular, en fin, sobre la futura boda con una hija recien nacida del jefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años á

colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales más.

Ahora, bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógrados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem;* que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la más mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande; su mision sobre la tierra, ser ministro; los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la córte, que para él no es más que un teatro donde hace su primera salida.—Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado, primero en los puestos inferiores, y armado de *una tijera* (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias várias*), ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin.*—De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del

periódico; abrázase á sus columnas; trepa por ellas; tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y extasian de aquel *exabrupto;* el público aplaude la demasía; los funcionarios atacados, que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, más tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, léjos de humillárseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido, con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador.—Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion : todos aquellos insultos no son odio ni enemistad : todas aquellas apóstrofes no son dañada intencion.—Pues ¿qué son entónces?.....—¿No lo han adivinado los lectores?.....—Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos dias de los más furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose más dúctil y suspicaz; calla luégo de repente, y en la semana próxima viene encabezado el *Boletin Oficial* de una provincia con esta alocucion :

«HABITANTES DE.....

»*El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.*»

Y firmado por el mismo *pretendiente publicista* en cuestion.—Pero alto ahí, pluma parlera; no hay que salirse

del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra más atrevida y versada en estas materias el delinear uno de los más risueños de la época, el tipo de *La Autoridad.*

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aún estrecho el uniforme de covachuelo ó de jefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas y comanditarias.—Por cuanto á la sazon la dicha patria suele hallarse ocupada en procurarse un *padre* que la defienda por tres años en el Congreso nacional *de esta córte,* como dicen los ciegos papeleros.—¡Qué mejor ocasion!—Hínchanse con el nombre del jóven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heroicos vecinos de Madrid; admiran y encomian su improvisado talento los mismos que há poco tiempo le negaban hasta el sentido comun; dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que ántes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del Parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad.....—Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el banco azul; y en fuerza de su mágica influencia, cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras, y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el órden y robustecer *su* poder.—No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas *á grande espectáculo;*

no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á *beneficio* de un autor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la córte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir, que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion. El pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad.—Este camino es acaso más lento, pero más seguro : los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada : los que adulan al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillon ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de órden superior en favor de una candidatura circular; ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad; ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio; ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial; ora, en fin, marchan al frente de los más ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y *se pronuncian* por la anarquía; ora se colocan al lado de la autoridad cuando ésta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el órden y la justicia.

Otros, por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y más prosaicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un le-

jano pariente, de un condiscípulo, de un amigo,—¡y quién en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande!—No hay en la extension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado que no haya producido un ministro al ménos; y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epílogo.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y explícito *memorial.*—La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el *club* ha sustituido á la *cofradía;* al estandarte la bandera; y á la imágen del santo la inveterada efigie de algun *santon.*

El *Pretendiente*, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable, á quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste, como él, todos los matices que le rodean; trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que ántes bloqueaba; y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension.*

———

Despues de los dos tipos que anteceden, escritos por el autor, como queda dicho, para la obra titulada Los Españoles pintados por sí mismos, *publicada en* 1845, *y en que tomaron parte todas las plumas distinguidas de nuestra literatura contemporánea, cupo al* Curioso Parlante *la gloria de ser invitado á terminar, resumiendo, por decirlo así, tan importante publicacion, como lo hizo, en los términos siguientes:*

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea; y en el momento supremo de decir el último *adios á Los Españoles pintados por sí mismos,* no le parece al autor fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente borrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan;—dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra antigua España, con su original organizacion y sus tipos originales, para luégo tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones;—considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad, en el lenguaje corriente, no va más allá de dos lustros) para saborear luégo á nuestro placer lo que hoy somos; — poner frente á frente la civilizacion antigua con la moderna; la cortesanía con la popularidad; la aristocracia con la democracia; el siglo con la imprenta; la rutina con la manía de innovar; la hipocresía con el escepticismo, y la opinion privada con la pública opinion.

Esto supuesto, y por vía de codicilo final, intentarémos presentar á nuestros lectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que, por no existir ya, no han podido tener cabida en esta obra; y oponerlos luégo otros de los modernos, que, por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato. — Baraja estrambótica y risueña, mezcla de figuras antiguas y modernas, de chocheces y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrion.

Alto allá; la hora llegó; la trompeta suena..... *Surgite omnes et venite ad juditium.*

CONTRASTES.

1825 TIPOS PERDIDOS.	1845 TIPOS HALLADOS.
EL RELIGIOSO.	EL PERIODISTA.
EL CONSEJERO DE CASTILLA.	EL CONTRATISTA.
EL LECHUGUINO.	EL JUNTERO.
EL COFRADE.	LOS ARTISTAS.
EL ALCALDE DE BARRIO.	EL ELECTOR.
EL POETA BUCÓLICO.	EL AUTOR DE BUCÓLICA.

EL RELIGIOSO.

El representante más genuino de nuestra antigua sociedad era *el Fraile*. Salido de todas las clases del pueblo; elevado á una altura superior por la religion y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencia; abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter religioso y por su experiencia, todos los corazones, todas las conciencias privadas, venía á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el espejo donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.

Un infeliz artesano, un mísero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiando en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales, que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante ó un haragan aprovechaban ésta, como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud ó para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus armas el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente para echar por tierra la sociedad monástica, y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España, ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisnéros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo?—¿Dónde, más que en los claustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano?—Piadosos anacoretas, separados del comercio social, habitaban muchos en yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la pru-

dencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales, que son todavía nuestro más preciado blason.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin más atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin más recomendaciones que su carácter, sin más riquezas que su independencia, entraba en los palacios de los príncipes, era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz.—Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el recien nacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejo y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interes. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El Religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita, que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad; no era, como se ha

repetido, un sér egoista é indolente, entregado á sus goces materiales y á su estúpida inaccion.—Para uno que se encontraba de este temple, habia por lo ménos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia.—No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los más, se hallaban contentos en su independiente medianía, y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces á la sociedad.—No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino más generalmente para dirigirlas ó moderarlas.—Creer lo demas es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado ó á los dramas venenosos del actual.—Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad anexa á todas las cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, más bien que á sus faltas y extravíos.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores.—El actual no presenta para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data sólo, entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organizacion social.—¿Qué enigma es éste de la moderna sociedad, que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado; que confia sus

poderes á un imberbe mancebo, para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Surge en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y audaz que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras, y ninguna concluye; que critica todos los libros sin abrir uno jamas.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre; un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á Ministro, y que luégo, luégo parta á la córte, donde no podrá ménos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular, arriba felizmente orillas del Manzanáres, se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico.—A los pocos dias tiende el paño y explica, allá á su modo, la *teología política;* trata y decide las *cuestiones palpitantes;* anatomiza á *los hombres del poder;* conmueve *las masas;* forma *la opinion;* es representante del *pueblo;* hace su *profesion de fe,* y profesa, al fin, en una intendencia ó una embajada, en un gobierno político ó en un sillon ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos : recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la Secretaría; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; expide circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas, se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo, y se coloca, naturalmente, en la Galería pintoresca de los personajes célebres del siglo.—A los seis

privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan.—Pasaba despues á la de *Justicia*, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias.—Asistia luégo *en pleno* á los arduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viérnes á palacio á *consulta personal* con S. M., y regresaba, en fin, *á la Cámara* á proponer obispos y magistrados, expedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio Real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencio ó al Excmo. P. General, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin.—Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacía un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de exquisito sevillano. —Hablábase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion; se leian recomendaciones de pretendientes, y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del Camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicaron de rico chocolate de Torroba con sendos bollos de los Padres de Jesus; y vuelto á casa el Magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia, y se entablaba un tresillo, á ochavo el tanto, con el secretario de la Cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaba á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeópata? ¿La bolsa ó la vida?—¡Eh!..... ¡A un lado, hombre!—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construccion, el *jockey* se apea y va á dar el brazo, para descender, á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho.—Sube apresuradamente la escalera, sin reparar en las várias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas, donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus solas cuánto le producirá el último córte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazon á proponerle la venta de algunos millones de créditos : el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico : contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el Gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad, el comisario la hipoteca que hace de ella para la

contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna*, ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.

A todos contesta y en todo está.—Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café ántes de ser contratista, con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director, y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luégo á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó; va luégo al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales, en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá.—Y la sociedad, ansiosa, acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *pluto-cracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancios pergaminos los billetes de banco y los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes*, *currutacos*, *petimetres*, *elegantes* y *tónicos*.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda; su teatro, el Prado y la sociedad.—Su cuerpo estaba á las órdenes del sastre; su alma, en la forma del talle ó en el lazo del corbatin.—¡Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé!* ¡cuando se veia interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! ¡Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abórtos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda ó dominados por la dorada realidad! —¡Dichosos aquéllos, que, más filósofos ó más naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, y seguian los pasos de una modista; danzaban al compas de los de Beluzi, y tomaban á pechos las glorias de la Cortessi ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas, en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris, y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! —¡Qué tiempos aquellos en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!..... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer), y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino!* ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva, con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodon. Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustracion, con sus idilios y sus ovillejos, y sin barbas, sin periódicos, sin escepticismo y sin *instinto gubernamental.*

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido. —Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provecta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna.—Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café más desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo habia previsto, ó por decir mejor, que así lo habia preparado, luégo que llega á entrar con aquella investidura en la Casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadenas de la opresion;* á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir.*—Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, irresponsable, heroica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á éstos, se despacha á aquéllos (todo con el mayor órden), se canta el *Te Deum,* y se pasea la Junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas; subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteósis del nuevo Gobierno en la capital.

El Juntero entónces, hombre de órden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó jefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno.—Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santon;—discutian allí sobre las fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion;—y finalmente, hasta en muchas de ellas y con reglamentos sabios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mutuos auxilios trazados hoy por las Sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos no es, por lo tanto, una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizacion no merecen por cierto el desden del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para extender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

Pero, dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociacio-

nes, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*), hallarémosle en el cancel de la iglesia donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado : su traje es serio, ó como él dice, *de militar negro;* zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton.—Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios.—En aquéllas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traidos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior.—En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios arduos, y muy luégo se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía.)

No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas y adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar

en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre.—Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el sacramental hace próvida cosecha.

Ni es (por desgracia) sólo el ardor espiritual el que suele andar en ello; tambien el pícaro interes mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía, y el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene saber que muchas de aquéllas son formadas exclusivamente por Gallegos ó Castellanos, Aragoneses ó Navarros, los cuales, á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora del Pilar ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades litigios, si son abogados; enfermos, si son médicos, y obras de su oficio, si honrados menestrales.—Ademas de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comision, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del Cofrade es pensar que cuando fallezca asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes; le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confia que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulacion.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual.—En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados.—Hoy sólo hay *Artistas;* y en esta calificacion entran indiferentemente desde el pincel de Apéles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fídias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el coturno trágico hasta la cuerda del acróbata; desde el compas de Vitrubio hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista;* el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista;* el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares;* el herrador de mi calle, *Artista veterinario;* el barbero de la esquina, *Artista didascálico;* el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo;* el que lee el Laberinto ó el Semanario, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de aficion;* el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza..... *Artistas, Artistas de escuela.*

Entre tanto, como todo el mundo es Artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza, que ántes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar dónde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos está por las artes de movimiento; protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario;* sus conciertos, el ruido del aurífero metal.—Cuando más, y para satisfacer su

amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista, entre tanto; desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital, y se sube á una buhardilla con pretexto de buscar luces. Allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y genio elevado; descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares, y ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer.—Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desden.—Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que ántes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes* y *liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de Ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oidos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aún estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabrémos decir de quién) con aquella autoridad local,

inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes y no defraudar las esperanzas del país, que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar, respecto á los mancebos y oficiales, una actitud de estatua ecuestre, y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luégo la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y datados en cuenta corriente, á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer ajena por la propia mujer.

El alcalde, severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una séria reprimenda, recordando su deber á ellos, que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganes ó pimientos en vinagre.—Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amén de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil, que hacía de ley.

No sólo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad.—Por las noches y ratos desocupados se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia el ratero en su rápida carrera; protegia al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su bas-

ton en la balanza del tocino; conducia á su manso la oveja perdidiza; y si era acabada la pendencia, la hacía volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *Ocurrencias* amenizan la última página del *Diario de Madrid.*

Otro de los cuidados, y el más importante acaso, de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron, aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una:—«¿Hay novedad desde el año pasado?»;—y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados.—Los apellidos recibian en su pluma terminaciones bárbaras, que harian sudar al etimologista más perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas:—v. gr.—«Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem», etc.—Preguntaba luégo en la parroquia (queriéndola echar de culto) si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones sólo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba, por muerto, de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas bajo el genérico nombre de *artistas;*—para él todos los vecinos de las buhardillas eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios los que tenian veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luégo las eleciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel.—Un año daba el padron del barrio tres

mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquél todos eran varones, y en éste llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurria muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenía que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era ménos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la expedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodon ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del reves) padrones y registros, miéntras iban entrando los postulantes, desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salia á viajar.

—Buenos dias, señor Alcalde. (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya ve V., porque..... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de..... Tal; que deja al amo que servia, por..... razon de estado», etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato busca dónde sentarse; pero el Alcalde, previendo este desacato, ha suprimido las sillas.—Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero), ¡á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas!.....

—Más que sea V. (replica el Alcalde) el mismísi-

mo Preste Juan. Aquí no hay más que la ley; la ley.....

Por fortuna acierta á entrar á la sazon el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa más abierta), y aquél, conociendo lo arduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero no sabe cómo él, que viene á responder de un duro tomado al fiado, puede.....

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y usted tiene casa abierta; conque puede V. ser fiador. Extienda V. el documento, secretario, yo dictaré.—«*Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc.* (lo impreso) *á don Fulano de Tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; va de intendente á negocios propios: sale en posta, vía recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte..... Señas personales: Cara redonda, ojos idem, boca idem, pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.*»

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aún á todo honrado ciudadano una porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede, en caso necesario, engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, cultos y clero, puertas, alcabalas, etc., amén de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir.—Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho ménos á quererlo remediar.—Puede, si gusta, hacer uso

de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior.—Está en el lleno de sus prerogativas cuando hace centinela á la puerta de un ministerio ó acompaña á una procesion, uniformado á su costa con el traje nacional.—Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del país cuando, abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar como jurado la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego.—Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, éste oficial de su compañía, aquél jefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entónces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo excelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan.

Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo), trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas.—Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores responde heroicamente, cual el otro ilustre ro-

mano: « Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.» — Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana, que los futuros geólogos hallarán en el estado fósil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal.—Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena, con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos, y el amor cieguezuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.—Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

« de pacer olvidadas escuchando »;

hoy sólo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir.—Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada : sólo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por más que me echo á mirar; lo cual me convence más y más de mi prosaica, material y nimia inteligencia.—Y hé aquí sin duda la razon por que no he tropezado aún con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar más me ha parecido graznido de pato que música celestial;—así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa me echo á adivinar su mísero esqueleto; ántes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió.—Los arroyos y torrentes no me murmuran ni me lamentan, ántes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta:—el cementerio me parece cosa muy santa y muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos, los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio), escogia, á no dudarlo, el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entónces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buido puñal.—Porque aquéllos (los zamarros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin.—Ni se tenian por hombres providenciales, enormes, ni pretendian, á lo que creo, ser la única expresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que *tenía vena* (que

así se decia) ó *le soplaba la musa* (que así se pensaba) tenía carta blanca para salir por esas calles adelante disparando redondillas y ovillejos, epigramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo; los cuales, corriendo luégo de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia, cuando más, derechito al hospital de Toledo; pero miéntras andaba suelto era el hombre más feliz de la tierra, viendo impresas en el *Diario* sus improvisaciones y ensueños, oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina, y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. —Una plaza en la contaduría de éste, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquéllos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que, ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCÓLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa; Apolo y las musas se rigen por un arancel.—No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amén de algunos genios *de pecho* que hacen concebir las más lisonjeras esperanzas.—En lós principios de su carrera el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el

más mínimo interes los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luégo que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razon corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entónces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio, y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas, y el abogado la de las malas.—Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que más le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades; ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos; los otros (y son los más) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy léjos de aquellos tiempos en que se decia que

«sólo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que

alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle.—Hé aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas:—la solucion del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquéllas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y éstos entran en la categoría de deuda diferida y sin interes.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee: para el bolsillo, porque nadie lo compra.—El autor dramático recibe á lo ménos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad.—Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó sólo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dósis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crímen al más pintado, y que chille el muerto;—se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos;—se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres;—se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco.—Ultimamente (y es lo más socorrido) se traduce un drama de Buchardi ó una piececita de Scribe, se la esquila,

trastrueca y muda el nombre, como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote acomodo y arreglo á la escena española.—Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro.)—Yo le diré á V. (me contestó), ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *tutti* dramático descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles, que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO.

No concluiriamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—*El cortesano*, que ántes adulaba á los reyes, sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno;*—el *devoto* se ha convertido en *humanitario;*—el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota;*—el *historiador* en *hombre de historia;*—el *mayorazgo* en *pretendiente,*—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano.*—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán, como los otros, á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos..... ¿Quién reirá el último?

El Curioso Parlante.

TENGO LO QUE ME BASTA.

«Le peu qu'on travaille c'est pour parvenir à ne rien faire; ne rien faire est ici le bonheur.»

DUPATI.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca aficion al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros, á la falta de estímulo y galardon; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion, sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los es-

pañoles, cualidad excepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? —¿Será acaso nacida de virtud ascética, que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion, que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echarémos de ver que hay algo de todo; algo de virtud, de filosofía y de bienestar. — Me explicaré.

Hay algo de virtud; porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumision á otro sér que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creemos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía; porque filosofía es la moderacion de los deseos y la tranquilidad del ánimo; la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible; el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y áun á la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades más avanzadas ó más codiciosas, los hombres se agitan contínuamente para llegar á aumentar

la serie de sus goces, que muy luégo convierten en otras tantas necesidades.—Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga más regalada su existencia;—cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso;—hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigilias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad;—hay, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del país, dominar sus destinos é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á más grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *más allá* que extienda el círculo de sus satisfacciones, que les haga dejar atras á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar, sin embargo, grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion.—A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulsos del vapor; la vanidad, que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transformar en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio y el orgullo, que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las más exiguas necesidades; veréisla convertirse muy luégo en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo, en que sólo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de San Bruno: «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que más, trate de exagerar hasta este punto su indiferente apatía, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos;—pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aún bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continúen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí.—A ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas, que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad;—responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador;—responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un nuevo artículo de los que ántes nos abastecia el extranjero;—responderán, en fin, algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en un solo dia, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las

nuestras aquella apatía ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquéllas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*», que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir más halagüeño.

¡Tengo lo que me basta! esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio; podria habitar una casa más cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

¡Tengo lo que me basta! exclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer más; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡Tengo lo que me basta! prorumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon, que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡Tengo lo que me basta! replica el mezquino mercader no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que

le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos, por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso, en fin, no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del país.

¡Tengo lo que me basta! repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡Tengo lo que me basta! claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¡Tengo lo que me basta! prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¡Tengo lo que me basta! decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia del hidalgo castellano.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Búrgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su país natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se extendia ó no más allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores; unas viñas y tierras de pan llevar, un ca-

ballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compas á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto más, cuanto ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya de edad proporcionada y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte que, no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesiæ* aquella pacífica union;—quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos y á sembrar la consternacion en aquellos corazones, que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor Alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la Comision de agravios la correspondiente excepcion;—no hubo remedio;—el abogado cobró sus derechos; la Comision hizo su agravio, y su merced el Alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguiente, y por ser el que más falta hacía en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entón-

ces que más que á su sino lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para hacerse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la majestad reinante; ya, en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fe al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla.—En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luégo tan buen lugar en la opinion de sus jefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores, llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitan.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse más y más patentes su valor é inteligencia, y ya todos los jefes veian un digno sucesor en el capitan Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse, aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la extremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar, despertando sus ideas de reposo y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su país natal.

—«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitan; ya conozco lo que valen los agi-

tados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares..... ¿A qué engolfarme más y más en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho, ó de una injusticia que me envenene el corazon? —Alto allá, osados deseos; dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y..... *Tengo lo que me basta;* dejemos el resto á los que vienen detras.»

Y con asombro de sus jefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid, en quien reposaba más de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia.—Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de otro hidalguete de las cercanías, y de su escasa fortuna, en fin, apénas quedaba sombra ya.

Reflexionó entónces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio, donde tan prósperamente le sonreia la fortuna.—Consideró, sin embargo, que á los veinte y seis años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquélla, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino, su entendimiento despejado y su exquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.—Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que hablaban de futuros adelantamientos:—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz; *tengo lo que me basta;* dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son, por consecuencia, harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya.—El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo equivale á quedarse atras.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema; y parapetado (parecíale á él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete; ni leia las declamaciones periodísticas; ni daba alguna vuelta por las antesalas de la córte; ni tenía esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vese por lo dicho que nuestro hombre era más propio para los tiempos añejos y poco ilustrados, en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social;* y déjase inferir que, á pesar de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado, como otros miles, al inmenso *panteon.*

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse más enérgica, como para desmentir la parálisis á que se quiso sujetarla.

Así ni más ni ménos sucedió á nuestro jóven ex-administrador; por lo que, en vez de trabajar de nuevo con sus jefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la víctima de un partido y órgano natural de otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para extender sus especulaciones, y llegó á conseguir, por fin, al cabo de algunos años, una posicion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreir á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es, sin duda, un extremo vituperable;—nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto.—Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus correspensales, se despidió cortésmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increible á mis lectores; pero este hom-

bre, cuya existencia parecen várias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo—libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él;—y luégo que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luégo entre los primeros escritores del país.—Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar más y más su brillante aparicion en el orbe literario;—el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado y dijo: « *Tengo lo que me basta;* no quiero ni debo trabajar más. »

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon.—¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel sér aislado é indiferente?—Pues fué nada más que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Ademas, habíale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ajeno.—Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé qué hastío

producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo más que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña, sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo.—No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luégo satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir en ella.—Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad.—No paró aquí, sino que el amor, que habia traido á la mujer, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otras dos al tercero; y con ellas vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luégo los ayos y preceptores; más adelante, los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenía*, ó que sólo tenía lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre, que con un poco más de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. —Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el

porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle.—Por último, de su misma desgracia y de su triste y miserable fin dedujo él entónces y reproduzco yo aquí la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta*», que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálisis, y acaso, acaso, á su cierta é inevitable ruina.

(*Junio de* 1838.)

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino ántes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cincuenta navidades debajo del peluquin;—pero él, siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir: *Esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luégo al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien, al verle quimerista y pendenciero, profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas, y luégo vimos que todo era puro ruido y nada más. —Así que más grandecito le miramos recitar coplas y

manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía.—Aficionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro y las monedas de oro, y luégo le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad.* —Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aquí á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de jóven, y más entrado en años saltarin y brincador?—Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor hase tornado de espaldas al retratante, ó ha dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al márgen á tomar la medida al tal nené; quiero decir, á ponerle apellido qué bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua.—No, sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veráisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades más especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas exclusivas, ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó más señales que le distinguen de otros; como por ejemplo, una verruga en la nariz, lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño *el hombre de la verruga;* sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo verruga, sino es ya que la verruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la verruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado ántes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó por hablar en términos más cultos, *el espíritu de asociacion.*

Con efecto, por poco que observemos, verémos luégo que ésta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y así como en otras se han refundido y representado, digámoslo así, en un solo hombre, ésta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los séres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo ó una verdadera y sólida voluntad.

De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mutuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven más que dos», dice un refran.—Refranes hay para todo, y tambien hay otro que dice:—A ménos bultos más claridad.»—Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo:—Reunan ustedes muchos sabios en una junta, y sumen luégo las cantidades de sabiduría..... ¿Cuánto me dan ustedes si sacan ménos que la que solia tener un sabio solo?

«—Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.

»—El buque no está á tiro, mi general.

»—Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga, y mucho, de bueno; no, señores: esto lo que quiere decir es que la asociacion suele á veces estar reñida con el espí-

ritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual más importante?—Por ejemplo:

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo..... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia.....? ¿Atestará su caletre de *infolios* para adquirir una profesion honrosa....? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigacion de la verdad?

Nada ménos que eso.—Reúnese con otros compañeros, todos de su edad, y declárase, como ellos, sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo, que crece con las barbas.)

Reunidos en *comandita*, traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original.—Y los que no están de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado ménos en sospechar que tenía un genio más á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido:—«¡Vean ustedes, quién lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fatuo!»—Hé aquí el espíritu de asociacion útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moises, que hacía saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo, una diferencia, y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, miéntras que

nuestro hombre no tiene más capital que su activa imaginacion..... No importa..... ¿Quién dijo miedo?— Asóciase para explotar aquélla con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luégo con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un banquero, y luégo con un ejército, y despues con un gobierno, y alza y baja los fondos del Estado, y hace y deshace paces y guerras, y forma oposiciones, y levanta ministerios, y..... vayan ustedes á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tú contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorería, y la tesorería te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes más remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes, y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

Otra de las más ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de la calle del Cármen, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquéllos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla se asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, miéntras que por la contraria se ofrecen los

palcos abonados, las doradas carretelas y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento más positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible;—desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la mujer no miran más que un mueble de uso comun, y en el amor nada más que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. —En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con piés de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusiéronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan ustedes con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia;* que no hallan posible el amor sin el ribetito del crímen, ó por lo ménos siñ peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles ustedes, digo, señoras doncellas, con las indirectas que ántes eran de uso comun entre vosotras de.... *¡Qué malo es V.....! ¿Quién le creyera.....? ¿Lo dice V. de véras.....? Dígalo V. á mamá.....* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles, ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apear el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *mujer* á secas, como en otro tiempo decian los pa-

triarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: «*Mujer, vénte conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho*», y ellas cogian el cántaro bajo del brazo, y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas y bajo las formas más fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura;—y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporcion; —en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile, y en vano quisierais morir para parecerles mejor.—Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon..... ¡oh! su corazon está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia tienen sus horas de *positivismo;* horas en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es ésta?—*La mujer.*—Y échase por esos salones á buscar las mujeres del pró-

jimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo excusado; y las razones son claras;—1.ª, porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda expresado que es inenajenable; 2.ª, porque ellas (las muchachas), si se las da un pié, luégo piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.ª, porque una soltera es una mujer completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento;* porque aquéllas, en fin, aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote:—¿Mujer?—La del prójimo.—Uno..... dos..... tres..... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociacion.*

Y el *marido* desde entónces tuvo un esclavo más á quien mandar, y la mujer un dueño más á quien servir.

Aquél dijo:—«Quiero ser ministro», y su siervo se constituyó en adulador.—«Quiero ser diputado», y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista», y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta», y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto», y el tercero en concordia fué tonto como él.—«Quiero ser pobre», y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores, el vice-marido pudo contar..... ¡ahí que no es nada!..... *¡con media mujer!*.....—¡Y qué mujer!..... ¿Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que extrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante.—Ambos tienen á la mujer, ambos la engañan, ambos la desprecian.—El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material : lo que ántes exigia justa adoracion, es ya, por su culpa, objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto á su esposa el jóven don.....

Pero respetemos la memoria de un desgraciado, y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

(*Diciembre de* 1839.)

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caractéres más indefinibles, más extraños, y sin embargo, más comunes de nuestra mísera humanidad.—Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen expresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas?—La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida, y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su péñola, prepara su paleta, y en desahogo de su tormento, ensaya á trazar así el espíritu y la forma de sus verdugos.

El fastidioso es un sér casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromerario, la actividad de la pulga y la perseverancia del mosquito: se alimenta, como la sanguijuela, de la sangre humana que consume : se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad : tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo, la impasibilidad del jumento y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades

hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual, léjos de contrariarle, le sirve más bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diriamos en el lenguaje moderno, *providencial;* porque si enfermase, podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliria así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus víctimas.—Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno, huyendo de su irresistible dominacion, tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del Desierto ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caractéres amables y bondadosos son aquellos en que más frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo da la razon; que si sonreís, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido; os deja la acera en la calle y os cubre con el paraguas cuando llueve; todo con el objeto de que sufrais su monótona y cansada relacion.—El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion, con perseverancia : si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará, porque va casual-

mente por el mismo camino; si estais en la cama, se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais mujer y esteis con los dolores de parto;—si le cerrais, en fin, vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar deprisa, porque él hallará medios de saliros al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cogerá los botones del chaleco ú os arreglará el lazo de la corbata, miéntras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar:—todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco, que os ofrecerá, y que os hará tomar áun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados, tal vez, al lado de una mujer hermosa; os preguntará por la vuestra, si sois casado, ú os llevará aparte con mucho misterio á un extremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la Bula ó que se murió Cárlos III.—En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leido en el *Eco* por la mañana.—En literatura hará en plena tertulia el análisis, ó más bien diseccion, de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso:—«Se van ustedes á reir mucho»,—sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son éstos dotados de una gran memoria, que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa prolijidad.—Su vista es perspicaz como la del

lince, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora, le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á más de fastidioso es desgraciado es el último término, el *non plus ultra* del fastidio.— Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer.—Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion!—porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interes, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones, sin considerar que vosotros, probablemente, hallaréis muy natural el que á hombre semejante le engañe su mujer, se le subleven los hijos y le abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «él no se fastidia nunca»; y es muy natural que así suceda, por la misma razon que la muerte no muere jamas.

Por lo demas—¡míseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso!—si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion — porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino. —Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del buitre os alcanzará en la carrera. Unicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario, estais expuestos á experimentar su larga agonía, y morir de fastidio ántes que él.

Pero colguemos, en fin, aquí la péñola, no sea que el lector venga á advertirme de que he trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intentó bosquejar.

[redacted]

UNA MUJER RISUEÑA.

Supongan ustedes, señores lectores, unos ojos vivarachos, una dentadura blanca y tirada á cordel, una fisonomía abierta y expresiva, narices de respingo, dos manzanitas sonrosadas por mejillas, y un permanente hoyuelo formado por ellas á cada lado de la boca; un cuerpo naturalmente esbelto y bien cortado, aunque libre de corsé y ligaduras; una garganta blanca, y un si es ó no es demasiado enemiga de lazos y cachemiras; un peinado, en fin, sencillo y clásicamente griego, recogido por exhuberante en sendos bucles al traves de las orejas.—Tal es la mujer que yo me figuro en esta ocasion, y si ustedes no lo han por enojo, podrán, señores lectores, tener la bondad de figurársela conmigo.

El Señor al enviarla al mundo la dijo con tono reposado:—«Tú reirás»,—y no lo habia pronunciado, cuando ella le contestó con una carcajada.—Lo mismo, ni más ni ménos que los poetas del dia, que cuando el númen se les aparece á los quince años y les anuncia que gemirán, ellos le responden ya con una docena de dramas *á mil cuadros*, como percal escoces, que habian compuesto áun ántes de saber que serian poetas.

Pero volvamos á la niña en bosquejo, que, á no poderlo dudar, es el bello ideal de la humana felicidad.—Porque ustedes convendrán conmigo en que la perfectamente hermosa se vuelve con los años perfectamente fea; la coqueta parece entónces un diablo; la sensible, una codor-

niz; la elegante, una tarasca; sólo la mujer risueña parecerá entónces una mujer amable.—Por esto tiene entre las demas de su sexo pocas amigas, y no nace esto sólo de envidia, sino de temor; porque saben que las observa, se rie de ellas y las hiere con las poderosas armas del ridículo. Esto seguramente no es nada recomendable; pero ¿qué quieren ustedes? Hay almas de este temple, y afortunadamente para ellas sólo pueden mirar las cosas por su aspecto risible y figuron.

La mujer que pinto es una de estas almas privilegiadas.— Si escucha, por ejemplo, la relacion de una desafío por amores, se rie del muerto y de quien le mató por tan poco motivo; para ella una de las situaciones más cómicas del mundo es la de un hombre que se pasa un bala entre oreja y oreja, ó se quita la casaca para arrojarse de buena fe en las cenagosas aguas del Canal.—En el teatro no puede contener la carcajada cuando ve salir la copa de carton ó el puñal de hojalata; en los tribunales rie que se las pela de los manoteos del abogado ó de las narices torcidas del juez; en los debates políticos, de la impolítica de los oradores; y en la sociedad privada, rie de la fama de muchos sabios, de la felicidad de muchos matrimonios, de la riqueza de muchos comerciantes, del valor y arrogancia de muchos héroes. — Todos á encomiarlos y ponerlos en los cuernos de la luna, y ella rie que te reirás.

Muchos creen que tiene talento, porque habla de todo y mete mucho ruido con su alegría; pero, á decir verdad, no hace prueba de su ingenio sino para evitar las discusiones sérias; y así cuando las ve venir desde una legua, empieza á conjurarlas con su sonrisa, y cuando llegan á encresparse y la piden su parecer, suelta la carcajada, y deja á sus contrincantes con tanta boca abierta, creyendo que han dicho un disparate.

Tiénenla las demas mujeres por coqueta y un poco

más; pero es no conocerla; es no saber que su corazon es tan bailarin como sus ojos, y que sería imposible, por lo tanto, fijarle un solo momento con seriedad.—En vano su belleza y gracia picaresca trae á su retortero cien galanes más ó ménos sublimes, más ó ménos traducidos del frances; no bien los mira arquear las cejas, flechar los ojos lánguidos, doblar la rodilla y prepararse á hacer una declaracion calderoniana, complácese la maldita en interrumpirles con una salida tan exótica como ésta:—«Dígame usted, Carlitos, ¿le gustan á V. los pimientos en vinagre?»—Y deja al pobre galan en una situacion equívoca, y se pone de dos saltos en el balcon tarareando la mazurca de *Oriente* ó el terceto del *Elixir*.—Lo he dicho ya: es demasiado tonta para hacer una tontería formal.

Verdad es que este carácter mofador la impidió encontrar lo que en el lenguaje comun se llama una *posicion social;* es decir, un marido á quien entregar su libertad.—Y no puede ser ménos; porque todos los halla tan risibles, que acaban por ponerse serios y tocar retirada. Cual la parece demasiado formal para jóven, cual demasiado calavera para señor mayor; danla en ojos las descuidadas barbas del romántico, y se rie del clásico con su peinado *bisogné;* ridiculiza al uno porque se pone mal la corbata; al otro, porque se la pone demasiado bien, y al tercero, en fin, porque no se la pone de ninguna manera.—Desdeña á un médico porque lleva sortijas; á un militar, porque se pone pendientes; á un literato, porque gasta anteojos; á un abogado, porque le nombró á Ciceron.—No hubo forma de reducirla á aceptar á un progresista, porque era pretendiente, ni á un retrógado, porque era cesante, ni á un estacionario, porque era oidor; y hasta desechó á un hombre honrado porque se llamaba D. Lúcas, diciendo que era imposible que quien tenía tal nombre pudiese entender de amores.

Pues, á pesar de estos caprichos, es una mujer necesa-

ria en la sociedad, porque ella anima la conversacion; es secretária de todos los enredos amorosos; presidenta de todas las *galops*, y forma con las mamás y las tias la comision extraordinaria de comidas á la Alameda y viajes á Carabanchel.— Los años pasan por ella, ó por mejor decir, ella pasa por los años, sin que ni una ni otros se den por entendidos de ello; y con la misma gracia y buena fe con que se rió en distintas ocasiones de las funciones cívicas y de las procesiones del año santo, se rie ahora de los sabios improvisados y de los héroes de ciento en boca.

Ya os veo venir, señores moralistas, ya os veo venir; sin duda que vais á decirme que es cosa reprensible una mujer que convierte un salon en una galería de caricaturas; que renuncia á aquella reserva que el decoro y la buena educacion imponen á una jóven; que se expone con esta indiscrecion á las hablillas y á las sospechas..... Alto ahí, señores mios; ya he dicho que nuestra heroína es buena; sólo que la ha dado por reir; y díganme ustedes de buena fe : ¿merece otra cosa este siglo del fósforo, de los programas y de la limonada de gas?

Ella, en fin, conjura con su sonrisa sempiterna, no sólo los años, sino los trastornos y miserias que con ellos vienen; conjura con su fria carcajada los ardientes juegos del amor; con su labio desdeñoso, las petulantes demasías del orgullo; con sus lindos hoyuelos, las envenenadoras armas de la envidia; con su amable locuacidad, la compaseada etiqueta del salon; con su ingeniosa sencillez, los proyectos más dobles para rendirla.—En todas partes está, y en ninguna se está cierto de encontrarla; á todos contesta, y con nadie sigue correspondencia; mira, en fin, á la sociedad como un objeto de diversion; á los hombres y mujeres como los muñecos que la divertian en su niñez; al amor como un juguete, y la tertulia y el Prado como una tienda de tiroleses.



[redacted]

BOCETOS

DE

CUADROS DE COSTUMBRES.

(1840 Á 1860.)

[redacted]

EL GABAN.

«El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona»—decia un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta expresion, que no pasa de ser una necedad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaria á ser sentencia y apotegma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del hábito en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas;—desde Diógenes, que se vestia con una tinaja, hasta Mad. Sand, que gasta levita y espuelas;—desde la acerada cota de Pelayo hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificacion hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona», es todavía más fácil de probar; y si no, hagan ustedes una prueba, señores lectores: abandonen por unos dias guantes y levitas; vistan chaquetas y zaragüelles, calcen abarcas y sandalias, y échense luégo de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y paseos; verán entónces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero, en fin, resumiendo en una ambas calificaciones,

no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresion de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los más profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la Media Edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropajes musulmanes, la primorosa simplicidad india ó la ostentosa variedad pérsica, plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI al XVII, cuando, terminadas ya las guerras interiores, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnes, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia, regida por una misma mano y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recien incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad, que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿No advertirémos en sus variados córtes y coloridos, sus plumajes y cimeras, el reflejo áun reciente de la ostentacion oriental?—El capotillo en los hombres, ¿no era una consecuencia del albornoz árabe?—La mantilla de las mujeres, ¿no venía directamente del velo musulman?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primor de las plumas y bordados la altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demas pueblos prestó por entónces al traje español una extremada variedad y rique-

za, tomando de todos ellos aquella presea que más halagaba al entónces justo orgullo nacional.—El sombrerillo de terciopelo aleman, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana y el oro, plumas y pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes pelucones de la córte de Versálles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia, hallaron una sociedad dispuesta á vestirla.—Los elegantes de entónces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luégo de concluida la guerra de Sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas, por su parte, siguieron el movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la córte de Luis XIV fué desapareciendo igualmente con su memoria, y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Cárlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter ménos risueño, sin tanto adorno ni colorin, pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza;

resabios de la moda extranjera;
aquella indecision propia de socie
y al paso que los *currutacos* y la
chupetin y redecilla, calzaban za
con sombrerones, los *petimetres* y
daban todavía respeto hácia la cas
la honrada chupa y el clásico esp

Pero vino Napoleon (que era u
Europa la uniformó.—Nuestros so
y botines, sombreros tricornios y
dolmanes y chaquetas francesas, s
ingleses.—El paisano, siguiendo
uniformidad militar, adoptó gene
el *frack*, y la elegante dama oste
vor de los pliegues de la *dulleta* y

Los *petimetres* habian sustituid
elegantes acabaron con los *petimetr*

Desde entónces, y luégo que pa
Napoleon, se empezó á reflejar en
bre de las ideas, la inconstancia del

mal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los petimetres) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas *á la bombé*, con nuestros talles altos y peinados *á la girafa*, de pronto venía de París la órden de ensanchar las bragas y aplastar las botas, de bajar el talle ó arruinar el moño;—al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con cartera, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordonadura, sus pieles los rusos, y los italianos sus gros.—Y no habia más remedio que seguirlos á la carrera, porque ¡desgraciado el hombre ó la mujer (entónces no se decia la mujer, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la órden, que no necesitaba más para perder su reputacion, y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir!*

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha, todas las botas de campana, todas las levitas de cúbica, todas las basquiñas de alepin morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo *carrikes* á la Wellingthon, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas, y no de una sola.

Al traves de todas estas circunstancias descubríase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba tambien el de la sociedad; y este pensamiento, de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos.—Fué, pues, ésta la épo-

ca del similor y del abalorio, así como la anterior lo había sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatras, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer; por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata; hicieron inverosímil el chaleco; desdeñaron cadenas y oropeles, y sólo transigieron por la decencia con un modesto y abrochado levitin.—Ya desde entónces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y fea catadura; y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegues de las damas fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinesco ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban*, que no es más que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que, siguiendo esta progresion, lleguemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adan, que es más fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido*.—Las damas (ahora se dice *las mujeres*) han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir, han ido adicionando á sus personas, en términos que, si ántes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *crinolina* (léase *miriñaque*) para el armazon, con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo, y todas tienen el aire de campanas ambulantes ó de hormigas en dos piés.

Resumiendo. — Hemos visto á nuestro siglo de oro representado por las gallardas armaduras y los preciados jaeces, tomando éstos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á

un siglo de prestada bambolla, y de postizo y extranjero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luégo la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frack uniforme despues, la influencia militar;—la variedad interminable de los trajes, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía, como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal, como en las acciones; se encubre la variedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda jerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en el *gaban*.

1840.

CUATRO PARA UN HUESO.

Hasta los tiempos que corren se ha venido repitiendo, y no sin razon, que una de las grandes calamidades que han influido en el decaimiento de nuestra España era el furor que á todos aquejaba de lanzarse á los empleos públicos; y para explicarnos con una palabra técnica y popular, la *empleomanía*.—Que ella alejaba de los estudios útiles, de los campos y talleres á una inmensa masa de ciudadanos, los cuales hallaban más cómodo asegurar su subsistencia y adquirir honores á trueque de un trabajo material ó limitado, que romperse la cabeza en sólidos estudios ó en mecánicas faenas, para abrirse paso á una de las pocas carreras llamadas independientes.—Y que, en fin, el halago de los oropeles cortesanos, la ambicion de las altas posiciones en la escala social, sacaba de su quicio á la imaginacion más modesta, y la hacian desdeñar otros caminos por éste, que se apellidaba el camino real de la fortuna.

Ahora, bendito Dios, sucede todavía lo mismo; pero acontece con esto como con todas las costumbres inveteradas, que duran aún largo tiempo despues de haber desaparecido el objeto: como en aquellas romerías que el pueblo sigue por rutina, áun despues de haber dejado de existir el santuario; como aquellos paseos de viejo celibato ante los cerrados balcones de su difunta beldad.

Con efecto, la manía sigue, pero ha desaparecido el empleo; la romería progresa, pero quedó allanado el santuario; la adoracíon existe, pero ha huido del templo la deidad.

Y véase de qué modo indirecto, providencial y digno de todo encomio hemos llegado, ó vamos á llegar, al punto término tan ansiado de economistas y filósofos, al punto en que los empleos sean tan poco ansiados, que haya que imponerles bajo multas y apercibimientos.

Todo esto se ha conseguido por medio de un ingenioso mecanismo, que no se sabe qué admirar en él más; si la sencillez del procedimiento, ó el poco discurso de nuestros mayores, á quienes les fué desconocido.—Este descubrimiento mágico y sublime está dicho en dos palabras: —descubrimiento contra la avaricia.—Anular el valor de la moneda.

En primer lugar, ha desaparecido á fuerza de manosearle el barniz aristocrático de los cargos públicos, con la simple operacion de levantar su estanco, quiero decir, con ampliar á todo el mundo el innato derecho antiguo de ciertos nombres, de ciertas familias, de ciertas condiciones.—Esto es muy justo, y hoy dia, sin necesidad de pruebas de nobleza, de saber, ni áun de probidad, puede cualquier hombre, siquiera sea un vendedor de fósforos ó un sastre remendon, echar el ojo á aquella plaza que más le cuadre, y embestirla de frente; que por poco que acometa, de seguro la ha de rendir.

Luégo las hemos declarado todas *al quitar*, y no perpétuas como ántes; con lo cual cada quisque puede tener el gusto de saborear por cuatro ó seis meses una excelencia ó señoría, y dejar luégo el puesto al segundo galan.—Con este ingenioso procedimiento ha desaparecido tambien la golosina del uniforme; porque necio será el que gaste en hechuras y bordados para tres ó cuatro re-

presentaciones que le tocan en esta farsa; pudiendo alquilarlos pór dias en la plazuela de Santa Ana ó en las roperías de la calle Mayor.

Seguidamente, hanse reducido los emolumentos á tablas de proporcion; por ejemplo:—Tiempo de servicio, seis meses. Item de abono, dos.—Los cuatro restantes se inscriben en el gran libro del destino, y el destino los guarda allí.

Por último, y para complemento de este mecánico sistema, se ha subdividido cada empleo en cuatro lotes, ó sea más bien en un premio y tres *accésit*, á saber:—empleo de presente,—empleo de pasádo,—empleo de futuro,—sobresaliente á empleos;—ó sea dicho de otro modo: el poseedor, el pretendiente, el jubilado y el cesante.—Los últimos viven de memorias; el segundo, de esperanzas, y el primero, de caridad.—*Cuatro para un hueso.*

No sé yo cómo se atreven á decir nuestros dramaturgos que no encuentran en nuestra sociedad tipos originales que ofrecer en el teatro.—Si ellos la estudiáran con la conciencia de filósofos; si ellos no desdeñáran sus naturales caractéres por las inverosímiles creaciones é insustanciales peripecias de sus novelas dialogadas, á fe mia que habian de encontrar tantos y tan variados cuadros, tantos y tan nuevos colores en esta España que se deshace, como en la ya hecha supieron hallar Cervántes y Calderon, sin necesidad de acudir para ello á las consejas convencionales de Scribe ni á los fantásticos abortos de Dumas.

Y sin salir de nuestro argumento de hoy, ¿de qué sociedad, sino de la nuestra, podrian copiar un pretendiente sin más méritos que el de serlo, y un cesante con ellos, un jubilado de por vida, y un poseedor sin posesion?

Y ¿no es tipo único el de un hombre trepando cuestas y arrostrando tempestades para llegar á una altura adonde sabe que no existe más que un árido arenal?

¿No es grupo interesante el del colegial que envidia al funcionario, y el funcionario que echa miradas ávidas á la modesta hortera del colegial?

¿No hay algo de cómico en el retirado que estira los años de su servicio, y el poseedor que tiene que acortarlos para equilibrarlos con el presupuesto de ingresos?

¿No son del género sentimental la viuda y el huérfano que elevaron un monte de esperanzas, y á dos por tres le vieron convertido en un valle de lágrimas y desengaños?

En todos los países hay—se nos dirá—pretendientes y empleados;—sí, responderémos; pero en aquéllos, para serlo han de preceder estudios, méritos ó servicios; y aquí de nada de esto se necesita.—Allí, una vez conseguido el empleo, basta cumplir con su obligacion para conservarle, y aquí es lo suficiente para quedarse sin él.—Allí los años tienen doce meses, y los meses una mesada, y aquí hay al cabo del año cinco mesadas ó seis.—Allí hay una tajada más ó ménos grata para uno solo, y aquí hay por lo ménos cuatro para un hueso á medio roer.

Ahora bien, señores dramáticos : ¿no hallan VV. en estos tipos aquella originalidad, aquella *vis cómica* que tanto pregonan?—Pues entónces reniego de su ojo dramático; compren un Taboada y métanse á traducir.

1841.

LAS TRADUCCIONES.

La manía de la traduccion ha llegado á su colmo.—Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el dia otra cosa que una nacion *traducida*.—Los usos antiguos se olvidan y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*.—Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en inglés, cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de Hahnemann; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité*, y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los más cantábiles de *Arturos* y *Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del frances que esté *al corriente* de este *modo de ser*, de estas *maneras sociales*, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducomanos que han de darle en qué pensar.—Y yo, que para servir á VV. pienso ahorcar mi originalidad en las aras de la moda vigente, púseme á discurrir dias atras, en uno de estos *apartes* que suele tener todo escritor, sobre

qué lengua escogeria como blanco de mis iras, diciendo poco más ó ménos :—«Señor, el traducir del frances es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen, que apénas salen á lector por barba; el italiano tan sólo sirve, segun parece, para la música, y entónces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor; el inglés..... ¡es tan peliagudo esto del inglés!..... ademas, que los ingleses apénas escriben comedias, que es lo que importa; el aleman, el ruso..... ¡vaya V. á entender estas lenguas de perros! el portugues..... pero ¿qué se ha de traducir del portugues? Pues luégo, ¿qué traduciré yo?.....

¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado más gabachas que ántes de pasar los Pirineos?—No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los ensueños fatídicos de los vates no comprendidos?—Tampoco; porque entonces nadie los querria comprender.

¿Traduciré de la germanía política los discursos de fondo de los periódicos?—Ménos; porque entónces acaso vendrian á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entónces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la jerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero, en fin, en medio de este soliloquio, ocurrióme una idea, y fué que la más útil traduccion, y la ménos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si, como decia álguien :—«El dón de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad», era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad.—Ejemplos:

Cuando oigo á D. Pánfilo hablar mal de Gobiernos y sistemas; fruncir el labio al oir nombres ó discursos, y

lastimarse del estado mísero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á D. Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que D. Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su traje y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y áun escasamente para zapatos.

Si un amigote de estos que uno tiene y que no sabe cómo se llaman, viene un dia haciéndome cortesías, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon: —«Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero.»

«Usted me confunde con elogios que no merezco» (me dice D. Hermógenes cuando me estoy riendo de él).—*Quiere decir:* «V. me tributa los elogios que yo le exijo.»

Un sujeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades; que habia andado cincuenta y más leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de dia, y sin descansar.—Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes..... «Este hombre, *traduje*, ha viajado como un baul.»

¿Cuántas varas necesito para una levita?—Hay opiniones: tantas, segun el señor Tal; cuantas, segun el señor Cual.—*Traduccion libre.*—El señor Tal es ménos traducido que el señor Cual.

—«¡Qué tonta estuvo anoche la Paquita!»—(dice doña Mencía con intencion). Y yo *traduzco:*—La Paquita estuvo ayer más hermosa y obsequiada que otras noches.

—« Desengáñese V., se ha perdido el gusto; el público

es ignorante», dice D. Eleuterio.—*Traduccion literal:*— El público cree que el ignorante es el autor.

—« Disimule V., no tengo suelto», *quiere decir:* «No quiero soltarlo.»—¿Por qué se marcha V. tan temprano?, *puede traducirse:* Váyase V. cuanto ántes.»—El hablar del tiempo frio suele ser temporal frialdad de la conversacion.—A veces las convulsiones de Narcisa pueden traducirse por *antojos;*—las cortesías de D. Silfido, por *memoriales;*—las ocupaciones de D. Cornelio, por *condescendencias para con su esposa;*—la amistad de D. *Cenon*, por *impulsos de su estómago;*—y á veces escribir un artículo como el presente lo traduzco: *emborronar papel.*

1840.

EL INCENSARIO.

MÚSICA CELESTIAL.

«Hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros.»
MORATIN.

La perfeccion social va creciendo entre nosotros, en términos que no es fácil averiguar adónde vamos.

Cuando hayamos acabado de fijar (que ya nos falta muy poco) cuál es la mejor forma de Gobierno posible; cuál es la sociedad más adelantada, más feliz, más justa, más inteligente; — cuando todo hombre se resuelva en derechos y no le aqueje ningun pícaro deber; — cuando, en fin, esté probado como dos y dos son cinco que no nos equivocamos, ni en materias religiosas, ni en achaques políticos, ni en cosas de ciencias, literatura y artes; —entónces ¡oh! entónces (digo yo para mi capote) ¿qué es lo que va á pasar aquí? —¿Y qué les dejamos que saber ó que gozar á los que vendrán despues, si tanta prisa nos damos los presentes á gozar y sabérnoslo todo?

Por fortuna, este término no está léjos, y casi casi da gana de pensar que estamos, como quien dice, tocándolo

con la mano; y que no ha de mediar el feliz siglo décimonono sin que hayamos resuelto el problema de reducir al país á un estado de beatitud diáfano, transparente, vaporoso y fantástico, en que todos seamos sabios, ricos, justos y benéficos, y la España entera un paraíso de Adanes, ménos las serpientes y los camuesos.

Por de pronto hemos descubierto que todos somos sabios ya.—Que nuestras obras prosáicas y poéticas, periódicas y fijas, sólidas y líquidas, son todas admirables, inimitables, inverosímiles, enormes y patagónicas.

Y no hay que tomarlo á pulla, señores lectores; que somos nosotros los que se lo decimos, y cuidado con lo que nosotros digamos, porque ya se sabe que somos los órganos de este coro.

No, sino acérquense á cualquiera de las honradas librerías de esta heroica capital, y á trueque de algunas monedas de vellon y de tales cuales malas razones del librero, tómense la pena de repasar las columnas de los periódicos diarios, tercianarios, hebdomadarios, quincenos, mensuales ó trimestrinos.

Verán en todos ellos consignada nuestra opinion sobre nuestras propias opiniones.—Miraránnos extasiados de inefable placer al recomendar al lector pagano nuestros propios escritos.—Observarán (si no lo han por enojo) que mirados bien, todos somos hombres grandes, genios *no comprendidos*, colosales, piramidales y chimboráceos. —Que en comparanza nuestra, Homero y Cervántes eran dos monaguillos.—Que aquí, donde nos ven, todos somos *distinguidos*, y ninguno soldado raso.—Como si dijéramos, licenciados, arciprestes, doctores en letras, en artes, en invencion.

Sabrán de oficio que todos tenemos nuestra *mision*.—Cuál de revelar á España los sucesos que han pasado por ella, en los términos que nosotros queremos que debieron

pasar.—Cuál de pintarla pindáricamente el grado de felicidad que alcanza, para distraerla de sus dolores y ahogar sus gemidos con nuestra *música celestial.*—El uno, de adormecerla con el suave narcótico de sus fragmentos poéticos, que si no tienen principio, tampoco se les ve el fin.—El otro, la de hacerla el *bú* con sus peripecias dramáticas, sus monstruos coronados, sus amantes sombríos y sus hidráulicas víctimas.

La crítica, que en tiempos fatales, ominosos, ignorantes y nimios, andaba armada con toda una espetera de crisoles, compases, anteojos y escalpelos, ha debido tomar el portante y marchar á otros países, v. gr., Alemania, Prusia ó Inglaterra, donde todos son pobres petates, y dejarnos á nosotros que nos midamos y pesemos á nuestro antojo y segun nuestro leal saber y entender.

Nosotros, entónces, nos hemos declarado *en junta;* hemos abreviado el ceremonial y convertido el crisol en *incensario,* pasándolo mutua y cordialmente de mano en mano, con un ejemplar de nuestros escritos, para quemar, no éstos, sino en obsequio de ellos, ya el arabesco incienso ó peruana vainilla, ya la rústica juncia ó el honrado espliego.

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compas del oscilatorio pebetero cánticos de *hosanna,* estrambotes y áun estrambóticos de..... «*Ecce homo.*» «Mirad al hombre grande, fantástico, rutilante, providencial; escuchad su voz; admiradle, profanos, glorificadle, encarecedle, y sobre todo, comprad su obrilla, que no hay más que pedir. Véndese en la librería de..... Cuesta 14 reales.»

El público, el pobre público, aturdido, atortolado, asfixiado con aquel humo, con aquel incienso, con aquel ruido, corre de aquí para allí, y se empina de puntillas, y enristra los anteojos para descubrir al gigante—y acierta

á distinguirle allá arriba, muy arribota, en hombros de los demas, tamaño como un cañamon. — Con lo cual da al diablo su miopía y catalejos; y luégo corre á buscar el camino de la librería para adorar á aquel dios en su templo. — Pero..... ¡oh veleidad! — No bien ha dado tres pasos, cuando ya va diciendo para sus adentros: — «¡Eh, qué diablos! lo mismo decian de mi vecino, y es un porro.»

Con esto, y con ver cruzar á la sazon á una pícara rapaza de diez y ocho abriles, con dos ojuelos brillantes como luceros, ó sentir al pasar por la plaza el olorcillo de los jamones de Caldelas ó de las truchas del Barco de Avila, luégo al punto pone en olvido al pregonado autor, y corre á colocar sus monedas en manos de la niña retozona ó del honrado mercader.

Sin embargo, despues de regalarse con la carne ó el pescado en cuestion, quédale todavía un ruido sordo, un cierto rum-rum de la pasada pesadilla, y va repitiendo *gratis et amore* á todo el que quiere oirle que «Fulano es un grande hombre», «que sus obras son muchas obras» y..... — ¿Las ha leido V.? — No, señor, pero..... — Yo tampoco.

Entre tanto, el *incensario* quema que te quemarás; y no bastándole ya los aromas pérsicos ni los tomillos de la Alcarria, quema ajos y cebollas fritos en aceite, con que promueve en el concurso una tosecilla seca, que déjelo usted estar.

Y luégo coge uno de los acólitos incensadores cualquiera trozo de la obra incensada, y se lo encaja al público, echándole en el incensario, que es lo mismo que dar con él en las narices al autor. — Por cierto que el olorcillo que suelen dejar los tales papeles no es de lo más grato, que digamos, con que se arma allá arriba una nube de vapores de hombre grande, que el diablo que aguarde su resolucion.

Y sigue la rueda, y continúa el bamboleo; y entre cánticos y silbidos, castañetas y repiquetes, queda dormido y narcotizado sobre rosas el embalsamado autor, al tierno arrullo del *rondó* final:

Hoy por tí,
Mañana por mí:
Solos nosotros valemos aquí.

CORO.

Incensémonos,
Incensémonos,
Porque es bien que nos incensémonos.

LA VIDA SOCIAL EN MADRID [1].

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los hijos de Madrid son en general vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad y entusiastas por las modas. Afectan las costumbres extranjeras, desdeñan las patrias, hablan de todas materias con cierta superficialidad engañadora que aprendieron en la sociedad, y si bien el ingenio precoz que les distingue hace concebir de ellos las más lisonjeras esperanzas en su edad primera, la educacion demasiado regalada, las seducciones de la córte, y otras causas á este tenor, cortan el vuelo de aquellas facultades naturales y les hacen quedar en tal estado. Así que, brillando por su elegancia, sus finos modales y su divertida locuacidad, se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando el pri-

(1) Para dar fin á esta variada galería de *Tipos y caractéres*, y contrayéndome, por una inclinacion irresistible, á los de la localidad, reproduciré aquí esos bosquejos de la vida madrileña, escritos desde 1851 á 1860, y que vienen á formar un cuadro especial.

mer lugar en su mismo pueblo á los forasteros, que con más paciencia y ménos arrogancia, vienen á vencerlos sin encontrar apénas resistencia de su parte. Su físico es agradable, aunque se resiente de las mismas causas que el moral, y no pudiendo desenvolverse completamente, les hace permanecer pequeños, en general, delgados y enfermizos. Sólo saliendo de su pueblo varian de aspecto y áun de ideas, y entónces se ve de lo que serian capaces con otro método en sus primeros años.

Los provincianos, que forman la mayoría de los habitantes de Madrid, dejando su país, tal vez por las mismas causas, vienen á la córte, y léjos de sus familias, entregados á sí mismos, y sin las consideraciones orgullosas que inspira la presencia de sus compatriotas, adquieren más solidez en sus ideas, van derechos al fin, y no repugnan las privaciones y la paciencia necesarias para ello. Colocados en el puesto que anhelaron, se identifican con el pueblo que los ha visto elevarse, se confunden con sus naturales, adquieren los modales de la córte, y todos juntos forman la sociedad culta de Madrid, sociedad en que reina el buen tono, la amabilidad y una franqueza delicada.

Esta mezcla de costumbres, estas distintas condiciones de magnates distinguidos, empleados en favor, opulentos capitalistas, pretendientes, caballeros de industria y paseantes en córte, dan á este pueblo un carácter de originalidad no muy fácil de describir. El trato es superficial, como debe serlo en un pueblo grande, donde no se conoce con quién se habla, ni quién es el vecino. La confusion de las clases es general por esta causa; las conversaciones, tambien generales por los diversos objetos públicos que cada dia las ocasionan; las diversiones, frias y sin aquel aire de alegría y franqueza que da á las de nuestras provincias la circunstancia de conocerse todos los que las componen; pero de esta misma causa nace tambien la con-

veniencia de poder vivir cada uno á su modo, sin el temor de la censura y de los obstáculos que presenta un pueblo pequeño.

¿Y las mujeres? se dirá: ¡qué! ¿no merecen ser nombradas en estas observaciones? ¡Y tanto como lo merecen! Ellas regulan nuestra sociedad; ellas incitan al hombre á todas sus empresas; ellas nos hacen pretendientes, comerciantes, empleados, literatos, héroes; sus caprichos dirigen nuestros cálculos; sus necesidades fingidas nos crean las verdaderas. Si esta regla es general en todas partes, ¡con cuánta mayor extension no deberá aplicarse á un pueblo donde el deseo de lucir, el lujo extravagante, las contínuas ocasiones de arruinarse, y en fin, la adoracion tributada únicamente al fausto exterior, disculpan en cierta manera y autorizan los caprichos mujeriles! Con efecto, es general el deseo de cada uno de sobrepujar á sus facultades. La mujer del artesano se esfuerza á parecer señora; el empleado consume su corto sueldo porque su esposa brille al lado de la marquesa; ésta gasta las enormes rentas de su esposo por igualar su tren al de los príncipes, y todos se arruinan ante el ídolo funesto de la moda..... ¿Pero ¿adónde vamos á parar con estas tétricas ideas? ¿Y qué? ¿habrá de olvidarse la finura, la elegancia que esta misma moda de las madrileñas presta á su trato? Si su educacion se ve descuidada en los puntos económicos, ¿quién las iguala en las artes de recreo y en los talentos de sociedad? ¿Quién sabe trasladar mejor los armoniosos cantos de Verdi ó de Meyerbeer? ¿Quién baila, rie, juega, burla, reprende y seduce con más gracia á sus numerosos adoradores? ¿Quién sabe unir el sentimentalismo de las novelas con la más amable coquetería? ¿Quién en modales, en vestido, y áun en lenguaje, sabe hermanar la gracia nacional á la extranjera, formando una peculiar, que podrémos llamar *gracia matritense?*

¿Quién..... Pero basta lo dicho para formarse una idea de su carácter. El físico es interesante: pequeñas, bien formadas, facciones lindas, talle airoso, color quebrado y aire distinguido: tal es el verdadero retrato de las madrileñas.

Las costumbres del pueblo bajo han mejorado algun tanto, y áun llegarian á ser más templadas sin las contínuas ocasiones de disipacion y bullicio que ofrece á cada paso nuestra capital con la multitud de fiestas, toros, romerías y el prodigioso número de tabernas.

No nos meterémos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el orígen de esta parte del pueblo de Madrid, apellidada la *Manolería*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de Lavapiés, aunque rebosando tambien á los inmediatos de Embajadores, el Rastro y las Vistillas (1). Para nosotros es evidente que el tipo del *Manolo* se fué formando espontáneamente con la poblacion propia de nuestra villa y la agregacion de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la córte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la córte, vinieron tambien, aunque con más modestas ó menguadas pretensiones, los alegres habitadores de *Triana*, *Macarena* y el *Compas* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riaran*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba, y las *Venti-*

(1) Estos son los *barrios bajos* propiamente tales, aunque los de la parte alta denominados *Maravillas* y el *Barquillo* se hallan tambien comprendidos en gran parte en la misma categoría.

llas de Toledo, y demas sitios célebres del *mapa picaresco de España*, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote;* todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases más humildes de nuestra poblacion matritense, adoctrinándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los Manolos madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la travesura y viveza valencianas, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Este tipo del *Manolo de Madrid*, segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó *Goya* pintado en sus caprichos, y en sus deliciosos sainetes el picaresco *D. Ramon de la Cruz*, y yo mismo (que áun le alcancé) he procurado *fotografiar* en varios de mis *Cuadros de Costumbres* (1), ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje; sus oficios más favoritos continúan siendo, como en el siglo pasado, los de herrero, zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituian hasta hace pocos años los gremios de *chisperos*, *traperos* y otros; abandonada ya la coleta y redecilla, el calzon y chupetin, el capote de mangas y el sombrero apuntado, con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modi- imitacion de los de Andalucía y de clases más elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta conficado con la multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar más que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de

(1) Véanse entre otros los titulados : *El Paseo de Juana*, *La Capa vieja* y *El Baile de Candil*, *El Dia de Toros*, *Requiebros de Lavapiés*, *El Entierro de la Sardina*, etc.

color saliente, asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalon ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El sombrero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido generalmente trocado por el sombrerito calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavía ningun *Manolo.*

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni orígen que el propio con que quiso denominar al famoso personaje de su burlesca *tragedia para reir y sainete para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Quevedo, Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *Manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca *la Salada*, Jeroma *la Castañera,* Marica *la Ribeteadora*, Pepa *la Naranjera,* y Colasa, Damiana ó Ruperta, las floreras, fruteras, rabaneras ú oficialas de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiereza y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar, sin conseguirlo, la gracia, traje y modales peculiares de la Manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus remedos, su indómita arrogancia y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las

grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron adversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus excesos, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1823, 1834 y 1843, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *lairones*, de los *trágalas* y las *pititas.*—Desde entónces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del Gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces más halagüeños de una sociedad culta, y extendiéndose tambien en aquellos barrios extremos, con el aumento y mejora del caserío, una parte de la poblacion más acomodada, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes. Ya no choca el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorro* ni los hombres con *futraque* ó *levosa;* los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreándose á cada esquina; ántes bien se recogen en las benéficas *Escuelas Pías* y de *Párvulos* de las calles del Meson de Paredes, Espino, de Atocha ó de Belen. Las Manolas no serpentean ya todo el dia con sus trajes ondulantes y campanudos (excepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y *silenciosamente* en la fábrica de cigarros ó en los particulares obradores de zapatería, sastrería y otros; los Manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legítima y segura, si bien no curados enteramente de

versas épocas del año prestan vário colorido á nuestra sociedad matritense, y la hacen, á juicio de los mismos extranjeros, una de las más gratas, animadas y cultas de Europa.

Debemos suponer que el forastero al presentarse en ella cuenta afortunadamente con aquellas dotes naturales y adquiridas que constituyen un cumplido caballero, y que por sus relaciones y posicion social puede prometerse hallar acceso fácil y halagüeño en lo íntimo de nuestra sociedad. Ante todas cosas, preciso es que se persuada de que en un pueblo tan numeroso y compuesto de tan distintos elementos ha de ofrecerse aquélla á su vista bajo todas las fases; pero como lo suponemos dotado de buena educacion, regular criterio y filosofía, desde luégo nos inclinamos á aconsejarle que estudie y observe bien ántes de juzgar en todas las ocasiones que la necesidad ó el capricho le brinden. A ayudarle, pues, en esta concienzuda tarea es á lo que tienden hoy nuestras ligeras observaciones.

En las páginas anteriores indicamos algunos rasgos característicos de los naturales de Madrid, y dijimos allí (sin que creamos que por ello se nos acuse de apasionados) el ingenio natural, los elegantes modales y la benévola franqueza que distinguen á la juventud madrileña, y que la hacen acoger al forastero con cordialidad, dispensarle sus favores y hasta cederle el puesto en el teatro cortesano. Esta justicia, por lo ménos, debe hacerse á los hijos de Madrid, que repugnan la intriga y la ambicion, desconocen la envidia, y tal vez por estar acostumbrados á mirar lo efímero del poder, le tienen en poco, sonrien desdeñosamente á los esfuerzos que miran hacer por alcanzarle, ó combaten con satírica ironía la ofuscacion y deslumbramiento de los que le alcanzaron. Esto, ciertamente, no es ni puede ser lo más provechoso para ellos, pero sí para el forastero, que acogido desde el primer

momento en su intimidad, abiertas para él las puertas de las sociedades públicas y privadas, facilitadas las relaciones, y aseguradas en boca de los naturales otras tantas trompetas de su fama, puede aprovechar los momentos, ir derecho al fin que anheló, elevarse sobre tan próvido pedestal, é incorporarse naturalmente en una sociedad que así le tiende los brazos y le humilla todas las barreras.

Ni son sólo los naturales de la córte los que así conspiran para atraer á su centro á las notabilidades provinciales. En el extenso recinto de ella, y formada como las capas de la tierra por superposicion sucesiva, existe siempre una grande hijuela, acaso compuesta de la parte más importante y vital de la poblacion de cada provincia, de cada ciudad, de cada aldea, adonde el forastero encuentra naturalmente desde sus primeros pasos el más decidido apoyo en su carrera. Los destinos públicos de la Administracion, la magistratura, la milicia y la Iglesia; las sociedades científicas y literarias, la industria y el comercio, cuentan respectivamente una parte proporcional de andaluces y catalanes, montañeses y vascongados, asturianos y gallegos, aragoneses y castellanos, extremeños, valencianos y manchegos. Allí naturalmente, en su respectiva seccion de compatriotas, encuentra el recien venido el núcleo de su sociedad futura, el gérmen de su fama ulterior. Ellos le tenderán cordialmente la mano, ellos le pondrán en evidencia, ellos le ayudarán en su tarea, y ya sea pretendiente ú orador, ya comerciante, literato ú hombre de mundo, puede contar con que los primeros aplausos que escuche en la capital del reino ha de oirlos seguramente en el dialecto provincial que le arrulló en la cuna.

Pero tambien no se persuada de que tan lisonjero triunfo, que tan próvida ovacion, hijos sin duda de su talento ó de su fortuna, han de llegar tan pronto y sin mezcla de sinsabores. Reconozca filosóficamente la diferencia que

la distinta posicion, el diverso teatro, suele causar en los hombres, y más si son actores cortesanos y saben la importancia de su papel. No pocas veces hallará desdenes donde esperaba favores, extrañeza donde recordaba intimidad, celos donde buscaba ternura, y hasta en los lazos de la sangre desconocimiento ó aversion. En este punto, su estrella, su ingenio y su tacto exquisito para no herir susceptibilidades, son las únicas salvaguardias que han de preceder al recien venido; sobre todo le recomendamos el sufrimiento, la constancia y el trabajo, seguro de que como él valga realmente alguna cosa, como él insista y consiga al fin hacerse útil ó necesario, tiempo tendrá de recoger ámplia cosecha en el campo del favor.

La introduccion privada del forastero en la sociedad madrileña es fácil y sencilla hasta el extremo. Una simple carta de recomendacion, una relacion de vecindad, tal cual modesta tertulia, un encuentro casual en una visita, en un sarao, en un viaje, son causas suficientes para ofrecerle con franqueza una casa, son pretextos plausibles para volver á ella á visitar á sus dueños. Suponemos á nuestro forastero de bastante discrecion y escogidos modales para pretender aconsejarle en este caso; la escala del ceremonial entre nosotros es muy corta, y tal vez se resienta de demasiada franqueza y buena fe. Sin embargo, el hombre para quien la galantería no es una serie de fórmulas fingidas, y sí una obligacion de deferencia y de bondad, debe conocer sin necesidad de pedagogo hasta dónde su presencia es grata ó importuna, á qué punto concluye la satisfaccion de la persona visitada para dar lugar á la obligacion de la etiqueta, cuáles son palabras de cortesía y cuáles expresiones del corazon; y procediendo con arreglo á ello, no prodigar sus gracias, ni disimularlas hasta oscurecerlas; no confiarse del todo, ni recelar tampoco demasiado; no aparentar tibieza por los objetos

nuevos que la córte le ofrece, ni tampoco exagerar su admiracion hasta un ridículo extremo de candidez.

En un pueblo como la córte, grande y agitado, el tiempo adquiere naturalmente más valor que en las provincias; las relaciones y visitas no pueden ser, por lo tanto, tan íntimas y frecuentes, ni llevar el rigor al extremo de exigir que todas le sean devueltas inmediatamente; conviene, pues, al forastero calcular las horas convenientes á cada casa, á cada persona, á cada edad, y para ello le será muy oportuno informarse anticipadamente de sus usos, pues en la época de transicion en nuestras costumbres que atravesamos, aquéllas varian hasta lo infinito, de suerte que la hora de comer, por ejemplo, comprende en Madrid desde las doce del dia, en que empiezan los jornaleros, hasta las ocho de la noche, en que concluyen los magnates y embajadores. El uso general en la sociedad decente es comer entre cuatro y cinco de la tarde, y por lo tanto, las visitas familiares ó de ceremonia pueden convenientemente hacerse entre dos y cuatro. Para ser recibido por la noche en *tertulia* de confianza es preciso ser invitado expresamente á ello, pues de lo contrario, puede exponerse el forastero á causar molestia con su presencia, y de ningun modo parece regular, áun en otro caso, presentarse ántes de las nueve ni retirarse despues de las once ó las doce.

El traje, los modales y ceremonias apénas se diferencian en la córte de los generalmente adoptados en la culta sociedad de las principales capitales de provincia; sin embargo, el recien venido es una carta cerrada, y hará muy bien en cuidar esmeradamente de aquel sobrescrito de su persona, y estudiar en los modales cortesanos ciertos matices delicados, ciertas indescriptibles pequeñeces, que forman el colorido del trato de Madrid y marcan con un sello especial su amable sociedad. En este punto, si el forastero es jóven, bien pronto le inocularán en estos misterios dos

bellos ojos ó una grata sonrisa, y si fuese viejo y observador, ¿á quién le remitirémos?..... á los libros de Séneca ó á los *Caractéres* de La Bruyère.

Nuestra sociedad, afortunadamente, no alcanza aquel grado de magnífica perversidad ó refinada *civilizacion*, al decir de nuestros vecinos transpirenáicos, de que ofrecen espejo fiel sus memorias contemporáneas. Sabemos por ventura poco, y no sentimos la necesidad de envolver nuestros extravíos en esa elegante gasa recamada de oro, en ese perfume oriental, que revelan en la más alta escala de la sociedad parisiense las ingeniosas novelas de Balzac, Dumas, Sand, y Soulié. Tampoco la desigualdad de las fortunas es tan extrema, la grosería y el libertinaje tan atroces como los pinta Eugenio Sué en su célebre obra de *Los Misterios de París*. Nuestros deslices, hijos del corazon más que de la cabeza, no están tan bien calculados para producir efecto dramático. Tenemos unidad de creencia, y creemos todos; el disimulo y la hipocresía entran por poco en nuestras costumbres; los deseos no son tan violentos ni ilimitados; la ilustracion no es mucha en las clases elevadas, ni tampoco demasiada en las ínfimas; hay en unas y otras, sin duda alguna, delitos, pero en todas domina el instinto religioso y cierto buen juicio y rectitud natural.

Dejando, en fin, estas observaciones generales, de que no hemos podido prescindir, entremos ya en aquella rápida reseña que hemos prometido, de los usos establecidos en la vida animada de este pueblo, que al paso que suministren nuevos datos para juzgar por ellos de su índole distintiva, sirvan tambien de pauta para arreglar el empleo del tiempo y la oportunidad de alargar más ó ménos su permanencia; para ello nada nos parece más conveniente que recorrer rápidamente las várias estaciones y meses del año, dando una ligera ojeada sobre las ocupaciones y placeres que le brinda Madrid en este período.

UN AÑO EN MADRID.

DE SANTIAGO A SAN JUAN

(1851—1852) (1).

JULIO.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

A las páginas tercera ó cuarta de los diarios mayúsculos y políticos, apoyando su izquierda en los decretos y actos oficiales del Gobierno, y su derecha en las observaciones del termómetro atmosférico ó del bursátil;—osten-

(1) Esta serie de artículos, que forman una crónica humorística de nuestra capital, fueron escritos para el periódico titulado La Ilustracion, desde Julio de 1851 á Junio de 1852, y son los únicos en que el autor se permitió contraerse á hechos materiales ó históricos, á nombres propios y determinados.—Pero como por la manera especial con que hubo de reseñarlos, y por la índole general y permanente que procuró dar á sus breves artículos, pudieran acaso ofrecer aún interes en su lectura, ha creido deber conservarlos, reproduciéndolos en este *rebusco* de sus obrillas festivas.

tando á su frente el nombre del Santo del dia y las festividades religiosas que la Iglesia celebra;—dejando á retaguardia las lujosas discusiones del Parlamento; los comentarios y paráfrasis de la situacion política palpitante; los discursos *del fondo* de la redaccion; los piropos mutuos por todos los tonos de la lira; las novedades políticas tan *nuevas* como un nuevo protocolo aleman, una nueva constitucion francesa ó un nuevo pronunciamiento del fidelísimo reino de Portugal;—y escoltado, en fin, por los interminables catálogos-ómnibus de la Empresa mercantil de Saavedra y de Riberolles, aparece diariamente bajo el epígrafe que arriba cuelga una estimulante y sustanciosa seccion, destinada á poner en conocimiento del piadoso lector todos aquellos episodios, incidentes, lances, percances, chascarrillos y alevosías de que fueron teatro harto plebeyo en veinte y cuatro horas anteriores las calles y encrucijadas de la noble y heroica capital.

Si será interesante al público paladear esta variada y espléndida menestra, salpimentada ademas por festiva pluma, y servida con cierta coquetería de adminículos, ribetes y farfalares, á guisa de *entremets* en el opíparo banquete de la prensa política, no hay para qué estamparlo aquí.—Baste decir que á beneficio de este periódico mecanismo, entran, como hoy suele decirse, en el *dominio público* y en el *terreno de la discusion* instantánea y simpática todos aquellos amables episodios, todas aquellas inocentes fechorías que tal vez no alcanzaron en el momento de su realizacion otros testigos que la víctima muerta ó el asesino fugado; que el perro que rabió, ó que el párvulo perdidizo; que la mujer apaleada, ó que el marido envarado; que el caballo atropellador, ó que el sereno dormido; que el robado indefenso, ó que el *póstumo* salva-guardia de seguridad (S. P. Q. M.).

Y dicho se está el sabroso estímulo, la sal aperitiva,

que para todo pío ó impío lector ha de llevar consigo aquella dramática crónica; ya se atienda á la *vis cómica* de su interes intrínseco, ya al ribete gustoso que suele prestarla el nombrecillo propio, el conocimiento de la localidad, lo variado y fecundo de las peripecias, y hasta el estilo de remoquete en que, con la más sana intencion, suele estar hecha la narracion del caso por el benévolo redactor gacetillero.

Este, en nuestra actual organizacion social, en los adelantamientos de nuestra moderna cultura, ha venido para el caso á reemplazar ó sustituir en aquella parte de sus funciones al barbero ó al peluquero que nuestros padres gastaban para rasurarse la cara ó para empolvarse el tupé, instruyéndose al paso de boca de aquellos amables y populares Fígaros en todas las *ocurrencias* ocurridas en plazas y callejuelas el dia anterior.—El *cuarto poder del estado*, ó sea la prensa periódica, á beneficio de la ilustracion y progreso de la época, ha venido á tomar á su cargo aquella augusta mision, poco decorosamente cometida en tiempos añejos á los dichos peluqueros y rapistas.

Ademas de la curiosidad satisfecha, se interesan vivamente en la diaria publicacion por medio de la imprenta de estos *proverbios dramáticos* la moralidad pública, y la privada reputacion, como que sería un grave mal para el país ignorar—que en la casa tal fué sorprendido un juego;—que el zapatero cual apalea á su mujer;—que la del tendero de la esquina se escapó con el sastre del portal; —que á Fulano le mordió un perro;—que á Zutano le parió la gata;—que mañana se casa Fulanito con su novia;—ó que Zutanito bailando la polka se torció un pié; y si para cerciorarnos de esta verdad, y para convencernos de aquella conveniencia, escogemos aquí algunos de estos lances ó episodios dramáticos, imitados de nuestras publicaciones más ó ménos *graves*, formarán nuestros lec-

tores una idea aproximada de la moraleja y suave leccion que destilan; hélos aquí:

—*Don F. de T.* (aquí el nombre con todas sus letras), habitante en la calle de..... y empleado en..... por más señas, sorprendió anoche, de vuelta del teatro, á un galan anónimo cenando mano á mano con su mujer. Esta, para ponerse á cubierto de las iras de su esposo, se salió al balcon con ánimo de arrojarse á la calle; pero no lo hizo por fortuna, si bien dió lugar con su estratégico movimiento á que el galan encerrase con llave al marido y se escapase luégo con aquélla. En medio del tumulto que estas ocurrencias ocasionaron en la casa, apareció el celador del barrio y los municipales, y no habiendo habido á la mujer fugitiva ni al galan raptor, echaron mano del marido y le pusieron á disposicion de la autoridad.

Vaya otro.—*Por el celador del distrito de..... han sido* recogidas Asuncion Tal y Asuncion Cual (alias Las Unciones), mujeres de mala vida, prostitutas, licenciosas y públicas rameras, que recibian á todas horas del dia y de la noche á los aficionados, en la calle de..... número..... cuarto bajo, casa de doña Claudia la Corredora, que continúa mereciendo la confianza del público sensato.

—*El de la demarcacion de..... sorprendió en la noche de* ayer una tertulia licenciosa en que se ejercitaban los concurrentes en toda clase de supercherías, rifas, y juegos de azar. Hé aquí la lista de los sujetos comprendidos en aquella escandalosa reunion, con sus nombres y apellidos, y delitos que han cometido.

—*Fulana de Tal, de estado honesto, que vivia amancebada* con D. F. de N., vecino de esta córte, ha sido presa

y mandada de justicia en justicia á su pueblo, con las notas convenientes para que ponga á cubierto su reputacion.

—*Igualmente ha sido entregado á disposicion de la autoridad* el maestro zapatero Crispin Correa, por haber amenazado con muy malos modos á su mujer Dionisia Mandiles, de que resultó, entre otras cosas, romperla la cabeza, á consecuencia de lo cual falleció á las pocas horas en el hospital.

—*Ayer á las cinco de la mañana se verificó en público*, en el paseo de las Delicias, el lance de honor que tenian pendiente los señores Tal y Tal; siendo padrinos respectivos los señores..... y no habiendo por fortuna resultado desgracia alguna, ántes bien satisfechos ambos combatientes de su mutua destreza, concluyeron el *encuentro* en un magnífico almuerzo en la fonda de Prósper, etc.

(Esto en cuanto á la moraleja de las *chispas*: en cuanto al interes, ó á la curiosidad, ó á la conveniencia pública, véanse las siguientes):

—*En la tarde de ayer fué atropellado inhumanamente* por un coche de plaza un perrito inocente, de la casta habanera, que se hallaba durmiendo tranquilamente en medio del arroyo. No cesarémos de clamar uno y otro dia contra estas contínuas catástrofes, ocasionadas por el deplorable abandono en que las autoridades tienen el cumplimiento de sus deberes.

—*Ayer juéves se promovió en la fuente de Cabestreros* una disputa acalorada entre los criados de las casas inmediatas y los aguadores, sobre llenar los botijos de aqué-

llos: éstos (los aguadores) los llenaron de improperios, y los otros apelaron á la defensa natural, quebrándolos en sus cabezas y reclamando despues daños y perjuicios.

—*Por el celador de las afueras ha sido conducido á la* cárcel de Villa un hombre anónimo, por hallarle tendido en una loma durmiendo sin documento que le acredite.

—*Avisado el del barrio de..... por el habitante de la* buhardilla de la plaza núm..... D. F. de T. de haber sido robado completamente de alhajas y enseres, éste dispuso inmediatamente proceder á la captura del ladron, que hasta la hora presente no ha podido ser habido, ni el menor indicio de su paradero.

—*Ayer tarde á las cinco y cuarenta y dos minutos se* cayó del tejado del piso sétimo de la casa núm..... calle de Cuchilleros, un gato negro rabon, quedando en el acto cadáver difunto.

—*En la mañana de hoy hemos sido testigos de un* suceso lamentable, que ha dado ocasion á terribles desgracias. Hallándonos de madrugada tomando el fresco en nuestro balcon, vimos cruzar sobre nuestras cabezas un extraño meteoro, una vision luminosa á manera de culebrina, que cayendo rápidamente sobre el almacen de madera de la calle de..... le incendió en el instante, sin que bastáran á contener sus estragos los esfuerzos de los vecinos y de la multitud de gentes que se agolpó al momento en el sitio de la catástrofe. Entre otros episodios lamentables que presenciamos, fué uno el de una criada que se estrelló en la calle, arrojándose por un balcon, y el esfuerzo heróico del sereno del barrio, que salvó á una jóven por el tejado.

(Al dia siguiente todos los demas periódicos copian al pié de la letra el párrafo en cuestion: «*En la mañana de hoy hemós sido testigos*, etc.» Todos lo presenciaron, todos estaban al balcon tomando el fresco, todos vieron la vision, el fuego y los episodios. Pues es el caso, que ni tal fuego, ni tales episodios hubo, y que todo fué un rato de broma que se permitió el gacetillero inventor.)

Otras veces la *gacetilla*, prescindiendo de estas licencias poéticas, y no contenta tampoco con el modesto papel de coronista de hechos más ó ménos consumados, entona el canto por otro estilo;—y con ciertas ínfulas de edil tribuno del pueblo, denuncia á las autoridades los abusos lastimosos que observa en la administracion de la villa, exhalando sus sentidas quejas y parodiando el «*Quousque tandem*» porque la vecinita del cuarto 2.° anda en telégrafos eléctricos con el pollo del principal;—porque el sereno del barrio, algo turbado por el mosto, se sentó en un poyo á descabezar el sueño;—porque la carretela del título A..... no llevaba anoche encendido el farol;—porque la yegua del banquero B..... se encabritó ayer tarde orillas del Canal;—porque la codorniz de la dueña ó el loro del indiano no le dejaron dormir la siesta á la gacetilla;—porque los tenderos de enfrente se salen á la puerta á tomar el sol,—ó porque los mozos de la esquina se tienden á la sombra;—porque el organillo del italiano toca la tirolesa de *Guillermo Tell*, ó los arpistas franceses destrozaban cordialmente el *Bell alma innamorata;*—porque ladraban los perros, ó los chicos de la escuela jugaban al toro en la plazuela de Santa Cruz.

Y tomando ocasion de todos estos *abusos*, la celosa gacetilla se pronuncia enérgicamente contra las vecinas y los pollos; los serenos y las tabernas; los títulos y las carretelas; los banqueros y las yeguas; las codornices y los

loros; los tenderos y los mozos de cordel; el sol y la sombra; el organillo y las arpas; los perros y los muchachos; —contra todo el mundo en fin: — y por consecuencia, exhorta y *reclama* de la autoridad que prohiba señoritas; que suprima galanes; que anule serenos; que mate perros; que deje cesantes á los caballos; que haga desaparecer las yeguas; que ahogue los loros, codornices y demas avechuchos parleros y cantantes; que amortice títulos y consolide banqueros; que cierre las tiendas, y haga marchar á Astúrias á los mozos de cordel, á la Inclusa los chicos, y al infierno los bardos de las arpas ó los Orfeos del organillo.—Con lo cual quedarian regularmente amenas las calles y plazas de la populosa córte, y dotadas del aseo, silencio y compostura de un falansterio ó de un claustro conventual.

Pero entónces, señores gacetilleros, ¿de qué habia de hablar la *gacetilla*? Y sin *gacetilla* ¿quién habia de leer un periódico?

¿El Corrector de pruebas?

AGOSTO.

MADRID SE SECA.

¡Qué calor! — Cumple á nuestro deber de coronistas hebdomadarios el consignar á la cabeza de esta revista ú ojeada retrospectiva la exclamacion que dejamos estampada, y que viene á ser la expresion genuina, la idea dominante de la semana que acaba de trascurrir. — *¡Qué calor!* — Señores contemporáneos, siquiera fuesen ustedes procedentes del año del motin contra el ministro Squilache (1776), ó contáran ya entónces *veintidos* abriles, como la anciana benemérita que vende yesca y fósforos á espalda de la fuente de Cibéles — ¿han visto ustedes ni recuerdan en aquella dilatada serie de agostos un Agosto más incendiario que el del año de gracia de 1851? — Prueba al canto. — Saquen ustedes esos diarios infalibles de Uribe y de Tewin, de Jimenez Haro y de Jordan, de Boix y de Alonso, á ver si en todos ellos y en la parte de las observaciones atmosféricas pueden presentar una semana como la que acaba, y que para perpétua memoria y para descargo de nuestra conciencia vamos á estampar aquí:

	Termómetro Reaumur.	Termómetro centígrado.
Juéves 14. . .	34 3/4	43 1/2
Viérnes 15.. .	35 3/4	44 3/4
Sábado 16.. .	33 3/4	42 1/2
Domingo 17. .	35	43 3/4
Lúnes 18. . .	35 1/2	44 1/4
Mártes 19.. .	32 1/2	38 1/4
Miércoles 20. .	31 1/4	36 1/4

Y cuenta que no han sido solos esos siete dias los favorecidos con tan subida temperatura, sino todos los anteriores igualmente desde los primeros del mes, y es de esperar que para los que quedan tengamos el consuelo de permanecer durante todo él á la altura del Senegal.

Por fortuna, para templar nuestro ardor, para mitigar nuestra sed ardiente, traemos entre manos (si no entre los labios) un gran proyecto:— tenemos ante nuestras mentes la risueña perspectiva de un caudaloso rio que no dista ya de nosotros más que unas diez y siete leguas, y como obra de ochenta millones—¡cosa corta!—pero que esperamos en Dios podrémos ver realizada si alcanzamos á vivir siquiera las calendas de la vieja ántes citada (1). Entre tanto, nuestro pobre Manzanáres, á medida que nosotros nos hemos ido liquidando, ha ido él poquito á poquito quedándose en seco; tomó punto, y realizó cumplidamente el célebre dicho de Tirso :

«Como Alcalá y Salamanca,
Teneis, y no sois colegio,
Vacaciones en verano
Y *curso* sólo en invierno.»

(1) Por fortuna me equivoqué en el pronóstico. Siete años despues, el 24 de Junio de 1858, llegaba á Madrid el raudal del Lozoya, desplegándose en magnífico surtidor en lo alto de la calle Ancha de San Bernardo.

Con lo cual ha habido que disponer que las cubas del riego acudan todas las tardes á humedecer algun tanto su álveo y proveer de líquido los cauchiles adonde solian darse un jabon ropas y cuerpos de los heroicos habitantes;—pero es lo malo que cuando las susodichas cubas acudian á llenarse á los pilones de las fuentes, se hallaban con que éstos se los habian ya sorbido las de los aguadores asturianos, para *aguar* un poco el agua de las norias y pozos, que por base general están encargados de refrescar nuestras fauces sitibundas.—Y entre tanto que esto sucedia, los *órganos de la opinion* se descolgaban quejándose del polvo y de la falta de riego en calles y paseos, y pedian cotufas en el golfo, cuando el que más y el que ménos si tiene un sorbito en su charco, le dedica *in continenti* á poner el puchero ó á lavarse la cara, todo sin perjuicio de guardarle despues para iguales usos al siguiente dia.—En las casas de baños, por ejemplo, se brinda á los parroquianos con el mismo líquido que sirvió en el año anterior, y que se conserva embotellado para estos casos; y en los de incendios (que no son pocos) acuden los operarios de la villa á matarlos á soplos, á falta de otra cosa de humedad.—Por fortuna en esta semana no han ocurrido, bendito Dios, más que tres ó cuatro, y ésos no del calibre y consecuencias del dia 8 de Julio en los barrios del cuartel de Guardias, y por el cual se llama actualmente á los propietarios de casas *aseguradas* para que *suden* un par de millones á fin de indemnizar á los que perdieron las suyas.—Precisamente en esta semana en que hemos arreglado la deuda pública y pagado tambien el plazo anticipado de las contribuciones. ¡Todo es sudar!

Afortunadamente todos estos y otros percances del mes de Agosto los repartimos y conllevamos en mayores dósis entre los pocos impertérritos habitantes que con un

valor heroico, digno de la villa del Dos de Mayo, hem(quedado representando intramuros al oso y el madroñ consabidos.

Los padres de la patria, que olieron el poste, cerraro las fábricas de las leyes y echaron á correr.—Los ma gistrados y funcionarios entregaron las llaves al porter(y «ahí te quedas.»—Los escolares y sus maestros co. garon los manteos y mucetas, y «hasta más ver.»—La academias y sociedades literarias apagaron las luces y s largaron donde no las dé el sol.—Los autores dramáticos líricos y coreográficos corrieron el telon;—y las tertu lias ó *soirées*, los bailes y festines particulares, marcharo á formarse á las frescas playas del Océano, á las risueña márgenes del Urumea ó á los floridos pensiles de l Granja.—Madrid, pues, está en todas partes ménos e Madrid, y en el momento en que escribimos es meneste buscarle en San Sebastian ó en Cestona, en Valencia ; Santander, en Sacedon ó en Trillo, en Pozuelo ó Cara banchel, en el frondoso bosque de *Boulogne* ó en el pa lacio encantado de Hyde-Park.—Hablamos del Madri(cortesano, del Madrid vital, bullicioso y animado, d aquel círculo que en el lenguaje periodístico estamo convenidos en llamar *todo Madrid*, y que en el especia de las revistas semanales se halla condecorado con el li sonjero epíteto de *la buena sociedad*.

Hénos, pues, aquí, en el caso de prescindir absoluta mente de tan socorrido argumento, y de consignar la actas de aquel Madrid *comm'il faut* en la pasada semana como ausentes y lejanos que somos de él y sin poseer e dón de segunda vista;—hénos aquí privados de reprodu cir por la milésima vez los triunfos parlamentarios de orador A...; los laureles poéticos del autor B...; las ova ciones escénicas del artista C...; la discrecion y donair(de la marquesita D...; las gracias divinales de las lindas

señoritas E..., y la amable coquetería de la vizcondesa F...; todo el alfabeto, en fin, que forma el mobiliario de las gratas revistas que tan á gusto de sus lectoras sabe trazar la discreta y elegante pluma de nuestro amigo *Navarrete.*

Pero la ausencia de éste y de su brillante teatro encantado no ha de ser parte para que privemos absolutamente á nuestros lectores de la reseña mensual, y siquiera sea pálida y escasa de interes dramático, parécenos del caso continuarla aquí.

Los únicos salones que no han cerrado sus puertas á sus numerosos apasionados son el del *Prado* y el de *Oriente*, bajo cuyas extendidas y estrelladas bóvedas, alumbradas cuando por la luna llena, cuando por algunos cuantos mecheros vacíos de gas (que suplen mal ó bien á las lámparas solares y bujías de la Estrella que se ahorran en casa), se ha apresurado á acudir cada noche todo lo que resta de Madrid, formando, si no *círculos* aristocráticos, líneas horizontales y en correcta formacion, de apreciables sillas de á dos cuartos, á falta de cómodas butacas de muelles ó de otomanas de pluma y edredon. —Allí, protegidas por aquellas misteriosas sombras, acariciadas por aquellas templadas brisas, han pasado sin duda muchas cosas de aquellas que encierran un interes palpitante (*aliquid latentem*) para los respectivos protagonistas, pero cuyo discreto velo no nos parece prudente descorrer; contentándonos con asegurar únicamente que el todo de la reunion ofrecia cada noche el aspecto más *confortable;* — que la orquesta de bardos y arpas franceses nada dejaron que desear; — que numerosos servidores circulando con profusion repartian sorbetes de la diosa Cibeles con sendos panales por la módica cantidad de ocho maravedises; — y que, en fin, los dueños de la casa (ó sean los señores Apolo y Felipe IV) hicieron los

honores de sus salones respectivos con su amabilida exquisita y proverbial.

Si, cansados del monótono espectáculo de tan grat reunion, quisiésemos echar una tarde á perros ó gatos, leones y panteras, á caballos ó monos, los señores Par y Tourniaire, Cárlos Price y Carrasco nos ofrecian e sus círculos respectivos variadas colecciones y singulare ejercicios de aquellos *artistas;* con que no tuvimos e este punto que sentir más que *l'embarras du choix.*— Tambien en la puerta de Alcalá ha habido indios pega dores y portugueses de pega; y en los teatros de veranc dos ó tres compañías de ópera italiana con su Bellini ; su Verdi y su Donizetti corrientes, entre tanto que se pre paran para en adelante otras tres ó cuatro más.

Por último, si quisiéramos todavía explayarnos en re vistar y comentar las *ocurrencias* de la Gacetilla de l semana anterior, todavía podriamos hacer mencion d algun duelo; dos ó tres raptos ó evasiones de doncella trashumantes; hasta media docena de suicidios; otra media de robos y heridas, y como doble cantidad de atr pellos, disputas y vapuleos.—Por último, si quisiéramc dejar contristado el ánimo de nuestros lectores con el re cuerdo de las muertes naturales ocurridas en esta seman citariamos la del conocido capitalista señor don Jo Irunciaga, y la del célebre actor jubilado Pedro Cuba último que quedaba del famoso trío (Antera Baus y Jua Carretero) que con más acierto llegó á interpretar e nuestros teatros las preciosas producciones de Tirso de Moreto, de Lope y Calderon.

Y ya que ántes hemos indicado los frecuentes suicidi ocurridos en estos dias, queremos participar á nuestr lectores una especie que hemos oido, y de cuya exactitu sin embargo, no salimos garantes.—Parece que habiend observado algunos industriales la tendencia ó el favor d

público hácia esta especie de distraccion inocente, han pensado regularizar este servicio y convertirle en propia especulacion; á cuyo fin tratan de fundar un establecimiento donde á todas horas del dia y de la noche podrá el que quiera entrar en la moda de este fantástico desahogo (mediante una módica retribucion) y con la facultad de despacharse á su gusto y escoger aquel género de *finis* más conforme á sus inclinaciones y manías; para lo cual hallará siempre prevenidos toda suerte de procedimientos más ó ménos cómodos y populares; —v. gr. —para los que quieran concluir con la posible brevedad, habrá armas y pertrechos de todas clases;—cuerdas y garfios, altas torres y azoteas para aquellos que estimen el aire libre, y quieran columpiarse ó describir parábolas ó buscar su centro de gravedad;—venenos y fósforos para los que quieran liar el petate con acompañamiento de dolores y convulsiones;—braseros encendidos para los que prefieran la asfixia;—pozos bien surtidos y canales artificiales para los suicidas hidráulicos, — y fosos profundos para los que estimen más el sólido elemento. —Por último, para los que busquen una muerte dulce, apacible y narcótica, hay prevenidas colecciones completas de la *Gaceta;* —los que intenten saber cómo se muere de fastidio, hallarán abundantes polémicas y discursos de fondo, entresacados de los periódicos políticos ó de las discusiones parlamentarias; y si hay alguno que quiera morir de risa, tendrá á su disposicion los graves folletines del *Diario de Madrid.*

SETIEMBRE.

MADRID EN FERIA.

Mañana, veinte y uno de Setiembre, dia clásico en los anales matritenses, da principio (permítalo ó no el tiempo) á aquella célebre y anual Exposicion Universal de nuestra industria y productos más ó ménos naturales, inertes ó animados, que llamamos *las ferias de San Mateo y San Miguel*,—mercedes ambas que debemos los madrileños á la bondad y deferencia del Sr. D. Juan el II de Castilla, por privilegio expedido en la villa de Valladolid á diez y ocho dias del mes de Abril de 1447, y en remuneracion y recompensa de haber tomado á Madrid las villas de Cubas y Griñon (que eran suyas) para dárselas á un su criado.—¡Qué magnanimidad!

El *palacio de cristal* preparado este año como los anteriores para aquella magnífica Exposicion, es la hermosa y extendida calle de Alcalá, la principal y más aristocrática de la villa; que ha sustituido en este prosáico destino á la antigua y famosa plazuela de la Cebada, donde se holgaban, ó más bien donde se sofocaban nuestros mayores en iguales dias, y lucian sus bordados casacones, sus pelucas empolvadas, sus guarda-infantes y cotillas, todo con el correspondiente acompañamiento de trastos y mu-

ñecos, melocotones y avellanas, méritos y *servicios*.—Allí, en aquel irregular aunque extendido recinto, sobre aquellas angulosas piedras, y al traves de aquellos barrios apartados y bulliciosos, corrian á reunirse todas las tardes las notabilidades de la época, la juventud brillante, la hermosura, la grandeza y el lujo de las ostentosas córtes de los Cárlos III y IV; y merced á las expresivas pinturas de Goya, todavía podemos formarnos una idea del interesante espectáculo que ofrecia tan inmensa, animada y clásica solemnidad.

Hoy las luces del siglo la han desviado de su antiguo teatro, la han desnaturalizado algun tanto de su propio carácter; la han modificado, reglamentado, constituido, y hecho vestir el gaban nivelador.—Todavía, sin embargo, conserva algo de su originalidad primitiva, y presta digno asunto á los modernos Goyas para ejercer la magia de sus pinceles.

Por de pronto, á la indisciplina é irregularidad del antiguo mercado ha sustituido cierto método lógico ó matemático en su disposicion material;—los puestos ambulantes, los tinglados intercadentes, los cajones, tiendas y baratillos improvisados, desde los de melocotones aragoneses hasta los muñecos y cachivaches del Tirol; desde las mantas de Palencia hasta los platos de Talavera, todos en el dia tienen su sitio señalado, conveniente, especial, sujetos á la línea y en correcta formacion.—El teatro mismo de la feria ha ganado sin duda en magnificencia, y lleva tanta ventaja á la plazuela de la Cebada como distancia media desde los antiguos Corrales de comedias al novísimo y suntuoso teatro Real.—Los progresos del buen gusto y las exigencias del lujo han crecido asombrosamente, y dado lugar á productos más refinados de la industria, á multiplicacion infinita del concurso mercantil.—Por otro lado, la atmósfera pura y transparente de Madrid, el viví-

moda mercancía; tantas beldades, prospectos ambulante de *Monet* y *Armstrong* ó de *madame Perard;* tantos futu ros héroes de glorias posibles, tantos ministros presunto ú oposiciones en agraz?

Las más tiernas en edad, y cuyos deseos infantiles s contentaban en los años anteriores con una muñeca d pasta, salen hoy dia con el pensamiento de feriarse por l ménos un muñeco *de verdad.*—Estos, que por su part abundan en aquel mercado, no se contentan si no adquie ren uno ó más de aquellos mueblès de resorte y gracios movimiento;—las altas notabilidades van á buscar aur popular;—los elevados personajes, á vender proteccion; l beldad, sus favores; el talento, sus laureles, y la miseria sus servicios y adulacion.—Todos concurren á empeña mutuamente en aquel gran mercado sus recursos respec tivos; cuáles sus galas; cuáles sus personas; el uno su in genio; el otro su industria; aquél su categoría, y aqué otro su favor é influencia.—Todos acuden á aquel teatr cortesano, ganosos de buscar lo que les falta por medio d trueque, trastrueque, compra, venta, empeño, demanda sólido arrimo ó generosa proteccion.

Y al lado de este elevadísimo comercio, al traves d aquellas sublimes combinaciones, ¿qué papel queda reser vado á los mercaderes materiales de muebles y cachiva ches, de libros y telas, de frutas y alfarería?—El de tris tes espectadores de un drama que no comprenden; el d únicos paganos de un mercado en que no despachan; e de adorno obligado de un teatro en que no figuran; el d exponentes, en fin, expuestos al viento levantino, al so de los tabardillos, á los chubascos del equinoccio, y á la indiferencia y desden universal.

¡Oh desdichados mercachifles! ¡Rogad á Dios que haga retroceder las mentes á los tiempos de vuestro protecto don Juan el II, y que borre del siglo XIX este espíritu de

positividad que hasta los más nobles instintos y acciones humanas ha convertido en feria! ¡Pedid, pues, que torne aquella edad dichosa en que sólo vosotros traficabais en vuestros ingeniosos artefactos, sin temer la concurrencia peligrosa de los que trafican en gracias femeniles, en favores cortesanos, en laureles y palmas, en reputaciones fosfóricas y aura popular!—Acaso entónces (y si esto sucediera en tiempos de ferias) no os hallariais tan brillantemente colocados, y tornariais tal vez á la modesta *plaza del Arrabal* (hoy de la Constitucion);—no ostentariais elegantes vuestros primores en la calle principal de la córte, ni recibiriais diariamente la visita de sus clases más elevadas;—no escuchariais el ruido de sus carrozas, la animacion de sus diálogos, ni los interesantes episodios de su vida íntima;—pero en cambio venderiais más muebles y muñecos, mantas y pucheros, y llenariais prosaicamente vuestros bolsillos, si no de brillantes monedas de relieve, por lo ménos de modestas blancas, de tarjas y maravedís.

NOTA. Las Ferias de San Mateo, expulsadas posteriormente, al solitario paseo de Atocha, han llegado á una situacion indefinida ó insignificante, y si á esto se añade la concurrencia que las ha salido últimamente en la novísima Feria de Mayo, en el Salon del Prado, puede considerárselas hoy como una reminiscencia y nada más.

OCTUBRE.

MADRID SE ILUSTRA.

La suma importancia del acontecimiento del año, ó más bien del siglo actual; la grande *Exposicion Universal* terminada en Lóndres el dia 15 de este mes, y la descripcion detallada é *ilustrada* que de aquel inmenso espectáculo ha dado *La Ilustracion* á sus lectores, nos ha robado el espacio para atender y reseñar en debido tiempo los otros sucesos del dia, que si no pueden compararse á aquél en importancia, tienen para nosotros el interes de las cosas propias, el grato saborete indígena *ó de casa.*

Por aquella perentoria razon hubimos de pasar en silencio en la primer semana del mes que termina la solemne ceremonia de la apertura de los Estudios universitarios, celebrada el dia 1.º en el nuevo edificio de la calle Ancha de San Bernardo;—acto imponente y majestuoso, que todos los años excita el mayor interes, especialmente en las antiguas y celebradas aulas de Salamanca, Valencia, Sevilla y Granada; pero que pasa como uno de tantos en la capital del Reino, que apénas sabe que encierra entre sus recientes adquisiciones la celebrada Universidad Complutense, gloria del gran cardenal *Cisnéros.*

Nuestra moderna *central*, aunque la más concurrida del reino por reunirse en ella estudios de todas las facultades y hallarse situada en la córte y pueblo de mayor vecindario; y á pesar de poder ostentar un edificio construido nuevamente, vasto y decoroso, y ver acompañados todos sus actos del mayor aparato y ostentacion, con asistencia del supremo Gobierno, numeroso y lucido claustro y brillante concurrencia de espectadores, todavía, sin embargo, carece de fisonomía propia, y de aquella severidad clásica que distingue á las antiguas fundaciones de Salamanca y Valladolid, y que á nuestros ojos hacía tambien respetables é interesantes las bóvedas y claustros de San Ildefonso de Alcalá.—Esta respetable investidura, aquel suntuoso y sagrado carácter, no lo reciben generalmente los establecimientos, como los hombres, con títulos y honores improvisados, con gracias y mercedes como llovidas del cielo;—lo imprimen los siglos, las numerosas páginas de una historia esclarecida, y el orígen excelso, enlazado las más veces con los grandes acontecimientos nacionales ó con los personajes heroicos del país.

Y como nada de esto puede aún ostentar nuestra prosaica Universidad Matritense; como su existencia en nuestros muros no prueba más que un capricho ó un cálculo más ó ménos fundado de los Gobiernos, su edificio incompleto no recuerda más que la innecesidad de haber destruido el bello del Noviciado, que siquiera tenía carácter y tradiciones propias, y que ampliado como pudo haber sido, habria bastado á su nuevo destino, á nuestro modo de ver, con ventajas sobre el actual;—y el aparatoso claustro, en fin, y la mucha concurrencia estudiantil no suscita en la mente otra idea que la duda, por lo ménos, de la utilidad de haber aumentado de este modo con el refuerzo de toda la juventud de la capital el contingen-

te de futuros letrados, teólogos y médicos;—de haber destruido *ab irato* la vitalidad de un pueblo célebre á las puertas de Madrid;—de haber gastado sumas inmensas en la construccion del edificio; sumas que hubieran bastado ámpliamente para hacer un ferro-carril de Madrid á Alcalá, si se querian tener las aulas á media hora de distancia:—por todas estas razones, y algunas otras que omitimos, la Universidad Central, que imprime su nombre á un distrito de la villa, carece aún de importancia propia; excita escasas simpatías, y está muy léjos de dar á aquel mismo distrito la fisonomía escolar que presta al *Cuartel latino* de París la antiquísima *Sorbona.*

Pero basta de estudios, y pasemos á recordar otros sucesos del mes de Octubre; de este mes de grata transicion entre el estío y el invierno, entre los placeres del campo y los no ménos sabrosos de la córte y la ciudad.

Restituida á sus hogares la parte más vital y más brillante de nuestra sociedad matritense, que á falta de *châteaux* y de *villas* en nuestra árida campiña, corrió á principios del verano á buscar sensaciones diversas á las playas del Océano Cántabro, á los jardines de San Ildefonso, á los baños termales ó á los pajizos techos del Cabañal;—y reforzada ademas con la emigracion extranjera (este año mucho mayor que los anteriores con motivo de la Exposicion de Lóndres), vuelven en este dichoso mes á reanudarse las relaciones amorosas interrumpidas; á tomar cuerpo las combinaciones políticas aplazadas; á cultivarse los placeres de las artes y la sociedad.—Se preparan salones donde ostentar las bellas sus encantos; se inauguran teatros donde ganen los artistas coronas sin ducados, y ducados sin coronas; se inventan modas, y se aprestan, segun las diversas condiciones, nuevas fuerzas

para la nueva campaña política, amorosa ó industrial.— Por resultado de ella habrémos presenciado desde el uno al otro equinoccio algunas reputaciones improvisadas;— algunas fortunas hundidas;—tal cual astro nuevo de vivo esplendor en el cielo de la hermosura;—tal cual vuelta rápida en la rueda de la fortuna;—media docena de leyes nuevas elaboradas á grande orquesta;—dos ó tres ministerios salidos del cáos ó hundidos por escotillon.

De todo esto hemos empezado á tener un poco en el mes de Octubre.—Ya nuestros teatros, desde el más elevado y aristocrático hasta el más humilde y vergonzante, abrieron sus puertas á la numerosa concurrencia.—Tenemos, pues, teatro español, teatro italiano, teatro andaluz, y en la próxima semana tendrémos teatro frances.— No se puede pedir más.—Ópera séria, ópera cómica, comedia de rostro feo, de risa, de magia, de susto y de pañuelo en mano,—bailes campestres y de campaña, monos sabios, perros inteligentes, ratas maravillosas, caballos, toros, y demas artistas *de escuela*.—Los espectáculos se multiplican hasta el extremo de que, no bastando el número de concejales para presidirlos, ha dispuesto el Gobierno (á nuestro ver con mucho acierto) que los presida el sentido comun.—Las sociedades de bailes á escote y de amor á cielo raso crecen asombrosamente;—las taurómacas de aficionados progresan;—los panoramas, cosmoramas, neoramas, dioramas, europonamas é industrioramas caen como llovidos del cielo;—y hasta por calles y paseos, por plazas y cafés se ve el pueblo madrileño acariciado por ambulantes prodigios de arpas y teclados; voces inverosímiles de artistas *di cartello;* fenómenos prodigiosos de fuerza y destreza, y en las altas horas de la noche, *parejas luminosas* de *vigilantes* de farol en cinto, que tambien tienen que ver.

La alta sociedad, sin embargo, no ha abierto todavía

sus salones, que generalmente se inauguran otros años con los suntuosos bailes de Palacio en los dias de Sus Majestades, 4 y 10 de este mes.—El estado interesante de nuestra Reina, y el cuidado que reclama una salud y una esperanza tan grata para todos los españoles, han hecho suspender por este año aquellas magníficas solemnidades, que en semejantes dias eran la señal de la apertura de la nueva estacion.—Tambien en el pasado reinado se celebraba por los mismos dias y con la propia solemnidad el natalicio del Monarca (dia 14), y el dia 1.º del mes, el aniversario de su salida de Cádiz, con gran regocijo del cuerpo de Voluntarios realistas, que asistia en semejante dia á dar la guardia al palacio del Escorial, donde solia estar la córte á la sazon.

En aquella *ominosa década* y en uno de aquellos *llamados* años, hubo tambien (en 1826, si no estamos trascordados) un *jubileo* solemne de *año santo*, semejante al concedido cada 25 años por su Santidad, y que ha dado principio en el arzobispado de Toledo en 5 del actual por treinta dias consecutivos.—Pero entónces, como la ostentacion de religiosidad era lo que ahora la ostentacion de patriotismo—un medio de medrar—fué mucho más suntuosa la representacion de aquel santo jubileo, y apénas hubo persona alguna, desde el Monarca hasta el último mendigo, que no tomase parte en él.—Las congregaciones y cofradías religiosas (que eran entónces las únicas asociaciones posibles y pasaban de doscientas); los consejos y tribunales supremos é inferiores; las oficinas públicas; los colegios y enseñanzas; y todos los demas establecimientos, el clero, la guarnicion y el vecindario, asistieron en numerosas y lucidas procesiones á visitar las iglesias marcadas, á presenciar las funciones solemnes celebradas en ellas á sus expensas.—Todo esto era muy vistoso y socorrido para cereros y sacristanes; pero ahora,

en estos tiempos *no ominosos*, de atrasos de pagas y descuentos proporcionales, de contribuciones de cuota fija y de subsidio piramidal, hubiera sido arriesgado el ensayar en tan grande escala aquellas preces solemnes; y por eso han estado limitadas á la procesion del clero, ayuntamiento y cofradías, verificada el domingo 19 bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo; y á las parciales de algunas congregaciones religiosas, que han hecho privadamente despues la santa visita.

Ya que el giro de nuestro presente artículo nos ha conducido como por la mano á consideraciones religiosas, no podemos concluirle sin traer á la memoria la muerte de dos personas notables en diversos tiempos y por diversos conceptos, ocurrida en este mes que reseñamos.—La primera, acaecida el dia 8 en París, es la del decano de nuestra historia política contemporánea, *el Príncipe de la Paz D. Manuel de Godoy;*—la segunda, el dia 11, en Madrid, la del primer actor de nuestro teatro nacional, *don Cárlos Latorre.*—Elevado personaje el primero en la escena política, aunque jubilado y retirado de ella hacía ya cuarenta y tres años, apénas ha excitado su muerte la curiosidad de la generacion actual, que sólo le ha conocido en los libros; el segundo, justamente encumbrado á un alto puesto artístico, deja en nuestra escena un vacío por ahora irreparable y una triste sensacion en nuestra memoria.

¿Quién hubiera predicho al serenísimo Príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evora-Monte, Señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia; á aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos y veia pendiente de su cuello la régia insignia del Toison de oro y todas las grandes condecoraciones de Europa;—al poderoso valido, ó más bien dueño de sus

reyes; —quién le hubiera dicho que desde sus palacios de Buenavista ó de doña María de Aragon, donde regía á su antojo los destinos de veinticinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente ó amigo; quién le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *rue Michaudière, núm.* 20, *cuarto tercero,* y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente de una cocinera y un ayuda de cámara?

Nosotros le hemos visto, á aquel coloso que vieron nuestro padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la monarquía y ostentar los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto, y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del Palacio Real ó de las Tullerías, entretenido con los niños que jugaban, recogerles los aros ó las peonzas, prestarles su baston para cabalgar, ó sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles.— Otros de sus comensales en dicho jardin solian ser los cómicos de provincia que se reunen allí, como en Madrid en la plazuela de Santa Ana, los cuales solian tomarle por un actor jubilado ó un aficionado veterano; y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel,* no figurándose jamas que sobre aquella hermosa cabeza habia descansado una corona efectiva de príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habian llevado suspendido un manto verdaderamente regio; que aquel

anillo que áun brillaba en su mano era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV! —Viendo su sonrisa placentera, su benevolencia é interes, ¡cuántas veces llegaron á proponerle una plaza de *regiseur* ó una covachuela de *apunte* al mismo á quien habian obedecido ejércitos y armadas, que habia hecho la guerra á la gran República, y que habia celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caida y dilatada agonía, es notabilísima en los anales de la Historia.—La nuestra especialmente, tan próvida en azares de esta especie, no presenta, sin embargo, uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia;—Antonio Perez, sublevando el reino, é intrigando en los extranjeros contra su perseguidor, sólo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa;—el Conde-Duque de Olivares y el de Lerma, refugiados en sus Estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apénas sobrevivieron á su desgracia;—el P. Nithard, D. Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la Princesa de los Ursinos y el Marqués de Esquilache, todos murieron alejados, sí, del teatro de sus triunfos, pero no olvidados, ni anulados completamente en grandeza política.—GODOY solo ha arrastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable, en presencia de los grandes acontecimientos europeos, y sin figurar en ninguno de ellos, ha sobrevivido á su propia historia; ha oido los juicios de la posteridad; ha asistido á sus propias exequias, y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones.—Sólo su muerte á los 84 años de su edad, y 43 de su caida, volvió á hacer resonar su nombre por un mo-

mento y á revelar á la capital vecina su existencia en ella:—¡solos algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque, donde fué depositado miéntras se traslada á su patria!—¡Sólo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del *Príncipe de la Paz!*..... (1).

Algo más justa y deferente ha andado con la del grande actor que sucedió á *Isidoro Mayquez* en el coturno escénico, *D. Cárlos Latorre*, que falleció el dia 11.—Su cadáver fué conducido á la última mansion con un numeroso acompañamiento de poetas y actores, que en artículos necrológicos y en discursos y composiciones improvisadas sobre su tumba consignaron la simpatía popular hácia el eminente artista que tan dignamente supo interpretar las altas creaciones de Melpomene y de Talía.—No lo extrañamos.—La pérdida del grande actor es irreparable por ahora, miéntras que la del gran personaje político no ofrece vacío alguno.—Con efecto, desde la caida de Godoy, ¡cuántos y cuántos ídolos no hemos visto encumbrados por la fortuna, cuántos ministros y favoritos del poder!—Todos mal ó bien representaron su papel respectivo; todos, como Godoy, brillaron más ó ménos en el gran teatro político cortesano; pero muerto Latorre (que heredó de Mayquez el cetro y el puñal de Melpomene), ¿quién suplirá su ausencia en la escena patria?—¿Quién se encargará de interpretar dignamente las grandes creaciones de la musa trágica, *Edipo, Pelayo, Marino Falliero, Angelo, Otelo, Oscar, Alfonso el Casto, el Rey loco, y el Justiciero?*

(1) Estos párrafos, que dediqué en 1851 á la muerte de Godoy, los he reproducido en las *Memorias de un Setenton*, al reseñar el alzamiento de 19 de Marzo de 1808.



NOVIEMBRE.

MADRID SE ABRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias »con San Eugenio y acabas con San Andres.»—Así decian nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se conocia otro calendario que el religioso, y en que las festividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marcaban las diversas épocas del año en tal era de apacible tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra cosa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles, que hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tinta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada dia, nuevas ocasiones en que lucirnos, nuevas solemnidades en que regocijarnos, fuera de aquellas en que, como todo fiel cristiano, estamos obligados á tener devocion.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos civiles, amén de los religiosos deberes á que la santa Iglesia nos invita, en más de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.° del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos

de sus convecinos que juzgaban dignos de representar á la heroica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la casa consistorial;—y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiriamos á ejercer el acto sublime de depositar en *la urna de la opinion* aquella papeletita que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha *opinion* designaba de oficio, y que obtenian las mayores simpatías hasta de los electores que jamas los habian oido nombrar.—Primera *apertura* del mes; primer *derecho* cumplido.

Aquel mismo dia, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoracion de los fieles difuntos, abrieron tambien sus fúnebres salones para recibir las visitas de deudos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurridísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fe y la devocion de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquéllos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño;—éstos, movidos más bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes, hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas, y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos *establecimientos*, que por su mayor lujo ó por su moderna construccion están más *en moda;* que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á extender su poderío.

Tras de esta segunda *apertura* del mes, vino á los dos dias siguientes la de la representacion nacional, exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entónces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas..... vacías hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban *en voz.*

La *apertura* del teatro frances, verificada en los mismos dias, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *comm'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta—(léase *stalle*),—y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusion de creernos transportados por algunas horas á la *rue Richelieu* ó al *boulevard des Italiens;* ilusion por cierto de que volviamos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta apertura, y de las demas funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco ésta la especialidad del artículo actual.

Tambien la sociedad literaria tuvo su *apertura* por aquellas calendas en la solemne inauguracion de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalacion del mismo en 1835, la parte más escogida de la sociedad política y literaria de la córte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el Sr. D. José Joaquin de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigilias y tareas.

Por último, hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sen-

sual y descuidado ha tenido ó celebrado en este bendito mes sus aperturas, y ejecutado sus *derechos* más *caros*.—Se ha abierto á los intrépidos aficionados (excepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar en la tierra su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero, donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del Siglo de Oro;—y por último, en el mismo dia en que se abrian todas estas cosas, se abria tambien, por disposicion de la autoridad, la *San Barthélemy* del sustancioso mamífero proscrito en la ley de Moises, ó en términos prosaicos, la matanza *oficial* del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus suculentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas;—todo esto amén de que, por costumbre inmemorial y autorizada, era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¡Qué de aperturas en un mes! ¡Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables; que no acabariamos si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. gr., los municipales, territoriales, industriales y de consumo,—que todos son derechos, si no imprescriptibles, por lo ménos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de Noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridio-

nal, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martin.*—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro de Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo con el título de *veranillo de San Andres.*—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho período, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion.

«*De-funciones* (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del jefe político sobre el movimiento de aquella poblacion) *no ha habido otra que la de San Sebastian.*»—En el presente mes, de funciones no ha habido notables más que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que la augusta madre solemnizó con un magnífico baile, y la del domingo 23, en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto jefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de Noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1851.—El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata á un gigante y no apaga un candil,* reforzado de vez en cuando por los violentos aquilones que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de ha-

bitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.— Entre estas desgraciadas ocurrencias ha habido que lamentar la pérdida de várias de las eminencias sociales; de las cuales las más visibles por su posicion fueron : el Excelentísimo Patriarca de las Indias, Sr. Posada; el Sr. Gamazo, último abad de San Martin; el Sr. Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa y la Excma. Sra. Marquesa de Santa Cruz ; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para la Iglesia, para el Estado, y para la más alta sociedad de la córte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las más elevadas jerarquías.—Todavía no hace más que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su córte ha visto renovado su personal, quedando sólo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailén y de Castro-Terreño, el de Híjar, el de Villahermosa y el de Veragua; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediano y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cervellon y Pinohermoso (1).—Pero en cambio han bajado al sepulcro, en este corto período de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrántes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor y de Zaragoza; — los príncipes de Anglona y de la Paz; —los marqueses de Santa Cruz, de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de

(1) Sólo existe hoy el último, Conde de Pinohermoso.

nuestros cerrados ojos, nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de Diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta Princesa heredera del trono español ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realza para el país el mes de Diciembre de 1851: y combinada su halagüeña sensacion con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos dias la conmemoracion de otra Natividad más alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distinguen en todos los pueblos de la cristiandad.

Ademas del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reune, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas, que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular.—En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminacion del año, sino tambien la entrada del nuevo; los *strenuæ* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer dia del año, y los *étrennes* con que los pueblos modernos festejan igual dia, se han resumido entre nosotros en el no ménos antiguo *aguinaldo* ó *aguilando*, que, segun el filólogo Covarrubias, trae su orígen de la voz griega *guininaldo* (que vale tanto como regalar el dia del natalicio), ó cuando ménos, de la arábiga *guineldum*, que expresa simplemente el acto

de regalar;—pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *estrenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una misma cosa, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaria recordar el dicho de un célebre autor, que hace ya dos siglos escribia: «*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*»

De todos modos, y sea cualquiera su orígen, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable del *paganismo*.—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicacion oficial hecha en estos mismos dias por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico (1) nos sirve de *memento* para consolarnos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Ademas, y para complemento de aquélla, sufrimos en estos dias otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tampoco votadas en Córtes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia ajena.

Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo ó de *chiné*, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se trasforme en prolongados cartuchos de centenes isabelinos, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—Pero hay sobre todo una materia

(1) Hoy casi triplicado.

que por la casi generalidad de su aplicacion para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron;* comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.— En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan, como es justo, los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificacion los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes tiene tambien su significacion en todo el año, y en el lenguaje moderno sirve de emblema á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participacion, en fin, del presupuesto nacional.—Y si, como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devocion al *turronismo,* viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*); viene, en fin, á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbiseo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del Real alumbramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron.*—Entre tanto, los que nada esperamos de la fiesta andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldrémos muy luégo con la publicacion de la *Guía de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia, que forma la ín-

dole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria, no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdiccion ni los teatros ni diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la poblacion entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajon; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusion; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1852, ni los comentarios políticos de 1851.—Tampoco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que, como es uso y costumbre en tales dias, se ha mecido agradablemente entre los 1 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que no nos lo brinda el mes, habrémos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia, la Administracion se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que áun ampliada á todo él tendrá que ser negativa nuestra reseña; quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendrémos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la poblacion de Madrid estaba acostumbrada á ver empren-

didas ó realizadas muchas obras y reformas importantes, tuvimos el placer de reseñarlas, dando á sus promovedores el justo tributo de alabanza; no podemos, pues, prescindir del triste deber de consignar nuestro disgusto por no hallar medios de rendir en este año igual testimonio de nuestra imparcialidad y gratitud.

Todo Madrid recuerda que en dichos años, y especialmente (seamos justos) en los del 1848 al 50, se verificó en la policía urbana y en el aspecto material de esta villa una completa y favorable trasformacion. — A los señores Conde de Vistahermosa y Marqués de Santa Cruz, que se hallaron en aquellos años al frente de la Administracion local y del Ayuntamiento, cabe la mayor parte de la gloria de aquellas utilísimas reformas, y los mismos murmuradores de ellas, que hoy disfrutan sus beneficios, no pueden ménos de hacer justicia á aquella Administracion.

Durante aquella época se llevó á cabo la difícil reforma del sistema de limpiezas; se planteó en el mismo estado que le vemos el alumbrado del gas; se adoptó y planteó el empedrado de adoquines, trasformando de un modo inmejorable las calles principales de la villa; se abrieron nuevos paseos y caminos, y se aumentó en ellos y en las plazas y calles anchas el arbolado; se rotularon los faroles primero y último de cada calle para servir de guía á los forasteros durante la noche; se fijaron en las esquinas cubetas urinarias; se colocó en la Puerta del Sol un nuevo reloj, y delante del Buen Suceso la placeta de asfalto y una gran farola de gas; se emprendieron rompimientos de nuevas calles en el Barquillo, que han dado lugar á la construccion de muchos y hermosos edificios en aquel distrito; se llevó á cabo la completa trasformacion del pavimento de la Plaza Mayor, y se colocó en el centro la estatua de Felipe III. Igualmente se hizo la costosa y útil obra de la Cuesta de la Vega, la del Dos de Mayo,

la de la Plaza de Bilbao, la valla del Prado, y otras parciales en los edificios de la Villa, Panadería, Almacenes, Pósito y Casas Consistoriales; se reconstruyó, puede decirse, de nuevo, el edificio del Saladero con destino á cárcel de Villa, se abrieron y levantaron várias fuentes públicas, y por una combinacion feliz, coincidieron con todas estas obras de la villa otras áun más importantes del Gobierno, como fueron en el año último la del teatro Real (que dió motivo á la formacion simultánea de una magnífica barriada contigua), la del Palacio del Congreso, la del teatro Español, la de la nueva Bolsa y la del ferro-carril de Aranjuez. El Real Patrimonio contribuyó por su parte espléndidamente á esta serie de mejoras, continuando con celo las reales obras de Palacio, jardines y Plaza de Oriente; y los particulares rivalizaron igualmente con la Administracion, construyendo en aquellos tres años más de cuatrocientas casas elegantes, y áun magníficas algunas.

Al mismo tiempo que todas estas reformas materiales, se llevaban á cabo otras administrativas. Se formaban, discutian y publicaban las Ordenanzas de policía urbana, el Reglamento interior del Ayuntamiento, y los de las cárceles, matadero y teatros; se terminaba el gran Plano de Madrid, levantado á costa del Ayuntamiento, por una comision de ingenieros; se hizo una excelente estadística de la villa; se planteó un servicio de coches de plaza, que tanta falta hacía; se adoptaba el de carros cubiertos para la conduccion de carnes; se estableció la Guardia Municipal de caballería, y se formaban, discutian y aprobaban otros cien proyectos de pública utilidad y sucesiva aplicacion.

Ahora bien; ¿qué se ha hecho de aquel entusiasmo de la municipalidad matritense, ó por lo ménos, qué resultados positivos ha ofrecido á nuestra alabanza en todo el

año de 1851?—Por más que quisiéramos consignarlos aquí, no recordamos ninguno, si no es que ya tuviéramos por tales el por lo ménos dudoso beneficio de la reforma de los serenos ó vigilantes nocturnos, y unos cuantos faroles de gas con que nos ha obsequiado esta Noche-Buena.—Por lo demas, ni se ha llevado á cabo, como estaba convenida y escriturada, la adopcion general de este alumbrado á todas las calles de la poblacion; ni se ha continuado el empedrado de adoquines; ni se ha mejorado el ramo de limpiezas, ni el arbolado, ni los caminos; ni se han aumentado las aguas; ni se han terminado las obras de la Cuesta de la Vega y de la Plaza; ni se han emprendido las proyectadas en la puerta de Atocha, en las de Segovia, Santa Bárbara y Fuencarral; ni se han construido nuevas fuentes; ni se han subastado los mercados cubiertos de la plazuela de la Cebada y los Mostenses; ni se han abierto nuevas alcantarillas; ni se ha hecho el proyectado Matadero.—Tampoco se ha llevado á cabo la formacion de las Ordenanzas de construccion, ni mejorado las de policía urbana, ni creado la Compañía de bomberos y arreglado el servicio de los incendios, ni otras infinitas necesidades, todas reconocidas, todas previstas, discutidas, y propuestos ya los medios de su posible reparacion. — Para todas ellas ha trascurrido inútilmente el año de 1851, y eso que algunas, como la de incendios y la de aguas, han hecho sentir en este año su apremiante exigencia, que no se satisface con proyectos remotos, ni con nuevas comisiones, ni con añadir hojas inútiles á expedientes ya de robustas formas y de clásica y venerable antigüedad. — ¡Quiera el cielo que en la Revista de Diciembre de 1852 (si nos toca hacerla) tengamos que ser ménos severos y entregarnos á nuestra inclinacion natural de disponer elogios y parabienes siempre que hallamos motivos de combinarlos con la justa imparcialidad!

ENERO.

EL AÑO NUEVO.

En todos los pueblos, desde la más remota antigüedad, ha sido y es celebrado el primer dia del año con expresivas demostraciones, símbolo de la fraternidad que debe unir á la especie humana; y á decir verdad, que ningun dia parece más propio para esta clase de recuerdos de reconciliacion y de ternura que aquel en que el giro del planeta que habitamos marca una nueva época en el período de los siglos y en la edad breve de la vida humana.

No hablarémos aquí, por miedo de que se nos achaquen deseos de ostentar una pedantesca ó trivial erudicion, ni de los pueblos orientales del Celeste Imperio, de las Indias, de la Asiria, Persia, Arabia y Egipto, en todos los cuales se celebraba con grande aparato esta solemnidad; ni de los griegos y romanos, que tenian deidades y sacrificios consagrados á ella; ni de los antiguos gaulas, que se hacian en semejante dia simbólicos regalos de ramas de encina al són del cántico *Au gui l'an neuf* (cuyas expresiones pueden ser acaso el verdadero orígen de la voz *aguilando* ó *aguinaldo*); ni, en fin, de nuestros propios antepasados, de quienes hay motivos para creer que imitaron ó siguieron aquella costumbre.

Baste á nuestro propósito consignar que áun en los pueblos modernos existe, y que, no sabemos por qué causa, sólo ha caido en desuso en el nuestro. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia, en toda la Europa, en fin, ya con festividades religiosas, ya con públicos regocijos, cordiales y mutuas felicitaciones, el dia de *Año Nuevo* és el más celebrado y expresivo; la Iglesia le dedica sus más solemnes pompas; los monarcas y sus córtes, sus recepciones y fiestas oficiales; los pueblos, sus regocijos privados, sus festines de familia, sus mutuos agasajos y parabienes.

Sólo entre nosotros pasa como desapercibido entre las fiestas pascuales el dia que abre la nueva era; y á no ser por celebrar en él la Iglesia el misterio de la Circuncision de N. S. J., y conmemorarse con este motivo el sagrado nombre de *Enmanuel*, tan comun entre los españoles, pudiera decirse que en nada se diferenciaria de los demas dias del año, nada que le distinguiese y diese relieve en el curso de nuestra vida social.

Otra costumbre antigua, tambien muy autorizada en el extranjero, especialmente entre nuestros vecinos los franceses, es la ceremonia, igualmente halagüeña y filosófica, que celebran en los banquetes privados el dia de la Epifanía con el nombre de *La torta de los Reyes.*—Reúnense, pues, en tal dia las familias y sus amigos en alegre festin, á cuyo final es de rigor el que haya de servirse un gran pastel ó empanada, dentro del cual se encierra un grano de haba; dividido el tal pastel en tantas partes iguales como son los convidados, y despues de cubrirle con una servilleta y darle muchas vueltas para evitar preferencias ó trampas, se reparte á cada cual uno de los trozos al són de una cancion alusiva á la fiesta, que todos entonan; y aquel en cuyo trozo se encuentra el haba, es declarado con grandes ceremonias *rey de la fiesta*, tiene que elegir entre los concurrentes sus consejeros y minis-

tros, ordenar los compadrazgos, las reconciliaciones, los agasajos mutuos, y al domingo siguiente convidar á toda la sociedad á otro banquete para dar fin y abdicar en sus manos aquel reinado feliz.

Déjase desde luégo conocer el objeto tierno y moral de esta sencilla fiesta, de esta graciosa y patética costumbre, que mereció las siguientes líneas de Chateaubriand en su obra inmortal *El Genio del Cristianismo:*

«Los corazones sensibles (dice aquel sublime escritor) no recuerdan sin enternecimiento aquellas horas de inocente entusiasmo en que las familias se reunian en torno del pastel que traia á la memoria los presentes de los Reyes Magos al Hijo de Dios. El abuelo, retirado durante todo el año en el interior de su cuarto, aparecia este dia como el astro del doméstico hogar; sus nietecillos, que desde muchos dias ántes no hablaban ni soñaban más que de la haba misteriosa, saltaban á las rodillas del viejo y reanimaban con sus caricias la expresion de su fisonomía secular. Todas las frentes radiaban de alegría, todos los corazones rebosaban de cordialidad; la sala del festin estaba decorada é iluminada; los circunstantes vestian aquel dia su traje más vistoso, y entre el choque de las copas y el humear de los manjares se proclamaba, al són de alegres cánticos, al rey de la fiesta, se levantaba un cetro pacífico, que sólo para hacer felices habia sido inventado. A veces una superchería mal disimulada, una trampa inocente, designaba por reyes con grande algazara á la jóven hija de la casa y al hijo del vecino recientemente arribado del ejército ó de la universidad; estos dichosos monarcas, ruborizados de su *casual* advenimiento al trono, no sabian qué hacer de su elevada dignidad; las madres y los parientes brindaban á su salud; el cura del lugar, presente por lo regular á la fiesta, consagraba su union, y concluida la comida, rompian un baile instintivo, cordial é in-

terminable, en que el abuelo, los nietos, las madres, los hermanos y los domésticos tomaban parte al són de un violin destemplado ó de un instrumento pastoril.»

Algo de esta fiesta íntima se conserva todavía entre nosotros las vísperas de Año Nuevo y de los Reyes en la graciosa lotería ó juego de suerte para sacar *compadres ó estrechos*, que se celebra en muchas familias áun no reñidas con los antiguos usos; pero las estrambóticas coplas que, con el nombre de *Motes nuevos para damas y galanes*, sirven, hace acaso un siglo, para acompañar á aquel juego, para poetizar aquella prosaica extraccion, han muerto por el ridículo una costumbre que sin duda alguna tuvo en sus tiempos un orígen noble y ofreció en ellos un espectáculo halagüeño.—Y que es ya antigua nos lo dicen varios de nuestros autores, y áun algunos de ellos, como Hurtado de Mendoza, Solís y otros, no desdeñaron incluir en sus obras poéticas algunos de aquellos viejos epigramas, por supuesto muy diferentes de la sándia entonacion de los *Motes nuevos.*

Tambien en la noche víspera de los Reyes se verifica en muchas de nuestras poblaciones, y en Madrid especialmente, otra extravagante y mal tolerada farsa, que consiste en el engaño más ó ménos efectivo ó simulado de los pobres asturianos ó gallegos recien venidos, cuya supuesta ignorancia les hace servir de juguete á los pilluelos de la córte, bajo el pretexto de llevarlos *á esperar á los Reyes Magos*, que han de venir aquella noche repartiendo dones á todo el que encuentren.—Y si no fuera por lo repugnante que es siempre el ver convertido en objeto de ludibrio á un sér más ó ménos racional, seguramente que el espectáculo de tantos cándidos mozallones ridículamente ataviados con esteras y coronas, con enormes escaleras al hombro y sendos hachones en las manos, seguidos de la turba vocinglera de los embromadores, y dando aulli-

dos, saltos y cabriolas, no dejaria de ser chistoso; pero lo peor es que esta soez é irracional costumbre suele concluir con los descalabros y quimeras que todas las diversiones de la plebe; así que no tiene ningun motivo de alabanza, ni áun de disculpa, ni por su orígen, ni por su objeto, ni por sus resultados, y haria bien el Gobierno en no tolerarla más.

Otra barbaridad semejante (aunque más disfrazada con un santo objeto) se verifica tambien en este mes de Enero, con motivo de la fiesta de San Antonio Abad, que celebra la Iglesia á 17 del mismo, y es la romería ó paseo de *las vueltas* cerca de la iglesia de aquel santo anacoreta.—Consiste esta costumbre en sacar muy enjaezadas las caballerías á pretexto de conducirlas á probar la cebada bendita, suministrada por los padres escolapios de San Anton; y como ellas no van solas, sino montadas por sendos jinetes, y éstos, en vez de cebada, usan, por la misericordia divina, de otros alimentos más espirituosos, de aquí la necesidad de que la tal carrera de las vueltas se halle cubierta de tiendas y puestos improvisados con todo género de mendrugos y guijarros de colores, bautizados con el nombre de *Panecillos del Santo;* toda clase de líquidos más ó ménos inocentes, decorados con los epítetos de vino manchego, rosolis y anisetas; así como tambien que los pedestres bípedos de todos los sexos posibles que encierran en su seno los fecundos barrios de Lavapiés, el Rastro y Maravillas, se trasladen en tal dia á la angosta y prolongada calle de Hortaleza, para servir de primer término á aquel estrambótico cuadro, de objeto á aquella algazara, de blanco de aquellos tiros, coces y saludos; de coro, en fin, digno de aquella rueda infernal.—Por fortuna las luces del siglo han eliminado de ella el paseo de los cerdos, que (sea dicho con perdon) constituian en el pasado cierto privilegio de los Padres de San Anton, y que no

sólo este dia, sino todos los del año, inundaban, ensuciaban y ensordecian las calles de la villa; de ellos sólo hemos alcanzado á ver en nuestros tiempos el individuo ó ejemplar que se rifa en la Puerta del Sol á beneficio de la Inclusa, y conocido aún con el nombre de *El cochino de San Anton.*

Hé aquí, pues, todas las *novedades* que nos ha ofrecido Madrid en el mes de Enero del año de gracia 1852; porque, por viejas que sean, áun no lo son tanto como las pulmonías y congestiones que en estas vecindades del Guadarrama hacen su asiento en el dichoso mes; ni como los intentos de motines de que tambien tuvimos en él algunas muestras; ni como las intrigas cortesanas y las ambiciones políticas que han dominado constantemente como afecciones endémicas del país; ni como los robos domésticos, los ejercicios de navaja, los desafíos de fonda, los tapetes verdes, los incendios, los atropellos, los petardos, y las multas y exacciones de que estamos en posesion, en éste y los demas meses del año los heroicos habitantes de la villa muy leal.—*Nihil novum sub sole;* nada, pues, ha habido de nuevo en Madrid; nada sino el *año*, y el uso del papel sellado hasta para los abanicos de caña ó los libritos de fumar.

FEBRERO.

DRAMA HORRIBLE. —DIVERTIDO SAINETE.

Un drama..... un terrible é imponente drama ocupa el mes que termina, y le hará memorable, no sólo en los fastos madrileños, sino en la historia de la nacion española.

Y puesto que ni la índole de nuestro periódico, ni nuestro propio carácter, nos inclinan á tratar de los sucesos políticos contemporáneos, careceriamos no sólo del título de españoles, sino hasta del dictado de hombres, si habiendo de reseñar nuestra modesta crónica mensual de Febrero, prescindiéramos de un suceso de tal magnitud, de tan gigantescas proporciones, que le ocupa todo, y que formará del año 1852 época tan señalada en la historia nacional.

El cuadro primero de este drama colosal, representado el 2 de Febrero, pudiera llevar por epígrafe ó título: «LA REINA Y LA MADRE.» Una jóven hermosa, una madre tierna, una reina augusta, amable y adorada de sus pueblos, aparece en el primer término del cuadro, rodeada de todo el esplendor del trono, adornada con la corona y las joyas de dos mundos, radiante de belleza, de alegría y de ternura; acompañada de su esposo, de su madre y sus hermanos; seguida de toda su córte; aclamada por todo

un pueblo, y llevando en sus brazos maternales el primer fruto logrado de su tálamo real, que va á presentar en el templo del Altísimo á la heredera de cien reyes; que va á rendir gracias al Sér Supremo por el beneficio que la ha dispensado al concedérsela.—Los cánticos sagrados de la Iglesia se mezclan y confunden á su vista con el armónico sonido de la marcha Real española, con el estruendo de la artillería, con las fervientes aclamaciones del pueblo fiel y entusiasmado.—Cubren el suelo que han de pisar sus plantas ricas alfombras y flores aromáticas; blancas palomas y parleros pajarillos esperan á su paso recobrar la libertad para ir á remotos climas á llevar la noticia feliz; el incienso y el aroma humean ya en los altares del Sér Supremo, que se hallan magníficamente decorados para la piadosa visita de la humana majestad; el pueblo hinche las calles y paseos del tránsito; las tropas militares cubren la carrera; los balcones y ventanas están ricamente tapizados; las campanas redoblan con alegre sonido; y Madrid entero presenta un conjunto inexplicable, un cuadro gigantesco de animacion, de alegría y de entusiasmo.

En un instante (¡instante fatal é inconcebible!) aquel magnífico y solemne cuadro habia cambiado; aquel ruido y movimiento de agitacion se habia convertido en estupor, en ansiedad universal; aquellas músicas, aquellas voces, aquellos vivas, aquellos cánticos, aquel estruendo marcial, habian dado lugar á un sepulcral silencio; aquella reina, en fin, aquella madre, aquella jóven habia desaparecido de la escena y yacia en el lecho del dolor; habia visto salpicado de su propia sangre su magnífico régio manto; habia sentido en su maternal seno el agudo y frenético puñal de un asesino..... Este, pues, con su figura lívida, con su aspecto patibulario, opuesto al de aquel ángel de bondad, ocupaba el término primero de este se-

gundo cuadro, y escribia en él con sangre preciosa este horroroso epígrafe : EL REGICIDA.

Arrancado difícilmente á la indignacion y á la ira del pueblo, preso y aherrojado en oscuro calabozo, aguardando por momentos escuchar la sentencia fatal que le condenaba á una oprobiosa muerte, ese hombre (mal decimos), ese aborto de la humana especie, ostenta el cinismo de un alma sin Dios y sin conciencia; desafia osado á la espada de la ley, y burla y escarnece el aspecto de la muerte y la perspectiva de la eternidad.—¿Este hombre era un monstruo, era un frenético, era una aberracion singular y única de la humanidad?—Al Supremo Hacedor, que ya le habrá juzgado, queda reservado este profundo misterio; á las leyes humanas tocaba hacer justicia con arreglo á los principios del sentido comun; tocaba librar á la sociedad de un monstruo inconcebible, anatematizar con el castigo tamaño atentado, satisfacer con la muerte del malvado el justísimo horror y la indignacion universal.—Y en tanto que por una parte ofrecia su negro aspecto tan horrible cuadro, si volvemos los ojos á la víctima augusta, pidiendo el perdon de su verdugo; si los fijamos ante el inmenso pueblo postrado al pié de los altares, derramando lágrimas de ternura y orando piadosamente por la vida de su madre y de su Reina, ¡qué espectáculo admirable y consolador, qué compensacion tan espléndida no hallarémos para borrar la mancha que un hombre, que un español, que un ministro indigno del altar se atrevió á echar en las páginas de nuestra historia, limpia hasta ahora de esta clase de crímenes!

El malvado, el monstruo, el regicida, concluyó su existencia en afrentoso patíbulo, á los cinco dias y á la misma hora en que cometió su alevoso atentado. La Reina, la madre, la hermosa señora recobró, por la misericordia divina, su preciosa salud; el pueblo leal y piadoso vió dichosa-

mente escuchadas sus plegarias; y el llanto y los clamores tornáronse en himnos de gracias y en cánticos de alegría.

«La reina y el pueblo español.» Hé aquí el título propio de este tercero y último acto del drama; para tratarle como merece necesitábamos la pluma de Tácito, la trompa épica del Tasso ó la lira de Píndaro y de Herrera. Todo lo que la imaginacion más fecunda puede idear de bello, de grande, de sublime; todo lo que el corazon más ardiente puede inspirar de tierno y de patético, no es comparable con la cordial alegría, el entusiasmo y popular delirio de un pueblo numeroso, apasionado, y herido materialmente en la persona de su Reina y de su madre, vuelto á la vida, á la esperanza y al contento por la infinita bondad del Sér Supremo.—Al lado de su ferviente anhelo, en comparacion de su sincero enternecimiento á la vista de la real carroza en que se encerraban los sagrados objetos de su veneracion y su cariño, ¿qué son el aparato majestuoso, el séquito brillante, la magnífica decoracion de aquella marcha triunfal? ¿Qué los arcos y columnas, qué los alcázares y templetes alegóricos, qué las iluminaciones, las músicas y los fuegos, al lado de aquel mágico cuadro, en que una Reina de catorce millones de súbditos, en que una madre cariñosa, en que una hermosa matrona, en cuyo augusto semblante brillan á un tiempo la majestad, la ternura y la belleza, entre las oleadas del pueblo, entre las brillantes filas de guerreros, entre la nube de palomas y de flores que cubrian la atmósfera ó tapizaban el suelo, entre el ruido de la artillería y el repicar de las campanas, ahogados por las férvidas aclamaciones de la multitud, atravesaba lentamente su heroica capital desde el alcázar régio hasta el pié del altar de la Reina de los cielos, de la augusta Patrona de los monarcas españoles?

Para pintar convenientemente tan asombroso y simpá-

tico cuadro no hay colores bastantes en el pincel; para trazar tan sublime suceso no hay fuerza suficiente en la pluma de la Historia. Podrán, sí, ambos, como ya lo han hecho, dejar consignada la descripcion de los festejos Reales, la decoracion de las calles y paseos, los monumentos triunfales, las orquestas, los fuegos, luminarias, y las demas demostraciones materiales que el Gobierno y el pueblo han preparado en breves dias para dar á la augusta ceremonia un suntuoso aparato; pero lo principal de ella, lo que no se pinta, lo que no se describe, es el armonioso conjunto de alegría, de entusiasmo y de ternura popular; la sincera espontaneidad de esta verdadera ovacion, única de su especie en el siglo, y que sólo puede tener lugar en nuestra España, y de que sólo puede ser objeto la persona de su Reina.

Sin poderlo remediar hemos llenado el espacio destinada á nuestra crónica mensual con la consideracion del gran suceso que ha absorbido la atencion pública en las tres semanas primeras del mes.—La última han venido á ocuparla las farsas y bacanales del carnaval; pero naturalmente desprovistas de prestigio y simpatía, como suele acontecer á las gracias insulsas ó chocarreras de un mezquino sainete, tras las profundas y verdaderas emociones de un patético drama.—En vano los empresarios de las mil y una sociedades danzomanas anunciaban desde principios del mes anterior la llegada del Carnaval, y revelaban en inmensos carteles y pintorescos programas las gratas combinaciones que tenian dispuestas para regocijar á sus suscritores y concurrentes.—El Carnaval no venía, y los concurrentes no iban á celebrarle.—Pasaron las azarosas circunstancias de la primer semana del mes, y volvieron á enarbolar sus banderolas, tirsos y cascabeles, *La Juanita*, *La Sílfide*, *La Minerva*, *La Floreciente*, *La Au-*

rora, *Los Capellanes*, *La Madera*, *La Extranjera*, *La Vascongada*, *La Juventud*, *La Última*, *La Primera*, *La Segunda*, etc. (hasta diez ó doce docenas de emblemas más ó ménos *polkables*).—La concurrencia continuaba absteniéndose de concurrir, esperando indemnizarse grátis con las fiestas Reales.—Vinieron éstas, y embargaron no sólo la atencion de las sociedades, de los directores y de los socios, sino que embargaron las orquestas, y ni el refuerzo de los teatros Real, del Circo, del Instituto, etc., pudo hacer ganar terreno á la carátula, hasta que, en fin, terminadas aquéllas, llegaron los tres dias clásicos de la farsa á indemnizar algun tanto á las Empresas de sus gastos y sacrificios; pero esto no tanto, que no hayan lamentado la prisa que se dieron á abrir é iluminar sus salones quince dias ántes.—Y por si llega á tiempo para otro año, queremos darles un consejo, ó presentarles un ejemplo, que acaso tuviérales cuenta el imitar; y es el de un director de esta clase de diversiones en París, que tuvo el buen sentido de anunciar la serie de sus fiestas en estos términos:—«Habiendo observado que en los primeros bailes suele ser muy escasa la concurrencia, este año se empezará por el segundo.»—Bajo este punto de vista puede decirse que el carnaval de 1852 no ha empezado propiamente en Madrid hasta las doce de la noche del mártes en los salones del teatro de Oriente, y concluirá el domingo en los mismos con el baile de *piñata*, pasando ántes el miércoles por la pradera del Canal.—Para otro año aconsejamos á los directores de las Empresas que, siguiendo la idea del arriba citado, empiecen los bailes de los dias de Carnaval por el primer domingo de Cuaresma.

MARZO.

MEMENTO HOMO.

«Dichosos los pueblos (decia Montesquieu) cuya historia es fastidiosa.»—Si esta observacion es exacta, como nos inclinamos á creerlo, pocos podrán compararse en felicidad con la heróica y coronada villa, por lo ménos durante el mes tercero del año de gracia 1852.—Y es que á las terribles peripecias y profundas sensaciones del anterior ha sucedido en él la calma y tranquila posesion de una situacion normal; á los furiosos huracanes del invierno, las risueñas brisas y el perfumado ambiente de la primavera; á las fiestas Reales y á las borrascosas orgías del Carnaval, el piadoso recogimiento y la templanza de la santa Cuaresma.

Esta apacible y grata trasformacion, si bien nos consuela y satisface á fuer de vecinos honrados, habitantes de la capital, y partícipes á prorata de sus buenas ó malas venturas, nos compromete y aflige bajo el aspecto de cronistas mensuales de su vida, por la escasez, por la absoluta carencia de materiales para dar á nuestro obligado artículo el menor vislumbre de interes palpitante; del *aliquid latentem* que el curioso lector de La Ilustracion paga anticipado á razon de sendos seis reales al mes.

Pero como no es cosa de responder á su fundada interpelacion con aquella sabida fórmula de los partes militares, «*sin novedad*», probarémos, pues, á ingeniarnos en llenar el papel de palabras sin cosa, como los artículos de fondo de ciertos periódicos; de variaciones sin tema, como los discursos de ciertos oradores; de ruido sin armonía, como la mayor parte de lo que ahora ha dado en llamarse *música española.*—Y echando mano, por de pronto, de aquel socorrido resorte de la conversacion en sociedad, sacarémos á relucir el temporal, y nos entusiasmarémos aparentando la mayor sorpresa al ver brillar de nuevo nuestro esplendente sol, verdear nuestros ateridos campos, jugar y volotear de rama en rama los incautos pajarillos, esparcir al viento sus colores y perfume lirios y violetas, crecer las apacibles tardes y menguar las tristes veladas, hasta llegar al perfecto equinoccio (vísperas de San José), ostentando, en fin, de nuevo la próvida naturaleza sus encantos, su juventud y lozanía.

Todo esto en verdad es lo que en el lenguaje hiperbólico se llama *música celestial*, y en términos vulgares suele expresarse por el de *tocar el violon;* tambien pudiera creerse (Dios nos libre) que éramos poetas, y que nos habiamos levantado esta mañanita en són de idilios y pastorelas; pero á todo responderémos lo que nos respondió un autor dramático, más poeta que filósofo:—«Mis dramas son libretos puestos en música; imágenes de madera revestidas de seda y oropel; pues precisamente por esto agradan y seducen al público: y si los críticos me preguntan ¿qué objeto me propuse en el argumento? les respondo que el de escribir sin él; y si me replican ¿qué es lo que ha pasado en el drama? les respondo que han pasado tres horas, y que nadie las ha echado de ménos.»

Consecuencia, pues, de aquella poética entonacion de la atmósfera en el mes que llamó *germinal* la vieja repú-

blica francesa ha sido el reverdecer nuestro Prado matritense con las galanas flores del año anterior, y apuntando al mismo tiempo ámplia y próvida cosecha de nuevas beldades, única recoleccion—es verdad—que brindan á los hijos del oso y el madroño sus áridas campiñas;—flores únicas que nacen espontáneas en su Prado concejil.—Pero de éstas es preciso convenir en que es rico de una fecundidad asombrosa, y que la muestra del año ofrece poner en olvido la memoria del anterior.—Recomendamos á los *floricultores* inteligentes que, si quieren convencerse de ello, dediquen un par de horas, de cinco á siete de la tarde, á *herborizar* con los infatigables lentes nari-colgantes por todo el ámbito que se extiende desde el carro de la Diosa de la tierra hasta el del Dios de los mares, entre el pedestal del padre de la poesía y las prosaicas sillas del Prado.

Estas flores delicadas, que durante la cruda estacion germinaron envueltas en sus capullos, ó recogidas en las templadas estufas de salones y teatros, abandonan ya, á impulso de la primavera, sus invernáculos, y brillan y seducen con sus primores bajo un cielo esplendente y azulado. Abono de sus plantas productoras, á más del saludable de nuestro ardiente sol meridional, suele ser tambien el gusto y los caprichos de la *Moda;* los elegantes trajes y tocados, las magníficas telas y joyería, que para auxilio de la madre naturaleza ofrecen en ámplia coleccion los ricos talleres de madamas *Perrad* y *Bernós*, los copiosos almacenes de la *Villa de París*, de *Bruguera* y de *Nicanor*.—Todos estos y otros muchos templos de la diosa aprestan y preparan sus productos para la grande exposicion de primavera, que se celebra anualmente en esta capital del católico reino, desde el Juéves Santo al juéves santísimo del Córpus (ambos inclusive); todos estudian y comentan el programa de la Moda, presidenta nata y di-

rectora de la Exposicion; todos aspiran á las medallas materiales del premio, si bien renunciando en cambio, y á favor del mismo objeto premiado, el lisonjero galardon del entusiasmo y el encomio públicos.

Aquellas plantas, aquellas flores, así cultivadas, engalanadas y expuestas, darán, como es natural, sus frutos á debido tiempo, y las crónicas de los meses sucesivos nos proporcionarán sin duda la ocasion de ir consignando sus adelantos, sus triunfos, su ramificacion y entronques con los árboles genealógicos más primorosos, altivos y venerandos de nuestro plantel.

Ya en el presente mes que nos ocupa ha empezado este misterioso fenómeno creador, y ya en los primeros dias de la estacion primaveral han inclinado sus tempranas corolas, han abierto su seno virginal en el altar de la fecundidad, várias de las más primorosas flores del Prado madrileño, segun consta bien y fielmente en los registros parroquiales y en las oficinas de la vicaría eclesiástica; y si no lo han hecho todas las demas, no hay que achacarlo por cierto á falta de disposicion y deseos de su parte, sino que hasta ahora no han sido comprendidas sus almas, no ha sido estudiada su forma material, sus gracias, sus dotes y sus ricos tesoros de ternura.—Pero ellas trabajarán por conseguirlo, y siguiendo el sagrado precepto del *crescite et multiplicamini*, estudiando las benéficas leyes y los sistemas económicos que tratan del fomento de la poblacion, harán que la de nuestra heroica villa reciba el año próximo el contingente de aumento que es la primera condicion de su mejora material.

Por desgracia lo necesita, si ha de cubrir con creces las numerosas pérdidas que han ocasionado en su vecindario los cierzos invernales; terrible é inevitable tributo, que no ha perdonado en las últimas semanas ni á la encumbrada grandeza, ni á la brillante hermosura, ni á la

poderosa fortuna, ni á la modesta é ignorada virtud; que con el mismo rigor ha descargado su fatal guadaña sobre los jóvenes Marqués de Bélgida y Pizarro que sobre el octogenario y opulento marqués de Casa Gaviria; sobre el tierno cuello de dos brillantes jóvenes, hijos del acaudalado señor Matheu, que sobre la flor infantil de una hermosa criatura, esperanza y embeleso de una de las primeras familias de nuestra aristocracia.

Pero basta de necrología y de filosóficos *mementos*, aunque á decir verdad, esta crónica, escrita en el tiempo santo de Cuaresma y consagrada exclusivamente á él, deberia ocuparse, más que de otra cosa, de esta clase de considerandos, y velar las páginas de su historia con el mismo fúnebre que cubre nuestros altares.—Mas como por desgracia somos escritores profanos, y como estamos persuadidos de que el ascetismo no es tampoco el fuerte de los lectores de LA ILUSTRACION, nos creemos dispensados de tratar estas sublimes materias, y dejamos á plumas más dignas y autorizadas el hablar de ellas debidamente. *Sancta sanctè tractetur.*

Por eso no reseñamos la fisonomía especial que una parte de nuestra poblacion madrileña ofrece en el tiempo cuaresmal; renunciamos, aunque con sentimiento, á bosquejar el cuadro consolador que nuestros templos religiosos, henchidos de gente, radiantes de luz y de armonía, ofrecen á las almas piadosas en tal período; no tomamos en cuenta las magníficas funciones del culto; la elocuente y apasionada voz de los oradores sagrados; los penitentes ejercicios de una parte del pueblo; la religiosa ostentacion de otra. — Y como contraste repugnante y escandaloso, queremos tambien huir de las escenas indignas, de los abominables cuadros que la impiedad y la licencia suelen ofrecer en tales momentos, como para hacer alarde del descreido cinismo y feroz inclinacion.—Los

asesinatos, los suicidios, robos y violencias, las lúbricas bacanales, los insultos y desafíos, los crímenes, en fin, de toda especie, proscritos en todo tiempo y en todos los pueblos por la religion y por las leyes, son áun más dignos de reprobacion en el tiempo en que nuestra santa madre Iglesia celebra sus más sublimes misterios, y repugnan tambien á nuestra pluma, más que inclinada á combatir el crímen, á pintar y castigar festivamente el ridículo y las debilidades humanas.

Ámplia materia, sin embargo, prestaria á nuestra risueña imaginacion y modesta pluma la manera convencional y la conciencia acomodaticia con que mucha parte de nuestra sociedad halla medio ingenioso de cumplir, á su entender, con los preceptos de la Iglesia en este tiempo de penitencia, sin por eso moderar sus inclinaciones, refrenar sus apetitos ni mortificar su vida sensual.—Propondriamos, por ejemplo, el tipo del honrado ciudadano y piadoso creyente que para observar rigorosamente el ayuno incorpora á su inveterado chocolate matutino un par de chuletas de ternera, ó una tortilla de jamon en cambio de la taza de sopas ó del bizcocho borracho que durante el resto del año es su indispensable tente-tente de entre mañana; ó que trueca los viérnes la inmemorial olla enciclopédica por tres ó cuatro pescados regalados y otras tantas delicadas y dulces combinaciones de huevos y lacticinios.—Sonreiriamos tal vez de la ingeniosa estratagema de la jóven doncella, que multiplica en tales dias sus citas y entrevistas amorosas bajo el pretexto de novenas y misereres; ó de la vieja y entonada señora que, acabado de oir el sermon sobre los excesos del lujo, corre las tiendas de la calle del Cármen á trocar en trajes y atavíos las rentas de sus haciendas ó el sueldo de su esposo.—Ya llamaria nuestra atencion la modesta compostura y el contrito recogimiento de aquel cofrade que lleva

el estandarte ó la vela, creyendo hacer olvidar que con la misma mano mide escasas las varas de su mercancía ó cobra centuplicados los capitales con que trafica;—ó bien el fingido entusiasmo y la estudiada pasion del orador sagrado que ante un auditorio ilustre busca con su elocuencia mover el corazon del magnate, más que en favor de su doctrina, en el sentido de su proteccion;—la numerosa concurrencia, en fin, que hinche el espacioso templo llamada por los ecos de una brillante orquesta ó por la fama de un nuevo tenor;—ó la pública ostentacion de caridad de la elegante dama, que se presenta á implorar el ochavo del pobre, cubierta de joyas y pedrería.

Todos estos y otros mil contrasentidos que ofrece á los ojos del filósofo observador lo que llamamos *buena sociedad*, en este tiempo santo, podrian, ¿quién lo duda? dar materia á largos y risueños comentarios; pero entónces no escribiriamos un artículo de crónica, sino trazariamos un cuadro de costumbres; y no es para esto, y sí para aquello, para lo que hoy tomamos la pluma y renunciamos al pincel.

Pero contraidos por aquella misma imperiosa ley á la condicion de simples cronistas, y habiendo de prescindir absolutamente de observaciones generales, y fijarnos sólo en narrar los acontecimientos del mes, ¿qué podrémos decir á nuestros lectores, que no sepan ya por el calendario, es decir, que la primavera y la cuaresma le han ocupado por entero?—Y si, segun la opinion de un sabio, «para hacer un conejo guisado lo primero es tener el conejo», ¿sobre qué materia habrémos de confeccionar nuestro discurso, faltos absolutamente de objeto?—Pues entónces, buen remedio, se nos dirá: no escribir el artículo.—Es verdad, pero hay el pequeño inconveniente de que, bueno ó malo, insulso ó insípido, ya está escrito. —Pero, ¿cuál es su argumento? (nos preguntará justa-

mente algun crítico); y nosotros responderémos lo que el poeta dramático ántes citado: que tampoco le hemos hallado.—¿Qué es lo que ha pasado, pues, en el período que describisteis?—A esto ya podemos responder, con la arrogancia del que no teme ser contradicho:—«Ha pasado un mes.»

ABRIL.

CRÓNICA SIN ILUSTRAR.

Ciertamente que para corresponder al título, un poco exótica en verdad, de esta publicacion (1), en el sentido forzado á que se aplica aquella voz bajo el punto de vista editorial, necesitábamos, más bien que de nuestra propia *ilustracion*, de la *ilustracion* ajena, esto es, del concurso de los artistas, dibujantes, grabadores y tipógrafos, encargados de representar materialmente los sucesos, sitios y personas que hayan de ocupar esta nuestra insípida narracion, para que pudieran darle así el atractivo que necesita, y de que ha de carecer naturalmente á falta de tan esencial adminículo.

Mas por desgracia nos hallamos en tierra en que la ilustracion no es todavía de uso general, y en que las leyes, la opinion y las artes han adelantado poco ó nada en su prosperidad y libre cambio.—Las primeras, ofreciendo mil y mil trabas fiscales, contrariedades y obstáculos de todo género; la segunda, presentando un inconveniente áun mayor con su indiferencia y desden; las últimas, en fin, marchando á paso de tortuga en el es-

(1) *La Ilustracion*, que fundó el Sr. Fernandez de los Rios.

trecho círculo á que naturalmente las reducen las oposiciones de los unos y la apatía ó desidia de los otros.

Por eso *La Ilustracion* española, que, á semejanza de las de otros países, debiera ser la expresion fiel y palpitante de nuetra vida actual, tiene que reducirse á generalidades vagas, trabajos exóticos, incoherentes, tomados unas veces de los países extranjeros; incompletos y mezquinos otras, cuando un espíritu de nacionalidad nos hace dar preferencia á los nuestros.—Por eso nuestra *crónica mensual*, que en otras manos y en otros países podria aparecer abundante y rica en argumento, narracion y accesorios de adorno, tiene que resignarse á pasar por el mezquino conducto de nuestra pluma, y aparecer á los ojos de un público (tambien, es verdad, poco exigente), pobre, modesta, descolorida y *sin ilustrar.*

Pero, pues ha de ser forzosamente así, y habrémos de continuar nuestra tarea sin proteccion en la ley, sin apoyo en la opinion y sin el concurso de las artes, vamos á *cubrir el expediente*, á llenar, que diriamos, lo ménos mal que podamos esta nuestra *mision* sin mandato, este nuestro discurso sin auditorio, este nuestro cuadro sin luz y sin color; y cuando á nuestro juicio le hubiésemos concluido, colgarémos el marco de una de las columnas de nuestro periódico, y leeráse debajo esta breve leyenda, indispensable para entender el texto:—*Aquí debiera estar la* Crónica Matritense *del mes de Abril de* 1852.—Vamos adelante; ánimo, pues, y manos á la obra.

«Lo que yo pintáre, el tiempo dirá:
Si sale con barbas, será San Anton;
Y si no, la pura y limpia Concepcion.»

El mes de las aguas, que los almanaques pintorescos ó *ilustrados* representan bajo el signo del Toro, y que tan

grato es á las campiñas, como molesto y enfadoso en las poblaciones, ha pasado en nuestra heroica Madrid con toda aquella coquetería ó veleidad de humor con que suele, resumiendo en él, y no pocas veces en el término de una semana y áun de un solo dia, las cuatro estaciones del año, y obligando á las pieles y al terciopelo á alternar en notable discordancia con las gasas y el abanico, segun es ya antigua costumbre en nuestra villa, si hemos de creer el testimonio del inmortal Quevedo:

«Abril, que á Febrero hacía,
Comenzó ayer á mayar,
Y hoy á manera de Marzo
Nos ha vuelto el vendaval.»

En los dias claros y templados (que han sido los ménos) la heroica poblacion se ha entregado al entusiasmo anacreóntico, á la ternura del idilio, en el Prado, en el Retiro, en la Fuente Castellana y en los demas sitios públicos de reunion; ha saludado con alborozo el primero y fugitivo verdor de nuestras alamedas y tierras de pan llevar, y ha acudido, llena de ardor y de movimiento, á dejarse mecer en coche al traves de aquel esmaltado tapiz, ó á moverse en cuerpo y alma al compas de la polka ó del jaleo en los pintorescos patios del Hipódromo ó en los floridos verjeles de Chamberí.—En los dias turbios y lluviosos han hecho su agosto los coches de plaza, los teatros, los zapateros, sastres y paragüistas, y de resultas de aquellos amables contrastes, han prosperado tambien los médicos y boticarios, los sacristanes y enterradores.

Pero, en compensacion de tales desmanes, hemos tenido un verdadero suceso, un acontecimiento que formará época en las efemérides matritenses: una avenida del Man-

zanáres, que nos recuerda otra de hace algunos años, á que un nuestro amigo, insigne literato y disfrazado con el nombre de *D. Crispin Centellas*, entonaba un bellísimo romance, cuyos primeros versos decian:

«Allá vas don Manzanáres,
Tan fuera de tí en tus aguas,
Que te vienes tropezando
Beodo de banda en banda.
»El mes de Abril te ha embriagado,
Que hay meses malas compañas,
Vaciándote en el modrego
Las bodegas de su casa.
»Vas hecho mar de los rios,
Y de estatura tan alta,
Que un sargento de milicias
Te hará llegar á la marca, etc., etc.»

Pero al fin sucedió lo de siempre, y es que al dia siguiente todo estaba como ántes, y los madrileños (que ya contaban con tener al pié de sus muros un Garona ó un Guadalquivir) hubieron de contentarse con ver *serpentear un hilo plateado* (segun la expresion de Góngora),

«Destilando gota á gota
Por los ojos de su puente»,

como decia Tirso de Molina, con lo que volvieron los votos al suspirado *Canal de Isabel II*, que ha de venir (Dios mediante) en algunos años ó jornadas á hacer noche en la última á las alturas de Santa Bárbara, y aflojaron con esta dulce esperanza los gastos del segundo dividendo del empréstito hidráulico. — Entre tanto la Municipalidad matritense, no ménos sedienta de gloria que de agua la poblacion que dignamente representa, parece que trata de echar por otro camino, y recoger á la

Montaña de Pío unos *trescientos reales* que andan sueltos por el sitio del Pardo, y que se dejarán coger (prévio beneplácito del Real patrimonio), mediante la módica cantidad de *tres millones*, ó lo que es lo mismo, á razon de diez mil de vellon por cada uno de los de la medida fontanera. Esto es ponerse muy en la razon, y sería preciso no tener quinientos duros en el bolsillo para no adquirir la propiedad de *noventa y seis cubas diarias*, que es la traduccion asturiana de la medida hidráulica del *real fontanero*.

Esta solicitud, este ardor que ha impulsado á la poblacion madrileña en el mes de las aguas hácia las mismas, no es, sin embargo, comparable al entusiasmo que la agita é impele hácia la tierra del vino.—Un ejército de veinte mil hombres la preparan en este instante fácil acceso por medio de un *ferro-carril* hácia los fértiles viñedos de la Mancha; y con la ayuda de Dios, podemos prometernos que para la revista próxima de Setiembre tendrémos, como quien dice, á la puerta de casa, los monumentos y variadas producciones de Tembleque, como ya tenemos las bellezas de Pinto y los espárragos de Aranjuez. — Y entre tanto que la Europa entera llamará á nuestras puertas por las fronteras del Norte con máquinas infernales de la fuerza de doscientos caballos, nosotros la saldrémos al encuentro con galeras de catorce bueyes, ó con sendas mulas del calibre de doscientas pulgas, uncidas á la caja de un desvencijado calesin; pero tambien correrémos á puto el postre, y como alma que lleva el diablo, por el teatro de los triunfos de Don Quijote, en demanda de las costas africanas ó de la blanca luna de Valencia.—Todo es correr.

La primera jornada de este risueño viaje (ó sea la del hermoso sitio de Aranjuez) se ha inaugurado este mes bajo excelentes auspicios, habiéndose trasladado á él su

majestad la Reina en los primeros dias, y arrastrando en pos de sí, por deber ó por recreo, una buena parte de nuestra más brillante sociedad. Esta fuerza de atraccion que la córte y los encantos de aquel delicioso pensil ejercen en la estacion presente sobre la poblacion madrileña ha ido en progresion ascendente durante todo el mes, y en más rápida proporcion continuará en el siguiente, y tanto, que para mediados de Mayo todo Madrid — este *todo Madrid* que forma la parte más vital, aunque ménos numerosa, de la poblacion — podrá considerarse trasladado al sitio, de suerte que nuestra próxima *Crónica Matritense* tendrá indudablemente que ir fechada á las orillas del Tajo.

Pero limitándonos por la presente á las del humilde Manzanáres, dirémos que el primer término del mes le han ocupado las solemnes funciones religiosas de la Semana Santa, aunque, por la razon ya dicha de la traslacion de la córte, no pudieron tener lugar las pomposas ceremonias de Palacio—el lavatorio y la visita de estaciones por Su Majestad y Real servidumbre;—y por el inveterado chubasco de la tarde del viérnes tuvo que retirarse á los primeros pasos la procesion de los mismos, única que ha quedado permanente de las muchas que en tales dias se verificaban ántes en Madrid.—Por estas razones ha carecido esta Semana Santa en nuestro pueblo de gran parte de la suntuosidad que forma su especial fisonomía, siendo, por lo demas, el fondo del cuadro tan interesante como de costumbre, con el religioso aparato de los templos, la inmensa concurrencia de los fieles, la caridad cristiana representada por las más nobles y bellas damas de nuestra sociedad y servida por los cuantiosos donativos de toda la poblacion, el fervor de los oradores sagrados, el humo del incienso y los encantos de la armonía.

La parte profana del cuadro tambien tiene en Madrid

su brillo especial, pues ninguna de las capitales de provincia puede siquiera imitar el conjunto brillante de elegancia, de fiesta y de lujo que ostentan las calles de Madrid el Juéves y el Viérnes Santo, en aquellos dias en que desde el Monarca hasta el último artesano las huellan materialmente con sus plantas; en que desaparecen instantáneamente las diferencias sociales; en que el grande y el magnate se confunden, á la entrada del templo del Altísimo, con el último menestral; en que el uno abandona su elevada carroza, en que el otro deja de oprimir las calles con el peso de su carreta ó de asordarlas con el ruido de su taller.—Todas èllas son entónces apacibles paseos, magníficos y variados salones, en que la aristocrática beldad luce su esbelto talle, su breve pié y su agraciado semblante, con la mantilla nacional y sin el apéndice del gorro extranjero, al paso que la modesta hija del pueblo procura rivalizar con ella en aseo y compostura; el grande y el magnate pasan como desapercibidos con el modesto traje de paisano, y el paisano se confunde con aquél, afectando el continente del caballero. Pero todo esto de una manera especial, que resalta en Madrid más que en pueblo alguno de nuestra nacion; porque en ningun otro hay ni puede haber la variedad de posiciones sociales que en la córte; en ninguno puede hacerse tan sensible la desaparicion de los carruajes y del tráfico, el silencio de las campanas, la suspension de los oficios mecánicos y bulliciosos, y la nivelacion, en fin, exterior de una inmensa poblacion.—Hemos visto las ponderadas fiestas de Semana Santa en Sevilla, Valencia, Búrgos, Toledo y Barcelona, y si bien en todas ellas la parte religiosa pueda llevar ventaja á Madrid, por la mayor suntuosidad de sus templos catedrales y la ostentacion de sus procesiones y ceremonias, tambien éstas suelen ir acompañadas de accidentes impropios, de farsas ridículas, y las calles de la

poblacion son pura y simplemente lo que todos los dias, y cuando más, como el domingo anterior.—Sólo Madrid representa en tales momentos un cuadro unísono y general de magnificencia, de religiosidad y de buen tono, digno del más delicado pincel; y aunque no puede competir, bajo el primer aspecto con la capital del órbe católico, ni bajo el segundo con el célebre paseo de *Longchamps* en la República vecina, se distingue notablemente en el conjunto entre las capitales de segundo órden.

Esta misma ostentacion religiosa continúa luégo en las siguientes semanas de Pascua, especialmente en la primera, que la ilustre y piadosa congregacion del Santísimo Sacramento consagra de una manera realmente incomparable á su culto en el espacioso templo de Santo Tomas; y en los domingos siguientes, en que las diversas parroquias de la capital administran el Sagrado Viático á los enfermos impedidos, con la mayor pompa y solemnidad. Tambien este año ha sido señalado el primer dia pascual con una magnífica procesion de la sagrada imágen de Nuestra Señora de Atocha, en que ostentaba el regio manto y las preciosas joyas, ofrenda de S. M. la Reina, por haber salvado milagrosamente su vida del horrible atentado del 2 de Febrero.

Pasando luégo de las festividades religiosas á las profanas, la Pascua de Resurreccion es el principio de una nueva vida, es el pretexto de un desusado movimiento.—Las corridas de toros, este espectáculo verdaderamente clásico y nacional, comienzan en ellas, y en el año presente se han inaugurado con todos los alicientes que pueden favorecerlas : con un ganado escogido, con unos lidiadores de incomparable mérito y celebridad, con una concurrencia inmensa, y hasta con la grata novedad de haberse presentado en ellas las más elevadas y bellas damas de nuestra aristocracia, ricamente ataviadas con el pinto-

resco traje de Andalucía, ocurrencia feliz, que nos trajo á la memoria otra semejante de la reina Doña María Cristina en 1831, en el sitio de Aranjuez, que fué celebrada dignamente por la elegante pluma del difunto Duque de Frias, en un magnífico soneto, que, si mal no recordamos, decia así:

«Bella, gentil, alegre, placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Del vestido andaluz haciendo alarde,
Regocijas del Tajo la ribera.
»Entre el bullir de turba lisonjera,
Animando al valiente y al cobarde,
La luz hermosa de tus ojos arde,
Y áun embravece á la acosada fiera.
»Ninfas del Bétis, que en arenas de oro
Undoso baña la imperial Sevilla,
De gracias mil riquísimo tesoro;
» Vuestros encantos eclipsando, brilla
Con majestad y nacional decoro
La incomparable Reina de Castilla.»

Los teatros, á excepcion del Real, todos volvieron á abrir sus puertas con nuevos bríos, todos procuraron, con el esmero y variedad de sus espectáculos, disputar la atencion del público, que por su parte se mostró galante áun más que de costumbre; las sociedades tauromacas, filarmónicas y danzomanas lucharon con heroismo para hacer más agradables á nuestra poblacion las risueñas tardes y noches de Abril; y hasta los espectáculos trashumantes de cajas misteriosas, autómatas inverosímiles, fenómenos humanos y pulgas inteligentes desplegaron sus programas, encendieron sus faroles y ostentaron sus primores al redoble del parche ó al bramido de la trompeta.—Y como si todo esto no bastase para festejar la entrada de la primavera, se nos anuncia ya para los primeros dias de Mayo

la apertura de un jardin monstruo de recreo, á imitacion de los de *Mabille* y *Asnières*, de Paris, ó de los difuntos *Apolo*, *Delicias*, *Tívoli* y *Vista-Alegre*, madrileños; la competencia pública de diversos profesores pirotécnicos en suntuosos artificios de fuegos; la exposicion de várias colecciones de curiosas alimañas; la de un prestidigitador inconcebible, y de un improvisador de la fuerza de cuarenta caballos; la ascension de globos inverosímiles; la presentacion en los salones filarmónicos hasta de una docena de presuntos Paganinis ó de Listz de tierna edad; la de otra coleccion de *parejitas* de rumbo en el género *juncal;* la de trescientos y un drama, en el calentito y tierno de *Adriana Lecouvreur*, ó en el cantabile del *Marqués de Caravaca;* la publicacion de diez ó doce tomos de poesías y de otros tantos nuevos periódicos (cuya necesidad se deja sentir generalmente en las tiendas de ultramarinos); y por último, por si á consecuencia de todos estos *desahogos* naufragase nuestra bolsa, ó hiciese noche nuestro pobre juicio, se nos presenta la halagüeña perspectiva de la próxima fundacion del hospital de la Princesa ó la inauguracion novísima del manicomio de Leganés.

MAYO.

FIESTAS POPULARES.

Hace cosa de un siglo que decia el cáustico Voltaire, que la primera de las reputaciones usurpadas era la del mes de Mayo, y que lo templado de su atmósfera y lo regalado de su ambiente eran una de tantas mentiras inventadas por los poetas; y por cierto que desde entónces acá no ha hecho otra cosa el susodicho mes sino acreditar más y más aquella crítica observacion.—Y no hablemos sólo de lo que sucede en el país en que fué hecha, ni en los más avanzados del Norte, sino que hasta en las mismas penínsulas meridionales, Ibérica é Itálica, es un hecho cierto la verdad de aquella mentira, y que el mes de las flores es el más caprichoso é inconstante de la docena.—Nuestros poetas, sin embargo, siguiendo el convenio tácito arriba dicho, se esmeraron siempre en pintarle con los más risueños colores, desde Calderon, que ejecutoriaba la belleza de las *Mañanas de Abril y Mayo*, hasta Melendez, que se extasiaba á la vista de la yerba aljofarada y al són del cáramo pastoril.

La apertura de este dichoso mes se celebraba tambien en Madrid, en otro tiempo, con una poética romería á las orillas del Manzanáres, titulada de *Santiago el Verde*, que

tambien dió lugar á los alardes de la poesía bucólica; aunque es de presumir que muy de ordinario aquella fiesta campestre se viera amenizada con los destemplados aquilones y los chubascos improvisados que la vecina sierra nos regala. A pesar de todo, preciso es convenir en que, si no todos los dias del mes de Mayo, suelen contarse en él hasta tres ó cuatro en que realmente aparece como le soñaron los poetas; y siendo como son aquellos dias los más halagüeños del año, habrá que perdonarle, en gracia de ellos, las jugarretas de las cuatro semanas restantes.

Empero si la atmósfera no viste constantemente de gala en esta mesada, la Iglesia, la córte y la villa parece que se han convenido en enaltecerla con sus más solemnes festividades, sus mayores pompas y sus más halagüeños regocijos; pudiendo decirse que toda ella ha sido y es una serie no interrumpida de fiestas, en que los dias laborables vienen, por decirlo así, á formar el descanso de los de recreo y solemnidad.

Tres fiestas, sobre todo, de las del mes de Mayo en Madrid, emblematizan respectivamente la poesía de la religion, del patriotismo y del trono.—Es la primera la que consagra la villa á su glorioso patron *San Isidro Labrador*, aquel hijo del pueblo que representa su piedad religiosa y está enlazado con sus más antiguos y preciados blasones históricos; la segunda, aunque precede á aquella en el órden cronológico, es la fiesta nacional del *Dos de Mayo*, simbolizado en las víctimas madrileñas de 1808; la tercera y última, la fiesta de córte dedicada al augusto y sagrado monarca que representa al trono español y ocupa un lugar tan señalado en la Historia y tan excelso en los altares.

Prescindiendo ahora de la representacion religiosa, histórica y política de estas tres festividades, *nacional*, de *córte* y de *villa*, basta sólo á nuestro propósito consignar

aquí la coincidencia de ellas en este mes, sin que tampoco hayamos de detenernos en pintar su aparato, de todos conocido, y los accesorios, siquier patéticos, siquier burlescos, que las prestan su respectivo é interesante colorido; únicamente dirémos que las dos primeras en este año fueron favorecidas por un magnífico temporal, y acertaron á sacar en lote dos de aquellos tres ó cuatro dias privilegiados de que hablábamos ántes; y la tercera, aunque hoy decaida algun tanto de su pompa cortesana, por carecer de la circunstancia de celebrarse en ella el nombre del monarca reinante, ha sido celebrada en la capilla del Palacio Real de Madrid y en los jardines de Aranjuez.

A propósito de este Real y pintoresco Sitio, residencia hoy de la córte, y al que en nuestra anterior Revista suponiamos trasladado á la sazon á aquel *todo Madrid* que ocupa frecuentemente los teatros y paseos, las tertulias y cafés, desde luégo declararémos que nos equivocamos en aquella suposicion; y que lo destemplado de la estacion por una parte, y la facilidad de regresar por otra, ha hecho que si aquel Madrid ha ido á visitar las orillas del Tajo, ha dicho muy luégo:—«á Madrid me vuelvo»,—y en Madrid está, excepto aquella parte ménos afortunada, que por indisposicion de las locomotoras suele pasar tal cual noche entre Pinto y Valdemoro.

Ademas de las fiestas ya dichas y de los cinco domingos, juéves de la Ascension y Pascua del Espíritu Santo, han consagrado nuestras iglesias diarios y solemnes cultos al *Mes de María*, tierna y poética festividad, que hace pocos años ha progresado extraordinariamente en España, Francia é Italia. Los espectáculos profanos tambien han abundado, desde el exótico é insulso de las carreras de caballos, hasta el animado y clásico de los toros; desde los pintorescos fuegos artificiales en el Sitio del Buen-Retiro, hasta las grotescas zambras del Hipódromo y de la

Pradera del Canal; desde las risueñas y populares zarzuelas del teatro del Circo, hasta las crispaciones nerviosas del de la calle del Desengaño, ó el narcótico arrullo de la del Príncipe.

Dos novedades tambien ha ofrecido este mes á los madrileños, y ambas han sido otras tantas negaciones del calendario. — La primera fué la del aniversario de la publicacion de la Constitucion de 1845, que aquél rezaba para el domingo 23, y nadie se ocupó de ello; la segunda, el eclipse total visible, que aquél no predijo, para el dia 5, de todos ó casi todos los astros *periódicos* de las luces, verificado por la interposicion de un cuerpo opaco á manera de decreto, ó por el vacío de un espacio á manera de sombra de editor. —Esta segunda novedad ha ocasionado la carencia absoluta de novedades en la plaza, ó que si se han expendido en ella, haya sido grátis; pero si nadie ha podido mentir en letras de molde, todo el mundo ha sido muy dueño de hacerlo sin borrador, y ser al mismo tiempo editor y consumidor, y responderse al — «¿qué hay de nuevo?» —con toda aquella serie de suposiciones más ó ménos halagüeñas que le cumpliesen, y despacharse á su gusto con todos aquellos argumentos y paráfrasis que suele cada cual encargar á su periódico, mediante la módica retribucion de 12 reales al mes.—Vale más así, y encargariamos á los noticieros este método antiflogístico, esta dieta racional de lectura, que tan bien parece haberles probado en las últimas calendas, repitiéndoles para su consuelo aquella sabida y antigua copla:

«De saber novedades
Non vos curedes;
Hacerse han ellas viejas
Y las sabrédes.»



JUNIO.

TOROS Y VERBENAS.

Otra fiesta religiosa y tambien popular se verifica en el mes de Junio, y es acaso la más lucida y ostentosa de la cristiandad, grande por su objeto y magnífica por su forma y aparato.—Nos referimos á la solemnidad del *Sanctisimum Corpus Christi*, que casi siempre cae dentro de dicho mes, y que celebra Madrid con una vistosísima procesion, en que figura todo lo más brillante de la córte de España, desde el Monarca inclusive hasta las últimas jerarquías eclesiásticas, civiles y militares; lo cual suple en gran parte á la poética ostentacion que suelen desplegar en este dia las santas iglesias de Sevilla, Granada, Toledo y Barcelona.

La extension y hermosura de las calles de la carrera, enarenada y cubierta de toldos, que templan el ardiente sol meridional; el adorno de los balcones con vistosas colgaduras; la inmensa concurrencia de todas las clases de la sociedad; el lujo de ya caprichosos atavíos, y la hermosura de las graciosas madrileñas, que se ostenta en este dia en todo su esplendor, son accesorios que realzan en gran manera aquella solemnidad religiosa, cortesana y popular.—Ya lo describimos minuciosamente, con todos sus

detalles, en 1835 (1), y poco ó nada podriamos añadir; pues, aunque algo amenguada en aparato oficial, todavía ostenta el suficiente para llamar la atencion de propios y extraños. Aun recordamos el entusiasmo, la excitacion que experimentaba *Theophile Gauthier* (á quien acompañábamos en su primer visita á Madrid) ante la magnificencia del acto religioso y el encantador espectáculo de las bellezas matritenses en el paseo de la calle de Carretas.

Desde la Pascua de Resurreccion hasta la canícula empiezan en Madrid las populares corridas de toros, que se celebran todos los lúnes por la tarde en el circo extramuros de la Puerta de Alcalá; mas como el verano suele tardar en asegurarse, no despliegan aquéllas todo su lucimiento, ni el ganado toda su bravura, hasta bien entrado Junio, y entónces es de rigor para la sociedad madrileña, desde las más altas hasta las más populares clases, la asistencia puntual á este terrible y esplendoroso espectáculo. Los más célebres luchadores del Reino, á cuyo frente brillan los valientes espadas Arjona (*Cúchares*), Redondo (*el Chiclanero*) y Francisco Montes; el ganado más bravo y escogido, la plaza mejor servida, la concurrencia numerosa é inteligente, y la animacion y el bullicio consiguientes dan á este espectáculo una animacion deslumbradora, un alegre bullicio, que se extiende en tales dias á la poblacion general de Madrid.

El espectáculo que ofrece en ellos la anchurosa calle de Alcalá, con el agitado movimiento de carruajes de todas fechas y condiciones; de pedestres de todas las clases de la sociedad; y el magnífico golpe de vista de la inmensa plaza, cubierta literalmente de concurrentes de todos sexos, edades y condiciones, desde la aristocrática beldad de los palcos, que ostenta el vestido andaluz y la donosa

(1) ESCENAS MATRITENSES.—*La Procesion del Córpus.*

mantilla blanca, hasta la multitud del pueblo, que ocupa gradas y tendidos con sus variados trajes, su animacion y algazara, es realmente un cuadro seductor y que consigue desarmar á los más atrabiliarios censores naturales y extranjeros de estas fiestas; les seducen, les fascinan y no pueden ménos de prestarlas su entusiasmo y simpatía. Hemos visto á muchas celebridades extranjeras, tales como *Alejandro Dumas*, padre é hijo, *el Vizconde D'Arlincourt*, *Roger de Beauvoir*, *Teophile Gauthier*, *Charles Didier*, y otros, manifestar su entusiasmo delirante en presencia de la lidia taurina; hémosles oido despues repetir de viva voz las impresiones recibidas, y consignarlas luégo en sus relaciones de viaje; todo lo cual prueba claramente que algo simpático, algo irresistible tiene nuestra fiesta popular. Y cuenta que esta confesion es tanto más imparcial cuanto que nuestra repulsion á las fiestas taurinas data de toda la vida y no está basada en un hipócrita sentimentalismo, sino en que no hallamos en ella (sin duda por ignorancia) aquella variedad, aquellas emociones que suponen los aficionados más ó ménos inteligentes, más ó ménos afectados, que de todo hay.

Tampoco nos convencen ni las apasionadas diatribas de los filósofos humanitarios contra esta que llaman bárbara diversion, ni ménos aún los elogios exagerados que la consagró D. Nicolas Fernandez de Moratin en su erudita *Disertacion histórica*, ni los ditirambos que empleára en su famosa oda al matador *Pedro Romero*, si bien sean tan bellos como los contenidos en los siguientes versos:

. . . .
«El bruto impetuoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brío,
Solamente no es bárbara en España.»

Si bien luégo lo echa á perder con la fanfarronada siguiente:

. . . .
«En el extenso mundo,
¿Cuál rey que ciña la imperial corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?
¡Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría!
¡Oh, no conozca España qué varones
Tan invencibles cria!
¡Rogádselo á los cielos, oh naciones!»

Esto es llevar la hipérbole hasta lo sublime del ridículo.

Mas prescindiendo de todo ello, encomios ó recriminaciones, más ó ménos exagerados, se ve claramente que la aficion á las lides taurinas es ingénita en los españoles desde la más remota edad, y que está basada en la especial combinacion de la bravura de la fiera, peculiar á nuestro clima, y la natural inclinacion del hombre á dominarla; así como los indios malavares ejercitan sus juegos de destreza con las serpientes, los ingleses presencian con ardor las luchas de gallos y las carreras del hipódromo, los franceses los peligrosos ejercicios de los acróbatas, y los árabes las *fantasías* con sus briosos corceles y espingardas. Vese, por lo tanto, que la aficion de los españoles á esa diversion es una cosa natural, y que, á pesar de las leyes, de las persecuciones y de los razonamientos filosóficos, no acabará nunca; como no acaba la costumbre de saborear todos los dias la olla de ricos garbanzos castellanos y chorizos extremeños; como no acabará en Holanda y Flándes, en Alemania é Inglaterra, la aficion á la cerve-

za, que suple la falta del vino. No se templará, en fin, la arrogancia del español, natural ó heredada de los romanos, de los godos y de los árabes, y su inclinacion á la lucha y á los peligros, miéntras no decaiga la bravura de las reses que beben las aguas del Guadalquivir, del Tórmes ó del Jarama.

Las veladas ó verbenas de San Juan, San Antonio y San Pedro concurren tambien á dar al mes de Junio un aspecto animado y pintoresco. La primera especialmente, célebre desde la antigüedad más remota, y comun á todos los pueblos de la cristiandad, ha dejado en Madrid una huella luminosa, impresa en las poéticas descripciones que de ella hicieron los más célebres dramaturgos del siglo XVII, Lope, Calderon, Tirso, Montalvan y otros, y especialmente por el recuerdo de las suntuosas fiestas con que en semejante noche plugo embriagar el ánimo del rey poeta, D. Felipe IV, á su poderoso valido el Conde-Duque de Oliváres.—Las crónicas matritenses llenas están de ampulosas descripciones de estas célebres fiestas, entre las cuales merece especial mencion la que inserta Pellicer, celebrada en la noche de San Juan de 1631 en los tres jardines reunidos de las casas del Duque de Maceda (hoy de Villahermosa), del Conde de Monterey (hoy San Fermin), y de D. Luis Mendez Carrion, Marqués del Carpio (hoy de Alcañices), á lo largo del Prado. En ella se representaron dos comedias, una de Lope, titulada *La Noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de Hurtado de Mendoza, con el título de *Quien miente más medra más*.

Hubo ademas baile, música, cena y mascarada, y luégo una suntuosa *rua* de la córte por el paseo del Prado, hasta el amanecer.—No fueron ménos aparatosas las celebradas en tal noche de 1639 y 1640; pero éstas tuvieron efecto en el nuevo sitio del Buen-Retiro, y la última en el

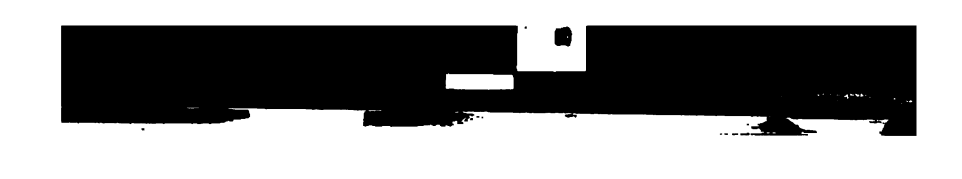
estanque grande, en cuya isleta central (y que áun se distingue cuando se limpia dicho estanque) se alzó un teatro para representar con gran aparato *La Circe*, comedia famosa de Calderon, acaeciendo, empero, que en medio de la fiesta se levantó tal torbellino de viento, que apagó las luces, arrastró los telones del tablado y las máquinas teatrales, dispersando las numerosas barcas tripuladas por los aristócratas espectadores, que estuvieron á pique de perecer en aquel improvisado golfo.

Muy léjos estamos ya de aquellos aparatosos espectáculos, y la *velada de San Juan* en Madrid, donde hablamos, se halla reducida á los términos más prosaicos y vulgares. Hoy, siguiendo el espíritu del siglo, se ha democratizado y convertídose en una simple noche de holgura y desenfado, bacanal de las clases inferiores de la sociedad, que al son de bandurrias y panderos invaden el antiguo Prado de San Jerónimo, sembrado todo él de puestos de buñuelos, torrados y aguardiente, y animado por las castañuelas de los danzantes y las rápidas vueltas del juego de caballos del Tio Vivo, con el trasiego del mosto y la consiguiente intervencion de algun garrote ó navaja.—Todos estos adminículos figuran tambien en las otras verbenas del mes, ó sean la de San Antonio, en el paseo de la Florida, que era antiguamente la más animada y pintoresca, y hoy la ménos frecuentada, y la de la víspera de San Pedro, que suele ser la más bulliciosa y trascendental.

Todas estas expansiones del regocijo popular se traducen en simples danzas y borracheras, en las que suele tomar no poca parte la autoridad municipal.

El Madrid cortesano, el Madrid político suele ofrecer, por el contrario, más intencionadas verbenas en las citadas de Junio, y del Cármen, en el próximo Julio (1), peri-

(1) 1834, 1854 y 1856.





MI INDEPENDENCIA.

(FOTOGRAFÍA DEL AUTOR.)

Yo soy el hombre feliz,
Que con un tranquilo gozo,
Mi independencia proclamo
A la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas,
Ni enemigos, ni patronos,
Ni súbditos que me adulen,
Ni jefe á quien hacer coro.

Ni acreedores que me pidan,
Ni esperanza de mortuorios,
Ni deuda que me desvele,
Ni deseo bienes de otros.

Tengo los que á mi ambicion
La bastan para su colmo,
Y los tengo bien tenidos
Por derechos patrio y propio.

No me ha obligado á escribir

La *sacra fames* del oro,
Sino un tintero maldito
Que no sabe criar moho.

No cuento entre mis paisanos
Ni entusiastas ni celosos;
Soy conocido de muchos,
Mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
Del magnate poderoso,
Ni obligo á que en mi antesala
Aguarden humildes otros.

No recibo del poder
Participacion ni voto,
Y de la Tesorería
Hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
A la opinion de los otros;
Tengo y sostengo la mia,
Pero sin tema ni encono.

De los farautes políticos
No sé los planes recónditos,
Ni en los periódicos leo
Sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
Y argumentos hiperbólicos;
Pero yo guardo la mia
Para mi servicio propio.

No me envenena la bílis
El mirar á más de un tonto
Gobernando una provincia,
O en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
De un ministro el ceño torvo,
Y si le encuentro en la calle,
Hago que no le conozco.

Todos fueron mis amigos,
Y mis compañeros todos;
Yo me quedé en la platea;
Ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel,
Porque pienso que es más cómodo
Ser espectador con muchos,
Que espectáculo de todos.

No sé por dónde se va
A los favores del trono,
Ni en mi modesto vestido
Brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados,
De que andan cargados otros,
Me parecen propias de ellos
Como de mí..... mis anteojos.

Soy, en fin, independiente,
De hecho y tambien de propósito,
Sin compromisos ajenos,
Y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
Que me inclina á vivir horro,
No sé qué *sino* fatal
Me hace depender de todos.

No hay Junta ni Sociedad
Que no me honre con su voto
Para trabajar de balde
En los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos,
Honrados y filantrópicos,
Para fundar una escuela
O una caja de socorros;

Pues me nombran presidente
O secretario, con voto,
Y me envian los papeles
Para hacer los monitorios.

¿Se trata de algun proyecto
De asociacion, de periódico,
De reforma material
O instituto filantrópico?

«Extienda usted, don Ramon,
Ese informito de á fólio,
O forme usté el reglamento
Que han de discutir los socios.»

No hay un cargo concejil
Para el que no me hallen propio,
Ni expediente del comun
Que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
Que no me cuente por socio,
No hay duro que no me pidan,
Ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
Soy honorario de todo;
Figuro en cartas de pago,
Nunca en nóminas de cobro.

« Usted, que está tan holgado
(Me dice don Celedonio),
¿ Quiere usted ser mi hombre bueno
En un juicio de despojo? »

« Usted, que es tan complaciente,
Tan servicial y tan probo,
Sea usted tutor, albacea,
De éste, de aquél ó del otro. » —

No hay autor que no me lea
Sus manuscritos narcóticos,
Ni periódico *de letras*
Que no cuente con mi apoyo.

Ni *album* de uno y otro sexo
Que no me demande un trovo,
Ni litigante hablador
Que no me emboque el negocio.

Huyendo ser publicista,
Soy público de los otros,
Y para no ser electo
Tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
Imprescriptible, sonoro,
Y en pago al servicio ajeno,
Y en pena de bienes propios,

Recibo cada trimestre
Los apremios amorosos
De la patria, pagaderos
A la órden del Tesoro.

Con esta vida que cuento,
Con este afan que deploro,
Todos me tienen envidia;
Yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
Otros me juzgan un porro;
Unos dicen: *¡Qué buen hombre!*
Otros responden: *¡Qué tonto!*

EL CURIOSO PARLANTE.



LOS MISTERIOS DE MADRID.

¿Que haga yo *Misterios*, Claudio?
¿Y que me eche á discurrir
Rodolfos, *Flor de María*,
Dómines y Tortilís;
Lechuzas mancas de un ojo;
Ferrantes y San Remís;
Esqueletos, *Calabazas*,
Rigoletas y Churís?

¿Aconséjasme que osado
Los eche luego á reñir
Orillas del Manzanáres
A la usanza de Madrid,
Con sombrero de calaña
Y vestido de alepí,
De sarga rica mantilla
Y sortija al corbatin?

¿O subiendo á los salones
(Traducidos de París)
Pinte duques, baronesas,
Bandas, placas y espadin,
Con intrigas, duelos, deudas,

Y otros primores así
De la *buena sociedad*,
Buena..... vamos al decir?

¿Dícesme que si no alcanzo
Con mi escuálido magin,
Pida luégo á EUGENIO SUE
Que me envie de París
Una caja de colores
Y una remesa de *esprit*,
Con su recetita al canto,
Muy fácil de traducir?

¿Háblasme de véras, Claudio?
¿Y me juzgas ¡ay de mí!
Del *pecus imitatores*
En el inmenso redil,
Que de los cisnes del Sena
Repite en són baladí
Los cantos y áun los graznidos,
A guisa de folletin?

¿No hice ya la penitencia
En diez años que escribí
En el habla de Cervántes,
Sin su donaire gentil
(Antes con débil paleta,
Escasa de oro y carmin),
Cien *Escenas Matritenses*
Naturales de Madrid?

¿Por fuerza han de ser *Misterios?*
¿Y yo los he de fingir,
Porque se escriben en Lóndres

Y se imitan en Pekin?
¿Porque allí nada se sabe
O todo se ignora aquí?
¿Porque hay en París *Misterios*
Los ha de haber en Madrid?

Confiésome, Claudio, un porro
Más soso que el perejil;
Digo que soy un zoquete;
Y lo creerás así
Cuando te afirme (perdona
Esta franqueza infantil)
Que si los hay, no los veo,
O no lo son para mí.

¿Es *misterio* por ventura
Que merezca discurrir
La triple y santa alianza
De Blas, Narcisa y don Gil,
Marido, mujer y amante,
Círculo eterno y sin fin,
Drama sin más peripecias
Que sociedad mercantil?

¿O hallarás *no comprendida*
A la viuda de Fermin,
Que hoy amanece con uno
Y mañana con diez mil;
Y asomada á la ventana,
Cual pintado colorin,
Canta por todos los tonos
«*Si quereis flores, aquí?*»

Dícesme que es un *misterio*

El carruaje de Crispin,
Que ayer iba á la trasera
Y hoy dentro del tilburí.
—Pero tú tan sólo ignoras,
Cuando lo dices así,
Que *su* coche no es *su* coche,
Sino del maestro Martin.

Admíraste de que Luisa,
La que vive enfrente á tí,
Gaste blondas y diamantes,
Terciopelos y organdís.....
Mírala, Claudio, los ojos,
Y calcularás así
Que el capital de aquel censo
No es fácil de redimir.—

¿Y los ojos de don Braulio
Tienen tal encanto, di,
Para fundar capitales
Sobre el ajeno monís?
—Es verdad, no tiene bolsa;
Mas para eso la hay allí,
Para los largos de ingenio,
Bajada de San Martin.

De Anselmo la bizarría
Con que, por bien del país,
Le presta al Gobierno ciento
Para luégo cobrar mil,
¿Tiene algo de misteriosa?
Pues yo mismo se lo oí,
Y lo cuenta como gracia
Muy conforme y de aplaudir.

¿Y el patriotismo de Fabio
Es *misterio* para tí?
Míope será el que no vea
De sus principios el fin.
Préstale tu voto, Claudio,
Y su carga concejil
Verás tornarla en estribo
Para subir sobre tí.

Misterio podrás creer
De Nuño el estro sutil,
Infusa adivinacion,
Ciencia espontánea y feliz.....
¡Qué lástima, Claudio amigo,
Que no sepas traducir!
Hallarias que su ingenio
Es *original* de Scrib.

¿Que de qué vive don Júdas?
¿Y ves tú un *misterio* aquí?
Pregunta á sus acreedores,
Que te lo sabrán decir.
Vive de comer caseros,
Sastres, viejas, y otros mil
En que supo hallar filones
Más ricos que el Potosí.

Esta clase de *Misterios*,
Tan públicos ya en Madrid,
Son, Claudio, los que yo veo
Y que todos ven por mí.
No conjures á mi pluma,
Poco próvida en fingir,
A que quiera hacer *Misterios*
De lo que no lo es aquí.

LA CARGA CONCEJIL.

ESCRITO EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Romance.

A un escritor cabildero,
Que hoy no puede *escritorear*,
Perdona, amable señora,
Que firme de prisa y mal.

Sí, que van á dar las dos,
Y hay que vestirme y trotar,
Pues ya suena en mis oidos
La campana comunal.

La campana concejil,
Que me llama á *concejar*
De la coronada villa
En sala consistorial.

Allí me esperan muy serios
Cuarenta consortes más
Para hacer, juntos conmigo,
La comun felicidad.

Allí, en banco carmesí
Y elevado el espaldar,
Haciendo como el que piensa
(Y pensando en no hacer más),

Tengo que pasar tres horas
Entre las *piedras* y el *pan*,
Entre *basura* y *limpieza*,
Entre el *aceite* y el *gas*.

Allí catorce abogados,
Que tienden el paño ya,
A propósito del riego
Nos citan el Alcoran.

Allí ocho ó diez candidatos,
Que ensayan el *candidar*,
Entonan el *Quousque tandem*
Porque un cuarto subió el pan.

Allí otros varios comparsas,
Cuando hubieran de votar,
Por no alzarse del asiento
Reprobarán el misal.

Y hay allí *interpelaciones*,
Y *bills* de *indemnidad*,
Y *discursos sobre el fondo*,
Y *para rectificar;*

Y *alusiones personales*,
Y *votacion nominal*,
Y *escrutinios embolados*,
Y *voto particular;*

Todo, en fin, el aparato
Escénico, y algo más,
Del *sublime mecanismo*
Parlo-constitucional.

Ahora bien; si este buen rato
Me espera en llegando allá;
Si este chaparron de ciencia
Va sobre mí á descargar,

¿Cómo pretendeis, señora,
Que espere un minuto más,
Sin ir á beber el chorro
De tan próvido raudal?

Perdona, mas no es posible,
Y la razon me darás
Al saber que en aquel *tutti*
Suelo á veces alternar.

Yo, que canté siempre solo,
Tengo ahora que acompañar,
Y parlar con rostro feo,
Que es lo que me asusta más.

Hasta que al fin de mi empeño
Entone el *rondó final*,
Y me vuelva á mi luneta
Para reir y silbar.

Entónces..... Pero callemos
Que ahora tocan á observar;
Luégo vendrá la *parlancia*
Tras de la *curiosidad*.

(1847.)



EL POETA CLASICO Y SU DAMA.

SERENATA.

Aquel poeta inmortal
Que en las alas del Pegaso,
Caminando hácia el Parnaso,
Se paró en el Hospital;

El que con la lira de oro
Tuvo que comer pepinos,
Por no vender los divinos
Dones del luciente coro;

El que robaba las perlas
De la aurora al despertar,
Sin poder nunca lograr
Ni empeñarlas ni venderlas;

El que pasó el Mediodía
Con Horacio y con pan duro,
Y en lugar de vino puro
Bebió néctar y ambrosía;

A vos, del alma señora,

La ingrata, la desleal,
La que causasteis su mal,
La que os burlais de él ahora;

Libre ya de sus dolores
Llega este insigne poeta
De vuestra beldad perfeta
A mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
Fortuna que en mí se siente,
La plata de vuestra frente
Y el coral de vuestra boca;

Que si son vuestros cabellos
De oro fino cual ninguno,
Dándomelos uno á uno,
Me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
Si vos me quereis querer;
Que algo me puede valer
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal;
Vos me daréis con qué coma;
Yo os haré verter aroma
Por los labios de coral;

Vos un hombre haréis de mí;
Yo de vos haré una diosa;
Si en ello venís gustosa,
Empecemos desde aquí.—

Así cantaba Liseno
Con la lira destemplada,
Aun medio convaleciente,
A la puerta de su dama.
Ella sus voces oia;
Pero ya sólo escuchaba
De otro amante los suspiros,
Aunque eran en prosa llana;
Y es que iban acompañados
De diamantes y esmeraldas;
Y esto les daba una fuerza
Bastante á rendir cien almas.
Ella, al oir al poeta,
Creia que rebuznaba,
Y escuchar á Ciceron
Pensó, cuando el otro hablaba,
Porque en materia de letras
Está por las que se cambian,
Y cansada de ser diosa,
Quiere las cosas humanas.
Hasta que ya decidida
Abrió por fin la ventana,
Y al poeta desdichado
De aquesta suerte le habla:

«No pienses en persuadirme,
Hombre más duro y cansado
Que el pedernal seco y firme;
Si no quieres aburrirme,
Vuelve el són hácia otro lado.

» Escuchen otros oidos
Tus sempiternas canciones,
Y te escuchen complacidos;

Que yo no quiero más ruidos
Que el ruido de los doblones.

» Ya no busco que mi amante
Me pondere su constancia
En un discurso elegante;
Que, como haya con-sonante,
Aunque falte consonancia.

» Si es mi frente rica perla
Y mi nariz plateada,
No llegarás á obtenerla;
No sea que por venderla
Me dejes desnarigada.

» Déjame tú en paz á mí,
Pues en paz te dejo yo;
Busca quien te diga sí,
Y no pierdas tiempo aquí,
Do siempre oirás que no.»

Absorto de este lenguaje,
El amante desdichado
A la cerrada ventana
Se ha quedado contemplando;
Hasta que, volviendo en sí,
Tornó á marchar cabizbajo
Camino del Hospital,
Como quien va hácia el Parnaso.

[redacted]

UNA BELDAD PARISIENSE.

ESCRITA EN EL ÁLBUM DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA DOLORES PERINAT DE PACHECO.

En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Del comisario á la voz,
Una de aquestas figuras
Que de retórica son,
Hipérboles por su adorno,
Síncopes por su valor,
En banquillo de justicia
Y pública exposicion,
Se resigna á la sentencia
Que ha publicado el Prevost.—

«En la villa de París,
» Y en el año del Señor
» Mil ochocientos cuarenta,
» Se ha presentado ante nos
» *Mademoiselle Heloise*
» *De Sans-devant et Sans-dos*,
» Hija de padres anónimos,

» Natural de *Côte d'Or;*
» Y vista la insuficiencia
» En que el tribunal la halló
» Para pagar sus empeños
» Con el concurso acreedor,
» El tribunal la declara
» Insolvente, y ordenó
» Que reunida la Junta,
» Y prévia declaracion,
» Se proceda al inventario
» De los restos de valor,
» Para entregar á sus dueños
» Por vía de transaccion. »

Empieza la diligencia.
A la una..... á las dos.....
A las tres..... y el martinete
A este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias,
Y en el hecho de Lyon,
Que ha reclamado en su tiempo
Monsieur *Gagelin mayor.*—
Un albornoz africano
Con patente de invencion,
Que, falto de pagamento,
Reclama la *Barbe d'Or.*—
Un sombrero *fantasía*
Y un vestido *satin gros,*
Que á madama *Alejandrina*
Deben la tela y *façon.*—
Gruesas perlas de Ceylan
En figura y en color;
Un camafeo egipciaco

Premiado en la Exposicion;
Peines de concha..... de ciervo;
Dijes marfil..... de *mouton;*
Y otras diversas preseas
De tan sólido valor
Adjudícanse á su dueño
El joyero *Bourguiñon.*—
Diez encajes de Brusélas
Tejidos en *Charenton;*
Ricas camisas de Holanda
Con la marca de *Cretonne;*
Abanicos de la China,
Obra de monsieur *Giraud;*
Pieles de marta y armiño
Cazados en *Montfaucon;*
Indianas pañolerías
De la fábrica de *Seaux;*
Aderezos de oro-símil,
Sederías de algodon,
Y anascotes con el nombre
De *merinos* español;
Con otros muchos objetos
De equívoca produccion,
Que forman el mobiliario
De mademoiselle *Sans-dos,*
Entréganse y adjudican
Al respectivo acreedor.—
Si hubiere quien más reclame,
Que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de Madama
(Saltó á este punto una voz)
El zapato de dos metros
Brodequin de pied mignon.—

El *forniseur* de la ópera
Reclama *les mollets faux*
(En español pantorrillas)
Con seis libras de algodon.—

Guantes pide monsieur *Mayer*,
Y pellizas, *Pellevrault;*
Falsas flores, *Constantino;*
Rasos bordados, *Chapron.*—

Mademoiselle *Victorine*
Pide el corsé *juste-corps*,
Con más hierro en su armadura
Que la del Cid Campeador.—

— La *tournere* voluptuosa
Que á tanto necio embaucó,
Obra es de mi *crinolina*,
Replica monsieur *Oudinot.*—

El director del Gimnasio,
El coronel *Amorós*,
Reclama de aquellos miembros
La ortopédica instruccion.

Item más: diez almohadillas
Que oportunas colocó
Para llenar diez vacíos
Que no negará Newton.

—Esos dientes no son suyos,
Exclama *Desirabode*,
Que se los he colocado
Con mis propias manos yo.—

—Pido á mi vez (dijo entónces
El perfumista *Desfaux*)
Cuatro libras semanales
De blanquete y bermellon,

Espuma de Vénus, parches
Y esencias de coliflor,
Y *¡el prodigio de la química,*
La pomada del Leon!

Ademas, traigo una nota
De bucles, trenza y *bandeaux*,
Que dice haberla fiado
El *segundo Michalon* (1).—

—Llegamos á los cabellos,
Y la dama se acabó.
¿Hay quien pida más? (pregunta
El juez adjudicador).—

—Sí, señor (responde al punto
Una hermafrodita voz,
Con su cigarro en la boca
Y abanico en el bolson).

Yo reclamo las ideas
Que esa dama prohijó,
Y son de una cierta *Lelia*,
De que soy madre y autor.

—Vayan tambien las ideas
Y hasta el metal de la voz,

(1) Este peluquero decia en su muestra ó enseña: «Michalon II, hijo y sucesor de Michalon I.»

Que creo le han reclamado
La *Dorus-Gras* ó la *Nau.*—

Sólo queda el esqueleto.....
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila,*
Para hacer la diseccion —

De esta atmósfera mentida,
En donde no es dia el sol,
Donde la verdad se viste
Para parecer mejor;
Donde lo blanco no es blanco,
Donde el cuerpo es ilusion,
Donde el alma una mentira,
Y la palabra un error;
Donde el engaño preside
Y reina tan sólo el *yo;*
Donde el que no es instrumento,
Por fuerza es contradiccion;
Donde obliga el *s'il vous plait*
Para mandaros mejor;
Donde el interes os pisa,
Y luégo os dice «*pardon*»;
Donde el amor va sin venda
Delante del amador,
Y con billetes de Banco
Hace su declaracion;
Donde la fachada es todo,
Donde nada el interior;
Donde reina la cabeza
Y obedece el corazon;

—¡ Cuántas y cuántas bellezas,
Cuántos autores de pro,
Cuántas famas prestameras,
Cuánto heroismo ficcion,
  En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Ante el concurso acreedor,
  En míseros esqueletos,
Transformados á su voz,
Para hacer la anatomía
Reclamára otro español!

París, 1840.

NO SE SI ME EXPLICO.

LETRILLA.

De tantas grandezas,
Honores, bellezas,
Que rauda fortuna
Eleva á la luna,
Me rio ó me admiro;
Y cuando las miro
Bullir en el suelo,
Alzarse hasta el cielo,
Tornar á caer,
No sé contener
La risa en los labios,
La charla en el pico.....

¿Me entienden ustedes?
No sé si me explico.

Mirad á don Fabio
Echarla de sabio,
Hablar de la guerra,
Del mar, de la tierra,
De hacienda, de Estado.....

Pues sólo ha estudiado
De Anarda á los piés;
Verdad tambien es
Que, al darla su mano,
Un ministro indiano
De cruces y honores
Cargó aquel borrico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En lindo carruaje,
Con damas y paje,
Pasea en el Prado
Un pobre empleado
Del ramo del viento;
Pero es un portento
De humana belleza,
Y aquella destreza
De piés y garganta.....
No hay duda que encanta
Mirar á las viejas
Cuando él abre el pico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En calles y plazas
Con hostiles trazas
Blasona don Bruno
De heroico tribuno;
A todo Gobierno
Jura un ódio eterno,
Y al pueblo alborota

Con su última gota.....
Pues mírale luégo
Quedar mudo y ciego
Al verse agraciado
Con un empleico.....

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

La vista en el suelo,
El alma en el cielo,
Mirad á Narcisa
Durante la misa,
Que apénas alienta,
Segun está atenta
Al próvido altar.....
¿Quereisme explicar
Por qué hácia este lado
Su vista ha tornado,
Haciendo una seña
Con el abanico?

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Autor cuya fama
El público aclama,
Tu genio pregona,
Aplaude, corona
Y eleva á compas.....
¿Por qué no dirás
Que de esos concetos,
Agudos, discretos,
Que llenan tus hojas,

Á un muerto despojas,
Sin ser tuyo acaso
Ni un mal villancico?

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Hermano era Elías
De cien cofradías;
En la procesion
Llevaba el pendon;
Tuvo el petitorio,
Y del purgatorio
Fué recaudador.....
¡Dichoso señor!
La gracia que hallaba
Tan bien aplicaba,
Que sirviendo al pobre
Logró hacerse rico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

En triple alianza
Bermudo y Constanza,
Matrimonio fiel,
Viven con Fidel;
Y al primer infante
Se ofrece al instante
Á ser el padrino.....
¡La fuerza del sino!
Hay quien asegura
Que caricatura

Es del don Fidel
El rostro del chico.

No sé si me entienden,
Ni sé si me explico.

Mas ¿qué me da á mí
Que el mundo ande así?
¿No valiera más
Bailar al compas?
Á fe que la danza
No es cosa de chanza,
Que hay gracias, honores,
Damiles favores,
Que á todos halagan
Y á nadie empalagan;
Y si álguien, señores,
Retuerce el hocico,

Ó ustedes no entienden,
Ó yo no me explico.



Á LA CÉLEBRE CANTANTE

DOÑA ANTONIA MONTENEGRO

CON OCASION DE DESPEDIRSE DEL LICEO PARA IR Á VALENCIA Á REUNIRSE CON SU ESPOSO (1839).

(*Leido en el Liceo.*)

Al Ministro de la Guerra
Le quiero hoy interpelar;
Que aunque no soy diputado,
Me concomo por hablar.
Contésteme Su Excelencia,
Si es que puede contestar,
Y no tiene las entrañas
Más duras que un pedernal;
¿Qué tentacion del demonio
Es la que le pudo dar
Destinando á tu marido
Al ejército central?
Tuvo envidia de su dicha,
Ó quiso verle engordar,
Rompiendo el reciente yugo

Del vínculo conyugal?
Poco cuerdo anduvo en ello;
Que es un lazo el del altar
Que el hacerle corredizo
Es querer que apriete más.
¿No sabía el muy cuitado
Que á un querer no hay separar;
Que un marido es un marido,
Y si es *comisario*, más?
¿No sabía que á su arrullo
Te habia al fin de acercar,
Robándote á las delicias
De la heroica capital?
Y digo, ¿dónde hallaria
Tórtola que valga más,
Aunque llamase al reclamo
Las diosas del Cabañal?
Pudo, y quiso, y quiso bien
Enviándote á llamar,
En uso de aquel derecho
Que le da su autoridad.
Y más que rabie el Liceo
Y chille el pueblo á compas,
Tronando contra el abuso
Del imperio conyugal.....

(Aquí vuelvo á enfurecerme
Y aquí torno á interpelar
Á ese Ministro de Guerra,
Que á nadie nos deja en paz.)

¿Tenía más que á tu Antonio
Haberle hecho general
De estos que en el Prado alcanzan

Más triunfos que Genghiskan?
¿Ó diérale una contrata
De zapatos á onza el par,
Ó un título de empresario
Con que poder titular?
Pero ¡llevarle á Valencia.....!
Y llevarte á tí detras.....
(Que si, al fin, se fuera él solo,
De dos, era el menor mal.)
Cosa es que saca de quicio
Á toda esta cristiandad,
Y músicos y poetas
Nos vamos á pronunciar.
Cuál envidia al Miguelete
De la Santa Catedral
Porque va á oir de tu voz
El sonido celestial;
Cuál desea en la Glorieta
Dar una vuelta no más,
Para verte entre las flores,
Flor más bella, descollar;
Cuál bajo pajizo techo
Del lindo Cañamelar
Te retrata en su memoria,
Ya que no puede hacer más;
Y cuál, en fin, te contempla
Sobre las ondas del mar
Reinando, nueva sirena
Que hechiza con su cantar...

Pero acaso..... puede ser
Que el ministro Barrabas
Haya tenido razon
Para enviarte á viajar;

Puede ser..... cierto; ya caigo.....;
Él vió que no hay general
Ni ejército que á Cabrera
Reduzca á la nulidad;
Y dijo..... pues ¡juro á Brios!
Que yo le sabré pescar,
Y amansaré sus furores
Con arma que pueda más.

Cuentan añejas leyendas
De clásica antigüedad
Que «Al infierno el tracio Orfeo
Su mujer bajó á buscar.»
Y que asombrados los diablos
Al ver tal temeridad,
Y adormidos con la magia
De su canto celestial,
Depusieron los tormentos
Por instinto maquinal,
Y diablos y condenados
Se pusieron á bailar.—

Tú, nuevo Orfeo, lanzada
Á ese infierno terrenal,
Vas buscando á tu marido
(No hiciera Euridice más).
Canta, Antonia, y á tu voz
Ceder las iras verás
De esos pechos enemigos
Que nacieron para amar,
Y á unos y otros combatientes,
En las aras de tu altar,
Rendir gustosos las armas
Á la voz de la deidad.

Por eso el señor Ministro
Al ejército central
Envió al amigo Antonio
Con fingida crueldad;
Para que fuerais así,
Él primero, y tú detras,
Él, Comisario de guerra,
Tú, Comisaria de paz.

(1839.)

EPISTOLA EN ROMANCE

EN CONTESTACION Á OTRA EN LATIN QUE ME DIRIGIÓ DESDE BILBAO MI BUEN AMIGO EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOAQUIN GOMEZ DE LA CORTINA, MARQUÉS DE MORANTE.

Tu epístola ciceróníca
Llegó á mis manos, Joaquin,
En momentos cabalmente
Que estaba pensando en tí.
Juzgábate ora en Bilbao,
Soñábate ora en París,
Acá escuchando *Zorzicos*,
Tiros y voces allí (1);
Hasta que llegué á entender
Lograste substituir
A gálicas *barricadas*
Borricadas del país.
Por eso al buen Acebal
Pedíle nuevas de tí,
Conjurándote á escribirme

(1) Esta carta fué escrita en 1848, año de la revolucion de Francia.

Siquiera fuese en latin.
Tú, á fuer de buen contrincante
Y escolástico sutil,
Tomastes *ad pedem litteræ*
Mi interpelacion, Joaquin,
Y en el idioma del Lacio,
Tan familiar para tí,
Me enderezaste una epístola
Que envidiaria Agustin.
Pero es el caso (vergüenza
Me da confesarlo aquí)
Que yo del *Sermo sermonis*
Disto ya calendas mil,
Y sólo por acertijo
Supe, si no traducir,
Adivinar por lo ménos
Lo que me dijiste allí;
Semejante en candidez
Al *bon bourgois* de París
Que al leer *Ludovico Magno*,
Traduce *Porte Saint-Denis*.
Por fin, tropezando acá,
Tosiendo y mascando allí,
Con ayuda del Valbuena
Y en hombros del Calepin,
Para descifrar tu epístola
Tulio-Horatio-Maronil,
Pude evocar en mi mente
La sombra del *Quis-vel-qui.*

¿Conque las aguas del Sena
No te probaron al fin?
Teñidas en sangre humana,
Pudístelo discurrir.

Y hacer que le envidien Roma,
Constantinopla y Pekin.

Basta de parlar romance;
Tu amigo siempre; Madrid,
Domingo veinte de Agosto,
Del bendito San Joaquin.

(1848.)

LA CUARESMA [1].

Con alegre carnaval
Empezaba la semana;
Mas la tétrica campana
Ha mudado ya de són.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Con ayunos y abstinencias,
Y de bulas una resma,
Se presenta la cuaresma
Más larga que procesion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Todo calla y enmudece,
Y el silencio de la gente
Se interrumpe solamente
De la campana al din don.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

(1) Esta letrilla, improvisada en una reunion de amigos en 1828, tenía entónces el mérito de la exactitud : en el dia no tiene ninguno.

Ya con sendos abadejos,
Para acallar su conciencia,
Hacen todos penitencia,
Y los frailes con salmon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Cesan ya las diversiones
Públicas y toleradas;
Solamente las privadas
Suelen tener ocasion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Don Juan se va al Miserere,
Y su esposa la Currita
Con don Melífluo solita
Se queda en contemplacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

En la tertulia de Anselmo
Callan violin y piano;
Por no hacer ruido liviano,
Se toca sólo el bordon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

No cita ya la Pepita
A don Narciso en el Prado;
Que como es tiempo sagrado,
Se buscan en el sermon.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Juana, la del cuarto bajo,
Se encuentra siempre ocupada;
Que en la cuaresma sagrada
Es grande la devocion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

La concurrencia en la iglesia
Ofrece á la industria vuelos;
La comision de pañuelos
Va detras de la mision.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Los lechuginos en grupo,
Al salir de misereres,
A las devotas mujeres
Dirigen la tentacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

En este mes todos callan,
Ninguno á pecar se atreve;
Mas por milagro á los nueve
Se aumenta la poblacion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

Hombre hay cristiano maduro,
Que nunca perdió una misa,
Que se da á pecar gran prisa
Para ir por la absolucion.

Kirie eleyson, Christe eleyson.

(1828.)

CUENTOS Y EPIGRAMAS.

Un salteador escaló
Con gran trabajo una altura,
Y luégo que se asegura,
La escala al suelo arrojó;
Ella sus quejas le dió
Por el pago ingrato y fiero,
Y el ladron dijo : «Grosero
»Instrumento, ¿qué creiste?
»Para subir me serviste,
»Para bajar no te quiero.»—

Así los magnates son ;
Desde abajo ¡qué humillados!
Y en viéndose encaramados,
Desprecian el escalon.

Dos gatos se concertaron
Para robar un capon,
Y en la más perfecta union

Sus deseos realizaron.
Sacándole, pues, entero,
Ni uno ni otro le soltaba,
Pues cada cual intentaba
Burlarse del compañero.
Primero graves razones,
Despues terribles maídos,
Luégo hubo fieros bufidos,
Por fin, sendos arañones;
Hasta que entre horrendo grito
Se trabó la lucha fiera,
Miéntras que la cocinera
Cobró el cuerpo del delito.
Cansáronse de cuestion,
Y en repartir convinieron;
Mas fué despues que perdieron
Su industria, sangre y capon.

No haya intriga y falsedad;
Más vale un buen acomodo;
Que suele perderse el todo
Por no ceder la mitad.

Retratábase Narcisa,
Y así le hablaba al pintor:
«Ponedme hermoso color,
Blanca tez, boca de risa;
Los ojos negros.....—¿á ver?
¿De véras soy así yo?»
Y el pintor la dijo: «No;
Así es como quereis ser.»

«No hay que dudar; está yerto,
Ya espiró»—dijo el doctor;
Y el enfermo: «No, señor,
Le contestó; no estoy muerto.»
El médico, que le oyó,
Mirándole con desprecio,
Le replicó: «Calle el necio;
¿Querrá saber más que yo?»

Rica peineta compró
A su mujer Sinforoso,
Y ella, que lo agradeció,
La cabeza de su esposo
Tambien al uso adornó.

Con cortesía y cumplido
Fuera de lo regular
Llegóme hoy á saludar
Don Gines el presumido;
Chocóme tanta atencion,
Y ya se lo iba á decir,
Cuando me empezó á pedir,
Para comer, un doblon.

¿Preguntas qué libros leo?
Y yo te respondo, Blas,
Que son dos, y nada más,
Los que colman mi deseo.
Tengo la Biblia divina
Para salud eternal,

Y en cuanto á la temporal,
Leo el *Arte de Cocina.*

Díjele á un ciego :—¿Qué tal
Va de la vista?—«Peor;
Pero me ha dicho el doctor
Que ya voy viendo tal cual.»

Lúnes traduje á Molier;
Mártes un drama italiano;
Y el miércoles, al hispano
Tirso intenté componer.
Juéves dí un sainete gringo;
Viérnes, *pieza original;*
Sábado..... venga el jornal
Para comer el domingo.

Tomó *Leroy* don Liborio,
Y le tomó con tal celo,
Que se marchó limpio al cielo,
Pasando aquí el purgatorio.

Tu papel, caro Longino,
Es un maldito papel.—
¿No es florete superfino?
¿Qué tiene malo?—Longino,
Lo que has impreso tú en él.

Aquí yace un gran señor
Con ayuda de Galeno,
Porque estando sano y bueno,
Se empeñó en estar mejor.

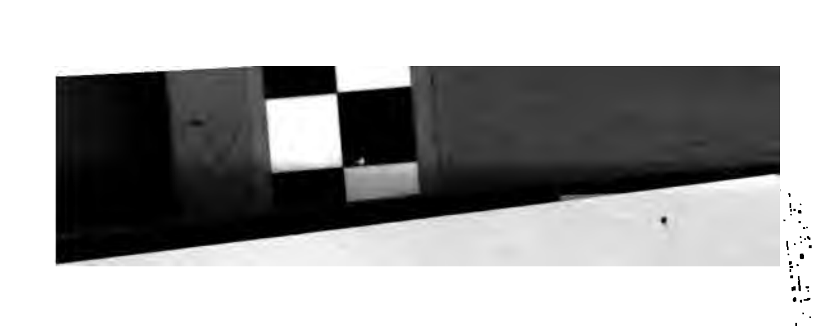
El barbero del lugar
Es un muchacho perfecto;
No tiene más que un defecto,
Y es..... que no sabe afeitar.

EL NUEVO MADRID.

(DESPEDIDA.)

Madrid se va á Salamanca
Por la puerta de Alcalá;
Que harto de ser siempre villa,
Quiere ascender á ciudad.
De un poderoso banquero
Obedeciendo al iman,
Huyendo va de sí mismo
Por su confin oriental;
Y del *oso* y del *madroño*
Avergonzándose ya,
Se extiende á *Campo de plata*,
En que de nuevo escudar.
Del Manzanáres se aleja
Y su triste sequedad,
Para robar al Lozoya
Su magnífico raudal.
El *Sotillo*, la *Monclova*
Y la *Tela del justar*,
Su *Lavapiés*, sus *Vistillas*
Y su morisco arrabal
Parécenle poco dignos

De su actual solemnidad,
Pues de sus timbres antiguos
Ha llegado á renegar,
Y mira como juguetes,
Propios de su tierna edad,
El *Cubo de la Almudena*
Y la *Torre de Lujan.*
Hoy prefiere á los escombros
De aquella histórica edad,
Lo sólido y positivo,
El olímpico gozar;
Sus palacios, sus paseos,
Sus vías férreas, su gas,
Sus jardines, sus teatros,
Su circo monumental.
A los Vargas y Luzones,
Ramirez y Sandoval,
De aristocrática alcurnia
Y de peto y espaldar,
Opone hoy la *pluto-cracia*
Del crédito y del metal,
Y su Bolsa, y sus cupones,
Y su libro talonar.
Los hombres y las ideas
Metalizándose van,
Y los títulos antiguos
Se suelen hoy cotizar.
No produce ya Quevedos,
Lopes, Tirsos, Montalvan,
Calderones y Moretos,
Ni otros ingenios sin par;
Pero abunda en periodistas,
Políticos en agraz,
Poetas de ciento en boca,



Y ministros al quitar.
Elabóranse al vapor
En su fábrica central
Grandes hombres de ambos genios,
Político y militar.
Taller de reputaciones,
Tal es su especialidad;
La *Guía de forasteros*
Es su balance industrial.

¡Pobre Madrid de mis dias!
¿Quién te reconoce ya?
A término tan excelso
Te has llegado á sublimar,
Que para narrar tus glorias
(Y perdona el tutear)
Se reconoce impotente
La pluma, oxidada ya,
De tu antiguo coronista,
Topográfico y social.

(1876.)





ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE.



BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aurelíano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca. Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª Maria del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Hija, esposa y madre, por doña Maria del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Abuela, por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Sol de invierno, por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La Senda de la gloria, por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Las esclavas del deber,** por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor, —4 pesetas.

* **Glorias de la mujer,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor. —4 pesetas.

* **Los Mártires del Amor,** por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Tres Genios femeninos,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Luz y sombra,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances. —8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Cañete, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

Delicias del nuevo paraiso, por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraiso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Hechos y dichos,** por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer,** por don José Selgas.—2,50 pesetas.

* **El Mundo invisible,** continuacion

de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

Un libro para las pollas, por D.ª Francisca Sarasate. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Amores y amoríos (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **El Final de Norma**, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—3 pesetas.

Verdades y ficciones, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Larra. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

El Comendador Mendoza, por D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Las Ilusiones del Doctor Faustino**, por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.°—5 pesetas.

* **Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo**, traduccion directa del griego, con introduccion y notas, por un aprendiz de helenista. Un tomo en 16.°—3 pesetas.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Letra menuda, por D. Manuel del Palacio. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Una Docena de cuentos, por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Retórica y poética, ó lectura preceptiva**, por D. Narciso Campillo y Correa. Un tomo en 4.°—4 pesetas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Manual de la Moda Elegante.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.° frances.—4 pesetas rústica y 5,50 encuadernado en tela.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremon. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo. Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. (Primera edicion.) Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.°—6 pesetas.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas del capitan de navío don Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas**, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **La mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*), por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos**, libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo**, libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía**, consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legacion. Un volúmen, 4.° mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

* **Nuevos poemas y doloras**, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

* **Doloras y cantares**, por D. Ramon de Campoamor; única edicion completa, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.° frances.—7 pesetas.

* **El Bazar**, revista literaria ilustrada. En las páginas de este ameno periódico hay

poesías y artículos de costum-
ritos por nuestros primeros poetas
os, y multitud de bellos grabados
is distinguidos artistas nacionales
jeros. En su primera parte está
la novela *La Fe del Amor*, original
nuel *Fernandez y Gonzalez*, y en
la se puede leer íntegra la más po-
trascendental novela del insigno
ugo, titulada *Noventa y tres*, con
nes artísticas notabilísimas. —
omos, 25 pesetas.

n directo, por J. Ortega Mu-
Un tomo, 8.° mayor frances.— 3 pe-

garra, por J. Ortega Munilla.
, 8.° mayor.—Pesetas 2,50.

ucila (segunda parte de *La Ci-*
por J. Ortega Munilla. Un tomo
pesetas.

costumbres. Apuntes de mi
seguidos de algunos bocetos bio-
y poesías, por D. Eusebio Blasco.
, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

édico de las Locas, nota-
la escrita por Javier de Monte-
ducida por la señorita doña Joa-
quina G. de Balmaseda. (Segunda edicion.)
Dos tomos, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Una página de amor,** novela escrita por Emilio Zola y traducida por don José Aguilera. Un tomo, 8.° mayor frances.—Pesetas 1,50. De este interesante libro se han hecho en París 45 ediciones en el trascurso de ocho meses.

* **La Escuela del gran mundo,** novela original de D. Guillermo Graell. Un tomo en 8.°—2 pesetas.

* **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Un tomo en 16.° frances, con más de 700 páginas, de edicion microscópica, propia para viajeros.—Pesetas 7,50.

Panorama Matritense (Primera série de las Escenas), 1832 á 1835, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Escenas Matritenses (Segunda série), 1836 á 1842, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Tipos y Caractéres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

A.—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuader-
n un aumento de 4, 6 ú 8 reales vellon por volúmen.
A.—Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA.



OBRAS

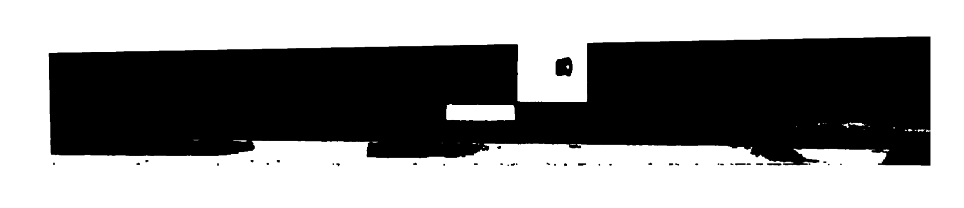
JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

RECUERDOS DE VIAJES.

(IV.)





Mesonero y Romanos, Ramon de

RECUERDOS DE VIAJE

POR

FRANCIA Y BÉLGICA,

EN 1840 Á 1841.

SU AUTOR

EL CURIOSO PARLANTE.

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.



MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.
MDCCCLXXXI.



MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.



ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Como complemento de las obras festivas ó *humorísticas* de El Curioso Parlante, que venimos reproduciendo, damos lugar en este volúmen á los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, en cuya obra, apartándose el autor de la pauta seguida anteriormente por los escritores de viajes, y siguiendo su estilo propio y su manera analítica peculiar, acertó á trazar, no una descripcion árida y descarnada del país visitado, ni tampoco una guía ó itinerario de pueblos tan próximos y conocidos, sino un cuadro animado y crítico de la manera de existir de aquella sociedad, una brillante exposicion de las impresiones producidas por su estudio en el ánimo de un español, y para servir de útil *cicerone* moral á sus compatriotas; un trazado, en fin, risueño, al par que filosófico, de aquellos usos y costumbres, contrapuesto á

las nuestras, que tan gráficamente habia alcanzado á pintar.

Seguramente que el trascurso de *cuarenta años*, que han corrido desde que tuvo lugar aquel viaje y se escribieron estos «Recuerdos», han podido hacer variar muchas cosas, hacer palidecer muchas pinturas y observaciones, especialmente bajo el aspecto material, por la asombrosa marcha de los modernos adelantamientos, que han cambiado casi por completo las condiciones de la actual sociedad, haciendo caducar muchas costumbres, oscuras y casi incomprensibles muchas escenas de las trazadas en este libro, y que tenian entónces todo el interes palpitante de la verdad. Especialmente, los progresos realizados en nuestra España, han venido á acortar las distancias que nos separaban de pueblos más adelantados en prosperidad y en cultura. Mas no porque hayan desaparecido afortunadamente las causas y los efectos de aquel atraso relativo, dejarán de apreciarse en lo que valen el exquisito tacto, el buen criterio del escritor filósofo y patriota, que haciendo abstraccion del orgullo patrio y de arrogancia inoportuna, se atrevió á reconocer y señalar hace cuarenta años aquel notable desnivel de nuestra cultura y progreso material, promoviendo atrevidamente su remedio, así como tampoco por haber experimentado considerables trasformaciones las cos-



tumbres extranjeras, dejarán, á nuestro juicio, de leerse con placer los animados y festivos bosquejos que de aquella sociedad supo trazar el mismo pincel que tan gráficamente acababa de animar las semblanzas y caractéres de la nuestra.

El Editor.





RECUERDOS DE VIAJE.

I.

LOS VIAJEROS FRANCESES EN ESPAÑA.

Entre las diversas necesidades ó manías que aquejan á los hombres del siglo actual, y que ocupan un lugar preferente en su espíritu, es sin duda alguna la más digna de atencion este deseo de agitacion y perpétuo movimiento, este malestar indefinible, que sin cesar nos impele y bambolea material y moralmente, sin permitirnos un instante de reposo; siempre con la vista fija en un punto distante del que ocupamos; siempre el pié en el estribo, el catalejo en la mano, deseando llegar al sitio adonde nos dirigimos; ansiando, una vez llegados, volver al que abandonamos, y con la pena de no poder examinar los que á la derecha é izquierda alcanzamos á ver.

Esta necesidad inextinguible, este vértigo agitador, se expresa en la sociedad por la contínua variacion de las ideas morales, de las revoluciones políticas; en el indivi-

duo se manifiesta materialmente por el perpétuo aguijon que le punza y aqueja hasta echarle fuera de sus lares y hacerle arrostrar las fatigas y peligros para dar á su imaginacion y á sus sentidos nuevo alimento; para correr tras una felicidad que acaso deja á la espalda; para huir un fastidio que acaso sube con él en el coche; para salvar un peligro que acaso corre agitado á buscar.—Insomnios y cuidados, sinsabores y fatigas, sustos y desengaños..... ¿qué le importan? — Romperá el círculo de su monótono existir; abandonará el espectáculo que le enoja; recobrará su alegría y vitalidad, y podrá luégo á la vuelta entonarse y pavonear diciendo: «Yo he viajado tambien.»

Las relaciones de los viajeros le han trazado pindáricamente el magnífico cuadro de la salida del sol tras de la alta montaña ó en las plácidas orillas del mar.—El pintor ha puesto delante de su vista los más bellos paisajes, la atmósfera brillante, el cielo nacarado, la cascada *que se deshace en perlas*, la verde pradera *cuyos límites se confunden con el horizonte*, la elevada montaña *que va á perderse entre las nubes*, el arroyuelo, *serpiente de plata*, el valle *silencioso*, las selvas *amigas*, y demas pompa erótica de los antiguos poetas clásicos.—Los críticos y filósofos le han enloquecido con la narracion de las extrañas costumbres, de las fiestas pintorescas de los pueblos que ha de visitar.—Los hombres de mundo le han confiado en secreto (por medio de la imprenta) sus galantes aventuras de viaje, y llenádole la cabeza de doncellas trashumantes, de casadas víctimas, de viudas antojadizas, de padres soñolientos, de maridos ciegos, y de complacientes mamás.

Si el presunto viajero está enfermo, el médico le afirma que á la segunda jornada le está esperando la salud para darle un abrazo y viajar con él; — si es tonto, el

maestro le dice que la sabiduría existe en tal ó tal posada, donde no tiene más sino tomarla al pié de fábrica;—si es pobre, no falta alguna vieja que le excite á salir al mundo en busca de la fortuna;—si es rico..... «¿para qué quiere V. sus millones, señor don Fulano?» (le dice un accionista de las Diligencias);—si habita la ciudad, se le encomian las delicias del campo; y si es campesino, se le hace abrir tanta boca pintándole los encantos de la ciudad.

¿Quién sabe resistir á tantas embestidas, á tan bien dirigido asedio? ¿Quién no siente una espuela en el ijar, una comezon en los piés, un vacío en los sentidos, que tarde ó temprano acaba por hacerle brincar á la calzada, sacudir los miembros entumecidos, y lanzarse á la rápida carrera con más fervor y confianza que el antiguo atleta á las arenas de Olimpia?

Pero hay, ademas de los anteriores motivos, otro motivillo más para que en este siglo fugaz y vaporoso todo hombre honrado se determine á ser viajador.—Y este motivo no es otro (perdónenme la indiscrecion si la descubro) que la intencion que simultáneamente forma de hacer luégo la relacion verbal ó escrita de su viaje. — Hé aquí la clave, el verdadero enigma de tantas correrías hechas sin motivo y sin término; hé aquí la meta de este círculo; el premio de este torneo; la ignorada deidad á quien el hombre móvil dirige su misteriosa adoracion.

Y no vayan VV. á creer por eso que nuestros infatigables viajeros contemporáneos, dominados por un santo deseo de hacerse útiles á sus semejantes, tengan en la mente la idea de regalarles á su vuelta con una pintura exacta y filosófica de los pueblos que visitaron, realzada con sendas observaciones sobre sus leyes, usos y costumbres; aplicaciones útiles de la industria y de las artes, y apreciacion exacta de la riqueza natural de su suelo.—

Nada de eso.—Semejante enojoso sistema podria parecer bueno en aquellos tiempos de ignorancia y semi-barbarie en que no se habian inventado los viajeros poéticos y las relaciones taquigráficas; en que un Ponz ó un Cabanilles creian de su deber llenar tomos y más tomos; el uno, para describir tan menudamente como pudiera hacerlo un tasador de joyas, todos los cuadros, estatuas, columnas, frisos y arquitrabes que hay en las iglesias de España, y el otro, para darnos una buena leccion de geodesia, mineralogía y botánica, á propósito de la descripcion del país valenciano.

Para hacer esto—¡ya se ve!—era preciso empezar por largos años de estudio y meditacion sobre las ciencias y las artes; era necesario poseer un gran caudal de juicio y buena crítica; poner á prueba la más exquisita constancia; arrostrar la intemperie y las fatigas, como un Rojas Clemente, para descubrir la existencia de una florecilla en el pico de una elevada montaña; revolver mil polvorosos archivos, como Florez ó Villanueva, para aprender á descifrar los místicos tesoros de las iglesias de España; dar la vuelta al mundo, como Sebastian Elcano ó don Jorge Juan, para acercarse á conocer su figura esférica; ó exponerse á una muerte trágica, como Cook y Lapeyrouse, por revelar á sus compatriotas la existencia de pueblos desconocidos.

Ahora (gracias á Dios y á las luces del siglo) el procedimiento es más fácil y hacedero; y éste es uno de los infinitos descubrimientos que debemos á nuestros vecinos traspirenaicos, á quienes en este como en otros puntos no queremos negar la patente de invencion.

Ejemplo. — Levántase una mañanita de mal humor monsieur *A* ó monsieur *B* (llámenle ustedes *H*), porque público parisien silbó la noche pasada el sainete *vaude-*

ville que colaboró el tal en compañía de otros cuatro ó cinco autores de igual vena; ó porque vió en la ópera con otro quidam á la mujer no comprendida (*femme incomprisse*) á quien dedicó su última coleccion de versos, titulada *Copos de nieve* ú *Hojas de perejil* (1).—Siente entónces la necesidad de dar otro rumbo á su imaginacion, otro círculo á sus ideas, y nada encuentra mejor que quitarse de enmedio del público que le silbó, de la mujer que no le supo comprender.—El librero editor para quien trabajaba á destajo, entra en este momento en su gabinete para notificarle que de los cuatro volúmenes de aquel año, se tiene ya comidos por anticipacion los tres y medio, y que áun no ha producido más que la portada del primero. —El director de un periódico le reclama siete docenas de folletines en diferentes prosas y versos, contratados de antemano para reemplazar á las sesiones de las cámaras; y el casero, el fondista y las demas necesidades prosaicas formulan al mismo tiempo sus notas diplomáticas con una desesperante puntualidad.

No hay remedio, preciso es decidirse; viajará, correrá en posta á buscar nuevas *impresiones* que vender á su impresor; nuevas aventuras que contar en detalle al público aventurero; nuevas coronas de laurel y monedas de plata que ofrecer á la ingrata desdeñosa y al tirano caseril.

En esto la imaginacion le recuerda confusamente que el ignorante público, al tiempo que silbaba su drama, aplaudia á rabiar una especie de cachucha ó bolero que se bailaba al final.—Mira pasar por delante de su ventana la diligencia Lafitte, que se dirige á Burdeos, y lee casual-

(1) Los poetas contemporáneos franceses suelen titular á sus colecciones de poesías *Hojas de otoño*, *Granos de arena*, *Gotas de rocío*, etc.

mente en el periódico que tiene en la mano un parrafillo en que, entre el anuncio de una nueva pasta pectoral y el beneficio de un viejo actor, se dice que la España acaba de realizar la última revolucion del mes.

No hay que pensar más. — Nuestro autor folletinista conoce (y no puede ménos de conocer) que su mision sobre la tierra es cruzar el Pirineo, y nuevo Alcídes, revelar á la Francia y al mundo entero ese país incógnito y fantástico, designado en las cartas con el nombre de ESPAÑA, y fijar en las márgenes del Bidasoa otro par de columnitas con el consabido «PLUS ULTRA.—*Monsieur* N. *invenit.*»

Dicho y hecho.—Apodérase de su alma el entusiasmo. Atraviesa rápidamente la Francia, y entrando luégo en las provincias Vascongadas, tiende el paño, y empieza á trazar su larga serie de cuadros *originales*, traducidos de Walter Scot, apropiándoles, venga ó no venga á pelo, todo cuanto aquél dice de los montañeses de Escocia, aplicando á éstos unos cuantos nombres acabados en *charri* ó en *chea*, y hágote vizcaíno ó guipuzcoano, y yo te bautizo con el agua del Nervion.

Adelantando camino nuestro intrépido viajero, cuenta cómo luégo se enamoró de él perdidamente la hermosa *doña Gutierrez*, hija de *don Fonseca*, con las aventuras á que dieron lugar los celos de *Peregillo* el *Toreador*, amante y prometido esposo de la dicha moza, hasta que él tuvo á bien dejársela, cautivado por la gracia andaluza de la Duquesa de *Viento Verde*, que se empeñó en hacerle señas y enviarle flores desde su balcon.

Subiéndose despues á las torres de la catedral de Búrgos, cree llegada la ocasion de desplegar su erudicion histórica, y nos cuenta cómo el Cid fué un caballero muy célebre de la córte del rey D. Fruela, pocos años despues de la rendicion de Granada á las armas españolas; — y

dice cómo el pueblo de Búrgos, en accion de gracias de aquel suceso, levantó su magnífica catedral bajo la direccion de un arquitecto (por supuesto frances) á quien despues quemó la Inquisicion; —y nos encaja á este propósito una graciosa historieta de cierta princesa á quien tuvieron presa en una de las torres de la catedral por haberse enamorado del Arzobispo, que era hijo de Recaredo.—Habla despues de la supersticion del pueblo español, y dice que en los teatros (¡en los teatros de Búrgos!) ha visto á las parejas santiguarse para empezar á bailar el bolero, y en los paseos hincarse de rodillas toda la gente cuando la campana de la catedral sonaba el *Angelus*.

Sale por fin de Búrgos, y durante el camino se desencadena contra la ignorancia del pueblo de los campos y las posadas, porque no le entienden en frances; y se queja de que no ha encontrado ladrones por el camino, faltándole á su viaje este *colorido local;* pero, en fin, se consuela con otra historieta, de que tampoco nos hace gracia, de cierto *Manuellito el zagal*, que, segun nuestro autor, fué un asesino célebre (á quien nadie conoce en aquella comarca), donde siguió por muchos años sus travesuras, hasta que un dia tropezó con una cabalgata en que iba la hija del príncipe de Aragon, doña Guiomar (á quien dice que luégo ha conocido en Sevilla), y se enamoró de ella; con lo cual el Rey le perdonó sus fechorías y le armó caballero del Toison de oro, nombrándole virey del Perú, cuyo empleo (dice muy serio nuestro autor) desempeña actualmente.

Despues de las exclamaciones de costumbre sobre los caminos, las posadas y carromateros de España, llega por fin á Madrid, y aquí empieza el segundo tomo de su viaje. A propósito de *el Prado*, nos revela que es un paseo muy hermoso, poblado de naranjos y cocoteros, y una

fuente en medio, que llaman *de las Cuatro Estaciones*, á cuyo derredor se sientan todas las tardes las *señoretas madrilegnas*, y los lacayos van sirviéndolas sendos vasos de limonada y *azucarellos*, que son unas especies de esponjas dulces, cuya fabricacion es un misterio que guardan los confiteros de Madrid;—y entre tanto que ellas se refrescan las fauces, alternando con el aroma del *cigarito*, que todas fuman de vez en cuando, los señoritos *amorosos, dandys ó liones* de Madrid las cantan lindas *segedillas* á la guitarra, á cuyos gratos acentos no pudiendo ellas resistir, saltan de repente é improvisan una cachucha ó un bolero obligado de *castagnetas*, con lo que el baile se hace general, y así concluye el paseo todas las tardes, hasta que pasa la retreta, y todos se retiran á dormir.

Sale luégo nuestro Colon transpirenáico á recorrer las calles de noche, y nos refiere las estocadas que ha tenido que dar y recibir para abrirse paso por entre la turba de amorosos que cantaban á las ventanas de sus *duegnas*; y cómo luégo tuvo que recoger á una de éstas que se habia escapado de su casa, y la condujo á su posada, donde le contó toda su historia, que era por extremo interesante, pues la requeria de amores el reverendo padre abad de San Jerónimo (la escena suponemos que pasará en 1840), y ella no le queria ni pintado, porque estaba enamorada de un príncipe ruso que por causa de su amor se habia ido á sepultar á la cartuja de Miraflores.

Habla luégo de la *Puerta del Sol*, donde dice que presenció una corrida de toros, en que murieron catorce hombres y cincuenta caballos;—recorre despues nuestros establecimientos, en los cuales no halla nada que de contar sea;—habla más adelante de las tertulias y de la *olla podrida*, con sendas variaciones sobre el *fandango* y la *mantilla;*—describe menudamente las dimensiones de la navaja

que las señoras esconden en las ligas para defenderse de los importunos, y pinta por menor la vida regalada del pueblo, que no hace más que cantar y dormir á la sombra de las palmas ó limoneros.

Por este estilo siguen, en fin, nuestros gálicos viajeros, *daguerreotipando* con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y despues de permanecer en España un mes y veinte dias, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragon y Cataluña; apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir *buenos dias* en español, regresan á su país, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su racion correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en *tomas*, á guisa de folletin.

Ahora bien; si tan fácil es á nuestros vecinos pillarnos al vuelo la fisonomía; si tan cómodo y expedito es el sistema moderno viajador, ¿será cosa de callarnos nosotros siempre, sin volverles las tornas, y regresar de su país aventurado sin permitirnos siquiera un rasguño de pincel? —Cierto que para describirle como convendria á la instruccion y provecho de las gentes eran precisas todas aquellas circunstancias de que hablamos al principio; pero ya queda demostrado lo inútil de aquel añejo sistema; y así como al volver de la capital francesa nos apresuramos á importar en nuestro pueblo el córte más nuevo de la levita ó el último lazo del corbatin, justo será tambien, y áun conveniente, probar á entrar en la moda de los viajeros modernos franceses, de estos viajeros que ni son ar-

tistas, ni son poetas, ni son críticos, ni historiadores, ni científicos, ni economistas; pero que, sin embargo, son viajeros, y escriben muchos *viajes*, con gran provecho de las empresas de diligencias y de los fabricantes de papel.

¡Ánimo, pues, pluma tosca y desaliñada! vén luégo á mi socorro, é invocando los gigantescos númenes de aquellas gentes que poseen el dón de llenar cien volúmenes de palabras sin una sola idea, permíteme hacer el ensayo de este procedimiento velocífero con aplicacion á los extranjeros pueblos que conmigo visitaste;—pero, en gracia del auditorio, sea todo ello reducido homeopáticamente á las mínimas dósis de unos pocos artículos razonables con que entretener á mis lectores honradamente, y hacerles recordar, si no lo han por enojo, mi *parlante curiosidad*.



II.

DE MADRID Á BAYONA.

Manía de viajar.—Salida de Madrid.—La diligencia-correo.—Los viajeros.—Castilla la Vieja.—Provincias Vascas.—Recuerdos de la guerra civil.—Entrada en Francia.

Por los meses de Junio y Julio del año pasado (1840), todos los habitantes de esta heroica villa parece que se sintieron asaltados de un mismo deseo: el deseo de perderla de vista y de hacer por algunos dias un ligero paréntesis á su vida *circular*. —Cuál alegaba para ello graves negocios é intereses que llamaban su persona hácia los fértiles campos de Andalucía; cuál la intencion de ir á buscar su compañera en las floridas márgenes del Ebro; el uno improvisaba una herencia en las orillas del Segura; el otro soñaba una curacion de sus antecedentes en las graciosas playas del Cabañal valenciano.—A aquél le llamaba hácia la capital de Cataluña la accidental permanencia de la córte en ella; á éste, la curiosidad de recorrer los sitios célebres de nuestra historia contemporánea brindábale el rumbo hácia el país vascongado.—Todo se volvia ir y venir, y correr y agitarse con fervor, para terminar los preparativos que un viaje exige; las modistas y sastres afa-

mados no se daban manos para cortar trajes de amazona y levitas de fantasía; las tiendas de la calle de la Montera quedaron desprovistas de *necessaires* de viaje, cajas de pintura, guantes y petacas. Poumard y Ginesta no bastaban á confeccionar *albums* y *souvenirs;* los libreros agotaron su surtido de libros..... en blanco, y los perfumistas Fortis y Salamanca tuvieron que pedir á Carabanchel dobles remesas de jabones de Windsor y de aceite de Macasar.

Todas estas idas y venidas, todos estos dáres y tomáres, venian á convergir en el patio de la casa de diligencias, que á todas horas del dia y de la noche veíase lleno de interesantes grupos de levitin y casquete, de sombrerillo y *schal*, que aguardaban palpitantes á que el reloj del Buen Suceso diese la una, las dos, las tres, todas las horas, medias y cuartos, para montar en la diligencia, y dar la vela, cuál al Oriente, cuál al Occidente; el uno al Sur, y el otro al Septentrion.—Y los restantes grupos que rodeaban á los primeros, y que por su traje *de ciudad* representaban á la fraccion quietista que quedaba condenada á vegetar en el Prado, esperando que el libro de la diligencia les señalase su turno de marchar, parecian como reprimir un movimiento de envidia, y al estrechar en sus brazos á sus amigos y amigas, no podian contener la sentida frase de «¡Dichosos vosotros!.....»

Y á la verdad, no era de extrañar esta unánime resolucion de viajar que impulsaba á los habitantes de Madrid (de ordinario quietos é inamovibles), si se atiende á que era el primer verano en que, despues de seis años de guerra civil y de casi completa incomunicacion, podian con libertad saborear el derecho de menearse (que es uno de los imprescriptibles que nos concedió la naturaleza), y querian con este motivo extender alguna cosa más su acostumbrada órbita, que se limita de un lado en Pozuelo y Villaviciosa, y por el otro abraza hasta el último Carabanchel.

Ello, en fin, fué tal por aquel entónces la necesidad de lanzarse más allá de las sierras, que apénas en los primeros dias de Julio un elegante *que se respetase* podia dar la cara en la luneta ó pasearse en el salon del Prado; y en los mismos salones del Liceo se hacía sentir la escasez de poetas, en términos que las sesiones tenian que celebrarse *sotto voce* y en la prosa más comun.

Afortunadamente para nuestra capital, los habitantes de las provincias se habian encargado de vengarla de aquel desden de sus naturales cortesanos, y animados por igual deseo de locomocion, parecian haberse dado de ojo para venir á ella y aprovechar la excelente ocasion que se les presentaba de disfrutar un verano de treinta y cuatro grados de Reaumur, á la sombra del teatro de Oriente ó de las cortinas de la Puerta del Sol.

La carrera de las provincias Vascongadas era principalmente la que por entónces llamaba la atencion, ya por más análoga á la estacion ardorosa, ya por el deseo de visitar los célebres sitios de Luchana y Mendigorría, Arlaban, Vergara, etc.—La vida *confortable* de San Sebastian, los celebrados baños de Santa Águeda, las gratas romerías de Bilbao, y sobre todo, el próximo aniversario del abrazo de Vergara, eran razones más que suficientes para determinar á la mayor parte de los viajeros madrileños hácia aquellas célebres comarcas; y con efecto, fué tal el deseo de visitarlas, que los asientos de las diligencias tenian que tomarse con un mes de anticipacion, y las más elegantes tertulias se daban cita para Cestona y Mondragon.

La silla-correo en que salí de Madrid en los primeros dias de Agosto (despues de haber esperado un mes mi turno para viajar *en posta*) pertenecia á la nueva Compañía que se ha encargado de conducir la correspondencia en esta carrera; y por la especial construccion del carrua-

je, soportaba, ademas del peso de dicha correspondencia, y conductor, mayoral y zagales, el no despreciable que formábamos nueve viajeros, tres en la berlina y seis en el interior.—Item más:—un décimo, que, ardiendo en deseos de refrescar sus exterioridades en los baños de Santa Águeda, habia transigido con viajar al aire libre entre el mayoral y el zagal, en el asiento delantero, preparándose convenientemente al baño con un sol perpendicular de cuarenta grados.—A tal punto llegaba el deseo de lanzarse á los caminos, y á tal grado de provecho le utilizaban las empresas de carruajes públicos.

Eran las cuatro en punto de la mañana, hora no la más cómoda para dejar el blando lecho y marchar en direccion á la Casa de Correos para entregarse á la merced de las mulas y de la Direccion de Caminos.—Por fortuna, á estas horas nuestros amigos y apasionados no habian tenido por conveniente venir á decirnos *adios* y á estrujarnos á abrazos y consejos;—los únicos espectadores que teniamos en aquel instante fiero eran el comisionista de la diligencia, que estropeaba nuestros nombres á la luz de un menguado farolillo, y el centinela que paseaba delante de la puerta del Principal. — Ni perro que aullase, ni vieja que gimiese, ni dama que se desmayase, ni mano que tuviera otra que estrechar.

Los viajeros, disfrazados como de costumbre, lo mejor posible, nos contemplábamos unos á otros como calculando nuestro respectivo desarrollo, y temiendo cada cual encontrarse de pareja con el más bien favorecido por la naturaleza. — Por fortuna, los tres de la berlina perteneciamos á la más fea mitad del género humano, y todos á este siglo (siglo que ya es sabido que no es el más propio para engordar), y podiamos, en conciencia, quedar libres de todos nuestros movimientos, y hasta de nuestras pala-

bras, vista la genial conformidad que inspiran una edad semejante, un mismo sexo y un coche comun.

Pero veo que insensiblemente voy cayendo en la moda de los viajeros contemporáneos, que no hacen gracia á sus lectores de la más mínima de las circunstancias personales de su viaje, y le persiguen hasta saturar sus oidos con aquel Yo impertinente y vanidoso, que áun en boca del mismo Cristóbal Colon llegaria á fastidiar.

Mas, á decir verdad, ¿qué podria contar aquí, que de contar fuese, tratándose de la travesía de Madrid á Buitrago, por Alcobendas y Fuencarral, por aquellos campos silenciosos y amarillos, ante los cuales enmudeceria la misma rica y delicada lira de Zorrilla, ó el pincel fecundo y grato de Villaamil?

¿Pintaré la majestuosa salida del sol en una atmósfera pura por detras de un manso ribazo? Pero esto es clásico puro, hasta hacer dormir á todo el hospital de Zaragoza.

¿Contaré las Dorilas y Galateas que todas las mañanitas abandonan las vegas de Fuencarral para venir á vender nabos á Madrid?

¿Diré los tiernos Melibeos que, arropados en una estera ó un resto de manta vieja, se disputan un cuartillo de lo tinto en la taberna del portazgo, no al són del dulce cálamo, sino al impulso de una redonda piedra ó del grueso garrote que les sirve de cayado paternal?

¿Pintaré los románticos atavíos del carretero burgalés, que asoma dormido á la boca de su galera, al lado de su fiel Melampo, que duerme tambien, y al ruido que hace nuestra silla al acercarse, entreabren ambos los ojos, sin que podamos percibir en la rápida carrera si fué el perro ó el otro el que ladró?

¿Contaré, en fin, las pintorescas vistas de San Agustin ó Cabanillas; las construcciones fósiles, los techos, paredes, cercas, sierras y semblantes, todo de un propio color

ceniciento y pedregoso; y aquel suave aroma de la aldea, que se despide de la paja y otras materias ménos nobles quemadas en el fogon, el todo armonizado con las suaves punzadas del ajo frito en aceite ó de las migas empapadas en pimenton?

Por otro lado, no sería posible que pudiera contar nada de esto, porque, en honor de la verdad, debo decir que, anudando el roto hilo de nuestro sueño, cada cual habiamos tenido por conveniente inclinar la cabeza en distinta direccion y acabar de cobrar de Morfeo (otro dios clásico del antiguo régimen) nuestra acostumbrada nocturna racion, sin dársenos un ardite ni de la venta de Pesadilla, ni del abandonado convento de la Cabrera, ni de las costumbres de los habitantes, ni de la historia del país; —y sólo caimos en la cuenta de que al subir en el coche habiamos renunciado á nuestro libre albedrío, cuando bien entrada la mañana, y el sol armado con todo el aparato volcánico que suele, observamos que el mayoral (á quien Dios no llamaba por este camino), quiero decir, que toda su vida no habia andado otro que el del arroyo Abroñigal, y por primera vez seguia este rumbo, juzgó conveniente el no seguirle derecho, sino ladearse algun tanto á uno de los bordes, que dominaba casualmente á un precipicio; y lo hizo de suerte que, á no habernos apresurado los viajeros á saltar rápidamente del coche, cuál por la puerta, cuál por la ventanilla, seguramente hubiéramos acabado de describir la curva, para la que ya teniamos mucho adelantado. —Por fin, aquel susto pasó, y los nueve ó diez viajeros pudimos reconocer nuestros bustos en pié y de cuerpo entero, á la clara luz del mediodia, con lo cual, luégo que ayudamos al mayoral á salir del ahogo, y luégo que nos convencimos de que íbamos guiados por la sana razon de las mulas, aprovechamos con gusto la ocasion que se nos ofrecia de andar una legüita á pié, al sol de

Agosto y sobre arena, hasta llegar á Buitrago, adonde contábamos despachar la inevitable tortilla ó el pollo mayor de edad.

De Buitrago á Aranda de Duero hay otras catorce leguas mortales, que tampoco ofrecen nada nuevo que contar, supuesto que no sea nuevo entre nosotros lo trabajoso de los caminos, máxime en sitios tan escabrosos como las gargantas de Somosierra, que áun en la mejor estacion son ásperas y desabridas.—En Aranda, á donde llegamos á las nueve de la noche, nos aguardaba la cena en una posada, verdadero tipo de las posadas castellanas, cuya descripcion, si tantas veces no estuviera ya hecha, no sería importuno hacer aquí.— Pero viajando como viajamos *en posta*, no hay por qué detenernos, sino volver á subir á la silla á las once de la noche y andar toda ella (cosa poco frecuente en los caminos de España), con la esperanza de llegar á Búrgos al amanecer, como así lo exigia el servicio del correo, y teniamos motivo para esperarlo.— Pero en esto, como en las demas cosas, vamos tomando la moda francesa, que consiste en prometer magníficamente; quiero decir, que las veinte y cuatro horas del servicio público se convirtieron por aquel viaje en treinta y dos, llegando á Búrgos á las doce del dia con toda puntualidad.

Por otro lado, no puede negarse que es cosa cómoda, viajando en el correo, hacer sus paradas de hora y más á almorzar, á comer, á cenar; item más, seis horas para dormir en Vitoria, cosa que no le hubiera ocurrido al mismo Palmer, cuasi inventor de los correos en Inglaterra.— Por supuesto, que en Búrgos tuvimos lugar de visitar minuciosamente la catedral (que tampoco describo aquí, por haberlo hecho recientemente uno de los viajeros traspirenáicos de que hablábamos ántes); luégo, comer sosegadamente, y áun no sé si alguno hizo un ratito de

siesta. Pasado todo lo cual, acudimos todos á nuestro velocífero, y despues de atravesar aquella tarde el magnífico desfiladero de Pancorbo, verdadero prodigio de la naturaleza, á eso de las ocho de la noche dimos fondo en Vitoria, donde pudimos descansar, juntamente con la correspondencia, que sin duda deberia hallarse fatigada del viaje y necesitaria las seis horas de reposo.

La del alba sería (como dice Cervántes) cuando el servicio público y el nuestro particular volvió á exigir de nosotros el sacrificio de abandonar el lecho. La mañana era apacible y nublada, como de ordinario acontece en el estío más allá del Ebro : cada paso que dábamos, cada sitio que descubriamos, nos traia á la memoria un recuerdo áun reciente de la pasada guerra.—Arroyabe, Ulibarri-Gamboa, Arlaban, Salinas; las verdes y pintorescas montañas de la provincia de Guipúzcoa ; los blancos caseríos que las esmaltan, por decirlo así; las ferrerías, las ermitas, las aldeas en puntos de vista deliciosos; luégo, la villa de Mondragon, sentada en un paisaje suizo, con sus casas de severo aspecto, sus armas nobiliarias sobre las puertas, y sus bellos restos de antiguas construcciones.—Al apearnos un momento miéntras se mudaba el tiro, hallámos aquí una comision del Prado de Madrid, bañadores de Santa Agueda, que está á corta distancia.—Luégo, pasando rápidamente por aquellos deliciosos valles, gratas colinas, lindos caseríos, por Vergara la inmortal, Villareal, Ormaiztegui, Villafranca y otros muchos pueblos interesantes, llegamos á Tolosa á comer.— Esta linda ciudad guipuzcoana, con sus bellos edificios, sus calles tiradas á cordel, su aseo y elegancia, no puede ménos de cautivar la atencion del viajero, que por otro lado encuentra en ella una posada muy buena, á la manera de los *hôtels* franceses, y una complacencia, un esmero en el servi-

cio, que nada tiene tampoco que envidiar al de aquéllos.

Desde nuestra entrada en las provincias, los zagales y postillones que se iban sucediendo en las distintas paradas, vestidos de la blusa azul y la boina, símboló característico del país, nos llamaban la atencion por sus tallas esbeltas, su marcial franqueza, y el lenguaje incomprensible para nosotros, aunque halagüeño, con que entablaban entre sí conversacion.—Guiados por su destreza, y sin cuidarnos del mayoral andaluz, que habia abdicado sus funciones desde el pronunciamiento de Buitrago, caminábamos con toda confianza por aquellos empinados derrumbaderos, por aquellos verdes valles, por sobre aquellas deliciosas colinas. Cada paso que avanzábamos, cada giro que daba el coche, se desplegaba á nuestra vista el más delicioso panorama que una imaginacion poética pudiera imaginar. — Cuando considerábamos que aquellos campos, ora apacibles y tranquilos, que aquellas colinas risueñas, que aquellos pueblecitos felices, acababan de ser teatro de todos los horrores de una guerra fratricida, parecíanos un sueño, y por tal lo tomariamos, á no hallar de vez en cuando algun caserío quemado, algun puente roto; á no saber por nuestros conductores que aquéllas que dejábamos á derecha eran las alturas de Arlaban; que más adelante teniamos en frente las famosas líneas de Hernani, y los conductores, por otro lado, no nos dejaban la menor duda, contándonos con la mayor franqueza, sin orgullo ni disimulo, que allí disputaron el paso á nuestras tropas; que aquí deshicieron la legion inglesa; que allá cortaron el camino para favorecer una retirada; que acullá quemaron ellos mismos su pueblo para que no pudiese servir de asilo al enemigo.—Todo esto dicho sin acrimonia, sin arrogancia, como una cosa natural, sencilla, y al mismo tiempo contentos con su actual posicion; el uno habiendo vuelto á labrar el campo de sus padres; el otro

conduciendo nuestra silla-correo; cuál escoltándonos á lo largo con el fusil al hombro; cuál otro cantando el *zorzico* al compas del martillo con que trabajaba en la ferrería.

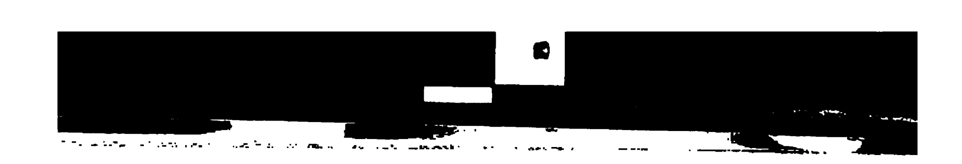
Siguiendo, en fin, por las empinadas cuestas del Pirineo, y pasando Astigarraga, Oyarzun y otros pueblos ménos importantes, en el momento que íbamos á dar vista á Irun, vimos rodeado nuestro coche por multitud de muchachas, que, deseándonos feliz viaje, nos lanzaban rosas y otras flores, nos alargaban al ventanillo canastos de manzanas, y nos pedian sin duda en su idioma las albricias de la ausencia.— Al anochecer, en fin, llegamos á Irun, en cuyo término corre el Bidasoa, que separa la España de la Francia. Aquí el mayoral queria dar un descanso á su fatigada imaginacion, y hacernos pasar la noche bajo el cielo patrio; pero los tres viajeros de la berlina, únicos que seguiamos todavía, tomando á nuestro cargo la defensa del procomun, argüimos fuertemente que era preciso llegar con la correspondencia á Bayona aquella misma noche, y no tuvo nuestro locomotor otro recurso que volver á marchar.

Pasamos á pié el puente divisorio de los dos reinos, no sin palpitar nuestros pechos al dejar momentáneamente nuestra amada España; sufrimos en la aduana francesa el escrupuloso registro de nuestros equipajes; y aunque la noche cerró en agua, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart, y á eso de las doce de la noche entrábamos en la ciudad de Bayona, y buscábamos posada, sin que en más de una hora pudiéramos hallarla, por estar á la sazon todas ocupadas por los numerosos viajeros que, de paso para los baños del Pirineo, habian llegado de España y Francia á la ciudad.— Nuestro mayoral andaluz recordó entónces que se habia venido sin la hoja de viajeros (única cosa en que consistia su encargo), y que

se habia ido á Bayona conduciendo el correo, con la misma franqueza con que pudiera llevar en su calesa un par de manolas á los novillos de Leganés.

Si yo hubiera de seguir aquí la cartilla de los modernos viajeros franceses, parece que era llegada la ocasion de tejer una historieta galante con alguna princesa transitoria ó con alguna diosa de camino real, en que, repartiéndome graciosamente el papel de galan, al paso que diese algun interes á mi narracion, rehabilitase en la opinion de las jóvenes mi ya olvidada persona.—Ocasion era sin duda de tentar la envidia de mis compatriotas, pasándoles por delante de la vista algunas de aquellas aventuras vagas, sorprendentes y simbólicas que, al decir de los señores traspirenaicos, asaltan al extranjero luégo que salva los límites de su país natal; y esto me daria tambien pié para juzgar á mi modo y de una sola plumada, del carácter, costumbres, historia, leyes y físico aspecto del país que veia desde la noche anterior.

Pero, en Dios y en mi conciencia (y hablo aquí con la honradez propia de un hijo de Castilla), que ninguna princesa ni cosa tal nos salió al camino; que ningun entuerto ni desaguisado se cometió con nosotros; que tampoco fuimos objeto de ningun especial agasajo; y que, en fin, entramos en la region gálica con la misma franqueza que Pedro por su casa, y lo mismo que ellos (los galos) entran cada y cuando les place por nuestra España, sin que nadie se cuide de ellos, ni princesas les cobijen, ni enanos les suenen la trompeta, ni puentes levadizos se les abajen, ni doncellas acudan á cuidar del su rocin.





III.

BAYONA.

Objeto y tendencia de esta narracion.—Division de dos naciones. —Contrastes.—Bayona, la ciudad, su caserío, sus calles, su campiña, casas de campo, baños de Biarritz; hoteles ó fondas, y comparacion de las ciudades francesas y las españolas.—Los *hôtels* franceses.

Para desagravio de mi conciencia, y prévia inteligencia de mis lectores, paréceme del caso, ántes de entrar en materia, apuntar aquí algunas ideas que determinan el verdadero punto de vista bajo el cual desearia fuesen juzgados estos pobres borrones, que un buen deseo, más bien que una impertinente locuacidad, me han dictado.

Y es la primera: que nunca fué mi ánimo el de formar un viaje crítico ni descriptivo, pues ni la escasez de mis medios literarios, ni la exigüidad de unos pocos artículos de periódico lo permiten; ni veo para ello una necesidad, supuesto que son tantos y tan buenos los libros que existen sobre la materia.—Segunda: que tampoco llevo la pretension al ridículo extremo de convertirme en mi propio coronista; achaque de que suelen adolecer algunos viajadores, que entienden dar al público lector tan grato

pasatiempo como á ellos les produce el recuerdo de sus propias aventuras.—Y tercera y última: que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitacion, injusto y áun criminal sería, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores, y buscar en la paleta aquellos colores que sólo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura.

Esto supuesto, no busque el lector en estos artículos ni metódica descripcion, ni pintura artística ó literaria, ni historia propia, más ó ménos realzada con picantes anécdotas; ni sátira amarga siempre, ni pretexto constante para hacer reir á costa de la razon.—Pues entónces, ¿á qué se reduce su contenido?—A poca cosa.— A algunas observaciones propias; á tal cual comparacion imparcial; á tal otra crítica templada; á indicaciones tal vez útiles; á episodios tal vez inconexos, y el todo reunido, á contribuir (si bien con escasas fuerzas) á pagar el obligado tributo que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al país en que nació.

La diferencia entre dos naciones limítrofes no se marca tan absolutamente en los primeros pasos que en ellas se dan, sino que van tomando cuerpo conforme la influencia del clima, de la educacion y de las leyes van ejerciendo un influjo más inmediato.—Los pueblos colocados cerca de las fronteras participan generalmente de la misma civilizacion, del mismo cielo, muchas veces hasta de un propio lenguaje, y hé aquí la razon por que la mayor parte de los viajeros quedan desorientados cuando, al pisar por primera vez un país fronterizo, hallan en él tan poca disparidad con el que acaban de abandonar.—No basta un tratado diplomático, ni el curso de un rio, ni una cordillera de montañas para borrar el carácter de

homogeneidad que la naturaleza, la frecuencia de comunicacion, y tal vez la propia historia, imprimen en pueblos colindantes; sin embargo, el poder de las leyes y la mano de la administracion hacen sentir su presencia hasta los más remotos confines de un reino, y ante un espíritu observador tal vez produce esto mismo tan extraordinario contraste, como formado con aquellos mismos medios que la naturaleza habia dispuesto en una completa homogeneidad.

Poco, por ejemplo, podrá hallar que admirar el que, salvando el puente del Bidasoa, pase desde las amenas colinas y pintorescos valles de Guipúzcoa á los no ménos graciosos paisajes del departamento de los Bajos Pirineos. Poca diferencia entre las poblaciones y caseríos, ni en las figuras y trajes de los habitantes, y hasta el lenguaje vascongado llegará á sus oidos con más frecuencia que el español ó el frances. — Sin embargo, en obsequio de la verdad, no puede dejar de convenirse en que desde la misma aldea de Behovia, contigua al extremo frances del puente, se empieza á notar más aseo en el aspecto de las casas, bien construidas y blanqueadas, más gusto y oportunidad en la colocacion de los pueblos y caseríos, más órden y policía en su administracion interior.—Sirvan de ejemplo de comparacion San Juan de Luz, pequeña villa francesa de unos tres mil habitantes, á corta distancia de la frontera, y la de Irun, última villa española, de poblacion semejante; y desgraciadamente habrá de reconocerse la sensible diferencia de una y otra administracion. Y cuenta que la de las provincias Vascongadas es entre nosotros una excepcion honrosa, y tal, que en este punto puede decirse que la España empieza del Ebro acá.

Bayona, á ocho leguas francesas (1) de la frontera, es

(1) La legua francesa viene á ser un cuarto ménos que la española. Ocho leguas corresponden á seis nuestras.

el primer pueblo en que ya se encuentra bastante delineada la fisonomía de las ciudades francesas.—Sentada á distancia de una legua escasa del Océano, en la confluencia que forman los dos rios Nive y Adour, se halla dividida por el primero de ellos, que la atraviesa por su término medio, dándola el aspecto de dos ciudades diversas en su forma, y que vulgarmente suelen ser designadas por *Bayona la grande* y *Bayona la chica.* Hay ademas, del otro lado del Adour, una tercera poblacion, parte de la ciudad, y es el arrabal llamado de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por mercaderes judíos de orígen español y portugues. En él está tambien la ciudadela de Vauban, que domina á la vez á la ciudad, el puerto, el mar y la campiña; ademas está defendida la ciudad por otros dos castillos en cada una de las dos partes de que se compone.

La ciudad vieja nada tiene que alabar, y por sus calles sucias, estrechas y mal cortadas, tampoco envidiaria á las más oscuras de Castilla; pero la parte nueva, que se extiende á la orilla izquierda del rio Nive, ofrece un aspecto halagüeño, por lo alineado de sus calles, bellas plazas y edificios modernos y elegantes. Sobre todo, son muy notables la hermosa calle principal, llamada el *Cours*, que continúa el camino de España, y la plaza de *Granmont*, con hermosas vistas sobre ambos rios, y en que se hallan situados el suntuoso edificio nuevamente construido para aduana y teatro, y otras várias casas de bella apariencia. En esta plaza, en el Cours, y en el extendido dique bordado de buenos edificios que se extienden á orillas del rio, es donde se halla concentrada toda la vitalidad de Bayona.

No puede negarse sin injusticia que pocas ó ninguna de nuestras ciudades de tercer órden (como lo es Bayona en Francia) puede compararse á ésta, ni en lo bien cortado y simétrico de su plano, ni en sus bellas construcciones, ni en su animacion y comodidad interior.—Nues-

tras ciudades, edificadas por lo general en medio de las guerras civiles y extranjeras, que forman el tejido de nuestra historia, colocadas muchas de ellas en elevadas alturas, y cortadas en laberintos de encrucijadas para mejor acudir á su defensa; asombradas otras al pié de la inmensa mole de una gran montaña para garantirlas de los ardores de un sol meridional; huyendo las más de ellas cautelosamente la inmediacion de los rios, que por la índole particular de nuestro suelo no son las más veces medios de comunicacion ni áun de salubridad, carecen por lo general de los medios de comodidad y de agrado que proporciona á la mayor parte de las ciudades francesas, inglesas, holandesas y flamencas un país más llano, unos rios benéficos y caudalosos, y un sol templado; si bien acaso las ceden en pintoresca situacion, en variado aspecto y risueño colorido.

Las ciudades francesas adolecen generalmente de falta de poesía, tal vez de demasiada uniformidad; pero, en cambio, por su belleza y simétrica construccion, su aseo y limpieza, proporcionan mayores medios al habitante para disfrutar holgadamente de los goces de la civilizacion.—Sentadas en medio de hermosas llanuras ó sobre pequeñas colinas, por la mayor parte se encuentran naturalmente divididas por un gran rio ó por un canal artificial, cuyas orillas cierran altos y fuertes diques, coronados de hermosas casas.—Esta gran artéria de circulacion en medio de un pueblo le presta un grado de animacion extraordinario; y con los puentes que comunican entrambas orillas, con los barcos que cruzan el rio por delante de las casas, con la doble fila de éstas que se despliega por ambos lados, ofrecen á la vista un espectáculo halagüeño, y al comercio un centro de animacion.—Así están París, Burdeos, Lion, Rouen y otras infinitas ciudades, y así está Bayona tambien.

Otra de las cualidades distintivas de las ciudades francesas es el *Cours* ó *Boulevart* que atraviesa la mayor parte de ellas, el cual no es otra cosa que una gran calle en línea recta con árboles á los lados, que por su situacion y su elegante forma viene á ser el centro del comercio, á donde se reunen las más bellas construcciones, los más magníficos establecimientos, la animacion y vitalidad de todo el pueblo en general. — Este Cours ó Boulevart tiene bastante analogía con las *Ramblas* que dividen muchas poblaciones de Cataluña, en especial con la hermosa de Barcelona, y con el tiempo podrá realizarse en Madrid en toda la extension de la calle Mayor y de Alcalá.—Bayona, como dejamos indicado, tiene tambien su Cours, aunque más en pequeño que París, Burdeos, Marsella, etc.; pero ofreciendo en él reunidos muchos objetos halagüeños y de comodidad, y con la ventaja de que participando aún de nuestro sol ardiente, puede conservar en sus construcciones un color claro y agradable, cuya ausencia rebaja en mucha parte á nuestros ojos meridionales la hermosura de los más bellos edificios de las ciudades de Europa, y de Francia misma, más allá de Burdeos y de Lion.

Por lo demas, en vano pretenderian buscarse en esta ciudad aquellos grandes monumentos que prueban cierto grado de importancia histórica; y á no ser para visitar su catedral, de un bello gusto gótico, poco ó nada tendria que detenerse en ella el artista. Pero en lo que lleva una notable ventaja Bayona á otras ciudades más importantes es en su hermosa campiña, en sus lindos paseos y en la alegría y amabilidad de sus habitantes. —El forastero á quien la casualidad traiga un domingo á esta ciudad, que no deje de visitar *Las Marinas*, hermoso paseo que domina el puerto y el arrabal de Sancti Spiritus, si quiere ver reunidas en él á las lindas bayonesas, cuyas expresi-

vas facciones, ojos vivos, talle delicado, son proverbiales en Francia. Allí tendrá ocasion de observar, bajo el gracioso sombrerillo de paja ó bajo el inimitable pañuelito colocado artísticamente en derredor de la cabeza, más gracias naturales, más amable coquetería que en las grandes reuniones de la córte parisiense. Allí admirará tambien las expresivas formas de las vascongadas que vienen del otro lado del Pirineo á disputar el premio de la hermosura; al frenético entusiasmo del elegante parisien que se dirige á buscar sensaciones fuertes á las crestas del Pirineo, ó á la helada admiracion del inglés que se encamina á *Bagnères* á templar su sequedad.

No es sólo en las Marinas donde suelen encontrarse las hijas del Adour y sus exóticos huéspedes.—Hay cerca de la ciudad otro sitio adonde la crónica bayonesa ofrece áun mayor interes.—Este sitio es *Biarritz*, pequeña poblacion, apéndice marino de Bayona, á una legua escasa de ella, en una pintoresca situacion sobre las mismas orillas del mar. — Este Biarritz es para Bayona lo que el Cabañal para Valencia; esto es, un establecimiento de baños, un pretexto de reunion.—Pero, fuera de esta analogía de objeto, no puede citarse otra entre ambas poblaciones; pues si bien el Cabañal valenciano, con sus techos de paja de arroz, sus graciosas barracas y su sabor oriental, no carece de agrado, está muy léjos de poder competir con la linda aldea de Biarritz, compuesta de casas de bello aspecto, animada por multitud de fondas, cafés y hasta su pequeño teatro, y dotada, en fin, de aquel *confortable* de la vida, que tan descuidado se halla entre nosotros. — Así que el extranjero más exigente está seguro de hallar lo que necesita, su buen servicio y comodidad, realzado por el agrado de una amena sociedad anglo-hispano-francesa, en que se reune el buen tono y las más cordial alegría.

Las muchísimas casas de campo que se hallan situadas

en la hermosa campiña entre Bayona y Biarritz, el contínuo pasar de tartanas y diligencias entre ambos puntos, y las cabalgatas en mulas ricamente enjaezadas, y que conducen á las lindas bayonesas, sentadas en una especie de jamugas (*cacolets*), conocidas tambien y usadas en todo el país vascongado, bajo el nombre de *artolas* ó *cartolas*, y escoltadas por los jóvenes elegantes sobre briosos caballos, da una animacion extraordinaria á todo este recinto durante la temporada de baños.—Estos mismos son un espectáculo singular, pues no habiendo, como no hay, sitio especial para los bañadores, cada uno se zambulle donde le place, sin distincion de sexo ni edad.—Yo no sé si esta costumbre podrá ó no perjudicar á la moral; pero lo que es al artista no podrá ménos de serle útil para estudiar los diversos partidos del desnudo, y áun el autor fantástico podrá creer tal vez realizados sus ensueños de brujas y trasgos al mirar algunos tritones-hembras, que con un calzon corto de hule y las trenzas al agua, aparecen y desaparecen alternativamente entre las olas, y sirven para vigilar á las Nayades aprendizas. Porque hay que advertir que el temible golfo de Gascuña presenta por esta parte no poca incertidumbre, y que de las diversas cavernas que bordan la costa, rara es la que no lleva una memoria de alguna historieta trágico-amorosa.

La ciudad de Bayona debe su importancia al activo comercio con España, y más principalmente á nuestras eternas discordias civiles, que alternativamente obligan á una parte de la poblacion á huir el patrio suelo, y buscar seguridad en el extranjero.—Especialmente en el período de la guerra última llegó á tal punto esta emigracion, de parte de lo más acomodado de la poblacion de las Provincias Vascongadas, que hubieron de contarse hasta quince mil españoles en el departamento de Bajos Pirineos, de los cuales, seis mil en la ciudad de Bayona.—

Hoy es, y todavía los mercaderes bayoneses recuerdan con entusiasmo aquella buena época para ellos, en que veian cambiar por sendas onzas españolas los infinitos artículos que ofrece la industria francesa; así que, esta ciudad, la de Pau, San Juan de Luz, y hasta el mismo Burdeos, llegaron á tomar un aire español que áun se percibe, y todavía es muy comun el escuchar en cualquiera de sus calles el lenguaje castellano, ver las muestras de las tiendas escritas en nuestro idioma, y oir á los músicos ambulantes repetir con sus instrumentos la *jota* ó la *cachucha*.

Concluirémos aquí este artículo dando á conocer una de las circunstancias que causan más agradable sensacion al viajero español cuando sale de su país. Queremos hablar de los paradores ó posadas (*hotels*), primer objeto con que naturalmente tiene que tropezar un forastero, y cuyo mal estado entre nosotros es una de las causas principales que retraen á todo viajero del intento de visitarnos.—Prescindamos de las causas por las que aquéllos se han elevado á tal grado de perfeccion, y las contrarias por las cuales éstas permanecen poco más ó ménos en el estado en que las pintó Cervántes hace casi tres siglos; baste sólo indicar que la principal que se alega, que es la falta de viajeros, puede, más bien que causa, ser efecto, y que ambos deben desaparecer, y desaparecerán simultáneamente, en el momento en que nuestro hermoso suelo, bien administrado, pacífico y seguro, permita al interes particular tomar el rápido vuelo que le conviene, y exigir el debido tributo á la comodidad y á la curiosidad del viajero.

Los *hôtels* franceses, situados convenientemente en todas las poblaciones de tránsito, son, por lo general, edificios construidos ex-profeso para servir á este objeto; y ademas de una bella fachada y extensa capacidad, se ha-

llan tan convenientemente distribuidos, que poco ó nada dejan que desear.—Por lo regular, desde el zaguan ó portal se pasa á un gran patio cuadrado, adonde pueden colocarse los carruajes con toda comodidad, y desde allí várias puertas conducen á las caballerizas, cocinas, cuadras y pasajes necesarios en estos vastos establecimientos; pero todo esto tan disimulado en el aspecto exterior, que apénas el viajero tiene ocasion de conocer que está en una posada pública, y más bien se cree en un hermoso palacio.—Regularmente, al pié de la escalera principal ó en el entresuelo está la habitacion del conserje, y lo que se llama comunmente el *bureau*, en donde se lleva el registro de los viajeros que entran, las habitaciones que ocupan, etc.; y en una tabla numerada se colocan las llaves de éstas, que los huéspedes dejan allí colocadas siempre que salen del hotel. A este sitio tambien vienen á reunirse todas las campanillas de los distintos cuartos, numeradas tambien, á fin de que los camareros puedan saber adónde se les llama, y acudir con prontitud. Las paredes del zaguan, del patio, escaleras, *bureau*, etc., suelen estar cubiertas de grandes cartelones en que se anuncian las compañías de trasporte, las horas de correo, los espectáculos del dia, las ferias y mercados próximos, las nuevas publicaciones literarias, los remedios infalibles contra toda clase de males, y los fenómenos invisibles que por una corta retribucion puede el viajero contemplar.

Las habitaciones ocupan los pisos principal, segundo y demas de la casa, y se hallan convenientemente distribuidas, de suerte que puedan escogerse segun las facultades de cada cual.—Por lo regular, constan sólo de una sala, en la cual se halla colocada la cama, elegantemente colgada (sabido es que en Francia no son de costumbre las alcobas para dormir); un sofá y algunos sillones, con cómodas almohadas; la chimenea, con su espejo encima incrus-

tado en la pared; su reloj y floreros sobre la repisa; un *secrétaire* ó cómoda de caoba para escribir y guardar los papeles: otra más grande para las ropas, y una mesa con espejo y todos los avíos del tocador.—Las paredes cubiertas de lindos papeles de colores, y las graciosas colgaduras de percal ó coco encarnado, acaban el adorno de la habitacion; y subiendo éste de punto á medida que sube tambien el precio, es raro el viajero que tenga nada que echar de ménos para su regular comodidad.

El servicio es igualmente esmerado; el interes de los amos del establecimiento procura siempre que las discretas sirvientas sean de un físico agradable, de un carácter amable y servicial; los mozos igualmente reunen buenas maneras, extremada complacencia y una destreza singular para complacer los deseos del viajero; y la habitacion de éste se halla constantemente aseada y compuesta, bruñidos los muebles y los suelos de madera, limpias sus ropas y colocadas con inteligencia, cual pudiera hallarse, en fin, si todos los criados no tuvieran más objeto que el de servirle á él solo.

En el piso bajo de la casa suele hallarse un extenso salon, que sirve para comedor, y en él campea constantemente una gran mesa oval cubierta de blanquísima mantelería, y el resto de la pieza le ocupan los aparadores con el servicio. A las cinco de la tarde, por lo regular, en invierno, y á las seis en verano, suena una campana, que advierte á todos los huéspedes de los diversos compartimientos del hotel que es llegada la hora de comer; y segun van descendiendo, se colocan en sus puestos respectivos, y se sirve la comida, que por lo regular es abundante y bien condimentada. Esta escena merece por sí capítulo aparte, que trazarémos más adelante, con el objeto de dar á conocer á nuestros lectores lo que es una *table d'hôte.*

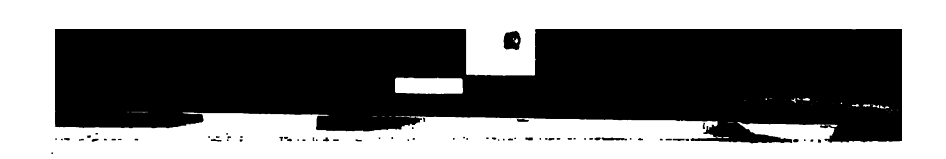
Para concluir aquí lo relativo á los hoteles, dirémos

que toda esta elegante comodidad es poco costosa, pues el precio general suele ser de uno ó dos francos (pesetas) diarios por habitacion y cama, dos francos por desayuno, y tres francos por la comida.

Los hoteles de Bayona no son ciertamente los que pudieran citarse por modelo tratándose de este punto en Francia, y ceden en mucho grado á los ingleses, belgas y franceses mismos que hemos tenido lugar de admirar. — No puede dejar, sin embargo, de causar agradable sorpresa que en pueblos de corta importancia, como Bayona, Mont de Marsan, Perpignan, Avignon, etc., pueda proporcionarse al viajero una comodidad que en vano buscaria en nuestro país en pueblos tan importantes como Sevilla, Valencia, Búrgos y Zaragoza. — Pero ¿qué mucho? en Madrid mismo, capital del Reino, adonde entran diariamente multitud de diligencias, no encuentra el extranjero, al apearse, dónde descansar su fatigada persona, si no quiere transigir con los mezquinos recursos que le ofrecen tres ó cuatro malas fondas, ó la prosaica vida de las casas particulares de huésped.—No se concibe ciertamente cómo tantas compañías especuladoras, la misma de diligencias generales, que tantos beneficios ha reportado, no tratan de cubrir esta vergonzosa falta, disponiendo en alguno de los grandes edificios inmediatos á la Puerta del Sol un parador, no dirémos como los hoteles extranjeros, pero siquiera como los que hay en Vitoria, Valladolid, Cádiz y Barcelona (1).

(1) No hay necesidad de advertir que estas observaciones y las que se hacen en el capítulo siguiente, relativas á los hoteles ó paradores, á los caminos y á los medios de comunicacion respectivos de Francia y España, y que hace cuarenta años, cuando se escribieron estos apuntes, tenian el mérito de la exactitud, han debido perder su interes por el asombroso adelantamiento que el transcurso del tiempo y los constantes progresos de la civilizacion han

traido consigo en toda Europa. Nuestra España, que hasta aquí seguia bastante rezagada aquel impulso vivificador, ha tratado de recuperar el tiempo perdido, y conseguido en este, como en otros puntos de su vida social y política, colocarse en el puesto que le corresponde entre los pueblos civilizados. La mejor prueba de este rápido progreso la hallamos consignada en el excelente libro publicado hace pocos años por *Mr. Germond de la Vigne*, bajo el título de *Itineraire de l'Espagne et du Portugal* (París, 1860), que es sin disputa el mejor, ó más bien el *único* de los extranjeros que han consignado una descripcion completa y acabada de nuestro país en su estado actual.





IV.

DE BAYONA A BURDEOS.

Medios de comunicacion.—Carreteras.—Rios, canales.—Comparacion con los caminos y medios de viajar en España. — Diligencia francesa y española: paralelo.—Carácter de los viajeros.— La *malle-poste*.—Las Landas.—Puentes.—*Mont de Marsan.*

Desde Bayona á Burdeos se cuentan cuarenta y cinco leguas francesas, generalmente por el país más llano, arenisco y monótono que ofrece la Francia, por lo que poco ó nada llega á interesar la atencion del viajero. Aprovecharémos, pues, este descanso de la imaginacion y de los sentidos, para apuntar algunas ligeras indicaciones sobre los diferentes medios de comunicacion adoptados generalmente en aquel país, y su comparacion con los que existen entre nosotros, á fin de hacer resaltar las respectivas ventajas con la debida imparcialidad y buena fe.

Tres son los medios adoptados generalmente para viajar en Francia, á saber: las diligencias generales, la *malle* ó correo, y las sillas de posta particulares; los tres están ensayados entre nosotros, aunque bastante distantes de su perfeccion.

Conviene advertir, ante todas cosas, que las carreteras

principales que en todos sentidos cruzan la Francia, y muchísimas de las travesías particulares de pueblo á pueblo, se encuentran en un estado excelente, merced á la configuracion particular del suelo, mucho más llano en general que el de nuestra España, á la sólida y bien entendida construccion de la calzada, y al crecido presupuesto destinado á su constante entretenimiento.—Por lo general, no son de una extremada anchura; se hallan formadas con una ligera curva, cuya parte superior está en el centro, y revestidas de piedras cuadradas cuidadosamente unidas, que ofrecen á las ruedas una superficie plana y constante; á uno y otro lado de la calzada, ademas de los diques y parapetos necesarios en las desigualdades del terreno, suelen formarse anditos cómodos para los viajadores pedestres (bastante comunes en aquel país), y vense de trecho en trecho enormes pilas de piedras ya cortadas para reponer los desperfectos que ocasiona á la calzada el contínuo tránsito de carruajes.

Fácil es conocer el grado de comodidad que aquella superficie, unida y perfectamente adaptada á las anchas ruedas de los carruajes, y la cómoda construccion de éstos, proporcionará á su movimiento, con gran satisfaccion del viajero, especialmente de aquel que, acabando de sufrir las bruscas ondulaciones de nuestro suelo, sus carreteras desniveladas y sus desencajados pedruscos, haya pasado algunos dias sin saborear el más mínimo instante de reposo. — Añádase á todo esto que allí no es tampoco comun el encontrarse detenido frecuentemente por un arroyo improvisado, apénas perceptible en unas ocasiones, y convertido en otras en rápido torrente; ni el haber de atravesar un peligroso rio en una débil barca, ó el verse, en fin, obligado á trepar á pié ó en diestras cabalgaduras á la elevada cumbre de una áspera montaña.

Los puentes colgantes, los fuertes murallones, los di-

ques elevados convenientemente á las márgenes de los rios, los inteligentes córtes y rodeos para evitar los tránsitos peligrosos de las montañas, son testimonios constantes del entendido celo de un Gobierno que en todas ocasiones ha dado la mayor importancia á la rapidez y á la comodidad de la circulacion interior. A tan grandes comodidades materiales se reunen el grato aspecto de las campiñas, los crecidos arbolados que constantemente cubren ambas orillas del camino, la inmensa multitud de casas de posta, hosterías y paradores que le interrumpen á cada paso, y la risueña perspectiva de mil y mil pueblecitos que la vista alcanza á descubrir en el fondo de los valles, sobre las altas colinas, á las márgenes de los rios y á los lados del camino; — el majestuoso curso del Garona, el Loira, el Saona, el Ródano y el Dordogne, poblados de barcos, vapores y veleros; el interminable tránsito de caminantes en toda clase de carruajes y cabalgaduras, y la seguridad, en fin, absoluta contra todo asalto de malhechores, de dia, de noche, en carruaje propio ó diligencia pública, mas que éstas lleven cargada su imperial de sacos de dinero, y aunque hayan de atravesar en noche oscura un espeso bosque ó una cordillera de montañas.— De aquí se podrá formar una idea aproximada de las ventajas positivas, incalculables, que de todo ello se deducen para el viajero.—Sentados, pues, estos precedentes, vengamos ahora á los medios ya indicados de viajar.

El primero y más generalmente seguido es el de las diligencias públicas. — Dos empresas inmensas, conocidas bajo los nombres de *Mensajerías generales* y de *Laffite y Caillard*, explotan hace ya muchos años todas las carreteras generales de Francia, ademas de otras muchas empresas que se han repartido luégo las traversales y subalternas, en términos que no hay ninguna que deje de estar

servida con regularidad, pudiendo recorrerse el país en todas direcciones con la seguridad de hallar diariamente medios de comunicacion.—A pesar de los notables adelantos que en este punto hemos experimentado en nuestro país á vuelta de pocos años, y á pesar de los inmensos beneficios que por el público y las empresas de diligencias se han reportado mutuamente, ¡cuán léjos estamos aún de aquel resultado!—Verdad es que, gracias á la existencia de carreteras regulares entre los puntos principales del Reino, y al establecimiento de la compañía de diligencias generales, se halla bastante regularizado el servicio desde Madrid á Bayona, á Sevilla y Cádiz, á Zaragoza, Valencia y Barcelona. Pero fuera de estas grandes carreteras, en otras no ménos importantes, así como en las trasversales, estamos aún poco más ó ménos en el mismo grado de incomunicacion que en el pasado siglo.

Ademas de los datos propios que pudiéramos producir en apoyo de esta verdad, á la vista tenemos una carta de un amigo viajero que, obligado á hacer una travesía de veinticuatro leguas en nuestras provincias meridionales y entre pueblos muy importantes, ademas de una picante descripcion de los sustos, trabajos y fatigas que hubo de sufrir en tan desdichado viaje, resume así los gastos indispensables que le ocasionó, y fueron los siguientes :

Dos mulas para el viajero y su equipaje, por seis dias, ida y vuelta, á 30 reales mula	360
Un mozo, á 12 reales, id. id.	72
Dos soldados á caballo y su cabo (por seguridad indispensable), á 20 reales diarios	360
Tres almuerzos á toda esta gente y caballerías, á 60 reales.	180
Tres comidas id. id., á 100 reales	300
Tres noches id. id., á 120 reales	360
Gratificaciones al cabo y criado	40
TOTAL	1.672

Un calesin, donde se encuentra, cuesta á razon de 60 reales diarios, contando ida y vuelta, y un coche con cuatro mulas á 200 reales id. «Y esta cuentecita (añade con mucha gracia el ya citado amigo) es suponiendo que el viajero va vestido al estilo del país, con su chaquetilla redonda y sombrero calañés, que no lleva guantes ni gorra exótica ni extravagante, ni gafas de oro ó de concha, ni baston con puño dorado, ni cartera de apuntaciones que saque á menudo, ni cosa alguna que le haga parecer extranjero; en cuyo caso aumenta la cuenta, tanto por la gorra, tanto por los guantes, tanto por las gafas, etc., etc.

Pues gastándose estos 1.672 reales, se andan las veinte y cuatro leguas en tres dias, sufriendo el viento, el sol, el polvo, el agua, durmiendo mal y comiendo peor.—Y no se crea que esto sucedia hace siglos, ni entre ásperas montañas, ni en país despoblado é inculto: sucede en el año de gracia 1841, entre pueblos ricos y de gran vecindario, que tienen caminos, aunque muy descuidados, para carruajes; pero en cambio, que carecen de carruajes para caminos.

Esta misma travesía de veinte y cuatro leguas españolas (treinta y dos francesas) se hubiera podido hacer en Francia en ocho horas en la *malle-poste*, por unos 120 reales, y en la diligencia, en once horas, por unos 76.

Tan gran facilidad de comunicacion proporciona una inmensa circulacion; un movimiento tal en aquel país, que viene á convertirse en contratiempo, pues no parece sino que todo el mundo está á todas horas en todas partes: así que no pocas ocasiones acontece el hallarse sin asientos disponibles, ó tener que variar de rumbo para evitar la concurrencia.

La forma de las diligencias es semejante á la adoptada

entre nosotros, y constan tambien de tres divisiones: de berlina (*coupé*), interior y rotonda (*gondole*). Ademas, tiene arriba dos ó más asientos sobre lo que se llama la *imperial*. Allí tambien se coloca el conductor, que, separado por este motivo de toda comunicacion con los viajeros del interior del coche, se ocupa silenciosamente desde su elevada altura en dirigir las riendas de los caballos. Estos son ordinariamente cuatro ó cinco, y á veces más, si lo exige el estado del camino; y suelen andar á razon de tres leguas francesas por hora, sin que en este punto sean muy escrupulosos cuando la estacion es mala; de suerte que, por regla general, puede asegurarse que nuestras diligencias andan el mismo espacio en igual tiempo dado.—Pero en lo que existe notable diferencia es en el precio; pues en las de Francia no llega regularmente á dos reales por legua, y en las nuestras sube por lo ménos al doble. Sin embargo, para proceder con la debida imparcialidad, y huyendo justamente de todo movimiento de admiracion exagerada, debemos aquí reconocer que, salvas aquellas diferencias, es más grata la vida en la diligencia española, más cómodo su servicio particular.

En primer lugar, por moderno establecimiento, por su precio bastante elevado, y por la escasez de otros medios más rápidos de comunicacion, resume todavía el privilegio de servir á las clases más acomodadas y distinguidas; lo cual asegura al viajero la ventaja de hallarse en medio de una agradable sociedad, que participando de inclinaciones análogas, siguiendo las más veces reunida toda la extension del viaje, haciendo sus altos correspondientes á pasar las noches en las posadas, y participando, en fin, de los mútuos temores y del peligro comun, no es extraño lleguen á intimar hasta el punto que acaso haya quien vea con sentimiento acercarse el término de su viaje.—Por otro lado, el mayoral ó conductor, el zagal y

el postillon, sentados los dos primeros en el delantero del coche, y el último sobre la primera caballería del tiro, se hallan contínuamente en franca correspondencia con los viajeros, de quienes reciben, cuándo el cigarrito, cuándo el resto del refrigerio, á cambio de una condescendencia ó de una protesta de seguridad que disipa los temores de todo mal encuentro.

Sabido es, ademas, que desde el punto y hora en que el mayoral español hace resonar el primer chasquido de su látigo, comienza entre él y sus mulas el interesante diálogo, á que responden alternativamente con el inteligente movimiento de sus piés y de sus orejas, la *Capitana*, la *Generala*, la *Coronela*, la *Gallarda* y el macho *Pulido*, favorito especial á quien se dirigen de preferencia los apóstrofes y reniegos. — Durante toda la travesía da á los viajeros todas cuantas pruebas de deferencia le permite su consigna, y contribuye no poco á hacer olvidar la monotonía del país que se desplega á su vista.— Si le preguntan cuántas leguas dista de la ciudad, siempre consuela con que son cortas; si le manifiestan temores por ciertos bultos que atraviesan el camino, siempre nos conforta con la seguridad de que en todo el mes no le han asaltado todavía; si una angustiada dama se le queja de sed, se apresura á alargarla su bota de Yépes ó Valdepeñas; si un chiquillo jugueton quiere coger un nido de gorriones ó ver las mulas, le permite bajar y trepar á los árboles ó sentarse con él en el delantero.— Es, en fin, el patron del buque; el útil é indispensable comensal de toda la tripulacion, y raro es el viajero un poco curioso que al llegar al término de su viaje no lleva en su memoria el nombre, la historia y semblanza del complaciente conductor.

Las paradas á dormir en las posadas (si ellas fueran mejores), no puede negarse que proporcionan una grande

comodidad; pues si bien es cierto que se roban algunas horas al camino, tambien hay que convenir en que son de descanso al cuerpo y de grato solaz al ánima pecadora. —Seriamos injustos, sin embargo, si respecto á las posadas ó paradores de las grandes carreras que corre la diligencia, no reconociéramos notables mejoras en estos últimos tiempos, y tales, que muchas de ellas las hemos hallado superiores al escaso interes que pueden reportar por la falta de viajeros.—No se busque, empero, aquella elegancia de forma, aquella coquetería de accesorios, que hemos indicado respecto de los hoteles franceses en el artículo anterior; pero, por lo ménos, puede contarse con una mesa abundante y sana, con camas limpias y un precio fijo y moderado.—La marcha canonical de nuestra diligencia permite, por otro lado, disfrutar ampliamente de aquellas ventajas, y no sólo da el tiempo suficiente para comer y dormir con todo descanso, sino que todavía puede el viajero aprovechar largos ratos en visitar la plaza del lugar ó la colegiata, el mercado los juéves, ir á misa los domingos, y descansar, aunque algo metafóricamente, por las noches, sobre algun empedernido colchon.

En la diligencia francesa es otra cosa; en primer lugar, la sociedad que en ella se reune es bastante hetereogénea, gracias á la extremada baratura del precio y á los medios más cómodos de trasporte.—Comisionistas, corredores de comercio (*commis voyageurs*), tipo especial frances, jóvenes despiertos, y áun atolondrados, que acaso bosquejarémos algun dia; oficiales del ejército que mudan de guarnicion; cómicos y empresarios de los teatros de provincia; estudiantes y entretenidas; modistas y amas de cría; hermanas de la Caridad y poetas excéntricos y *no comprendidos* en su lugar.—Tales son los elementos que en ellas vienen á reunirse generalmente; y ya se deja conocer que no hay

perar de ellos aquellas delicadas atenciones, aquellos os obsequios, aquella amable deferencia que suele rmente hacer agradable el viaje en nuestros coches os.

i, por el contrario, el individualismo está más cazado; cada cual retiene para sí el mejor sitio posible, lefiende obstinadamente áun contra los privilegios edad ó las gracias de la hermosura; y cuenta que on de un coche no es cosa indiferente cuando han arse en él las largas noches de invierno.—Hay viay viajeras que imponen á sus compañeros su inevilocuacidad, persiguiéndole hasta en los secretos de la interior ó de sus proyectos futuros; y los hay en que se aislan y se reconcentran en sí mismos, y ora conveniente asoman su cestita de provisiones, y nplacen en desplegar á la vista de los hambrientos rales, ya el rico pastel de Perigord, ya el sabroso de Gruyère, ya los dulces de Metz ó los salchiche Marsella, sazonando estos delicados frutos con las munales ojeadas que suelen acompañar á la implacesta en el momento de su ocultacion.

conductor frances, personaje mudo y absolutamente nito á la tripulacion, colocado allá en la region de ibes, dirige mecánicamente desde allí su poderosa ina, sin apóstrofes, sin diálogos, sin interrupcion. ndo á la parada donde ha de remudarse el tiro, no da de averiguar si algun viajero quiere descender, uno ha descendido ya y se queda atras. Todo su celo ita á reforzar su individuo con un vaso de aguar y hacer que se enganchen los caballos en el meempo posible; verificado lo cual, vuelve á encara á las alturas, y da con un silbido la señal de mar-

noche, de dia, la misma operacion, el mismo silen-

cio.—Los viajeros se remudan frecuentemente en toda la línea y apénas tienen tiempo de reconocerse.—Tal, por ejemplo, habrá, que habiendo tenido al lado toda la noche una tremenda vieja contemporánea de la Pompadour, se ha visto obligado á sumergir su cabeza en el rincon del coche, y á dormir por intervalos entre el armonioso ruido de las ruedas y de los cristales y la memoria infausta de aquel vestiglo.—De pronto, sus ojos, heridos por los primeros rayos del sol, se abren impacientes, y encuentran, no sin agradable sorpresa, que durante el último término de la noche la vieja secular ha desaparecido, y trasformádose en una graciosa paisana provenzal ó en una linda costurera de la *Chausée d'Antin;* con lo cual da el viajero á los diablos su sueño pertinaz, que no le permitió saber á tiempo tan mágica trasformacion.

Por lo demas, ¡qué metamórfosis singular ha ocasionado la noche! —Ni la imaginacion poética de Ovidio pudiera idearla mayor.—La elegante dama que ocupaba el frontero casi exclusivamente con sus exagerados adornos, ha colgado su sombrero carmesí, ha metido en la bolsa sus blondos tirabuzones, ha doblado sus cintas, sus *fichús* y *manchetes*, ha dejado caer sobre la falda sus flores y el color de sus mejillas, y ha restituido, en fin, al semblante el testimonio de su fe de bautismo, bajo los descuidados pliegues de un horrendo pañuelo de hierbas, y la angustiosa expresion del hambre y del insomnio.—El honrado mercader que ocupaba su lado aparece ahora bajo la forma de mercancía, metido en un saco de lana y cobijado bajo su gorro de algodon.—El cómico de la Edad Media ha dejado su *bisogné*, y pertenece ya á los tiempos de la barbarie;—y el comisionista lionés, el Lovelace de los caminos reales, ha eclipsado su barbudo semblante entre cuatro varas de cachemir.—Tan repugnante espectáculo, tan incómodo suplicio, han producido algu-

nas leguas más de camino hechas durante la noche, horas que el viajero está obligado á rescatar cuando llega el término de su viaje..... ¡ Y todavía se rien los franceses porque nuestras diligencias hacen alto durante la noche!

Dos veces tan sólo en el dia suele pararse ligeramente la francesa : para almorzar y para comer; pero sin ninguna regularidad en la hora ni en el período ; de suerte que suele acontecer almorzar á las once de la mañana y comer á las cinco de la tarde; y tambien hacer la primera operacion al amanecer, y comer á las diez de la noche;— con lo cual el estómago del pobre viajero, asendereado é indeciso de su suerte futura, experimenta una contínua alarma y un desfallecimiento positivo; tanto más, cuanto que en la media hora ó tres cuartos que se le consienten para aquellas operaciones, tiene que reforzarse precipitado, á riesgo de verse interrumpido bruscamente por la voz del terrible conductor, que, levantándose de la mesa (en que inconvenientemente toma puesto al lado de los viajeros), grita con voz estentórea: «*¡Messieurs, en voiture!*»

A esta voz responden mil otras de reclamacion y de desconsuelo, que son, por supuesto, desatendidas, llegando á veces á punto de apelar los viajeros al santo derecho de insurreccion, y abalanzarse á recoger indistintamente, cuál el pollo asado, cuál una torta, éste las frutas, aquél al *fricandó*.—En tan indispensable egoismo, la belleza, la amistad, el respeto y demas consideraciones sociales desaparecen del todo, y cada cual mira únicamente á cumplir con su imperiosa necesidad.—No es extraño;— *sine Cerere et Baco friget Venus.*—Vayan VV. á pensar en galanterías cuando se trata de matar el hambre.

El segundo modo de viajar de los ya indicados con-

siste en la *malle-poste*, cómodos carruajes de elegante y ligera forma, que permiten tres asientos ademas de el del correo. La rapidez es tal, que están obligados á hacer cada legua en veinte y dos minutos, y no se les concede más que uno ó dos para las remudas de caballos, y un cuarto de hora para comer ó cenar.—Pero esta misma rapidez llega á hacerse insoportable al viajero á quien urgentes negocios no llamen vivísimamente al punto á que se dirige. El precio de estos asientos está fijado en franco y medio por cada parada de dos leguas, ó sea tres reales escasos por legua.

El tercer método de viajar es el de las sillas de posta alquiladas particularmente, que reuniendo la rapidez y la comodidad del viajero á su voluntad libre é independiente, es el más adecuado para saborear todos los placeres del viaje; pero, como se deja conocer, es tambien el medio más costoso, y se paga á razon de franco y medio por caballo (no pueden alquilarse ménos de dos) y otro tanto por el postillon en cada posta de dos leguas, ademas del alquiler de la silla y otros gastos pequeños. Sin embargo, reuniéndose dos viajeros, todavía puede ser arreglado este gasto, especialmente si tienen mucho equipaje que conducir.

Al salir de Bayona por el arrabal de Sancti Spiritus, el camino atraviesa un país agradable y bien cultivado, interrumpido por multitud de casas de campo y de lindas poblaciones, tales como San Vicente, San Geours y otras, hasta llegar á Dax, donde se pasa el Adour sobre un hermoso puente.—Aquí la comarca cambia de aspecto completamente, y empiezan las inmensas llanuras y arenales conocidos por el nombre de las *Grandes Landas*, las cuales, sin embargo, hasta más adelante no despliegan todo

su severo aspecto; pero, una vez internado en ellas el viajero, fatigada su vista y su imaginacion con la monótona presencia de los espesos pinares que á uno y otro lado continúan por espacio de muchas leguas, apénas encuentra un punto de reposo en el lejano caserío de una miserable aldea, en la choza de un pastor ó en la pintoresca figura de éste, que subido en elevados zancos, dirige su ganado al traves de los profundos arenales.

Despues de atravesar la antigua ciudad de *Tartas*, sentada en el declive de una colina, se llega, pasadas algunas horas, á la bella poblacion de *Mont de Marsan*, cabeza del departamento de las Landas.—Esta ciudad, aunque situada en la comarca más desierta de la Francia, es tan agradable por sus lindas construcciones, la alineacion y la limpieza de sus calles y lo animado de su comercio, que viene á interrumpir agradablemente la enojosa tristura del viajero. No perderá nada éste en detenerse algunas horas en tan interesante poblacion; hallará en ella elegantes y bien servidos hoteles; verá bellos edificios públicos, iglesias, prefectura, palacio de justicia, cárcel, presidio y cuarteles; un gracioso teatro, un colegio, una biblioteca pública, establecimiento de aguas termales, fábrica de paños, lindos paseos, gabinetes de lectura, multitud de tiendas y almacenes surtidos de géneros de lujo, y todo esto en una poblacion de tres mil setecientos habitantes, es decir, al poco más ó ménos que la de Ocaña ó Alcalá de Henáres.

La travesía desde Mont de Marsan á Burdeos ofrece pocos objetos nuevos, continuando aún por largo trecho las inmensas Landas, que aunque en gran parte cultivadas y cubiertas de pinos, ofrecen un tétrico aspecto.—En Langon se atraviesa el Garona sobre un magnífico puen-

te colgante, y muy luégo se echa de ver el influjo de aquel majestuoso rio en las frondosas campiñas que se extienden de uno á otro lado.—Luégo empiezan á admirarse los célebres viñedos de aquella comarca, cuyas cepas se elevan á una altura considerable, y están sostenidas por varas derechas, no caidas por el suelo como las de la Mancha y Andalucía.—Por último, desde que se llega á *Castres* se reconoce la inmediacion de una gran ciudad en lo bien cultivado de la campiña, lo animado de las poblaciones y caseríos; hasta que de allí á poco rato, dejando á la derecha el pueblo y castillo de *la Breda*, en que nació el célebre Montesquieu, se ofrece, en fin, á la vista la magnífica capital de la Gironda, adonde llega el viajero por el arrabal de San Julian.



V.

BURDEOS.

Llegada á Burdeos.—Aspecto de la ciudad.—Campiña.—Rio Garona.—Puentes.—Caserío.—Costumbres de los habitantes.—Vida del campo, y su comparacion con la de los alrededores de Madrid. —Chateaux.—Fiestas patronales.—Monumentos antiguos —Palacio de Galieno. — La catedral.—Château Royal. —Museo.—Teatro.—Baños, etc.

La primera impresion verdaderamente grande que experimenta el español que visita la Francia por este lado es producida por el magnífico aspecto que despliega á su vista la ciudad de Burdeos; y tal es la agradable sorpresa que le ocasiona, que en vano intentaria luégo verla reproducida en ninguna de las grandes ciudades de Francia, y ni áun en presencia de su inmensa y populosa capital.

Para gozar, sin embargo, del cuadro interesante que ofrece al viajero la capital de la Gironda, preciso le será trasladarse á la opuesta orilla del Garona, enfrente del vastísimo anfiteatro de cerca de una legua, que siguiendo la curva descrita por el rio, forman los bellos edificios de la ciudad, terminada de un lado por el extenso y ele-

gante cuartel *des Chartrons*, y al opuesto, por el soberbio puente y los arsenales de construccion.

Colocado el espectador enfrente de aquel magnífico panorama, puede sólo desde allí juzgar de la formidable extension de esta gran ciudad, de la magnificencia y belleza de sus edificios, y del movimiento y animacion de su vida mercantil. — La extraordinaria anchura del Garona; el atrevido puente que presta comunicacion á ambas orillas; la inmensa multitud de buques de todas naciones que estacionan en el puerto; la extension de los hermosos diques que sirven de defensa á los edificios; las dimensiones colosales, la forma elegante y bella de éstos; los extendidos paseos, y luégo allá en el fondo y á espaldas del espectador, enfrente de la ciudad, la campiña más hermosa y más bien cultivada que imaginarse pueda, enriquecida con miles de casas de campo y de bellísimos y antiguos *châteaux:* — tal es el admirable conjunto que se desplega á su vista ;—y si despues de haberle contemplado largamente penetra en el interior, y dejando á un lado los cuarteles viejos (notables, empero, por la antigüedad de sus construcciones y el carácter monumental de alguno de sus restos), se dirige á la parte moderna de la ciudad, á la plaza de *Chapeau rouge*, que conduce desde el puerto hasta el gran Teatro; si sigue despues los *boulevarts* interiores, conocidos por el nombre de *Cours de Tourny*, plantados de frondoso arbolado y enriquecidos con doble línea de casas elegantes y áun magníficas; si se detiene en la plaza Real ó en el inmenso paseo formado sobre el espacio que ocupó la antigua fortaleza de *Château Trompette;* si cruza, en fin, en todas direcciones por las alineadas y hermosísimas calles nuevas que comunican entre sí estos lejanos puntos, probablemente quedará sorprendido, enajenado, al aspecto de tanta grandeza, de tan asombroso lujo, de gusto tan exquisito.

La construccion de las casas particulares de Burdeos no sólo se aparta en lo general de las rutinarias y mezquinas formas seguidas por nuestros arquitectos, sino que excede en belleza y elegancia á todo lo que suele verse comunmente en las ciudades francesas, acercándose más á aquel grado de suntuosidad *confortable* que tanto admira el viajero en las poblaciones inglesas de Lóndres, Manchester y Liverpool. — Por otro lado, colocada Burdeos bajo un hermoso cielo, que permite á sus edificios conservar largo tiempo un aire de juventud y lozanía; sentada en terreno llano, y con la proporcion de extenderse indefinidamente, pudiendo contar para sus construcciones con una piedra acomodada, que se presta dócilmente al trabajo del artista y con el tiempo adquiere gran solidez, de color grato, parecido á la de Colmenar que suele usarse en Madrid; elevadas allí las costumbres de los habitantes á aquel grado de refinamiento de gusto que ostenta un pueblo mercantil en su brillante apogeo; vivificada con los considerables capitales que multitud de negociantes emigrados de América han aportado, cuando, huyendo de sus discordias civiles, vinieron á fijar su mansion en esta deliciosa ciudad, no hay, pues, que extrañar su brillante estado, que la eleva justamente á un puesto distinguido entre las primeras ciudades de Europa.

Sin embargo, su inmenso recinto encierra sólo una poblacion de cien mil almas, y los que llegan á ella desde París, aturdidos aún con el ruido infernal de sus calles, hallan desiertas y melancólicas las de esta hermosa ciudad, siendo muy comun el oirles repetir que «á Burdeos sólo le hacen falta cien mil habitantes más.»—Pero no se hacen cargo estos críticos de que, segun la exigencia del magnífico bordeles, y el lujo y comodidad á que está acostumbrado, la extension de su ciudad doblaria entónces tambien, porque al habitante acomodado de aquel pueblo

le es indispensable ocupar exclusivamente con su familia toda una gran casa, tener en los pisos bajos sus cuadras, cocheras, bodegas, cocinas, etc.; en el entresuelo, sus oficinas mercantiles; sus salones de recepcion y comedor en el principal; sus habitaciones y dormitorios en el segundo, y en el tercero, la de sus numerosos criados.— Que exige tambien su bien entendido egoismo que la elegante puerta de su casa permanezca cerrada ó defendida por un conserje, para impedir las visitas de importunos; que su zaguan y su patio sean verdaderos gabinetes de elegancia y comodidad; que sus escaleras, revestidas de estucos y molduras, adornadas de estatuas y cubiertas de excelentes alfombras, no sean profanadas por plantas que revelen el piso húmedo de la calle; que todas las puertas, en fin, de comunicacion, abiertas *à double battant*, permitan girar á los individuos de la familia con aquella confianza que inspira la seguridad de no ser sorprendidos en su vida interior.

Haciendo de su casa un templo, y un culto de su pacífica posesion, el rico bordeles desplega en su adorno la misma magnificencia y lujo que presidieron á la construccion del edificio; y secundado por los mágicos esfuerzos de la industria francesa, y llamando tambien en su auxilio los medios que le permite su comercio y comunicacion con la gran Bretaña, la India y las Américas, puede revestir sus salones con los objetos más primorosos y de mayor comodidad; puede cubrir su mesa con los más delicados frutos de todas las zonas; puede recibir en sus *soirées* la sociedad más amable y distinguida.— Por último, cuando el sol de Junio empieza á ejercer sus rigores, y las bellísimas orillas del Garona se cubren de un admirable verdor, el amable habitante de Burdeos, para quien el disfrutar de la vida es un negocio positivo, una necesidad real, suspende temporalmente sus tratos mercantiles,

sus ocupaciones sérias, y corre á refugiarse con su familia en algun pintoresco *château*, en medio de vastos y deliciosos jardines, de ricos viñedos y de inmensos y apacibles bosques.

La ciudad por aquella estacion parece más desierta aún, y nadie diria sino que la poblacion entera se habia trasladado al rádio de algunas leguas. En las calles, en los paseos, en los teatros, apénas se encuentra á nadie, y á cualquiera casa á quien uno se dirija para visitar á los dueños, está seguro de que la vieja portera le ha de responder : «*Monsieur et madame sont à la campagne.*»

No han huido, sin embargo, de la ciudad para evitar la vista de sus amigos, para sepultarse en una mísera aldea, ni para adoptar una vida filosófica ó pastoril.—Lo que ellos llaman su castillo (*château*) no tiene, á la verdad, el carácter severo y el formidable aparato que aquel nombre indica; y no es otra cosa que un elegante edificio cuadrado, con algunas torrecillas ó pabellones en sus esquinas, sentado en medio de un espacioso bosque ó jardin, al fin de un largo paseo ó avenida formada de dobles filas de árboles frondosos, y circundado, en vez de fosos, por elegantes parterres de flores, lindos estanques, fuentes, estatuas y floreros. Es, en fin, una verdadera quinta ó casa de campo, con todos sus agradables accesorios y adornada interiormente con tan exquisito gusto y elegancia como las más primorosas de la ciudad.

Permítaseme aquí hacer una ligera digresion sobre lo que se entiende entre nosotros por vida del campo, á fin de que no vaya á calcularse por ella de las circunstancias que acompañan á la que se lleva con este nombre en los alrededores de Burdeos y otras ciudades extranjeras.

Un habitante de Madrid, por ejemplo, entiende por *vi-*

da del campo el abandonar dos ó tres meses la Puerta del Sol y el Salon del Prado, é instalarse lo mejor posible en una miserable casa de Carabanchel ó de Pozuelo de Aravaca, dejándose allí vegetar materialmente; haciendo sus cuatro comidas diarias; dando enormes paseos por las eras del término; enterándose con indiferencia de la chismografía del pueblo, contada por la tia *Chupa-lámparas* ó el tio *Traga-ánimas*, ó visitando á alguna otra familia desterrada por el médico de Madrid, en compañía de la cual lamenta las privaciones horribles del mísero lugar, y cuenta los dias que le faltan aún para cumplir su *condena*.

Los grandes de España y los ricos capitalistas que de todas las provincias vienen siempre á fijarse en la capital de España, adoptan casi todos el medio de elevar en aquellas míseras aldeas ú otras semejantes costosos palacios, hermosos jardines de recreo, alegando justamente la inseguridad de la campiña y la exposicion que traeria el situarlos y situarse fuera de toda poblacion y de la vara protectora del alcalde monteril.—Prodigando sus tesoros en un suelo escaso de aguas y atrasado en los métodos de cultivo, llegan á obtener algunas tempranas flores y frutos sin olor y sin gusto; alguna indecisa sombra, algun principio de bosquete, que luégo atavian con sendas cascadas, que no corren, sino lloran sus aguas gota á gota; con elegantes templetes, que dominan la vista de mil ó dos mil fanegas de tierra de pan llevar; con grutas misteriosas, habitadas por los buhos y lagartijas, y con estanques circulares, que pronto se encarga de desecar el ardiente sol canicular.

Los primeros años de la posesion no hay entusiasmo igual al que manifiesta por ella el nuevo dueño, y cada dia gusta de visitarla y añadirla un adorno más; pero luégo comienza á echar de ver que se halla en ella completamente aislado y sin género alguno de sociedad. —

Que los vecinos del pueblo, léjos de mirarle como á su bienhechor por los capitales empleados en él, son sus más encarnizados enemigos, y conspiran de consuno á maltratarle su hacienda, á despojarle de sus frutos, y á ennegrecer su vida interior con los absurdos chismes que de él cuentan ó los pleitos que le promueven.—Que sus amigos de Madrid, ó no vienen á visitarle, ó vienen á abusar de su franca hospitalidad, tratando su casa y posesion como á tierra conquistada, y condenándole en las costas de sus báquicos placeres.—Que la tierra ingrata, por escasa de humedad, que el sol ardiente, que las fuertes ventiscas del Guadarrama, marchitan sus flores al nacer; doran sus praderas ántes de tiempo; secan sus bosques, y sólo mira producirse con energía las hermosas berzas y lechugas, que el hortelano aprovecha como gajes propios.—Que los dorados racimos, la encarnada fresa, los azucarados frutos del peral y del manzano, tocan en aprovechamiento exclusivo á los muchachos del pueblo; y si para defenderlos de ellos levanta una cerca de pedernal, que le cuesta casi otro tanto que la hacienda, y funda una escuela donde recoger gratuitamente á aquéllos, los gorriones bajan de las nubes á bandadas, y los muchachos suben á los árboles á docenas, y desertan á centenares de la escuela: por último, que si quiere comer manzanas, tiene que enviarlas á comprar á la plazuela de San Miguel.

El interior de la casa, que adornó con exquisito gusto, cubiertas las paredes de bellos papeles y sederías; sus salones, de muebles cómodos y exquisitos, le encuentra, al regresar de la córte el año próximo, abiertos los techos y dando paso al agua por todas sus coyunturas;—observa que los jóvenes protegidos del lugar han roto á pedradas todos los cristales de las ventanas;—que los visitadores, sus amigos, han descompuesto los relojes, han roto las llaves y manchado las colgaduras;—que la mu-

jer del jardinero ó encargado de la casa cria conejos en el salon del comedor, y el marido ha establecido su taller de carpintería en la mesa del billar; — y que, en fin, el poco aseo, el ningun cuidado, el abandono en que la casa ha permanecido por diez meses, han impreso en ella un aire de decrepitud, un olor nauseabundo, que acaba por hacérsela aborrecer, y le obligan, desengañado, á venderla á cualquier precio.

Las demas personas, no propietarias, que salen de Madrid, suelen alquilar una parte de casa á algun vecino del pueblo, lo que equivale á situarse en medio, en medio de un aduar.—Porque, entre los tristes cuadros que ofrecen nuestras más miserables aldeas, ninguno es tan repugnante como el del interior de los pueblos de las cercanías de la capital de España: ningunas moradas son tan infelices, ningunas paredes tan sucias, ningunos colchones tan duros, ningun huésped tan indolente, ningunas pulgas tan activas, ningunos chicos tan llorones, ningun gallo tan cacareador.

Para disfrutar esta vida *agreste*, que no campesina, es para lo que dejan la comodidad de sus casas muchos habitantes de Madrid, y se dan por satisfechos si al cabo de quince dias han dado treinta enormes paseos á las eras ó á las ermitas del pueblo; si han dormido doce horas diarias y bostezado las otras doce; si han comido cada uno tres docenas de pollos y bebido treinta azumbres de leche, únicos frutos de fácil adquisicion en el lugar; si han hecho del vinagre, vino; de la ceniza, pan; de la cofaina, ensaladera; de los tejos, vajilla; de las botellas, candeleros; de las bulas, cristales; y de las ruidosas pajas, blando y regalado colchon.

Nadie mejor que los habitadores de nuestras hermosas regiones de Levante y Mediodía pudieran disfrutar ver-

daderamente de todos los goces de la vida del campo, y las numerosas y lindas *quintas, torres* y *cármenes* que cubren los alrededores de Valencia y Zaragoza, Barcelona y Granada, prueban bien que sus dueños saben apreciar esta feliz circunstancia. Pero desgraciadamente la apacibilidad del clima y la riqueza de la vegetacion no bastan; es preciso reunir ante todas cosas una absoluta seguridad y sosiego, rapidez y frecuencia de comunicaciones, franqueza é intimidad en las relaciones sociales, buenos modales y regular discrecion en los habitantes de la campiña.—Por desgracia, pocos de estos elementos existen entre nosotros. — Yo he visto á los propietarios de algunas de aquellas hermosas campiñas regresar á pasar la noche á la ciudad, por desconfiar hasta de sus propios criados y jornaleros; he visto á otros abandonar sus lindas posesiones, por resultas de reñidos pleitos y altercados con los pueblos comarcanos; he oido á muchos lamentarse de que la falta de camino regular les impide visitar su propiedad en casi todo el año; he sabido por otros que, por transaccion con los contrabandistas, daban la órden á su mayordomo para que los dejase alijar en su cortijo.

Todas estas circunstancias, el aislamiento, la falta de sociedad y de proporcion para obtener los artículos indispensables á la vida; el rústico egoismo del campesino; las sangrientas refriegas de los mozos; los turbulentos amores de las mozas; el indiscreto celo de los alcaldes; la saña ó la envidia de los pueblos colindantes: tales son los elementos que por doquiera rodean entre nosotros al pacífico ciudadano que pasa á situarse en el medio de los campos, confiado en Dios y en su propiedad: así que, su primer diligencia es preparar todas las armas disponibles; atrancar las puertas con dobles barrones; soltar á los perros-monstruos que guardan la entrada, y dejar sus

negocios bien arreglados, por si Dios ó los hombres le llaman á mejor vida.

Nada de esto tiene siquiera punto de comparacion en las risueñas campiñas, en los innumerables *châteaux* que rodean á ciudades como Burdeos. — Cultivadas aquéllas con el mayor esmero é inteligencia, y sabiendo hermanar el doble objeto de la utilidad y el recreo; adornados éstos y mantenidos con una coquetería de celo (permítaseme la expresion) comparable sólo á la que despliega una hermosa dama con las flores de su tocado; servido por criados extremamente atentos y diestros, que saben atraerse la voluntad de sus señores lisonjeando su gusto dominante; trazando caprichosamente en mil dibujos los cuadros de las flores; desmontando tal colina para proporcionar un bello punto de vista; dando direccion ó aprovechando tal manantial descuidado; construyendo un puente rústico sobre cual otro; lavando cuidadosamente las estatuas y jarrones; barnizando las escaleras y suelos embutidos de maderas; limpiando y colocando oportunamente los muebles, y teniéndolo todo, en fin, con aquel primor que si esperase á todas horas la visita del señor.

Éste, y su familia por su parte, no pierden un solo dia de la memoria su mansion favorita, y durante los meses de ausencia de ella procuran nuevas adquisiciones de terrenos; emprenden obras en la casa para aumentar sus comodidades, y contínuamente sus comensales van y vienen á la quinta para pintar el gabinete de la señora ó para acabar la estantería de la biblioteca, para arreglar la mesa de billar ó para colocar los instrumentos ópticos en el mirador.

Llegado, como hemos dicho, el mes de Junio, toda la familia corre á saborear la regalada mansion de la *campagne;* los criados de la casa, los jornaleros y vecinos co-

marcanos, acuden á festejar su venida; y luégo de instalados convenientemente, reciben y pagan diarias visitas de todos los demas propietarios, habitantes, como ellos, temporales del campo; y aquellas mismas familias que en la ciudad apénas suelen saludarse, llegan á ser íntimas bajo la suave influencia de la campiña.—Así es como pueden improvisarse, y se improvisan á todas horas, grandes cabalgatas á visitar algunas ruinas cercanas; animadas cacerías, ó paseos acuáticos á la luz de la luna; festines abundantes y delicados, y hasta elegantes bailes y animadas *soirées*.

A todas horas del dia, y hasta muy entrada la noche, y por todos los innumerables y hermosos caminos que conducen de un castillo á otro, y de éstos á la ciudad, se ven cruzar infinidad de carruajes llenos de elegantes damas, multitud de alazanes montados por gallardos caballeros, que van á visitarse mutuamente con la misma seguridad, con el mismo abandono que pudieran en las más frecuentadas calles de la ciudad.—Las fiestas patronales de los pueblos circunvecinos, las bodas de los dependientes, los exámenes de las escuelas comunales, los baños, y las vendimias sobre todo, son ocasiones de repetidas fiestas, en que suelen reunirse bajo el humilde campanario de la aldea, ó en sus rústicos campos y jardines, la más escogida sociedad de *Château Trompette*.—Puede calcularse si estos risueños contrastes, si estos cuadros animados prestarán encanto á la imaginacion ardiente, al festivo carácter de los habitantes de la Gironda.

Tiempo es ya de hablar de las curiosidades materiales de esta hermosa ciudad.—Pero debe ser ya conocida mi intencion al escribir estas líneas, que no es otra que el dar razon de las sensaciones que me produjo la vida animada de aquel pueblo, más bien que el hacer un inventario de

sus riquezas.—Afortunadamente este punto está ámpliamente desempeñado por los numerosos viajes é itinerarios que todo el mundo conoce; y no necesitaria más que copiar cualquiera de ellos, para dar á conocer á mis lectores las célebres ruinas del palacio que se cree fué del emperador Galieno (aunque más bien parecen de un anfiteatro romano). La catedral, dedicada á San Andres, de un buen estilo gótico, y su torre aneja, llamada el *Payberland;* la iglesia de San Miguel y su elevada torre, bajo la cual hay una bóveda que tiene la singular particularidad de conservar en un estado perfecto de momificacion los cadáveres que en ella fueron depositados hace algunos siglos; y las otras iglesias, de Nuestra Señora, reedificada magníficamente en el siglo último, y la llamada del Colegio, que encierra el sepulcro de Miguel de Montaigne.

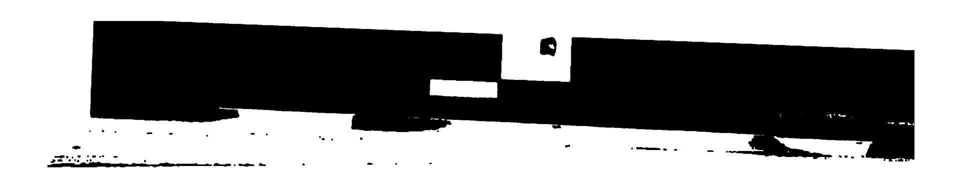
Hablaria del *Château Royal*, antigua residencia de los arzobispos de Burdeos; del palacio de Justicia, donde están establecidos los tribunales departamentales; de la Bolsa y la Aduana, edificios paralelos ; del *Hôtel de Ville* ó casa del Ayuntamiento; del teatro Principal, en fin, y del soberbio puente sobre el Garona, los más magníficos de toda Francia, inclusos los de la capital; de un sin número de otros edificios, dignos de la mayor atencion bajo el aspecto artístico y por los objetos á que están destinados.

Pero, ademas de alargar indefinidamente mi narracion, dándola un giro que de ningun modo la conviene, me apartaria insensiblemente de mi objeto. — Sólo diré que en materias de ciencias y artes encierra Burdeos establecimientos dignos de una capital; que su Biblioteca pública cuenta más de ciento diez mil volúmenes, entre los cuales los hay preciosísimos por su rareza, y otros manuscritos; que cuenta ademas, bajo el título comun de Museo, un bello Gabinete de Historia Natural y otro de Arqueología, una regular coleccion de cuadros, escuelas de

Artes y un Observatorio.—En materia de establecimientos de Beneficencia no recuerdo haber visto nada mejor ni más bien servido y administrado que el magnífico Hospicio nuevo de Burdeos, verdadero modelo de este género de establecimientos, por sus gigantescas dimensiones, por su sencilla y cómoda distribucion, y el órden y bien entendida economía de su régimen interior.—Hay, ademas, otros muchos establecimientos de caridad y de instruccion, y es igualmente de admirar la riqueza y suntuosidad de los baños públicos de esta ciudad, en especial los dos edificios paralelos, con este objeto construidos recientemente frente del puerto; baste decir que su coste ha sido de cinco millones, y que exceden en comodidad á todos los establecimientos de este género, áun en el mismo París.

El teatro Principal, verdadero monumento artístico por su forma material interior y exterior, ofrece por lo regular funciones de mucho aparato en comedia, ópera y baile, aunque por lo regular poco frecuentadas por la desdeñosa aristocracia bordelesa, que sólo se digna visitarle cuando la célebre trágica *Rachel Felix* ó el tenor *Duprez*, aprovechando la licencia temporal que les conceden en los teatros de París, vienen á ofrecer á los habitantes de las orillas del Garona el tributo de sus talentos, á cambio de un premio enorme y de un entusiasmo imposible de describir.

Por lo demas, puede decirse que el bordeles paga su inmenso teatro, planta sus gigantescos paseos, alza sus enormes casas, para deslumbrar al forastero y dispensarle magníficamente los honores de la hospitalidad, á la manera de aquellos monarcas orientales que gustan de ofuscar la vista del extranjero con la pomposa parada de su córte, de sus vasallos, de sus tropas, de sus tesoros y de las dos ó tres mil bellezas olvidadas en su *Harem*.





VI.

DE BURDEOS Á PARIS.

Puente de Cubzac.—Campiña y cultivo.—Angulema.—Poitiers.—Tours.—Orillas del Loire.—Poblacion inglesa.—Catedral.—Puente y otros monumentos.—El hotel de *La Boule d'Or*.—La Table d'hôte.—La Tourenne.—De Tours á París.

Atravesando el Garona por cima del magnífico puente de que queda hecha mencion, abandona, en fin, el viajero la deliciosa ciudad de Burdeos, y su vista se recrea aún por largo rato contemplando en sus cercanías la esmerada cultura, las risueñas perspectivas, el sinnúmero de caseríos que esmalta la campiña, la actividad, el movimiento y vida de la poblacion, que tan cumplidamente hace sentir su presencia y los valiosos trabajos de su industria.

Uno de los más bellos monumentos de la Francia moderna es el soberbio puente colgante de *Cubzac*, obra de estos últimos años, y de cuya prodigiosa extension y admirable artificio siento no tener los datos suficientes para estamparlos aquí.—Pásase luégo desde el departamento de la Gironda al de Charente inferior, y algunos restos de *Landas*, con su triste monotonía, vienen á hacer todavía un ligero paréntesis á tan bella escena; hasta que,

ya cerca de la ciudad de *Angulema*, vuelve á tomar sus risueños colores y ofrecer á la vista la riqueza de su vegetacion.

Es por manera interesante el grato espectáculo que despliega esta antigua ciudad desde la elevada altura sobre que está edificada; y sobre todo, cuando dando la vuelta al pié de sus murallas por una especie de terraza que la circunda, pueden contemplarse en una larga extension los risueños valles formados entre los dos rios *Charente* y *Anguienne;* el curso caprichoso de éstos, y las escarpadas rocas que limitan el lejano horizonte.—La ciudad por sí merece tambien la atencion del viajero curioso, en razon á sus antiguos monumentos, entre ellos la hermosa catedral, y la forma especial de su caserío, que se aparta notablemente de la regularidad y simetría tan comunes en las ciudades francesas.

Entre las muchas é importantes fabricaciones que se desarrollan en esta ciudad, es notable la del papel, cuyas manufacturas principales se hallan situadas en el arrabal de *l'Hormeau*, y son célebres en toda Francia. Son en extremo interesantes y dignos de estudio los medios mecánicos y científicos empleados en la tal fabricacion, y tanto más para nosotros, cuanto que, desgraciadamente, es uno de los ramos en que nuestra España se presenta fuera del nivel de las demas naciones industriosas.—Todo el mundo conoce la hermosa calidad del papel frances y la belleza de las ediciones en que se emplea; pues en cuanto al precio, baste decir que el mejor que puede encontrarse en Madrid á *ochenta reales* resma es inferior al que en las fábricas de Angulema cuesta de seis á siete francos.

En la grande extension de ciento cuarenta y cinco leguas francesas que se cuentan desde Burdeos á París, son muchos los pueblos y otros objetos notables que se ofre-

cen á la contemplacion del viajero; mas su sola enumeracion, ademas de enojosa, sería repetida, y repetida aquí fuera de su lugar.—Por otro lado, no soy tampoco de aquellos viajadores que desde el ventanillo del coche, adonde asoman rápidamente la cabeza, creen poder juzgar de la condicion física y moral de los pueblos que atraviesan, ni tampoco de los que, copiando las hojas de su libro itinerario, adoptan y trasladan cándidamente su contenido.

Así, por ejemplo, de la ciudad de *Poitiers*, antigua y célebre en la historia de Francia, sólo puedo decir que me pareció decaida y solitaria respecto á su inmensa extension; y que al atravesar la inmediata de *Chatellereault* (si hubiera sido la primera vez que lo hacía), acaso hubiera experimentado nada grata sorpresa al ver abalanzarse á los estribos del coche multitud de hombres, mujeres y niños, que introducen por sus ventanas, cuál una afilada navaja; cuál un agudo puñal; aquél un corta-plumas de veinte hojas; éste unas enormes tijeras.—Pero no experimenté aquel efecto, sabiendo ya de antemano que llegaba al Albacete frances; esto es, á la ciudad cuchillera por excelencia, célebre por el temple de sus aceros, y en la cual, así como en la nuestra del reino de Murcia, el puñal y la navaja son una mercancía *inocente* y que todo viajero está obligado á proteger.— Sin embargo, si el extranjero es polaco y llegan á olerlo los de Chatellereault, acaso aquellos utensilios no permanezcan tan inocentes en sus manos, gracias á un profundo resentimiento que de padres á hijos se ha trasmitido contra los de aquella nacion, por cierta jugarreta, parecida al robo de las Sabinas en la antigua Roma, que un regimiento de la guardia imperial, de no sé qué nombre acabado en *ski* como un estornudo, dispuso y realizó con las mujeres de aquel pueblo en un dia de funcion.

La ciudad de *Tours*, cabeza del departamento de *L'Indre et Loire*, sentada á la orilla izquierda de este rio, es sin duda una de las más lindas poblaciones de la Francia, por su bella situacion en medio del delicioso jardin de la Turena, y la elegancia y gusto de su construccion.— La calle principal de la ciudad, que la atraviesa rectamente en toda su extension, de más de un cuarto de legua, desembocando por un lado en el camino de Poitiers y por el opuesto en el gran puente sobre el Loira, es lo más bello y áun magnífico que imaginarse pueda, por su considerable extension, su perfecto alineamiento, y la belleza de los edificios que la decoran; y aunque el resto de la ciudad no responde en lo general á la suntuosidad de esta entrada, va, sin embargo, reformándose con arreglo á los preceptos del buen gusto.—El aspecto general de la poblacion y sus contornos, considerados desde el hermoso puente de piedra (el segundo de esta clase despues del de Burdeos), es sobremanera interesante, por la bella agrupacion de los edificios, sobre los cuales se destacan las altas torres de la catedral, y á su pié el apacible rio, cubierto de barcos de trasporte, y una isla deliciosa formada en el medio de sus aguas; la frondosidad del inmenso arbolado, la profusion de quintas colocadas en las situaciones más pintorescas, y embellecido todo con los colores de un sol resplandeciente, de una atmósfera pura y serena.

Paseando por sus orillas á la caida de una tarde de Agosto, trasladábase mi imaginacion á las encantadoras márgenes del Guadalquivir, y como que se lamentaba en silencio de que ya que el cielo bondadoso presta iguales y áun mayores dones á nuestro suelo, no sepamos aprovecharlos, revistiéndole de aquel apoyo del arte, de aquella seguridad y proteccion generosa que necesita para desplegar sus encantos y hacerlos accesibles al hombre.—Engol-

fado en estas consideraciones dí luégo la vuelta por los lindos paseos que rodean á la ciudad; penetré en sus calles cuando ya estaban iluminadas por un gas resplandeciente; recorrí sus hermosos cafés; asistí al teatro, y en todas partes hallé una sociedad tan elegante y animada, que más que en una ciudad de veinte y tres mil habitantes, parecíame estar en un pueblo de cien mil.— Pero esto se explica diciendo que son infinitos los forasteros que, atraidos del clima apacible, de la campiña encantadora, que hacen de Tours una morada tan favorable á la salud y tan propia para gozar de los placeres de la vida, vienen á ella constantemente á pasar una parte del año, acabando muchos por fijarse allí por toda su vida.— Hoy se cuentan cerca de dos mil ingleses que han hecho en Tours y sus cercanías considerables adquisiciones, han edificado casas magníficas, quintas deliciosas, y vienen constantemente todos los años con sus familias, ó se hallan resueltamente establecidos en la ciudad.

Si algun dia la mejora de nuestros caminos, la multiplicacion y facilidad de las comunicaciones, la seguridad personal, el establecimiento de buenas fondas y paradores, la tolerancia y los buenos modales en los paisanos, y el interes, en fin, bien entendido del pueblo en general, llegan á hacer accesible nuestra España á los viajeros *touristas*, especialmente á los ingleses, para quienes es insoportable la idea de privaciones, de inseguridad y de desaseo, ¡qué manantial tan inagotable de riquezas no abririan á nuestro país centenares, miles de aquellos ricos huéspedes, que, huyendo del monótono espectáculo de su cielo nebuloso, y en busca de nuevas y gratas sensaciones, abandonan al caer del otoño las húmedas orillas del Támesis ó los feudales castillos de la Escocia; embárcanse en Douvres con su familia, sus criados, sus perros, sus coches, sus muebles, sus vestidos y sus guineas, y

descargan como nubes benéficas (aunque un tanto incómodas al que no ha de disfrutar de su rocío), ya sobre las frondosas orillas del Loira y del Garona, ya sobre las pintorescas cumbres y las benéficas aguas del Pirineo frances; ó atraviesan los Alpes, y van á invernar como en una estufa en las islas de Hieres ó en las bellas ciudades de Niza, Pisa, Florencia ó Nápoles!

Para todas aquellas afortunadas regiones, la venida de los ingleses (y entiéndase que llaman ingleses á todos los extranjeros ricos) es un verdadero maná, una periódica cosecha, que aguardan con impaciencia, como nuestros labradores el sol de Agosto ó las plácidas lluvias de Abril. —Si halláramos medio, repito, de desviarlos de su rápido é inmemorial itinerario; si, por ventura, al contemplar el Pirineo pudiéramos hacerles desechar todo temor de peligro ó de sinsabores, y empeñarles á atravesarlo y visitar las hermosas y pintorescas provincias Vascongadas, las severas Castillas y la animàda capital del reino; el pensil de Aranjuez, el magnífico Escorial, la frondosa Sierra-Morena, Córdoba la oriental, la imperial Sevilla y deliciosa Cádiz, las árabes Granada, Málaga, Almería y Valencia; la industriosa Barcelona, en fin, y su bellísima costa, para continuar luégo por Marsella el resto de su círculo, ¡cuántos y cuántos, prendados de los encantos de nuestro suelo, darian por satisfecha su curiosidad, por colmada su admiracion, y renunciarian gustosos á ver más, repitiendo sus visitas ó fijándose entre nosotros, y desplegando su gusto y su magnificencia en los *cármenes* de Granada ó en las deliciosas márgenes del Bétis.....

Todas estas y otras muchas consideraciones bullian aún en mi imaginacion, cuando al siguiente dia, subido á lo alto de las torres de la antigua y célebre catedral de Tours, veia desplegarse en mi derredor el rico panorama de su campiña, semejante en lozanía á los que desde las alturas

del Miguelete ó la Giralda me ofrecieran la huerta valenciana ó las orillas del Guadalquivir; pero muy superior á ellos en la animacion y riqueza que le presta el innumerable caserío que en una extension de algunas leguas se alcanza á ver, y hace aparecer mezquino á su lado el considerable recinto de la ciudad.

La catedral, como todas ó la mayor parte de las francesas del género llamado gótico, ostenta una imponente masa, una rica portada y dos elegantes torres de delicado trabajo; pero en el interior ofrece la misma desnudez, el mismo *no sé qué* de yerto y cadavérico que suele observarse por lo regular en la mayor parte de los templos franceses.—Bajo este aspecto, ¡cuánta es la superioridad de nuestro país sobre aquél!—Nuestras catedrales no sólo son delicadas páginas del arte ofrecidas á la imaginacion y al estudio del viajero; no sólo son museos riquísimos de todas las épocas, de todas las aplicaciones del genio; no sólo son tesoros de riqueza, donde se ostenta la piedad y la poética imaginacion de nuestro pueblo, sino que son tambien dignos altares del Altísimo, por su religioso recogimiento, su olor de incienso, los cánticos que resuenan constantemente bajo sus bóvedas, las antorchas que lucen en sus altares, las efigies que ocupan sus capillas, y el pueblo numeroso que reza arrodillado á sus piés.—Díganlo Toledo, Búrgos, Sevilla, Leon, Santiago, Tarragona y todas las demas que pudiéramos citar.

En los templos franceses, si se contempla la fachada y se sube á la torre, se ha visto el templo bajo el aspecto del arte; si se atraviesa un friísimo y desierto salon, cubierto de sillas vacías y guardado por un portero (*suisse*) con su gran banda, baston en mano y sombrero de tres picos encajado en la cabeza, se ha contemplado la iglesia bajo el aspecto de la religion.

Regresé, pues, á mi hotel de *La Bola de Oro* á tiempo que sonaba la campana, señal de principiar la comida; y supuesto el ofrecimiento que tengo hecho á mis lectores, aprovecharé aquí la ocasion de borrajear la escena que ofrece una de estas mesas redondas conocidas allá, con el nombre de *Table d'hôte.*

Al sonido de la ya dicha apelativa campana fueron descendiendo de su habitaciones hasta dos docenas de huéspedes viajeros, de todos los sexos y procedencias posibles. Los ingleses, como es de suponer, estaban en mayoría (porque á cualquier parte del mundo á donde uno se dirija, siempre ha de hallarlos con abundancia, gracias á la fecundidad de las severas hijas de Albion).—Distinguíase entre ellos una especie de obelisco humano, que empezando en dos botas de charol, iba á concluir á trescientas varas sobre el nivel del mar, en una calva reluciente, con algunos restos de cabellera, en otro tiempo rubia. A la altura de *Su Gracia* (porque por algunos trozos de la conversacion inferí que aquel telégrafo ambulante era uno de los ciento y tantos *pares* que funcionan en el alto Parlamento) se elevaba una jirafa con gorro de plumas, que segun pudimos advertir, no era otra cosa que el inglés-hembra, y ambos formaban el *par* completo, subdividido despues hasta en el número de siete, por otros tantos *specimen* de la misma hechura, aunque de diversos metros y grados de desarrollo, los cuales venian á ser los frutos y renuevos de aquellos dos altísimos y sepulcrales cipreses.

Frontero de mí se veia un rotundo aleman, especie de mecánica *roulante*, que andaba de pueblo en pueblo aplicando sus grandes conocimientos en tórculos, émbolos y cilindros á todos los brazos de todos los rios, á todas las ruedas de todas las máquinas que encontraba á su paso. —A mi izquierda sentaban dos damas, madre é hija, pri-

mera edicion ajada y añeja aquélla, segunda flamante, corregida y enmendada, ésta; tipo móvil y vivo de las modas de *la rue Vivienne* y de la *Chausée d'Antin*, en quien luégo reconocí á la misma artista parisiense que habia oido en el teatro la noche anterior, y cuya celebridad (aseguraba el cartel) se extendia desde las orillas del Newa hasta la embocadura del Mississipí, aunque creo que pasaba de incógnito por el espacio que media entre ambos rios.

Tres jóvenes bulliciosos y resueltos, de negras y rubias barbas, de flexibles y rizadas melenas, vestidos de cien colores, adornados de cadenas y sortijas hasta la punta de la nariz, representaban en aquella mesa la alegría francesa y los intereses del comercio y de la industria. Comisionistas ambulantes (*commis voyageurs*) de las fábricas, se dirigian con sus grandes carteras de muestras, el uno á París, el otro á Nantes, el tercero á Bayona; y al paso que la *muestra* de sus telas y artefactos, solian dejar tambien la de sus caractéres, desplegados franca y bulliciosamente en atronadora conversacion, ó en episódicos amores y grotescas aventuras con todas las Maritornes hosteleras, con todas las muñecas de almacen.—Vida alegre y peregrina, cuyo recuerdo conservan aún cuando, ya blanqueada por los años su cabellera, y llenos por su industria los cofres, dan suelta á la bandada de sus numerosos dependientes, para que sigan la fama de su comercio y las trazas de su cortesanía.

Habia ademas en la mesa un médico *homeopático* de Berlin, que iba visitando hospitales y haciendo nuevos experimentos de matar por *simpatía*.—Un filántropo *humañitario* de Nueva-York, que andaba investigando los medios de guillotinar al prójimo con más comodidad ó encarcelar á sus semejantes sin luz, sin habla, sin aire y sin alimento.—Un doctor en Teología, de la Sorbona,

que por fruto de sus meditaciones habia acabado por convencerse de que él era una segunda edicion del Mesías, y venía á Tours á establecer una cátedra de salvacion, á tanto al mes.—Dos periodistas parisienses que se dirigian á Tulle para asistir al célebre proceso de *madame Lafarge*, de aquella alma cándida, de aquella mujer *no comprendida*, que acababa de robar unos diamantes por entusiasmo y envenenar á su marido por puro amor.—Los demas asistentes á la mesa, hemos dicho ya que llevaban todos el sello de la fábrica de *London;* cuál perteneciente al género *dandy;* cuál al de *gentlemen;* éste al de *baronet;* aquélla al de *lady;* estotra al de simple *miss;* — y todos, por lo regular, venian á Tours tan sólo por el gusto de apuntar un nombre más en sus libritos de viaje, ó por tomar un baño en el Loira, el segundo en *Bagnères*, el tercero en Niza y el cuarto en el Tíber; y luégo, subirse al Vesubio para enjugarse, ó correr despues leguas y más leguas para llegar á tiempo de disputar el premio en las carreras de New-Market.

No hay, pues, que decir si con tan heterogéneos elementos ofreceria la mesa una escena curiosa, que yo traducia mentalmente al español, como único representante en aquel teatro del habla de Cervántes y de los garbanzos de Castilla.

Pero casualmente este de la mesa es un punto en que todas las naciones se parecen; quiero decir, que en cuanto al mascar y engullir no ofrecia nada de nuevo; pues la igualdad ante la ley del apetito todo lo nivela, y ni el inglés echaba de ménos su *beefsteak* y su *plom puding*, ni el aleman su *choucroute*, ni el americano su *ananas*, ni el español su *olla podrida.*

El lenguaje general era el que hubiera usado una comision de operarios de la torre de Babel, despues que les sucedió aquel trabajo; mas en cuanto á pedir el plato al

compañero, todos hablaban corriente el frances, y nadie dejaba en el tintero el *s'il vous plait* y el *pardon* de costumbre. —Las diversas fracciones se subdividian despues en varios *apartes*. —Los ingleses hablaban de política con el americano; el médico prusiano hablaba de gases con el aleman; las inglesas no hablaban de nada, y los comisionistas franceses hablaban de todo.—El Mesías novísimo intentaba inocular sus doctrinas en el alma de la actriz, y la madre de ésta me habia tomado por su cuenta para averiguar si en España las mujeres llevan un puñal por abanico, y los hombres un trabuco por baston.—Pero todos callábamos cuando comiamos (que eran los más de los ratos), hasta que, acabado el servicio, cada uno se fué eclipsando *sans façon* y *sans compliment* (dos santos de aquella tierra, muy santos y muy buenos, pero muy mal criados), quedando sólo en la mesa los ingleses, sin duda para enjuagarse con unas cuantas botellas de Jerez y del Rhin.

Sería repetir lo ya dicho si hubiera de trasladar aquí las gratas sensaciones que experimenta el viajero atravesando el delicioso jardin de la Turena, siguiendo las magníficas orillas del Loira, que mira siempre correr á su derecha, y costeando las pintorescas rocas que bordan el valle por la izquierda, á cuyas faldas se elevan una infinidad de edificios campestres, ingeniosamente combinada su arquitectura con la desigualdad del terreno, y cuyas rocas forman en muchas de ellas parte de sus murallas; y todo esto por un número considerable de leguas, hasta llegar á cansar la vista y la imaginacion. —Viene luégo el soberbio camino elevado, conocido por el nombre de *levées de la Loire*, el cual sirve tambien de dique para contener las aguas en tiempo de crecida, y tiene veinte y dos piés de altura sobre el rio y veinte y cuatro de espesor.

—Pásase despues, aunque rápidamente, por la antigua y célebre ciudad de *Blois*, célebre en la historia de Francia por sus turbulentos Estados y la muerte del Duque de Guissa, y continúa luégo el camino, siempre animado por la presencia del Loira y la hermosa vegetacion de la campiña, por la riqueza de sus pueblos, caseríos y antiguos *châteaux* (entre ellos el de *Chambord*, célebre mansion de Francisco I, hoy propiedad del Duque de Burdeos), hasta llegar á la populosa ciudad de *Orleans*, notable por su extension, hermosa catedral y otros edificios antiguos, y más que todo, por ser la patria de la célebre doncella guerrera *Juana de Arco*, cuya estatua de mármol se eleva en un sencillo monumento colocado en la plaza *Mastrois*.

Orleans dista sólo treinta leguas de París, y á cada paso que adelanta, va sintiendo el viajero la inmediacion de la ciudad gigante, del gran emporio de la cultura y civilizacion del continente europeo.—Los pueblos y caseríos que se suceden van tomando un aspecto áun más importante y activo; los caminos se miran cubiertos de una multitud de carruajes de todas formas, de viajeros de todos los países; con los castillos y casas de placer alternan ya á cada paso las inmensas fábricas, los grandes establecimientos de educacion y de industria; las carreteras más cuidadosamente reparadas, la propiedad más subdividida, los cercados más frecuentes, los más mínimos trozos de terreno aprovechados por la industria; todo da bien á conocer la importancia y el valor del país que se atraviesa ; hasta que, al llegar á *Bourg la Reine*, la imaginacion se resume ya y encierra en este solo nombre..... París.

Con efecto, el viajero tiene delante de sí, allá en el fondo de tan animado cuadro, aquella colosal ciudad, ensue-

ño de su imaginacion, objeto de sus deseos. — Todos los monumentos que le salen al paso, todos los sitios que pisa, le son ya conocidos de antemano por los cuadros del artista ó por las relaciones del viajero; — y sin necesidad de preguntar á nadie, adivina y reconoce que aquellos arcos monumentales que mira á su derecha son los del acueducto de *Arcueill;* — que aquellos palacios y bosques que tiene á su izquierda son los de *Meudum* y de *Saint Cloud;* — que aquel severo edificio que descubre en el fondo es el Hospicio y castillo de *Bicètre;* — que aquella inmensa cúpula que se destaca en la altura de la ciudad es la de *Santa Genoveva*, hoy *Panteon Nacional;* — que aquellas dos torres paralelas á su inmediacion son las de la *iglesia de San Sulpicio;* — y más allá, las otras dos célebres de la catedral de *Notre Dame;* — mira campear á su izquierda la elegante cúpula ó *domo de los Inválidos;* — admira en el último término la masa gigantesca del arco de la *Estrella;* — y reconoce, en fin, que aquella verja que se abre delante de él es una de las entradas ó *barreras* de París (la barrera llamada del *Infierno*), y que un giro más que dé la rueda de su coche le da ya en el recinto de la inmensa capital.





VII.

PARIS.

Aspecto general.—Primeras impresiones.—Comparacion mental.

Pretension exagerada pareceria, y seríalo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que, bajo todos títulos, ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje, escritos más bien para entretener los ratos de cansancio y la ausencia de los amigos, que para dar á conocer á los que no la hayan visto, la gran importancia, el mágico embeleso de aquella gigantesca capital.—Empero, entre aspirar á tamaño resultado, y el más modesto de recrear la memoria propia y excitar algun tanto la curiosidad ajena, permítaseme el haberme decidido por este último extremo, y arriesgar sólo aquí las propias impresiones á la vista de tan singular espectáculo, sin que sea lícito pedirme cuenta más que de lo que diga, y no de modo alguno de lo muchísimo que dejaré por decir.

Empezando, pues, mi agradable tarea por el aspecto material de la ciudad, todo el mundo sabe que la antigua *Lutecia* de los Gaulas estuvo reducida, en su primitivo

orígen, á una isleta formada por el rio Sena, que subsiste todavía, y es conocida hoy por el nombre de *la Cité*, agregándosela sucesivamente otras dos pequeñas (la de *San Luis* y la de *Luvois*).—Más adelante, andando los tiempos, y no cabiendo ya la poblacion de *Lutecia* en tan estrechos límites, se extendió por ambas orillas del rio, aumentándose sucesiva y prodigiosamente, en términos que puede decirse que hoy la principal cuna de aquella metrópoli apénas es apercibida entre la inmensa extension de las otras dos poblaciones á derecha é izquierda del Sena.

Este rio, pues, encerrado en el medio, y atravesando hoy la ciudad por toda su extension, es la artéria principal, la marcada línea entre sus tres principales divisiones; y la separacion que ella establece, no sólo se hace sentir en la material fisonomía de las construcciones, sino tambien en la social y política de su poblacion; así vemos que la de la parte septentrional, ó sean las *Tullerías* y la *Chaussée d'Antin*, está más especialmente habitada por la córte y el comercio; la meridional, ó sean los cuarteles de *San German* y de la *Universidad*, son el patrimonio de la antigua aristocracia y de las escuelas, y el centro, correspondiente á las islas, y en donde se hallan situadas *la Catedral* y el *Palacio de Justicia*, es más especialmente habitado por el clero y la curia.

Reunidas, pues, estas tres divisiones, componen la asombrosa mole de siete leguas de circunferencia, cubierta con cuarenta y seis mil edificios, cortada por mil doscientas calles, y poblada con cerca de un millon de habitantes.—Una muralla sencilla rodea su recinto, y está interrumpida por cincuenta y ocho entradas, llamadas *barreras*, á las cuales vienen á converger todos los caminos capitales del reino. Veinte y dos puentes sobre el rio (entre los cuales los hay de primer órden por su solidez y

elegante construccion) establecen las comunicaciones entre tan apartados barrios.—El terreno sobre que está situada la ciudad es generalmente llano, á excepcion de algunas pendientes á los extremos, hácia el *Panteon* y la puerta de *San Dionisio*.

Ademas de la division central marcada por el rio, hay otra en la parte septentrional de la ciudad, establecida por los hermosísimos paseos conocidos por los Baluartes (*Boulevards*), y abiertos sobre el terreno por donde un dia corria la fortificacion de la ciudad; los cuales, describiendo en su extension de unos ocho mil pasos una inmensa curva desde la plaza de la *Magdalena* á la de la *Bastilla*, subdividen la parte más importante y vital de París (que es la comprendida á la derecha del Sena) en dos grandes porciones, que pueden llamarse nueva y vieja; campean en aquélla la moderna aristocracia mercantil con toda su magnificencia, y ostenta en ésta su inexplicable actividad la industria y el comercio de detalle. — Las calles principales, ó siguen paralelas las dos grandes líneas del rio y los baluartes, en una prodigiosa extension, ó las comunican entre sí desde uno al otro extremo de la ciudad, estableciendo así un plan bastante uniforme y no difícil de comprender por el forastero.

Éste, al llegar á París por la parte *de Arcueill* (como á mí me sucedia esta vez), no tiene por el pronto que felicitarse mucho de la primera impresion que le produce aquella ciudad; pues atravesando por largo rato calles estrechas, sucias y oscuras, aunque de una extension desconsoladora, contemplando la triste y sombría mole de las casas, por la mayor parte viejas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad del clima, y mirándolas animadas por una poblacion que, aunque activa é industriosa, parece revelar los rigores de la miseria, se hallará por el

pronto desencantado de sus ilusiones, creerá fallidas sus brillantes esperanzas, y se vengará en silencio de las encomiásticas relaciones de los viajeros, maldiciendo de todo corazon su bondadosa credulidad.

Pero aguarde con paciencia el recien llegado; siga con la imaginacion y con la vista el curso de su carruaje; salga, en fin, del embrollado caos del *país latino* (barrio de la Universidad); dé vista al rio; atraviese el *Puente Nuevo;* y si tanta es su fortuna, que en aquel punto y hora la inmensa multitud de carruajes que le cruzan obliga á detenerse algunos minutos al suyo, asome entónces la cabeza nuestro viajero y extienda la vista de uno y otro lado, y siguiendo los gigantescos brazos de la ciudad, contemple, si puede, delante de sí el romántico palacio de *las Tullerías* y sus bellos jardines, la magnífica fachada del *Louvre* y su elegante columnata, la interminable serie de hermosas casas que bordan los fuertes diques del rio, la bella perspectiva de los puentes, el antiguo *Hôtel de Ville* (casa de Ayuntamiento) y la torre de Santiago limitando el cuadro á su derecha; el obelisco Egipcio y el arco triunfal de la Estrella á su izquierda. — Por el opuesto lado del rio podrá abarcar su vista los palacios del Instituto y de la Moneda, los del Consejo de Estado y la Cámara de Diputados, las elegantes cúpulas de los Inválidos y el Panteon, y en medio del rio, la hermosa isla, que parece una ciudad flotante, que arrancando en el mismo puente sobre que situamos al espectador, concluye ostentando entre las nubes las sombrías y majestuosas torres de la catedral (*Notre Dame*).

Ignoro si el viajero se dará por satisfecho con esta primera inspeccion, pero me persuado de que no será así; ántes bien creo que, siéndole imposible desprenderse todavía de sus ensueños (que nunca se parecen á la reali-

dad), y calificar á un solo golpe de vista tan vário y magnífico espectáculo, cederá por el momento á un embrollo de los sentidos, á un aturdimiento de la imaginacion, de que no sepa darse cuenta, pero que le impide gozar del cuadro majestuoso que le rodea. — Más adelante, y despues de calmada esta primera é indefinible sensacion, luégo que, guiado por un *cicerone* inteligente, haya podido recorrer en su inmensa extension las régias calles de *Rivoli*, *Castiglione* y de *la Paz;* las animadas de *Montmartre, San Dionisio* y *San Martin;* las elegantes é industriosas de *Richelieu*, *Vivienne* y *San Honorato;* las opulentas y aristocráticas de la *Chausée d'Antin* y del cuartel de *San German;*—luégo que, situado en la magnífica plaza *de la Concordia*, vea ostentarse en derredor suyo los principales palacios, jardines, paseos y monumentos públicos del París moderno; luégo que haya recorrido la doble fila de diques que bordan el rio, animados por una poblacion numerosa y vital; luégo que haya seguido la interminable línea de los baluartes desde la moderna columna de las víctimas de Julio hasta el magnífico templo griego de la Magdalena, espectáculo único en su género por su movimiento y suntuosidad; luégo que del opuesto lado del rio haya admirado el soberbio Panteon, el Cuartel de Inválidos, el palacio y jardines de Luxemburgo y el delicioso Jardin de Plantas; la catedral de Nuestra Señora y el Palacio de Justicia en la isla central; los de las Tullerías y el Louvre, la columna de Napoleon, la casa de Ayuntamiento, la Bolsa, el arco de la Estrella y otros mil monumentos de primer órden á la orilla derecha del Sena; luégo que haya visto de noche este extenso cuadro alumbrado con infinidad de faroles alimentados por el gas; luégo que haya recorrido las encantadoras galerías (*passages*) *de Vivienne, Colbert, Saumon, Choiseul, Panoramas, Ver-ododat*, etc.; luégo, en fin, que haya contemplado las bellísimas arcadas

que rodean el jardin del *Palacio Real* de Orleans, y hallado en ellas el más magnífico bazar, la exposicion más rica de industria que existe en el mundo; entónces, y sólo entónces, podrá decir el viajero que ha hallado el París que buscaba, el París magnífico, el París animado é industrial que soñaba su fantasía.

Aconsejémosle, empero, que no pretenda calificar de pronto tantos y tan variados objetos; que no ceda al entusiasmo ni á la fatiga que su vista le produzca, y que, reducido en lo posible á una observacion meramente pasiva, aguarde á que el tiempo venga á colocarle en el verdadero punto de vista desde el cual ha de examinarle.

Sin apartarme por ahora de la rápida inspeccion material de aquella ciudad, sólo diré que en su conjunto no puede afirmarse, sin embargo, que sea una poblacion bella, una agradable perspectiva.—Y esto por várias razones.—La considerable extension de su recinto, poblado y engrandecido en diversas épocas y bajo el influjo de distintas civilizaciones, revela en sus varios cuarteles el sello peculiar de cada una, y por consecuencia, ninguna calificacion absoluta puede admitirse para el conjunto general.—Si penetramos, por ejemplo, en los barrios centrales del antiguo París, hallarémos un laberinto inexplicable de calles estrechas y tortuosas, de casas altísimas é informes, por cuyas ventanas no penetró jamas la luz del sol; cuyas fachadas ojivas y maltratadas por los rigores del tiempo ofrecen un desgraciado prospecto de aquella época tan encomiada en nuestros dias por los poetas y novelistas; de aquella Edad Media, en que la humanidad se dividia en siervos y tiranos; en que los feudales castillos y los suntuosos palacios de éstos dominaban desde su altura las miserables chozas donde vegetaban aquéllos á su servicio; en que las disensiones de las familias patricias, en que las lu-

chas de señor á señor, convertian sus vasallos en guerreros, sus palacios en fortalezas, sus tortuosas poblaciones en reductos y emboscadas, donde mutuamente se defendian de las bruscas agresiones de sus contrarios.

La civilizacion, emancipando á la humanidad de tan vergonzoso yugo; elevando la inteligencia á un alto grado de esplendor; revelando al hombre su dignidad, y dándole á conocer los goces que la vida podria ofrecerle, vino á variar el aspecto material de los pueblos, y las ciudades modernas, borrando sucesivamente las ominosas trazas de su antiguo barbarismo, ostentan hoy una comodidad, un lujo, un halagüeño aspecto, que podrá, si se quiere, parecer monótono y prosaico á aquellos hombres excéntricos que gustan de trasladarse con su imaginacion y con su pluma á las épocas nebulosas y á los contrastes marcados; pero que no por eso dejará de obtener la aprobacion de la generalidad de los vivientes, inclinados á atravesar más dulcemente su peregrinacion en la tierra.

El París de Luis XI y de Enrique IV va, sin embargo, desapareciendo rápidamente ante las poderosas exigencias de la moderna civilizacion, y hoy sólo conserva como documentos de la antigua algunos barrios tortuosos, algunas calles sombrías, algunos edificios públicos, que su importancia hace respetables, y extendiendo ademas sus límites hasta un término que no pudieron nunca soñar sus antiguos fundadores, ostenta sobre ambas márgenes del Sena distritos inmensos, calles interminables, derechas, uniformes, amplísimas, cubiertas de edificios de elegante forma, fuertemente enlosadas con piedras cuadrangulares que ofrecen á los carruajes una superficie unida y sólida, con anditos ó aceras para comodidad de los transeuntes, alumbradas de noche por el gas, disimulados con ingenioso cuidado los desniveles, cortadas las esquinas con inteligencia, proporcionados á su término los bellos puntos

de vista y la fácil comunicacion.—Y digan lo que quieran Víctor Hugo y su comparsa de imitadores, esto vale más que las tortuosas avenidas de la *Cour des Miracles* (hoy convertida en una bonita plaza) y que las puertas ojivas, hora sustituidas por dóricas columnas, por elegantes balaustradas, por ámplios y cómodos peristilos.

Queda sentado arriba que París, considerado en conjunto, no puede llamarse una ciudad bella; pero es preciso explicar ante todas cosas lo que nosotros los habitantes del Mediodía llamamos una hermosa ciudad.—Ante todas cosas, nuestros ojos, acostumbrados á una atmósfera pura, á un sol brillante, buscan en el conjunto de una poblacion esta diafanidad del ambiente, esta armonía de los colores que sólo hallamos en nuestro clima.—Los objetos más insignificantes embellecidos, las distancias más extensas aproximadas, adquieren por el reflejo de nuestro claro sol una entonacion de colorido, una armonía de agrupacion, que en vano buscarémos en donde las nubes y la bruma ejercen un imperio casi constante é imprimen á todos los objetos un aspecto anticipado de vejez. —Así que, considerado París desde una elevada altura, sólo ofrece una inmensa masa de sombras cenicientas, una agrupacion de picos grises ó negros, una montaña, en fin, de pizarras, en cuyo fondo mate y sombrío vienen á apoyarse los débiles rayos del sol; las calles, aunque anchas y largas, no permiten tampoco á la vista disfrutar toda su extension, por la opacidad de la atmósfera en la mayor parte del año; y los objetos lejanos de importancia, las torres, los arcos triunfales, aparecen como encubiertos con una gasa más ó ménos espesa, que por otro lado no deja de prestarles cierto realce y misteriosa hermosura.

Resultado de esta constante humedad es el color sombrío que adquieren muy pronto los edificios, en términos

de llegar á ennegrecer completamente los de piedra, y dar lugar en los intersticios de sus labores á un musgo verdinegro, que á nuestros ojos no puede ménos de desfigurarlos.—Así, por ejemplo, la fachada de la Catedral, la columnata del Louvre, el palacio de las Tullerías, el de Justicia y el antiguo Hotel de Ville no ejercen sobre nosotros aquel efecto que acaso nos arrebató cuando los contemplamos pintados; y por eso la Bolsa, la Magdalena, el Consejo de Estado y el Arco de la Estrella, como edificios más modernos, y que todavía han podido resistir á la accion de la atmósfera, nos agradan y seducen más.

Las fachadas de las casas son, por lo general, sencillas y monótonas en su distribucion y colorido, y carecen tambien á nuestros ojos de aquella parte vital que prestan á las nuestras sus balcones salientes y sus extravagantes colorines. — En climas ménos templados, el balcon no es, como entre nosotros, una necesidad; las ventanas permanecen constantemente cerradas, y la forma exterior tiene que acomodarse á las exigencias de la comodidad de los habitantes más bien que al agrado del transeunte.—Pero, en cambio, las casas de París no presentan las formas extravagantes de muchas de las nuestras, ni sus mezquinos tejados de barro, ni los prolongados aleros, ni los incómodos canalones, ni sucios portales y oscuras escaleras, informe y poco cómoda distribucion interior.

Aquéllas, en los barrios mercantiles, tienen en su planta baja tiendas cómodas y espaciosas, generalmente adornadas en su exterior con caprichosas portadas de maderas finas; un portal más ó ménos capaz, pero limpio y bien enlosado; una escalera de madera, construida en espiral con rara inteligencia, aunque, á decir la verdad, no con gran comodidad, por el córte que da á los peldaños la forma circular de la caja; una distribucion discreta y apropiada de todas las habitaciones, y una entendida economía

de las luces, de la ventilacion y de los conductos de las aguas, que harian bien en estudiar muchos pretendidos Vitrubios, cuya rara inteligencia se limita á hacer grandes salones ó imperceptibles celdas; pegar columnas á las fachadas y repisas á los balcones, sin cuidar, ante todo, de que el edificio responda ó no á su objeto, y de que sus habitantes disfruten la mayor comodidad posible.

¿Qué dirian si vieran las casas de los barrios mercantiles de París, taladradas muchas de ellas en el interior de las habitaciones para dar paso á elegantísimas escaleras espirales de caoba, de hierro, de bronce y hasta de cristal, que prestan comunicacion entre los almacenes del piso bajo y los superiores; si observáran otras sostenidas por delgados pilares de hierro para dar más elegantes entradas y majestuoso aspecto á las tiendas y cafés; si mirasen construir en algunas puentes de hierro sobre los patios para comunicarse las habitaciones superiores; si viesen en las más penetrar por bajo del pavimento de la calle, y proporcionar allí espacios para las cocinas y otras necesarias dependencias? — Sin duda llevarian á mal el ver adornar los frontispicios con ventanas circulares ú ojivas, aplicar á ellas columnitas ó estatuas, triglifos ó festones, segun el gusto de cada cual, sin cuidarse si Paladio lo prohibió, ó Vignola lo consiente, y hacer en el interior aquella distribucion más análoga al carácter del habitador, sin obligarle á que por fuerza haya de tener una sala terminada por dos gabinetes, flanqueados por dos alcobas; éstas por dos pasillos; éstos por dos dormitorios bien frios y bien oscuros; los dormitorios por un comedor; éste por una cocina; la cocina por una despensa, y entre ambas colocado *oportunamente* el malhadado recinto que más lejos debiera estar. — Merecerian tambien su desaprobacion los portales sin basureros y sin urinarios (vistámoslas de romano para mayor decencia), algunos ricamente enlosados

de mármoles, de relieves de estuco y espejos; unas escaleras dependientes de su caja, unas habitaciones ensoladas de madera, unas paredes proporcionando espacio para las chimeneas, los tejados empizarrados, las buhardillas cómodas y hasta elegantes (1).

Si pasando de los barrios industriosos nos dirigimos á los opulentos y aristocráticos de la *Chausée d'Antin* y *San German*, hallarémos allí una serie interminable de verdaderos palacios, de regios edificios, adonde se ostenta la elegancia y la opulencia de sus dueños.—Muchos presentan alineadas á la calle sus soberbias fachadas; otros, solamente una espaciosa puerta que da entrada á un jardin, ó patio, en el fondo del cual se descubre el bello palacio del magnate, el elegante casino del artista ó la opulenta mansion del comerciante acaudalado.—Formas griegas y romanas, de la Edad Media y del Renacimiento, árabes y rusas; *villas* italianas, *kioskos* chinescos, pabellones orientales y clásicas columnatas; todo alterna osadamente en estos sitios, segun el gusto particular de cada dueño; y por ello nadie pone la voz en el cielo; ni las academias lanzan sus anatemas; ni el Ayuntamiento arma pleitos; ni los arquitectos se escandalizan; ni unos ni otros cuidan más sino de que la calle quede alineada; que el paso esté expedito; que el edificio ofrezca solidez, y que no tengan, en fin, ninguno de aquellos inconvenientes que el interes general tiene derecho á impedir al interes privado.

En los edificios públicos, ya es otra cosa; y es preciso

(1) Todas estas observaciones, muy justas hace cuarenta años, han perdido ya su oportunidad, y el nuevo caserío que ha cambiado de aspecto á Madrid y otras ciudades de España, hace mucho honor á la inteligencia y buen gusto de nuestros modernos arquitectos.

confesar que los arquitectos parisienses pueden presentar con orgullo en todas las épocas obras de la mayor importancia arregladas al gusto y á los severos preceptos del arte.—Ni es de mi propósito, ni está á mis alcances, el hacer un análisis de ellas; pero son harto conocidas y prodigadas sus descripciones para que haya necesidad de hacer una más.

Los antiguos templos de Nuestra Señora, los Inválidos y San German *l'Auxerrois;* el magnífico palacio del Louvre, los del Instituto, la Moneda y otros muchos; las obras modernas del Panteon, la Bolsa, la Magdalena, el Consejo de Estado, el Arco de la Estrella, los puentes de Jena y Austerlitz, son obras que ciertamente no hubieran desdeñado los griegos ni los romanos, y tanto, que sólo se ofrece acaso que censurar en ellas la rígida imitacion de los monumentos de aquellos pueblos, y tal vez la poca analogía de los edificios con el objeto á que están destinados, con las diversas creencias, las distintas necesidades de la moderna civilizacion.

Por ejemplo (y sea dicho sin acrimonia), á mi modo de ver, no hallo razon por la cual, habiendo de edificar una iglesia destinada al culto de un Dios único, misterioso, sublime, se adopten las risueñas formas tan adecuadas á la griega mitología; que se trasforme el templo de Teseo en iglesia de Magdalena la penitente, y sus relieves de triunfos humanos en otros que representan la misericordia del Redentor.—Tan ridículo aparece tambien á los ojos de la filosofía una Bolsa de comercio bajo la forma del Partenon; una rotonda romana para servir á un mercado de trigo; otro templo griego hecho teatro, y hasta con su nombre helénico de *Odeon.*—Pero prescindiendo de este rigorismo clásico, no puede negarse á los arquitectos franceses un atrevimiento en la concepcion y ejecucion de aquellas gigantescas obras, que prueban

sus sólidos estudios y la conciencia con que cultivan el arte.

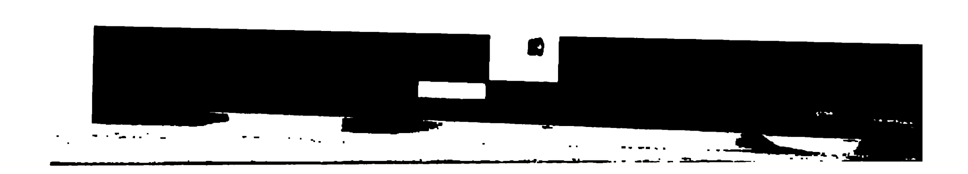
El empedrado de las calles de París, sólido, unido y formando una ligera curva con su elevacion en el centro, es en extremo cómodo para el paso de carruajes, aunque los regueros que se forman en ambos lados y á la inmediacion de las aceras no dejan de ser bastante incómodos, á pesar de la inmensa multitud de conductos que impiden la aglomeracion de las aguas. Pero este inconveniente va á ser remediado por un nuevo sistema, que se halla ya puesto en práctica en las calles Vivienne y de Montesquieu, el cual consiste en echar dichos regueros por bajo de las losas ó aceras elevadas, con lo cual, áun en tiempo de las mayores lluvias, no se verá en las calles ninguna corriente de agua.—Las ya dichas aceras son de una anchura conveniente respecto á la de la calle, de losas anchas de piedra ó *asfalto* (especie de betun arenoso petrificado, de que se hallan ademas cubiertas muchas plazas y paseos), y presentan por su ligera elevacion un abrigo contra los peligros que de lo contrario acarrearia el contínuo paso de carruajes.—La limpieza de las calles se verifica con asombrosa rapidez, si se atiende al inmenso recinto de la ciudad, y únicamente cuando sobrevienen las grandes lluvias ó nieves de invierno es cuando realmente y por algunas horas se ponen intransitables.—El alumbrado público, ya queda dicho que es por medio del gas en lo principal de la ciudad, y ademas está reforzado considerablemente con la profusion de luces que ostentan las tiendas; pero las calles apartadas y lejanas del comercio permanecen aún poco ménos que á oscuras, con sus sombríos reverberos colgados de tarde en tarde en el centro de la calle.—La numeracion es fácil y cómoda por el método, adoptado tambien en Madrid, de los pares á la derecha y

los impares á la izquierda, y creciendo ó decreciendo segun la proximidad al rio.—Y la policía urbana, en fin, numerosa, vigilante y activa, imprime á todo aquel conjunto una marcha constante y conciliadora de la pública comodidad.

No se permite allí, como en nuestro Madrid, á los dueños de obras particulares embarazar el paso con grandes hacinamientos de escombros, córtes de maderas ó preparaciones de la cal; tampoco se ven ostentadas al aire en ventanas y balcones las ropas recien lavadas, ni se tolera á los perros andar sueltos bajo su palabra, ni á las cabras echarse á pastar en medio de las calles y plazuelas; ni se ven grupos de mendigos ostentando sus llagas ó pidiendo con voces lastimosas; ni tropas de muchachos arrojándose guijarros; ni guijarros tampoco sueltos que pudieran arrojarse aunque quisieran; ni acémilas enormes cargadas de sanguinosas reses ó de serones de pan; ni barreños de agua vertidos *ex-abrupto* á los piés del transeunte; ni cuadrillas de jumentos, portadores de ladrillos, retozando en bulliciosa alegría; ni fornidos atletas pesando carbon ó cargándose sobre sus hombros una casa entera.—El reparto del agua, el pan, de la carne y demas provisiones de boca, de los materiales para las obras y de los muebles en las mudanzas de casa, se hace por medio de carros, enormes unos, apénas perceptibles otros, tirados aquéllos por vigorosos caballos, empujados éstos por niños, mujeres y hasta perros, que los hacen rodar sin gran trabajo, por el buen empedrado y lo llano de las calles.

La ocupacion constante de toda la poblacion, las grandes distancias, y por consecuencia, la prisa que á todos ocasionan; la rigidez del tiempo en la mayor parte del año, y el peligro, ó más bien la imposibilidad, de permanecer parado en donde todo se mueve, son causas bastantes para que no se formen en aquellas calles y plazas esos

numerosos grupos de gentes baldías que atestan las nuestras, y de que todo presente allí el aspecto de la animacion y el movimiento.— Pero este punto del París *vital* merece por sí capítulo aparte; bástenos por hoy el haber borrajeado ligeramente el lugar de la escena, dejando para los dias sucesivos el cuadro animado, las heterogéneas semblanzas de los actores.





VIII.

EL PRIMER DIA EN PARIS.

EPISODIO (1).

Para un espíritu observador, para una imaginacion viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el dia de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que, ó no se borran jamas, ó dejan honda huella en el corazon y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (2), así como otros

(1) Este artículo, que forma un episodio en los presentes *Recuerdos de viaje*, fué escrito en otro que verificó el autor siete años ántes á Francia é Inglaterra (1833-1834). Sin embargo de esta circunstancia, y de la disparidad de estilo y forma en que escribió ambos *Recuerdos*, parécele oportuno colocarle aquí por la homogeneidad de objeto, aunque haya de incurrir en la repeticion de algunas ideas.

(2) En dicho primer viaje habia entrado en Francia por Cataluña y recorrido las provincias de la Provence y el Lionés ántes de llegar á Paris.

van á Charenton (1) desde París. Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melun*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, habia abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viaje, tambien jóven, tambien extranjero, y tambien, como yo, deseoso de gozar.—Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte, no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanáres desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*.

Y todavía no eran éstas las comparaciones más desventajosas; pero cuando veia desplegarse á mis piés aquellas ricas y frondosas campiñas; cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles; cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de casas de campo (*châteaux*), paradores (*hôtels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian acrecer la idea de la capital que iba á conocer; cuando ésta se desplegó á mi vista en toda su extension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenía yo tan impresos en mi mente; cuando, en fin, comparé todo este majestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude ménos de dejar escapar un suspiro, que

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de éste.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo, contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor cuánto nos faltaba aún para ésta.

—Dos leguas, me contestó.

Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluia; ántes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas más majestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada extension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruajes de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veia desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés..... y sin embargo, París no parecia.

—Conductor, ¿cuánto nos falta aún para llegar?

—¿Adónde?

—A París.

—Hace hora y media que estamos en él.

—Pues ¿cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde Charenton.

—¿Pues no habia dos leguas?.....

—Sí, señor; pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

—¡Con que, esto es París! ¡Dos leguas! Por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podian encontrarse en cualquier parte..... — Pero, señor, ¿adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y áun no

hemos llegado al punto de parada, y eso que vamos en piés ajenos: ¡cielos! ¡Qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los mios! ¡Qué tristeza!..... Esto será vivir solo en medio de la multitud. — Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo, es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡Qué calles tan sucias y oscuras! ¡Qué casas tan negras! ¡Qué monotonía, qué pesadez de edificios!—¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá, con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

«*Hôtel Royal des Messageries.*» ¡Hola! Aquí es donde harémos alto..... ¡Qué confusion! ¡Cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro, de Viena; el de más allá, de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan y me hacen mil reverencias?..... ¡Ay! ¡que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡Que los meten en aquel coche!..... ¿Qué es esto? adónde me llevan ustedes?

—*Entrez, Monsieur.*

—Pues, señor, héme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; pero ¿á dónde nos dirigimos? Veamos las papeletas de los *hôtels* que me han dado estos hombres..... escojamos.

—Conductor, al *hôtel de..... Rue Richelieu.*

—Estamos en él.

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un

hôtel por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luégo puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquélla, donde va á reunirse constantemente lo más escogido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y áun los reyes llegan de incógnito, confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luégo concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles más grata su permanencia.—Así es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hôtels* por el espíritu de la especulacion. Añádese á esto la elegancia y primor del mueblaje de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el órden admirable en el régimen interior de aquellas casas, en las que cada uno llega á dudar si está solo, y si sólo para él se prodigan aquellos cuidados, y no se extrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de ménos las comodidades de su propia casa, por muchas que sean.

Héme aquí instalado en mi habitacion parisiense, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas. ¡Cuán grato es aquel primer momento en que uno, entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos: «Estás en París.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los Museos y Bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París; es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta gusta de ostentar sus perfecciones ; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No léjos de él, viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora;* ése os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone;* pero su jurisdiccion no se extiende más allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luégo viene el barbero con su cajita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de piés á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *Fígaros* españoles. — Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido á la cabeza, y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir.* — Luégo entran las fantásticas tarjetas de *adreses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores y gabinetes de lectura de todo el cuartel.— Y por último, teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el más cansado de todos aquellos solícitos

servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba abajo, y mirará vuestros trajes con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, exclamará:

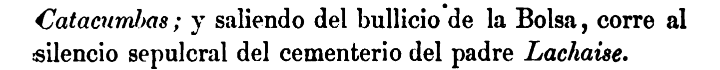
—Monsieur, mucho me aflige el tener que decíroslo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo*.

Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera Guía parisien;* por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos, pues, á la calle.—Pero ¿á dónde dirigiré mis pasos? ¿Iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿Preferiré los paseos? ¿Recorreré los *Boulevards* ó el *Palais Royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle, el impulso de mis piés, y entreguémonos al númen tutelar que sin duda debe haber para los recien llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes), metido en dias de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente?—Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital.—Mírale correr precipitado de un objeto á otro,

sin entenderlos ni clasificarles en su memoria; pararse de pronto y volver á desandar lo andado, y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la extravagante muestra de un peluquero; — el prolongado faeton *ómnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería;—las caricaturas de Boily, que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadière* que regenta el mostrador de un café;—que se rie en la cara á un sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas;—que luégo sube en un *ómnibus* para dejarse conducir *por ocho cuartos*, sin saber adónde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por sólo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen;—y más allá se le antoja una estampa, y luégo una sortija, y despues un libro, y más arriba una caja de música, y más abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lápiz, ni papel, ni manos, ni cabeza.—Entre tanto, recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luégo compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por dos reales; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés à deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento de la Compañía holandesa; y luégo se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Madama Angot* y *Mr. Leprice;* y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las



Catacumbas; y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del cementerio del padre *Lachaise.*

Pero entre todos éstos, hay un momento verdaderamente solemne y magnífico, y éste es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal.*—He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real.—Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debo añadir que sólo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto no encontrarán exagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interes en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura y espectáculos de todos géneros ; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi

estómago, más positivo aún que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacía seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia, y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que, sin haber visitado á París, calculen, de los llamados *restauradores* en aquella capital, por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos Amigos y *Rocher de Cancale*, entre la Fontana y *Les Frères provençaux*.—Se ha dicho, no sin razon, que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el más delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. — De aquí la boga de tales establecimientos, que no solamente están en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital.— Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los más ínfimos hasta los más inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales, que en vano pretenderia yo aquí ni tan sólo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces

en aquella capital, gustó hacer un exámen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante.—Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entr'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cuál dariamos la preferencia.—¡Ahí que no era nada!—Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el diablo*, *I Puritani*, *El Misántropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El Arte de conspirar*, *La Torre de Nesle*, *El Diablo en Sevilla*, *El Hombre del siglo*..... Meyerbeer, Bellini, Molière, Racine, Víctor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Plessis*, *Mrs. Ligier*, *Joanny Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ibanoof*, *La Grisi* y *La Unguer*..... y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones más *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos Elíseos*, *Italia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, el *Prado* y el *Retiro;* conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros.

Pero era el primer dia que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real; creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro frances, al Teatro de Racine y de Corneille.— Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia á ejecutar el papel de *Celimene* en el Misántropo..... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas,

no pude ménos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero áun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel dia; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia Real de Música*, donde á la sazon se hallaban cantando el *Roberto el diablo*, de Meyerbeer.

Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que sólo viéndolo puede formarse idea; al ver el mágico vuelo de *Mlle. Taglioni* y demas comparsa aérea; al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera, el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches; sin hacer parada, por aquella noche, en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés;* sin apénas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero; sin acordarme, en fin, de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas áun más gratas del porvenir.



IX.

PARIS ANIMADO Y MERCANTIL.

No es ciertamente la inmensidad de las calles, ni la belleza de los monumentos, lo que más admira el forastero cuando llega á pisar á París : es, sí, la animacion y movimiento de su poblacion, el espectáculo de su vida exterior, el contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres, en ocupaciones, en caractéres; la constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo; el pomposo alarde de la inteligencia humana, y el horizonte inmenso de placeres que el interes y la civilizacion han sabido extender hasta un término infinito.

Preciso es convenir, sin embargo, que muchas de las que se llaman comodidades de la vida parisiense no son otra cosa que medios inventados para destruir obstáculos, para satisfacer necesidades que en otros pueblos no existen, y que, por lo tanto, lo más que consiguen es nivelarle con aquéllos en cuanto á la satisfaccion de tal ó tal necesidad; mas no por eso deben dejar de admirarse los ingeniosos métodos con que algunos de aquellos obstáculos están neutralizados.

La dificultad de la comunicacion, por ejemplo, deberia ser sin duda uno de los inconvenientes que ofreciera aque-

lla capital : pues esta dificultad desaparece, gracias á un servicio de correspondencia interior perfectamente organizado, que permite comunicarse rápidamente por medio de multitud de estafetas colocadas en todos los barrios, y cuyas cartas se reparten de dos en dos horas.—La rigidez del clima en mucha parte del año deberia tambien hacer poco frecuentadas las calles, y paralizar en gran parte el movimiento de la poblacion; pero para ocurrir á este inconveniente, un sinnúmero de coches, berlinas, cabriolés de todas formas y gustos, estacionados en las plazas y calles, están prontos á conducir á los que los alquilan por dias, por horas ó por un viaje solo. — Aun más : los enormes faetones designados con los nombres de *Omnibus*, *Damas blancas*, *Favoritas*, *Bearnesas*, etc., pudiendo contener cada uno de catorce á diez y seis personas, se han repartido modernamente todas las grandes líneas de la ciudad, y recorriéndolas constantemente *de diez en diez minutos*, van recogiendo al paso á todos los que gustan subir, y todavía le franquean correspondencia con otra línea, de suerte que, por *seis sueldos* (unos nueve cuartos), que es el precio de cada viaje, pueden recorrerse distancias enormes con toda comodidad.

Para proporcionar paso entre dos calles principales, para dar más extension al comercio y más elegancia á la ostentacion de la industria mercantil, se establecieron las bellísimas galerías cerradas de cristal (*passages*) de que ya cuenta París más de doscientas, y al paso que de riquísimos bazares de comercio, sirven de grato recurso contra la intemperie y el bullicio de las calles.— La inmensa afluencia de forasteros y gentes baldías ha dado lugar á miles de posadas' y fondas magníficas, donde se halla satisfecho desde el más modesto deseo hasta el lujo más desenfrenado; y la falta de la sociedad íntima (casi imposible en pueblo tan extenso y agitado) ha ocasionado

un sinnúmero de espectáculos públicos, ó más bien un espectáculo perpétuo, para el que llega á faltar hasta el tiempo material.—Por último, una bien entendida policía, ejerciendo su contínua vigilancia, garantiza la seguridad pública y privada, satisfaciendo de este modo otra necesidad indispensable en un pueblo en donde, al lado del lujo más asombroso, reina tambien la más horrorosa miseria; al lado de las virtudes más nobles, toda la depravacion del crímen.

Hay en el idioma frances un verbo y un nombre, que se aplican especialmente á la vida parisiense, y son el verbo *flaner* y el adjetivo *flaneur*.—No sé cómo traducir estas voces, porque no hallo equivalente en nuestra lengua ni significado propio en nuestras costumbres; pero usando de rodeos, diré que en frances *flaner* quiere decir: —«andar curioseando de calle en calle y de tienda en tienda»,—y ya se ve que el que tratára de *flanear* largo rato por la calle Mayor ó la de la Montera, muy luégo daria por satisfecha su curiosidad, porque en un pueblo sin industria propia, y que tiene que importar del extranjero la mayor parte de los objetos, debe ser reducido el acopio de ellos, y no dar materia á una prolongada contemplacion.—París, por el contrario, es el más grande almacen de la moda, la fábrica principal del lujo europeo, y en sus innumerables tiendas vienen á reunirse diariamente todos los adelantos, todos los caprichos de las artes bellas y mecánicas; de suerte que, por muy exigente que quiera ser la imaginacion del espectador, todavía puede estar seguro de verla sobrepujada por la realidad; todavía se le presentarán objetos de tal primor, que no hubiera imaginado en sus más caprichosos ensueños.

Esta actividad de la industria, este poderoso estímulo del interes, ha dado tambien ocasion á otra especialidad

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y áun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.— La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interes combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamas!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice : *oro*, *plata*, *diamantes*, y en el otro *imitacion de oro*, *plata y diamantes*.— Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellísimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el córte más moderno de aquellos trajes.— Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.—Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y áun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.— La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interes combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamas!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice : *oro*, *plata*, *diamantes*, y en el otro *imitacion de oro*, *plata y diamantes*.— Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellísimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el córte más moderno de aquellos trajes.— Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.— Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y áun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.—La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interes combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamas!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice : *oro*, *plata*, *diamantes*, y en el otro *imitacion de oro*, *plata y diamantes*.—Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellísimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el córte más moderno de aquellos trajes.— Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.— Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca

propia de París, que consiste en el arte, ó más bien la coquetería, con que todos aquellos objetos están expuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular, de que con algunas excepciones carecen todavía las nuestras, y áun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.— La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta sólo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los más bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interes combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero, para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamas!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las más preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría, que sólo llega á convencerse de ella, el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice : *oro, plata, diamantes*, y en el otro *imitacion de oro, plata y diamantes.*— Una relojería, para estar allí decentemente adornada, necesita

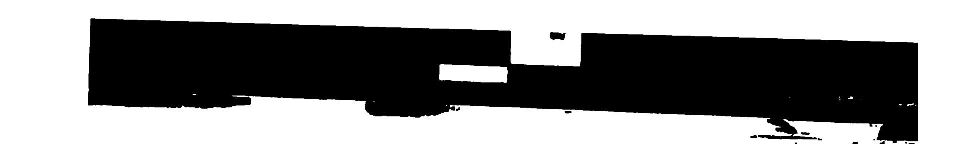
ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños y de la más rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar más.—Cada *papeterie* es un bellísimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, álbums, encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y más volúmenes en todas lenguas, áun las más extrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y ademas en graciosos maniquís del tamaño natural ofrece á la vista el córte más moderno de aquellos trajes.— Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demas muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.— Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus cristales las muestras de aquéllas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su actitud imponente y su desapacible verdad causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca

na disimuladamente solicitada, todo está dominado por un mismo impulso, todo es nacido de un mismo deseo, el de adivinar los caprichos y necesidades del hombre para brindarle su satisfaccion á trueque del dorado metal.—Y allá van á reducirse y disolverse los grandes capitales, los trabajosos ahorros.—El príncipe austriaco ó moscovita, el comerciante holandes, el grande de España, el artista italiano, el lord inglés y el hacendado de la Union, todos contribuyen poderosamente á mantener aquel inmenso taller de la industria parisiense, como prueban muy bien los numerosos paquetes de cédulas de todos los Bancos del mundo, los profundos sacos de monedas de oro con la efigie de todos los soberanos, que, con gran pena de los mirones, ostentan detras de sus enrejados las muchísimas casas de cambio.

Un viaje á París no es dispendioso por el gasto material para la existencia (de que más adelante hablarémos), ni áun tampoco por el que ocasionan los diferentes espectáculos que se brindan á la curiosidad.— Puede serlo, y lo es, en efecto, por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene á producir; y si el viajero es de un país como el nuestro, en donde la industria y arte mercantil están poco avanzados, puede exponerse á ver fallidos sus cálculos si no sabe sobreponerse á las tentaciones y cerrar los ojos á tiempo, seguro, como debe estarlo, de que si da rienda suelta á sus deseos, no por eso conseguirá satisfacerlos, ni áun templarlos, mas que sea un potentado; porque, por muchos que sean sus recursos, nunca bastarán á colmar los antojos que á cada paso le asaltarán; por bellos que sean los objetos que adquiera, no dará un paso sin encontrar con otros mil veces mejores; por mucha que sea su inteligencia, no por eso crea que dejará de ser engañado mejor.

Sobre todo, aconsejària al recien llegado á París que en los primeros dias procure no comprar nada, hasta que, bien enterado de las diversas fabricaciones, pueda dirigirse para su adquisicion á los sitios más propios; desconfie, sobre todo, de los magníficos almacenes del Palacio Real y Galerías, donde el precio de los objetos suele estar recargado, para pagar el crecido alquiler de las tiendas; no crea tampoco las innumerables protestas y encomios de las muestras, carteles, diarios, listas y tarjetas que á cada paso le entregarán por las calles; que se haga, en fin, acompañar por algun sujeto práctico en estos negocios, pues de lo contrario, corre peligro de ser víctima de su inexperiencia, y de vuelta á su país, ó habrá gastado el doble, ó habrá gozado la mitad.

La vida del extranjero en París, sus visitas á los establecimientos públicos, un ligero bosquejo del carácter y modo de existir de los habitadores de aquella capital, y el halagüeño cuadro de sus espectáculos y placeres, materia son para largos volúmenes, pero que habré de encerrar brevemente en los capítulos sucesivos.





X.

PARIS MONUMENTAL Y ARTÍSTICO.

Debe suponerse que el extranjero, al visitar la capital de Francia, ha tenido un objeto; ya de conocer y apreciar sus monumentos artísticos, ya su organizacion social y las costumbres de sus habitantes, ya de adquirir instruccion en los muchísimos establecimientos científicos que con ella le brindan, ya, en fin, de participar de los placeres y diversiones que ofrece la ciudad más alegre y animada de Europa.—No es esto decir que por desgracia dejen de hallarse algunos (y no en corto número) que, sin tomar en cuenta ninguna de estas consideraciones, sin conocer ni apreciar de antemano su propio país, y sin consultarse á sí mismos sobre su respectiva vocacion ó inclinaciones, montan en la silla de posta, atraviesan los caminos, y desembarcan en las orillas del Sena, preocupados con la única idea de que á su vuelta podrán asegurar que «han visto á París», atestiguándolo con el córte novísimo de su levita ó el lazo fantástico de su corbata.

Para estos espíritus frívolos, París es el taller de un sastre ó los bastidores de un teatro, así como Madrid es la calle de la Montera y el salon del Prado; para ellos nadie escribe, porque no saben ó no quieren leer.

Prescindiendo, pues, de estos autómatas viajeros, y suponiendo en el recien llegado á París el justo deseo de conocer y examinar el interior de aquellos objetos á que le llaman su vocacion ó sus inclinaciones, permitiráseme acompañarle con la imaginacion en sus visitas investigadoras, tomando de aquí pretexto para apuntar, aunque ligeramente, alguno de los infinitos objetos que al filósofo, al crítico y al hombre de mundo ofrece la capital de los franceses.

Ante todas cosas, conviene advertir que un pueblo como París, visitado constantemente por cien mil y más extranjeros de todos los países, clases y condiciones, es en cierto modo una ciudad que á todos pertenece; un centro comun, que á todos inspira franqueza.—Por distantes que sean las regiones de donde proceda el forastero, por elevada su clase, por extraños sus usos é inclinaciones, está seguro de hallar en París otros de sus compatriotas, gentes de su jerarquía, usos y costumbres propios de su sociedad.—Por otro lado, la influencia de la moda francesa, extendida por la victoria, y dominando con su prestigio hasta los pueblos más remotos, ha estrechado de tal modo las distancias, ha facilitado las relaciones con aquel pueblo en términos, que el viajero, ya predispuesto anteriormente con el conocimiento de su idioma, de su literatura y de sus costumbres, no halla apénas dificultad para adherirse á ellas y fijar sus ideas en el punto de vista parisiense.

Una bien entendida administracion, apreciando debidamente cuánto importa á un pueblo el facilitar su acceso, y brindar con su grata hospitalidad al forastero, ha puesto siempre el mayor cuidado en garantir su seguridad, en proporcionar sus goces, en facilitarle los medios de conocer y apreciar los tesoros que encierra en su seno; y de-

dicando considerables sumas á embellecer y aumentar éstos, los ha sabido llevar á un punto tal, que cuando otros motivos no ofreciera París, sería suficiente razon para visitarle el deseo, la necesidad de conocer los más bellos monumentos de las artes, los más ingeniosos procedimientos de las ciencias, el vital cultivo de las letras, la brillantez sin igual de los públicos espectáculos.—Los mezquinos economistas y los opositores políticos, que, calculando nimiamente en su aritmética interesada, censuran y regatean toda suma destinada á la proteccion de las artes, á la construccion de un monumento público, de un templo, de una estatua, de un arco triunfal; á la publicacion de una obra científica, al sostenimiento de un espectáculo nacional, pueden, si gustan, calcular el enorme beneficio que aquellas sumas, impuestas con tales objetos, reportan á la capital francesa, con la inmensa afluencia de forasteros que lleva á su recinto el deseo de visitar sus maravillas.

Grande es la facilidad que encuentra el viajero para penetrar en el interior de aquellos interesantes objetos, y éste es otro de los medios que no podia descuidar la discreta Administracion.—Consiguiente á él, bástale sólo al forastero que desea recorrer los Museos, las Academias, las Bibliotecas, los monumentos públicos, presentar simplemente su pasaporte para que todas las puertas le sean abiertas, áun en aquellos dias en que no es permitida la entrada al público parisien. Algunos establecimientos administrativos de instruccion ó de penalidad, algunas fábricas ó edificios en construccion, exigen para ser visitados un permiso especial de un ministro de la corona ó del director respectivo; pero para obtenerle sólo hay necesidad de escribir una lacónica carta al Ministro ó al Director, pidiéndole el billete de entrada, que se remite al deman-

dante al dia siguiente, sin gasto ni humillacion de ninguna especie.—Los conserjes y otros dependientes, encargados de enseñar los establecimientos, reunen, á los buenos modales, el práctico conocimiento y una ingeniosa charla para describir á su modo los objetos; y hasta su moderacion en contentarse con una ligerísima propina forma singular contraste con la exigencia y tiranía que en iguales casos reina en otros países, por ejemplo en Lóndres, donde recuerdo haber pagado diez *schelines* (unos cincuenta reales) por visitar los distintos compartimientos de la Torre, y otros exorbitantes derechos en las iglesias de San Pablo y de Westminster.

Los templos antiguos más notables de París son la catedral (*Notre Dame*), San German de los Prados, San Estéban del Monte, y San German el *Auxerrois;* y todos ellos, por su época y por el órden de su arquitectura, pertenecen al género más ó ménos propiamente apellidado *gótico;* pero á pesar de su importancia respectiva, no parecen poder sostener la comparacion con otros infinitos monumentos religiosos que ostenta la Francia, y hasta la catedral de Nuestra Señora me parece inferior á las magníficas de Reims, Amiens, Tours, Strasburgo, etc. Sin embargo, por su respetable antigüedad (siglo XII), por su imponente grandeza y nobles proporciones, es muy digna de particular encomio, y seríalo áun más si la mano del hombre (que vence en osadía á la del tiempo) no hubiera, bajo el pretexto de renovaciones, hecho desaparecer gran parte de su carácter primitivo; así vemos que en la fachada principal, en aquella *sinfonía de piedra* (como le place caracterizarla al entusiasta Víctor Hugo), se echa de ménos gran parte del caprichoso follaje y adornos de estatuas tan propio de este género de construcciones; y penetrando en el interior, observamos que el revoque

profanador de las paredes y columnas, y la desnudez afectada de los altares, la priva á nuestros ojos de aquella fisonomía poética y sublime que tan profundas sensaciones hacen experimentar otros templos semejantes.—Recorridas las naves de la iglesia, el forastero no deja de subir á la plataforma de las torres, siquiera no fuese más que por el placer de contemplar á París á la altura de *Cuasimodo*, y de unir su propio nombre á la infinidad de otros más ó ménos ignorados que cubren las pizarras del andén.

Entre las iglesias modernas de aquella capital, son las más notables las de los Inválidos, el Panteon (Santa Genoveva), San Sulpicio y la Magdalena, que pueden justamente colocarse entre los más bellos monumentos del arte; tambien hay otras modernas ó renovadas con más ó ménos suntuosidad, que sirven de parroquias, como San Roque, San Eustaquio, la Asuncion y Nuestra Señora de Loreto; pero aquéllas, formadas sobre los modelos griegos y romanos, tan análogos á sus creencias religiosas, y éstas, revestidas por su mayor parte de formas teatrales y halagüeñas, inspiran, sin saber por qué, más interes que respeto, y pueden ser consideradas más bien como páginas brillantes del arte que como tributos de un pueblo creyente á la fe y religion de sus mayores.

Forma sobre todo la admiracion de los inteligentes la magnífica rotonda sobre que descansa la cúpula del templo de los Inválidos, construccion atrevida y elegante del arquitecto Mansard, que no cede en belleza á las justamente célebres de San Pedro en Roma y San Pablo de Lóndres. En el centro de esta rotonda es donde ha de colocarse el monumento fúnebre para depositar los restos del emperador NAPOLEON, y los más célebres arquitectos de la época se disputan el honor de combinar un pensa-

miento correspondiente á la grandeza y majestad del sitio, y á la alta nombradía del hombre ilustre á cuya memoria se dedica.

La iglesia de Santa Genoveva, formada á imitacion de las basílicas romanas, es un monumento realmente admirable del pasado siglo, y destinado por la Asamblea constituyente para lugar de sepultura de todas las grandes celebridades del país, es conocido bajo el nombre de *Panteon Nacional*, y por bajo del fronton que decora su entrada se lee esta inscripcion : «*Aux grands hommes la patrie reconnaissante.*» — Soberbio es el aspecto exterior de este magnífico monumento; su grandioso peristilo, su elegante cúpula, sostenida por una bella columnata circular, y el hermoso fronton con relieves alegóricos que decora la entrada, predisponen admirablemente el ánimo del espectador.—Penetrando en el interior, no puede ménos de continuar en su admiracion, contemplando la altura y majestad de las bóvedas, la belleza de las pinturas al fresco en la nave principal; pero instantáneamente se apodera de su imaginacion la idea de un inmenso vacío, producido por la falta del culto, por la ausencia de la Divinidad, desterrada inoportunamente de aquel sitio para dar lugar al apoteósis de las miserables grandezas humanas.—Este remedo político de la religiosa é histórica abadía de Westminster, verdadero templo de gloria abierto á todas las celebridades de la Gran Bretaña, está bien léjos de inspirar en el ánimo del visitador aquel místico respeto, aquella sublime admiracion que su modelo; y esto consiste en que el Panteon frances no está santificado por la religion ni por la historia; ántes bien usurpó á aquélla uno de sus templos, y quiso crear ésta en virtud de un simple decreto.—Lo más singular es que, áun admitido este orígen, ha sido tan desmentido en la práctica, que únicamente se ven en las bóvedas de Santa Genove-

va dos sepulcros de personas realmente notables, y son los de *Francisco Arouet de Voltaire* y de *Juan Jacobo Rousseau*. Los demas están dedicados á personas de escasa nombradía; tal oficial, v. gr., que murió en un asalto; tal magistrado que trabajó en un Código, ó cual cortesano que llegó al sillon ministerial. Y miéntras tanto, yacen en diversos sitios los filósofos Pascal, Descártes y Montaigne; los inmortales autores del *Telémaco* y de *El Espíritu de las leyes;* los grandes poetas Molière, Racine y Corneille; los sagrados oradores Bossuet, Flechier y Massillon; los ilustres generales Turenne, Condé y Vandôme; los ministros Sully, Richelieu y Colbert; los tribunos Manuel, Foy y Constant; los artistas Perrault, David y Talma, y tantos otros hombres verdaderamente grandes como la Francia ha producido, y que el viajero espera justamente encontrar en el interior del Panteon.

El templo de la Magdalena, empezado á construir durante el imperio de Napoleon, con el objeto, un poco vago, de *Templo de la Gloria*, y concluido últimamente, lleva en su configuracion; verdaderamente griega, el sello propio de la divinidad profana á que fué dedicado; y cuando andando los tiempos, variados los gobiernos y concluido el monumento, se ha querido cambiar su destino, poniéndole bajo la invocacion de Magdalena *la penitente*, no se ha hecho más que cometer un gran absurdo, que contrasta realmente con la notoria ilustracion de la nacion francesa.—Hay motivos para pensar que Napoleon, al levantar aquel indefinido monumento, quiso labrarse un sepulcro digno de su grandeza, como los Faraones de Egipto en las Pirámides, ó el emperador Adriano en el castillo de Roma.

Las demas iglesias arriba mencionadas tienen tambien

su respectivo mérito, en cuanto á la forma, y son más características como parroquias de extendida feligresía, y en las cuales el culto divino parece ser su objeto principal. A ellas acude una numerosa concurrencia, en especial los domingos, en que se celebran con solemnidad los misterios religiosos, y se pronuncian excelentes discursos por los celosos pastores á quien está cometida la instruccion y el alivio espiritual del pueblo. — No es tampoco extraño el ver en ellas á las primeras damas de la opulenta capital hacer personalmente la demanda de limosnas para los pobres del distrito, ó escuchar á los primeros artistas de París unir sus voces y magníficas orquestas á los ecos del órgano religioso.—Ignoro si la moda, la vanidad ó hasta las oposiciones políticas influirán en estas demostraciones más aún que la verdadera y sólida piedad; pero no he podido ménos de reconocerlas y compararlas con el estado de frialdad é indiferencia que observé en este punto del culto cuando hace siete años visité por primera vez aquel país. Entónces hallé desiertas casi del todo las iglesias de la capital, y perdida la voz de sus oradores en el silencio de sus bóvedas; ahora con dificultad he podido penetrar en San Roque durante la misa del domingo, y he escuchado al reverendo padre Lacordaire, *vestido con el hábito de Santo Domingo*, predicar en la iglesia de Nuestra Señora, delante de una sociedad numerosa y escogida.

Ademas de los templos católicos, que vienen á ser, me parece, unos cuarenta, hay en aquella capital otras muchas iglesias de las diversas sectas religiosas, como la iglesia católica-francesa; la de los protestantes calvinistas y los luteranos; la iglesia griega, y las sinagogas de los israelitas. Son, en general, poco notables, á excepcion de las últimas, en especial la que está situada en la calle de Nuestra Señora de Nazaret, donde se celebran los oficios

de aquel rito con mucha solemnidad todos los viérnes, despues de puesto el sol.

Entre los muchos edificios públicos que la exageracion francesa califica de Palacios, merecen, ciertamente, esta denominacion los siguientes: Tullerías.—Real.—Louvre.—Luxemburgo.—Borbon.—Elíseo Borbon.—D'Orsay.—Instituto.—Legion de Honor.—Justicia.—Bolsa.—Y Hotel de Ville (Casa Consistorial).

Sin duda que el lector no espera encontrar aquí una descripcion artística de estos célebres monumentos, pudiendo acudir el que la desee, á los innumerables libros especiales en que está consignada. Reconozcamos aquí nuestra incompetencia en la materia; evitemos á nuestros lectores el cansancio de la repeticion, y huyamos tambien del extremo de los viajeros franceses, que á propósito de *impresiones de viaje* nos *reimprimen* toda la historia de los pueblos que visitan, á contar desde los tiempos fabulosos, y todas las relaciones más ó ménos críticas que encuentran al paso.

Por otro lado, sería imposible que en algunos casos intentase yo entrar en explicacion de detalles materiales, supuesto que con mi buena fe castellana empiezo por decir que el Palacio de las Tullerías, por ejemplo, sólo le he visto por su parte exterior; pues colocado, por mi calidad de extranjero y por mi insignificancia política, fuera del círculo de tan elevada esfera; no siendo representante en aquella capital de otros intereses que los de mi natural curiosidad; y oscurecido, en fin, entre la turba de viandantes que de todos los puntos del globo acuden diariamente á la capital de los franceses, no es nada de extrañar (ni por eso me doy por sentido) que el poderoso monarca que ocupa su trono (actual inquilino de aquel

palacio) no se haya acordado de mi humilde persona para invitarme á sus festines y *soirées*. Razon por la cual, y sin dárseme tampoco el menor cuidado, me limité en várias ocasiones á asestar mi anteojo escrutador al vetusto alcázar de la monarquía francesa, que (perdóneme su ausencia) no conserva de bello más que su misma respetable antigüedad.

El Palacio Real de Orleans, propiedad de S. M. Luis Felipe, y su morada ántes de subir al trono de Francia, fué construido por órden del célebre cardenal de Richelieu, y legado por él en su testamento al rey Luis XIV, que posteriormente le cedió á su hermano el Duque de Orleans. —En mi primer viaje á París, en 1833, visité el interior de este palacio, y la galería de cuadros propia de su augusto dueño que le adornaba, dos de los cuales llamaban singularmente la atencion por el contraste político que ofrecian; representando el uno al mismo Luis Felipe emigrado y proscripto, regentando una escuela de Geografía en una ciudad de Suiza, y el otro al Rey de los franceses jurando la Carta constitucional en manos de los representantes del país.—Estos cuadros y otros de dicha galería han pasado despues al Museo histórico de Versálles, é ignoro si habrá sucedido lo mismo con el resto de la galería.

Pero lo más notable de este palacio es todo lo que no puede llamarse propiamente tal; esto es, los bellos edificios, los pórticos y galerías que rodean su inmenso jardin, y la animacion que les prestan sus numerosas tiendas, fondas, cafés y espectáculos.

Léese en las Memorias de madama Genlis, que en 1778 se hallaba el Duque de Orleans tan fuertemente empeñado en deudas enormes, que el hermano de aquella señora (aya que era del actual rey de los franceses, y autora de

Las Veladas de la Quinta y de *Adela y Teodoro*) le propuso la construccion de una serie de casas alrededor del jardin de su palacio, con el objeto de beneficiar su producto, y adoptando el pensamiento, y construidas las habitaciones sobre una galería de doscientos arcos; entregadas aquéllas á la industria y comercio, resultó el más magnífico bazar, así como tambien la finca urbana más productiva del mundo entero.—Más de trescientas tiendas simétricas y de un lujo prodigioso ; multitud de cafés y fondas, los más elegantes de la capital; tres ó cuatro teatros; gabinetes de lectura; sociedades artísticas y literarias; un magnífico jardin de setecientos piés de largo por trescientos de ancho; animado el todo con una iluminacion verdaderamente prodigiosa con innumerables mecheros de gas; una afluencia inmensa y contínua de gentes de todos puntos del globo que vienen á reunirse en este célebre recinto, justamente llamado *la capital de París;* todos los objetos, en fin, de distraccion, de gusto ó de capricho, reunidos en aquel punto central, le colocan á la altura de su reputacion, y obligan al extranjero á permanecer en él largas horas cada dia, sin poderse arrancar de tan encantadora mansion.

El palacio inmediato del *Louvre*, como monumento de arte, es sin disputa el más mágnífico, bello y propio de aquel nombre que encierra la capital de Francia, justificando la alta reputacion que goza en aquel país su arquitecto, Perroult, por cuyos planes se levantó de órden de Luis XIV sobre las ruinas del viejo palacio de Felipe Augusto.—En este hermoso é inmenso edificio se halla colocado : primero, el Museo de estatuas, bustos, bajos relieves, altares, vasos y candelabros, etc.—Segundo, el Museo de cuadros de las escuelas francesa, italiana, holandesa y flamenca.—Tercero, el Museo egipcio, magní-

fica coleccion de objetos propios de aquel interesante pueblo de la antigüedad.—Cuarto, el Museo de la Marina, con todos los modelos de construcciones navales, instrumentos científicos y náuticos, planos de ciudades, puentes y máquinas.—Y quinto, el Museo de cuadros españoles, formado en estos últimos años, con unos cuatrocientos de Murillo, Zurbarán, Cano, Coello, etc., adquiridos por el Rey.—Hay ademas otro departamento de estampas y mapas, y otro de esculturas del Renacimiento.—La descripcion ó mera indicacion de los objetos contenidos en cada uno de estos museos ocupa volúmenes enteros, pudiendo asegurarse que, despues del Vaticano, no hay acaso otro edificio en el mundo donde puedan admirarse tantas riquezas artísticas. En él, ademas, se celebran las exposiciones anuales de Bellas Artes; y en la última, que empezó en 15 de Marzo de este año, y que he visitado, fueron *dos mil doscientas ochenta* las obras nuevas expuestas (segun el catálogo que poseo), y entre ellas hubo algunas de nuestros jóvenes compatriotas los Sres. Rivera y Villaamil.

El *Luxemburgo* es otro palacio, construccion tambien del siglo XVII, mandada ejecutar por María de Médicis, el cual sirve en el dia en parte para las sesiones de la Cámara de los Pares, y otra para Museo nacional de los artistas contemporáneos, donde puede observarse hasta qué punto se cultivan en el dia en aquel país las bellas artes.

El *palacio Borbon* es el sitio de las sesiones de la Cámara de los Diputados, y su bello salon semicircular está dispuesto convenientemente para este objeto, aunque sin notable ostentacion, y más bien consultando la comodidad en las discusiones.

El *Instituto Real de Francia*, ó reunion de las antiguas academias, ocupa el palacio que fué de Bellas Artes, co-

locado del otro lado del rio, frente del Louvre.—El palacio de *Justicia*, antigua morada de los prefectos romanos, de los reyes de la primera raza, de los Condes de París y sus prebostes; renovado posteriormente en diversas épocas y con distintos gustos, es en el dia el sitio central de toda la administracion de justicia superior del reino y particular de la capital; y en su parte baja se encuentran tambien las memorables prisiones llamadas de la *Consergería*.—Como objeto de estudio y observacion es muy digno de frecuentes visitas este palacio, para instruirse en los trámites de la administracion judicial, para escuchar las brillantes defensas de los abogados, y las escenas teatrales que la *vis cómica* francesa halla medio de introducir en el santuario augusto de la justicia.—Unida á este palacio se halla la *Santa Capilla*, monumento gótico del más exquisito primor y remota antigüedad, que, profanado por los revolucionarios del pasado siglo, ha permanecido cerrado y lleno de papeles de los archivos judiciales, hasta que por disposicion del rey actual acaba de emprenderse su restauracion.

El palacio del *Elíseo Borbon*, célebre por la abdicacion del emperador Napoleon en 1815, y por haber habitado en él el emperador Alejandro y el lord Wellington despues de la invasion de los aliados en aquella capital, es una magnífica casa de placer, muy digna de ser visitada; y el palacio de la *Legion de Honor*, de construccion igualmente del siglo pasado, merece justamente los elogios del artista.— Ultimamente, el soberbio edificio construido hace pocos años en el dique *d'Orsay*, y que ocupa actualmente el Consejo de Estado, y el antiguo *Hôtel de Ville*, aumentado considerablemente con las nuevas construcciones que acaban de añadírsele con destino á la habitacion del prefecto del Sena, son obras que revelan el buen

gusto de la época y la prosperidad y grandeza de aquel país.

Muchos otros monumentos públicos ostenta á cada paso la capital de Francia, destinados á embellecer su recinto ó á consignar las bellas páginas de la historia nacional. —La estatua ecuestre de Enrique IV en el Puente Nuevo; la de Luis XIV en la plaza de las Victorias; los arcos triunfales de San Dionisio y San Martin, elevados al mismo monarca, y otros varios testimonios de la pasada grandeza, no pueden, sin embargo, sostener la comparacion con los muchos y grandes que la moderna civilizacion ha sabido elevar con arrogante bizarría.—Véase, en apoyo de esta asercion, la magnífica Columna de bronce dedicada á Napoleon en la plaza de Vendôme; — la otra semejante que acaba de inaugurarse sobre las ruinas de la Bastilla para perpetuar la memoria de las revoluciones de 789 y 830; — el gigantesco Arco de triunfo de la Estrella, y el otro (mezquino en su comparacion), del *Carrousel;* — el Obelisco egipcio, traido de las orillas del Nilo y colocado con ingenioso mecanismo en la plaza de la Concordia; — y la magnífica decoracion de esta plaza, en fin, con sus hermosas fuentes, estatuas y candelabros; cosas todas que asombrarian á los mismos Luis XIV y Napoleon si hoy visitáran *su buena ciudad de París.*

Despues de terminadas sus artísticas visitas á estos y otros monumentos de la capital, sin duda que el viajero no limitará á ello su curiosidad, sino que, penetrando en el interior de sus establecimientos administrativos y económicos, científicos y literarios, tratará de conocer el pormenor de tan admirable conjunto.—De buena gana conduciria tambien al lector en tan agradable tarea, principal objeto de mi viaje, y á que procuré dedicar largas horas y exquisita diligencia; pero ya está repetido hasta



la saciedad el invencible obstáculo de la falta de espacio que estos ligeros recuerdos prestan á tamaña empresa.— Sin embargo, con el objeto, al ménos, de cumplir mi propósito de hacer algunas indicaciones útiles al viajero, pasaré rápidamente la vista sobre los principales establecimientos, áun á riesgo de enojar á algunos de mis lectores con esta cansada relacion, y obligado á interrumpirla aquí para darles un respiro.



XI.

PARIS CIENTÍFICO Y LITERARIO.

Si el viajero es literato, y el objeto de su viaje á la moderna Aténas es cultivar en ella sus conocimientos ó aficiones especiales, sin duda que sus primeros paseos serán dirigidos al *país latino*, importante demarcacion de aquella capital que queda comprendida entre la orilla izquierda del Sena y el jardin de Luxemburgo, el barrio de San German y el Jardin de Plantas.

Colocado en el punto culminante de aquellos populosos barrios, esto es, sobre la montaña en que está edificada la iglesia de Santa Genoveva, verá desplegarse á sus piés un laberinto de calles sucias y estrechas por su mayor parte, rara vez surcadas por elegantes carruajes; casas altísimas, viejas y sombrías, apénas interrumpidas por modernas y brillantes construcciones.—No es esto decir que el *país latino* no ofrezca tambien su aspecto pintoresco, ni el agitado bullicio de las demas calles de la capital. Al contrario, sus recuerdos históricos y monumentales; la alegría y movimiento de sus moradores, le hacen interesante en extremo; y luégo, descendiendo á sus detalles, no puede ménos de sorprender como centro de actividad intelectual, como el foco de los rayos lumi-

nosos que, partiendo de este oscuro recinto, alcanzan despues á los más remotos confines del mundo literario.

Allí tiene el viajero la antiquísima y célebre Universidad de la *Sorbona*, que tan eminente lugar ocupó en los fastos escolásticos y en las religiosas controversias de la Europa; y en sus diversas cátedras puede escuchar la voz de profesores justamente célebres, cuyas lecciones son repetidas despues en las principales Universidades extranjeras.—Allí tiene tambien el *Colegio de Francia*, gloriosa fundacion de la época del renacimiento de las letras, el cual comprende todas las demas ciencias no enseñadas en la Universidad, y cuenta él solo con la asistencia diaria de más de seis mil alumnos.—Allá, los otros colegios de *Luis el Grande* y de *Enrique IV*, no ménos importantes y frecuentados.—No léjos la *Escuela Politécnica*, cuyo objeto es formar alumnos para la artillería é ingenieros de mar y tierra, de puentes y calzadas, mineros, físicos y matemáticos.—Más allá la *Escuela de Derecho* y la de *Medicina*, que vienen á ser las dos grandes potencias del distrito, asistidas por muchos miles de escolares, los cuales con sus costumbres y método de vida imprimen la fisonomía especial de aquellos barrios.

Todos ellos están impregnados (por decirlo así) de aquel ambiente científico, de aquella petulante ostentacion de saber que caracteriza á las poblaciones universitarias. Desde los parapetos que bordan al rio por este lado, hasta las más miserables tiendas, casas y desvanes, todas allí rebosan en libros nuevos y viejos, grandes y pequeños, buenos y malos; en códices mancos y formularios indigestos; en comentadores y glosas, en tésis y conclusiones; y en especial, las calles que avecinan á la Sorbona son el gran laboratorio de donde de tiempo inmemorial han salido aquellos rayos de la teología que tanta influencia han tenido en las revoluciones mentales de la moderna Euro-

pa; así como todos los comentadores y ergotistas campean á su sabor en las oscuras é innumerables tiendas que hacen sentir la vecindad de la Escuela de Derecho; y los fisiologistas, anatómicos, los homeopáticos, y los sectarios de Broussais y de Brown se reparten en muchas varas á la redonda la exclusiva propiedad de las que conducen á la Escuela de Medicina.

En medio de todo este aparato de estudio, las costumbres juveniles de los estudiantes forman, por su disipacion y bullicio, el más estrambótico contraste, y no sólo atraen la censura de los severos preceptores encargados de dirigir su educacion, sino que merecen una particular atencion á todos los Gobiernos, que siempre han visto en el indómito y juvenil espíritu del *país latino* el gérmen ó apoyo principal de toda clase de levantamientos y asonadas contra su autoridad. — Abandonados de la vigilancia de sus familias, á muchas leguas de ellas, y entregados al propio impulso en lo más ardiente de su edad; dotados unos por la brillantez y riqueza de su imaginacion; otros por los atractivos de una hermosa figura; estimulados éstos por el aguijon de la miseria; asistidos aquéllos con los dones de la fortuna, no hay empresa, por temeraria que sea, en que no se lancen; no hay obstáculo que se les oponga, no hay autoridad ante la cual doblen su indómita rodilla.—Con la misma actividad, con igual entusiasmo y potencia de facultades asistirán á sostener un argumento absurdo ó un axioma incontrovertible, harán la auptosia de un cadáver ó sustentarán un acto literario, se unirán en complot para silbar á un catedrático ó para levantar una barricada ó hacer una revolucion; igual energía pondrán para sostener ó *abismar* el drama nuevo representado aquella noche en el teatro de Luxemburgo, que en tejer y combinar otro vivo y *d'après nature* con la hija de

su patrona ó la tendera de la esquina; con la misma arrogancia lucirán sus luengas cabelleras y fantásticas barbas bajo el casquete del aula ó la nueva borla de doctor, que bajo el *schakó* de la guardia nacional, y con la propia indiferencia trocarán su querida, su *estudianta* (falange de muchachas baldía y espontánea, que marcha siempre á la grupa del bullicioso ejército estudiantil) con la del otro paisano su vecino, ó se repartirán económicamente su usufructo, ó la trocarán por un libro, ó la harán arrojarse al Sena por sus amores, ó la llevarán en ómnibus á las orgías enormes de las Barreras, ó en asnal cabalgata á la floresta de Montmorency.

Imposible parece que aquella juventud turbulenta y audaz haya de dirigir un dia con acierto los destinos del país, haya de hacer nuevas conquistas á la ciencia, haya de proteger la inocencia y la propiedad en la magistratura, la vida de sus semejantes á la cabecera de su lecho de muerte; la libertad, la grandeza y la independencia del país en la tribuna nacional; y sin embargo, nada es más natural, y (como decia Moratin) «En la edad está el misterio.»

No es sólo en el cuartel latino en donde está concentrada la pública enseñanza. Miles de otros establecimientos, más ó ménos importantes, despliegan fuera de él medios poderosos de instruccion.—El *Conservatorio de Artes y Oficios*, por ejemplo, colocado en el centro de la poblacion mercantil é industrial, tiene sus cursos de Aritmética, Geometría, Mecánica, Economía y Ciencias aplicadas á las artes.— En la *Biblioteca Real* hay cátedras de Lenguas orientales, de Paleografía y de Arqueología.—En el *Jardin de Plantas* se enseñan las Ciencias naturales en toda su extension y á la vista de los riquísimos museos allí reunidos.— La Astronomía y Ciencias conexas en el *Ob-*

servatorio.—Las Bellas Artes, la Música, la Declamacion, en los *Conservatorios* especiales.—Las Lenguas vivas, el Comercio, las Artes mecánicas y manufacturas, en innumerable multitud de establecimientos públicos y privados, algunos de los cuales cuentan miles de alumnos.

Pero debiendo concluir aquí esta rápida reseña, sólo nos permitirémos citar dos: sea el primero la *Escuela especial de Artes y Comercio*, situada en la calle de Charonne, magnífico instituto en que bajo un admirable plan reciben completa instruccion teórica y práctica de la ciencia mercantil y artes mecánicas más de tres mil individuos, y el *Gimnasio Normal, militar, civil y ortopédico*, fundado y dirigido por nuestro apreciable compatriota el coronel *don Francisco Amorós*, el cual ha sabido desplegar en él tan ingenioso plan de educacion física, y obtenido tan buenos resultados, que han hecho que el Gobierno frances eleve aquel establecimiento al rango de *Instituto Nacional.* — Por lo demas, el entrar en la sola enumeracion de los infinitos establecimientos públicos de enseñanza primaria, en las no ménos numerosas instituciones particulares aplicadas á los diversos ramos del saber, sería obra de muchos tomos y de cansada fatiga.

Las Academias *Francesa*, de *Inscripciones y Bellas Letras*, de *Ciencias*, de *Bellas Artes*, de *Ciencias morales y políticas*, y de *Medicina*, que juntas forman el Cuerpo denominado *Instituto Real de Francia*, celebran una Junta general, anual y pública el dia primero de Mayo, y ademas, separadamente, una sesion semanal cada una; y asistiendo á éstas, puede el forastero ponerse al corriente de los adelantamientos en las ciencias y las letras, y hacer conocimiento con los ilustres miembros de aquellos Cuerpos científicos, entre los cuales figuran dignamente los célebres Vizconde de *Chateaubriand*, *Thiers*, *Guizot*, *La-*

martine, *Delavigne*, *Víctor Hugo*, *Soumet*, *Aragó*, *Gay-Lusacc*, *Chevalier*, *Villemain*, *Salvandy*, *de Jouy*, *Scribe*, y otros no ménos conocidos y justamente apreciados en el mundo científico y literario.

Otras muchas Sociedades literarias existen en París, y deben ser visitadas si ha de formarse una idea del cuadro animado de la pública instruccion en aquella capital.—El *Ateneo*, por ejemplo, fundado en 1785 bajo el nombre de *Liceo* (aunque decaido hoy en parte del antiguo esplendor que le imprimieran los nombres de La Harpe, Chenier y otros ilustres literatos), ofrece todavía en sus enseñanzas grande interes á la ciencia.—Las Sociedades de *Anticuarios*, de *Geografía*, *Elemental*, *Asiática*, *Académica de Ciencias*, *Philotécnica*, *Philomática*, de *Buenas Letras*, de las *Artes*, *Bíblica*, el *Ateneo de Artes* y otras muchas alimentan constantemente el fuego sagrado de la ciencia, y con una actividad y constancia dignas de ser imitadas, rivalizan entre sí para obtener los más bellos resultados.

Los medios de instruccion están, ademas, facilitados en aquella capital por la multitud de bibliotecas públicas y los riquísimos museos, en que tampoco tiene que envidiar á ninguna ciudad antigua ni moderna.—Sólo la *Biblioteca Real* de la calle de Richelieu cuenta ya la enorme cantidad de *ochocientos mil* volúmenes y más de ochenta mil manuscritos; tiene ademas un riquísimo monetario y gabinete de curiosidades; otro departamento de cartas, planos y estampas en una abundancia prodigiosa, y otros muchos objetos, que necesitan para ser apreciados dignamente largas y frecuentes visitas.—Hay ademas la biblioteca *Mazarina* con noventa mil volúmenes, más especiales de las ciencias políticas y religiosas, físicas y matemáticas; la *del Arsenal*, que cuenta ciento setenta y cinco mil volúmenes y seis mil manuscritos, rica en historias,

novelas, poesías y otros ramos de bella literatura; la biblioteca de *Santa Genoveva*, con ciento sesenta mil volúmenes; la del *Instituto*, con ochenta mil; la de la *Villa*, con cuarenta y cinco mil; las de la *Escuela de Medicina* y la del *Jardin de Plantas*, ademas de otras treinta de los establecimientos públicos, que el viajero puede visitar fácilmente.

Hemos mencionado ya los Museos Reales reunidos en el palacio del *Louvre* y en el del *Luxemburgo*, y sería temeridad el pretender entrar aquí en la inmensa relacion de las riquezas que en materia de bellas artes contienen. Dos tomos regulares forman sus catálogos, y con ellos en la mano puede el viajero visitar, no una, sino muchas veces, sus interminables galerías, formando juicio y comparacion entre las diversas escuelas, épocas y nombres que rivalizan en aquel magnífico palenque. — Otras muchas galerías de cuadros existen en París, entre las cuales, por diversos motivos, merecen llamar la atencion y excitan particularmente el interes de los españoles, las que poseen el *Mariscal Soult* y el *Marqués de las Marismas, don Alejandro Aguado*, como formadas que son por su mayor parte con excelentes cuadros de las escuelas sevillana, valenciana y madrileña, superiores en mérito á los que á grandes costos ha reunido en el Louvre el Rey de los franceses bajo el nombre de *Museo Español*. — La del señor Aguado se distingue singularmente por su abundancia y eleccion, la grandeza y elegancia de su colocacion y la facilidad con que su opulento dueño proporciona el acceso al público aficionado. Segun el catálogo que tengo á la vista, consta de trescientos noventa y un cuadros, de los cuales doscientos cuarenta y dos son españoles, y los demas, de las escuelas extranjeras; entre aquéllos figuran cincuenta y cuatro de Murillo, diez y nueve de

Velazquez, diez y ocho de Ribera, cuatro de Juanes, diez y seis de Alonso Cano y diez de Zurbarán; y en los extranjeros los hay tambien excelentes de Rafael, Correggio, Ticiano, Vinci, Rubens, Rembrant, etc.

Un establecimiento que bajo los diversos aspectos de instruccion y de recreo reune el mayor interes para el viajero en aquella capital, es el *Jardin Botánico* ó *de Plantas*, que, ademas del destino científico que indica su nombre, forma tambien un deliciosísimo paseo, con bosques, parques, modelos de cultura, laberintos y puntos de vista encantadores, y el más rico Museo Natural que existe en el mundo.—En él puede admirarse á la naturaleza viviente en los diversos compartimientos del jardin, y ver en sus grutas, lagos, cercas, jaulones y estufas, desde el magnífico elefante y la elegante jirafa, hasta la bella mariposa y el hermoso colibrí; desde el iracundo tigre ó el altivo leon, hasta el social é inteligente jocó; desde el cedro del Líbano, hasta la más humilde hierbecilla.—En la *Galería de Mineralogía*, que tiene ciento veinte varas castellanas de extension, se encierra tal riqueza de objetos de esta clase, que es realmente para asombrar la imaginacion. *La Galería de Historia Natural* está formada de una coleccion inmensa, que comprende cinco mil pescados, quince mil mamíferos, seis mil pájaros, y un número infinito de las diversas clases de seres que pueblan la tierra, el agua y el aire. La *Galería de Botánica* no es ménos rica en ejemplares de plantas de todos los climas, géneros y dimensiones; y el *Gabinete de Anatomía comparada*, en sus quince salas, reune una coleccion preciosísima de esqueletos de todas especies, empezando por el hombre en sus diversas razas, europea, tártara, china, de Nueva Islandia, negra, hotentote y otras salvajes de América y Asia, y momias egipcias, objeto filosófico

de estudio, que excita el más alto interes en el visitador.

Otros Museos anatómicos hay en la Escuela de Medicina, y de objetos de bellas artes en el convento que fué de Agustinos, adonde se han reunido preciosos restos de los antiguos monasterios y castillos.—Tampoco puede dejar de visitarse el *Museo de Medallas*, en la Casa de la Moneda, en donde se encuentran colocados todos los punzones y matrices de las innumerables medallas acuñadas desde Francisco I hasta el dia, y una rica y metódica coleccion de monedas de todos los pueblos antiguos y modernos.— Igualmente el *Museo de Artillería* ó *Armería Real*, en que pueden verse una multitud de máquinas de guerra y armaduras de todos los siglos. — La famosa fábrica de tapicería de los *Gobelinos*, verdadero museo de cuadros, prodigiosamente tejidos, cuya perfeccion no reconoce igual en Europa. —Hay ademas cerca de París el magnífico *Museo Histórico* de Versálles, y el de porcelana de *Sèvres*, de que hablarémos en tiempo y lugar.

Si son dignos de admiracion y encomio tantos y tan bellos establecimientos dedicados á la pública instruccion, no lo son ménos por cierto los económicos y de beneficencia y correccion. — Entre los *hospicios* y asilos de indigencia, por ejemplo, sobresale el llamado de la *Salpetrière*, inmenso establecimiento que ocupa el espacio de cincuenta y cinco mil toesas, y viene á ser una pequeña ciudad, con várias calles y jardines, hospitales, iglesia y otros edificios. En él se albergan *cinco mil cuatrocientas mujeres* ancianas, enfermas, epilépticas y locas, y es realmente admirable el órden y la economía interior con que está gobernado. —El otro hospicio, de *Bicètre*, extramuros de París, es el destinado para hombres ancianos, y con las mismas condiciones que las mujeres de la Salpetrière, y puede contener unos tres mil trescientos. — Son

igualmente muy dignos de alabanza los dos hospicios de *Incurables* para hombres y mujeres, el de matrimonios (*ménages*), el de huérfanos de dos á doce años, y otros varios, cuya administracion y la de la hospitalidad domiciliaria hará muy bien en estudiar el viajero que pretenda ser útil á su país.

Pero el principal hospicio-hospital de aquella ciudad, y uno de los primeros del mundo, es el de los *Inválidos* del ejército, espléndido tributo nacional rendido á los defensores del Estado que se inhabilitaron en su servicio. De *cuatro á cinco mil* de aquellos desgraciados encuentran en él un asilo digno, un abundante alimento y un trato y cuidado tales, que llegan á hacerles olvidar sus dolencias y prolongar dulcemente el resto de sus dias.—Las demas clases menesterosas tienen para sus dolencias el *Hôtel-Dieu*, vasto establecimiento que encierra mil trescientas cuarenta camas, y los hospitales de la *Piedad*, con seiscientas; de la *Caridad*, con trescientas veintitres; de *San Antonio*, con doscientas sesenta y dos; el de *Necker*, el de *Cochin*, el de *Beaujon*, y otros muchos destinados para dolencias especiales, como, v. gr., el de *San Luis*, para las enfermedades de la piel, otro para las venéreas, y el magnífico de *Charenton* para los locos y dementes.—Hay otro hospital especial que sirve tambien de asilo y enseñanza para *trescientos ciegos* (*Quince-Vingt*), siendo un espectáculo realmente admirable el mirarles trabajar mil obras mecánicas, en extremo curiosas, que venden en provecho propio.—Igualmente es recomendable el *Instituto Real de niños ciegos*, de ambos sexos, en que se les enseña á leer por medio de libros impresos con caractéres en relieve, la Geografía, la Lengua, la Historia, las Matemáticas y la Música, y ademas algunos oficios, como el tejido, hilado, imprenta, etc.—Ni debe dejar el forastero de asistir á los ejercicios públicos

del *Instituto de Sordo-mudos*, fundacion del célebre abate *L'Epée*, en donde se admira igualmente el ingenio y la constancia del hombre para aliviar en sus semejantes la falta de las más notables facultades.— Otros muchos asilos hay, tales como el destinado á recibir las mujeres embarazadas, el de los *niños expósitos*, en que se reciben por término medio cinco mil quinientos en cada año, y un sinnúmero de establecimientos conocidos con el nombre de Casas de Sanidad (*Maisons de santé*), donde se encuentran habitaciones y camas para recibir á los enfermos que no puedan contar en sus casas con la debida asistencia, y se les cuida con el mayor esmero mediante una retribucion convenida.

Ademas de la Junta Administrativa de los establecimientos de Beneficencia, existen multitud de Sociedades filantrópicas con diversas denominaciones, como *Sociedad Maternal*, la *de la Providencia*, la *de los Prisioneros*, la *de Reforma de cárceles*, la *de Niñas desamparadas*, la *de Salas de asilo* (escuelas de párvulos), las asociaciones parroquiales y otras infinitas, que, auxiliadas unas con el concurso del Gobierno, y sustentadas únicamente otras por la pública caridad, contribuyen á sostener aquellos infinitos establecimientos, donde encuentran proteccion y asilo en su orfandad, consuelo y alivio en sus dolencias *más de noventa mil personas.*

Para terminar aquí con las asociaciones filantrópicas, me limitaré á hacer mencion de la *Caja de Ahorros*, establecimiento admirable, fundado en 1818, al cual concurren de tres á cuatro mil personas cada domingo á depositar sus economías, desde la suma de un franco hasta la de trescientos; siendo tal su importancia, que en el año último de 1840 ha dado los resultados siguientes: total recibido en el año, treinta y cuatro millones setecientos no-

venta y seis mil quinientos quince francos con setenta y dos céntimos.—Devuelto: treinta y tres millones setecientos noventa y ocho mil cuatrocientos ochenta y cuatro francos veinte y tres céntimos.—El número de libretas corrientes al fin del año en la caja pasaba de ciento veinte y cinco mil, las cuales tenian existentes en caja setenta y cinco millones de francos (unos trescientos millones de reales), cuyas enormes sumas tienen allí inmediata aplicacion pasando al Tesoro público, quien abona el correspondiente interes á la caja.—*El Monte de Piedad*, inmenso establecimiento, más mercantil que filantrópico, de aquella capital, no merece tantos elogios, por los crecidos intereses que lleva, y los medios poco escrupulosos con que brinda su mentido socorro á una poblacion imprudente y disipada.

Las prisiones de París no ofrecen tampoco tanto motivo de alabanza en lo general, y hasta son censuradas cada dia por escritores más ó ménos parciales; sin embargo, es visible la mejora que se ha verificado de unos años á esta parte, y entre las actuales pueden todavía alabarse sin escrúpulo la de *Santa Pelagia*, para delitos políticos; la *Fuerza*, para criminales comunes; la de *Clichi*, para deudores; la de *San Lázaro*, para jóvenes penitenciados (que es una de las mejor dirigidas que hay en París), y la de la *Roquette*, donde se halla puesto en práctica el sistema de aislamiento del célebre Bentham.

Otros muchos establecimientos públicos pudiera citar entre los destinados á la administracion y buen órden de aquella populosa capital, tales como los cinco mataderos (*abbatoirs*), construidos en tiempo de Napoleon, los cuales, por su bella disposicion y exquisita limpieza, merecen bien una visita del curioso viajero.— Los *acueductos* de San

German de los Prados, Belleville, Arcueill y los canales de *L'Ourcq* y *San Dionisio*, obras costosísimas, á par que grandiosas en sus resultados de abastecer de aguas á aquella inmensa poblacion.—Los amplios y bien construidos *mercados* especiales de grano, de harinas, de vinos, de comestibles, de vacas, de volatería, de caza, de pescado, de ostras, de fruta, de flores, de ropas viejas, etc.

Merecerian uno y muchos artículos especiales las infinitas asociaciones particulares, industriales y económicas que tanta importancia tienen en la prosperidad de aquel pueblo; pero baste decir que he reunido y tengo á la vista más de cien reglamentos de otras tantas de ellas, con diversos objetos y denominaciones, sin que pueda pasar en silencio la que tiene por objeto el fomento (*encouragement*) de la industria nacional, que ha ligado su nombre á todas las invenciones útiles de este siglo; la sociedad de *Seguros contra incendios de casas en París* (calle de Richelieu, número 85), que cuenta con el asombroso capital asegurado de mil y seiscientos millones de francos (unos seis mil cuatrocientos millones de reales); la de *Seguros vitalicios* (en la misma calle, número 97), que tiene un fondo social de tres millones novecientos mil francos (cerca de quince millones seiscientos mil reales); y otras infinitas contra los incendios naturales y fortuitos de edificios y muebles, contra los riesgos del granizo, explosiones, transportes, navegacion, pérdidas de pleitos y de créditos comerciales en casos de quiebra, reemplazos del ejército, atropellos de carruajes, etc., las cuales completan una larga serie de establecimientos útiles y necesarios para neutralizar en lo posible las contingencias de la vida.

Por último, y para concluir este largo capítulo, me habrá de permitir el lector alguna ligera detencion para bosquejar uno de los objetos más interesantes bajo los as-

pectos filosófico y artístico en aquella capital, y señalar en él los gratos recuerdos que encierra para un visitador español.

El *cementerio* del Norte de París, llamado *del Padre Lachaisse*, es un vasto y magnífico jardin, que desde los primeros años del siglo actual, en que fué destinado á este sagrado objeto, se ha visto cubierto de muchos miles de monumentos artísticos de la mayor magnificencia; y lo que es más, ilustrado con la rica aureola de gloria que derraman por su recinto los muchos nombres ilustres esculpidos en sus lápidas funerales. — En aquella soberbia *Necrópolis* (ciudad de muertos), en que entre dos generaciones han venido á pagar el humano tributo un *Foy* y un *Benjamin Constant;* un *Cuvier* y un *Talma;* un *Perrier* y un *Ney*; un *Massena* y un *Souchet*, grandes reputaciones de su siglo;—en aquel sagrado recinto, que, no contento con ellas, ha llamado á tan espléndido y mudo congreso los nombres gloriosos de los siglos anteriores, y recogido bajo su tierra amiga los restos del escritor filósofo de la córte de Luis XIV, el admirable *Molière;* del intérprete de la naturaleza *Lafontaine;* del cáustico *Beaumarchais* y del tierno *Delille;* — que ha levantado con los escombros del Paracleto una bella tumba gótica para los desgraciados amantes *Abelardo y Eloisa;* — en aquel jardin, en fin, que renueva la memoria del Eliseo de Virgilio, ó sea la espléndida evocacion de todas las sombras venerables de los que en las armas, en las letras ó en la tribuna defendieron é ilustraron á su patria, no puede ménos de conmoverse profundamente el hombre sensible ó el viajador filósofo que, atravesando sus bellos bosques, sus graciosas colinas y sus variados paseos, se halla detenido á cada paso con la multitud de fúnebres monumentos, las estatuas y nombres de las personas célebres que encierra.

Ningun sitio fuera de la capital ofrece puntos de vista más pintorescos y variados, y áun considerado meramente bajo el aspecto artístico, puede calcularse el interes que ha de excitar un inmenso jardin en que se encuentran más de cincuenta mil mausoleos de todas las formas y órdenes arquitectónicos, muchos de ellos de extraordinario primor, embellecido el todo por el frondoso ramaje de los árboles y las plantas, y por el interesante espectáculo de los piadosos parientes y amigos que vienen á rendir á los suyos los más tiernos homenajes, vertiendo lágrimas sobre sus tumbas, cubriéndolas de flores, y comunicándose con ellos, por decirlo así, á pesar de la muerte; y no se extrañará que á la vista de aquel sublime espectáculo, el extranjero, suspenso, sienta despertar un movimiento de simpatía por una nacion que sabe honrar así la memoria de sus pasados.

Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interes al encontrar frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos, levantados á la memoria de sus compatriotas, muertos en el destierro por consecuencia de las revueltas civiles.

Bajo un elegante templete de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado *D. Mariano Luis de Urquijo*, que falleció en París, en 3 de Mayo de 1817, á la edad de cuarenta y nueve años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripcion:

Il fallait un temple à la vertu,
Un asile à la douleur.

El Embajador *Duque de Fernan Nuñez*, el médico *García Suelto*, el sabio *Morales*, el marino *Guzman de*

Carrion, la Marquesa de *Arneva*, y otros varios compatriotas, yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan *la Islà de los Españoles*. — El *Príncipe de Masserrano*, grande de España de primera clase, reposa tambien allí, bajo un noble mausoleo, y á su lado, sobre una lápida modesta, que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español, bajo este tierno epígrafe:

Sur ce noble mortel, aucun ruban n'a lui;
Aucun titre ne le decore;
Mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers comme lui,
L'Espagne serait libre encore.

Pero otro monumento colocado en distinto compartimiento del jardin, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atencion del viajero español, por el hombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocacion, inmediatamente vecino á las dos tumbas de *Molière* y de *Lafontaine*.

Su forma es sencilla, reduciéndose á un gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. Enfrente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripcion:

AQUÍ YACE
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES
Y DE AMENÍSIMO INGENIO.
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay elegantes dísticos latinos, en esta forma :

Hic jacet Hesperiæ decus, inmortale Thalia
omnibusque carum patriæ lugebit cives.

Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus,
magnus scenæ parens, proximus et tumulo.

Et post fata colit fedus amicitia
MANUEL SILVELA.

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en frances:

Concession à perpetuité, six metres de terrain.

Sepulture de la famille Silvela
et de leur ami
M. L. F. DE MORATIN.

Y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los señores *D. Manuel Silvela* y *doña Micaela García de Aragon*, su esposa, que yacen tambien bajo el mismo monumento que elevaron á la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de éste inmediatos á la tumba que encierra los del gran Molière, *cuyas huellas siguió en vida y en muerte*, fué una feliz inspiracion, y parece que no dejó de haber inconvenientes para realizarla, por estar de antemano ocupado aquel sitio por otras

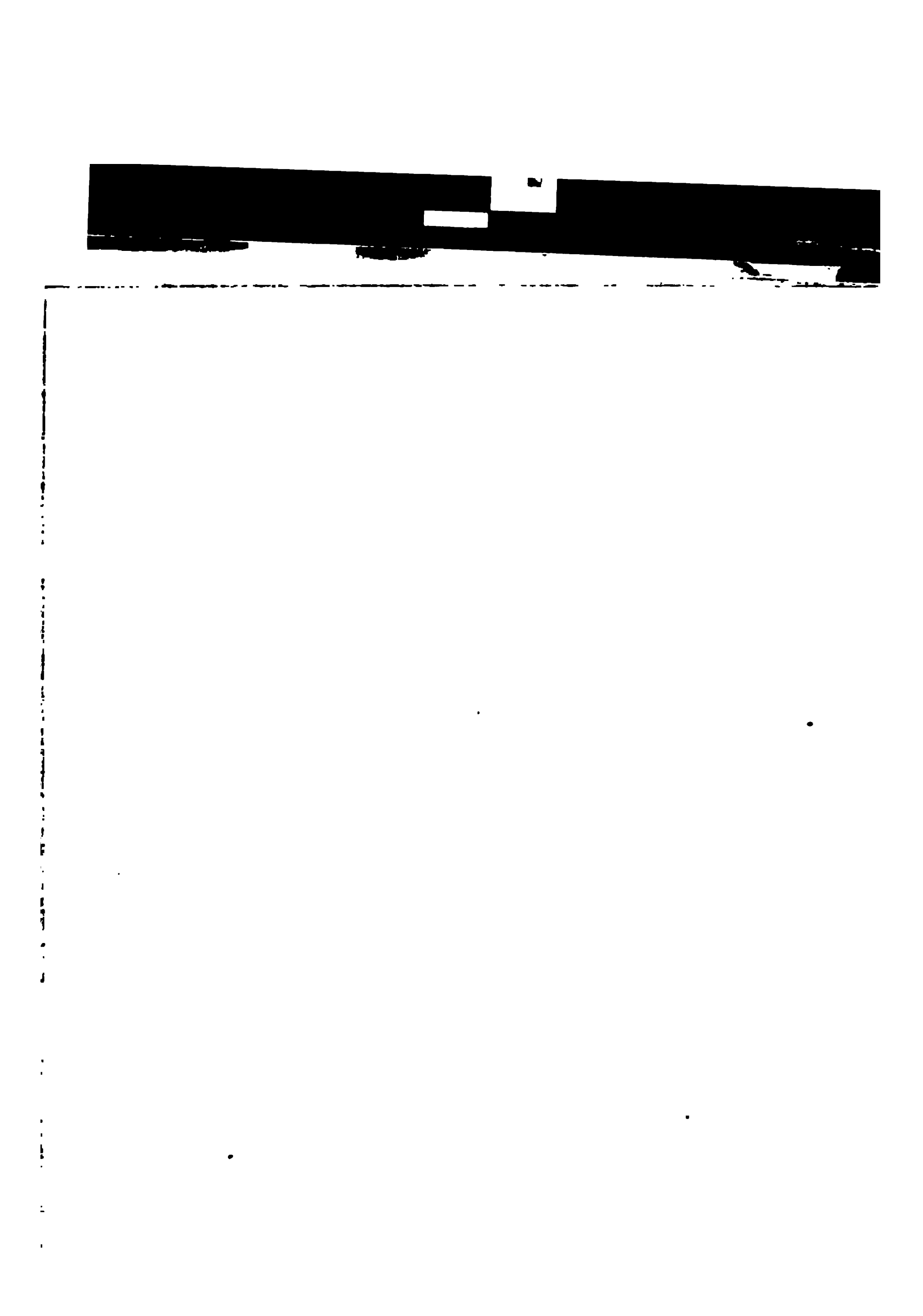
tumbas; pero todo fué vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desden de su patria, acertaron á colocarle al lado de su ilustre modelo, y del pintor fabulista, del filósofo *Lafontaine* (1).

Por último, inmediato á la tumba de Moratin, y ántes de llegar á ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negro elevada como una cuarta sobre el piso del jardin, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del *Polo del contrabandista,* y sobre la lápida el nombre del distinguido cantor y compositor español que allí reposa, MANUEL GARCÍA.

Los demas cementerios públicos, denominados de *Montmartre,* del *Monte Parnaso,* de *Picpus,* de *Santa Catalina,* del *Calvario* y de *Vaugirard,* son, aunque más en pequeño, de la misma forma y disposicion, y encierran monumentos notables.—Por último, las *Catacumbas,* inmensa extension de bóvedas que corren por bajo de los cuarteles meridionales de París, es el sitio en donde reposan los restos de cuarenta generaciones, cuyo número de individuos está calculado en ocho veces la poblacion viviente de la capital. Estos huesos, formando el techo de la bóveda y el revestido de sus paredes, producen un aspecto singular y filosófico.

(1) Es sabido que por Real órden fueron trasladadas á Madrid las cenizas del ilustre Moratin, en 12 de Octubre de 1853, juntamente con las del malogrado D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, y depositadas en las bóvedas de San Isidro el Real. A nuestro juicio, y prescindiendo del honroso tributo rendido á la memoria de aquel insigne ingenio, su sepultura en París, cercana á la de Molière, tenía más lógica y poesía.

El lector que haya tenido paciencia para llegar hasta este punto de mi prolongada narracion, habrá de disimular todavía las muchas omisiones, y suponer áun mucho más de lo que queda expresado; pero deberá hacerse cargo de la necesidad en que me veo de pasar con rapidez por tan extenso cuadro, que exigia otro espacio para ser desenvuelto convenientemente.—Baste, sin embargo, lo dicho para mi objeto de dar algunas indicaciones útiles al viajero sobre los principales objetos que deben llamar su curiosidad, y déme el lector su vénia para trazar en los últimos capítulos las relaciones entre el forastero y los habitantes de aquella capital, y el cuadro animado de los espectáculos y placeres que tan grata hace su mansion, permitiéndome ántes la narracion de un episodio, relativo á uno de los objetos mencionados anteriormente, ó sea el entierro que presencié de un célebre dramaturgo en el cementerio *Montmartre*.





XII.

ENTIERRO DE VÍCTOR DUCANGE (1).

Al dia siguiente de mi llegada á París leí en los periódicos este aviso: «*Acaba de morir* MR. VÍCTOR DUCANGE, *autor de comedias; el entierro se verificará á las* 11 *de este dia, saliendo de su casa, calle de Engheien, número* 20.»

No fué menester otra cosa para excitar mi natural curiosidad; ceremonia nueva, autor conocido, dos circunstancias interesantes para un recien llegado.—No hubo más, sino que, sin detenerme ya en preparar mis visitas y cumplidos, tendí la vista por el plano de París, estudié bien estudiada la topográfica situacion de la calle de Engheien, y ántes que sonáran las once, ya me encontraba delante de la casa mortuoria, cubierto todo de luto, y tan atribulado, que parecia ser una de las víctimas del trágico dramaturgo.

Yacia éste en su ataud en el punto céntrico del portal, adornado con sendas bayetas negras; como mi prisa ha-

(1) Tambien este capítulo episódico pertenece al primer viaje del autor (1833-1834), en la ocasion en que estaban en el apogeo de su celebridad las nuevas doctrinas literarias, apellidadas *romanticismo*, cuya exageracion tanto se prestaba al ridículo.

bia sido tal, que llegaba el primero á ofrecerle mi cumplido, tuve tiempo de entregarme á reflexiones patéticas, cual si dijéramos entresacadas del *Verdugo de Amsterdam* (1). En esto se venía á más andar el mediodia, y ya cerca de él fueron llegando sucesivamente los amigos y convidados, y hasta seis (si no eran siete) coches de duelo, todos por supuesto alquilados *á 30 sous la hora.* Precedíales una especie de galera con negros cortinajes y dirigida por un cochero, que en aquella circunstancia hubiera tomado un poeta clásico por el fatal Caronte; y ésta fué la que, cargando con el finado, abrió lentamente la marcha, siguiéndole en pos los demas carruajes, y una doble y luenga fila de pedestres aficionados, entre los que tuve la fortuna de contarme.

En tanto que nos dirigiamos al cementerio, atravesando calles y plazas, todo se me volvia contemplar una por una las condiciones y semblanzas de los diversos personajes que me rodeaban, en los cuales creia columbrar los originales de los retratos que tengo en mi gabinete.—No es extraño; cuando llega uno á París se figura que todos cuantos tropieza son hombres grandes; y ademas, atendida la circunstancia, yo tenía derecho á creer que estaba en una reunion de sabios; así que no habia calvo que luégo no tomase por *Beranger*, ni rostro alegre que no calificase de *Jouy*, ni lánguido á quien no llamase *Lamartine*, ni facciones abultadas y espaciosa frente que no fueran las de *Víctor Hugo*, ni mirar penetrante que no me denunciase á *Scribe.*

Pero áun habia otro motivo más para hacérmelo creer; conviene á saber : los trajes y arreos de muchos de aquellos circunstantes, en cuyo aparato habia algo de extraordinario, que yo no sabía definir.—Cuál, por ejemplo,

(1) Uno de los dramas de este autor.

ostentaba una luenga barba por encima de la corbata; cuál se contentaba con un mechon; éste dejaba flotar largas melenas sobre sus espaldas; aquél descubria su cabeza semi-afeitada con sólo una ligera cresta sobre la frente;— sombreros de forma misteriosa; justillos á medio cuerpo, levitas á los talones, cuello y anguarinas más ó ménos simbólicas, que me dejaban pasmado.— No hay remedio, exclamaba, sabios son, y sabios de á folio.

Pero entre tanto todo era soliloquio, ó para mis adentros, como suele decirse; porque asaltado por el religioso respeto de tanta sabiduría, no osaba dirigir la palabra á ninguno.—Sin embargo, rabiaba por hablar y por informarme de todo; pero no sabía á cuál dirigir mi interrogatorio; hasta que, por último, me decidí á dar preferencia á uno que me pareció cortado para el caso; porque hablaba y bullia mucho, y tan pronto le veia en la delantera como en la retaguardia del convoy; y todos le tenian en mucho, y él á todos les correspondia con agasajo y atencion.—Con éste, pues, entablé mi plática, y sin que sea mi ánimo estamparla aquí punto por coma, díjele que era un extranjero recien llegado á París, que conocia de reputacion á Víctor Ducange, pues que habia visto en Madrid *Quince años há*, y los *Treinta del jugador*, de aquel ingenio, con lo cual no podia ménos de interesarme el haberle encontrado en aquella situacion tan dramática.

—¡Calle! (me interrumpió mi contrincante con un tantico de admiracion), ¿con que han llegado hasta Madrid los dramas de Mr. Víctor?

—Sí, señor, que han llegado, y con la más cabal salud, y todos los dias se representan, y se aplauden y gustan que es un horror.

—¡Vea V., y luégo dirán!

—A decir verdad, nosotros los aplaudimos por várias

razones: la primera, porque van de esta capital, y ya es sabido que todo lo que va de ella es excelente.

—¿De véras?

—La segunda, porque se nos anuncian como piezas que en ésta han producido furor.

—Diré á V., lo que es furiosas.....

—La tercera, en fin, porque se recalca sobre el epíteto del *célebre* Víctor Ducange.

—¿Tambien ésa? ¡Pobre Mr. Víctor! ¡Que no pudiéramos decírselo al oido! ¡Él, que nunca pudo hacer rabiar más que á los concurrentes del teatro de la Alegría! (*Gaité*).

—Me deja V. pasmado.

—¿Con que, es decir, que, segun V. dice, el drama sanguíneo está á la moda en Madrid áun más que en esta capital?

—Diré á V.: con esto nos sucede como con las lanas que nos vuelven VV., elaboradas á su modo, ó como con los barcos de vapor, con los viajes alrededor del mundo, con la enseñanza de sordo-mudos, con la representacion nacional y con otras muchas cosas que hemos tenido ántes que VV. y luégo las olvidamos; pero así que las hemos visto renacer en París, hemos corrido á buscarlas, las hemos tomado como nuevas, y nos hemos pasmado de sorpresa. Quiero decir, que mucho ántes que esos *románticos* con que VV. nos dan dentera, existieron entre nosotros los Lopes y Calderones, los Rojas, Tirsos, Moretos, Castros y Cubillos, y á fé que si V. leyera algunas de sus comedias, por ejemplo *El Rico hombre de Alcalá*, *García del Castañar*, *La Vida es sueño*, *El Médico de su honra*, *El Burlador de Sevilla*, *El Tejedor de Segovia*, *La Estrella de Sevilla*, *El Alcalde de Zalamea*, *el Pastelero de Madrigal*, *Casarse por vengarse*, y otras infinitas, veria que no hablo al aire, y que lo que á nosotros nos hace falta son Molières y Corneilles, no *Hernanis* ni *Jugadores*.

Al oirme citar en la misma línea composiciones de autores para él tan diferentes, empezó á hablarme de la aristocracia literaria y de las jerarquías de segundo órden, de los famosos bandos dramáticos, y demas bataola de este siglo de escisiones; y yo, aprovechando esta ocasion de satisfacer mi curiosidad, díjele que, á pesar de aquellas disensiones, me figuraba que unos y otros habrian prescindido de su derecho respectivo para reunirse á rendir á su compañero el último tributo, y que, por consecuencia, me creia en aquel momento rodeado de todos los personajes del Parnaso contemporáneo.

—¡Qué disparate! me replicó con prontitud: vea V.; todos esos de la fila en que V. va, son cómicos de los teatros del Boulevard.

—¿Es posible? (exclamé, pasándome disimuladamente á la otra fila, en que formaban las exóticas figuras que arriba dejo indicadas). Y éstos ¿quiénes son? preguntéle con cierta desconfianza.

—Estos son *los románticos outrés.*

—¿De véras? con que al fin veo los célebres...

—Alto ahí, que todavía su celebridad está en mantillas. Ni Víctor Hugo, ni Alejandro Dumas, ni Chateaubriand, ni D'Arlincourt están aquí, y todos éstos no son más que jóvenes arriscados, autorcetes noveles, abastecedores de los teatros subalternos, improvisadores de fatídicas novelas, dramas compungibles y cuentos fantásticos.

—Sí, sí, entiendo, como si dijéramos *Galerías de sombras y espectros ensangrentados* (1).

—Precisamente.

—Pues no diga V. más; hace tiempo que se conoce

(1) Título de una obra que por entónces se publicaba en Madrid.

ese género en nuestra aduana; pero callar y callemos, que veo que nos observan, y no quisiera dar motivo á estos señores Shakespeares novísimos para una escena *de efecto* de alguno de sus dramas.

— No, señor, no haya miedo; todos me tienen que tener contento.

—¿Es V. acaso el empresario de algun teatro?

—No, señor; soy periodista.

—Ya.

Á este punto llegábamos de nuestra plática, cuando entramos por la puerta del cementerio, que, por lo que puede interesar al caso, es preciso que se sepa que no es, como los nuestros, un descarnado patio con triples ó cuádruples filas de letreros en la pared; sino un inmenso y pintoresco jardin, sembrado, por decirlo así, de tumbas y monumentos de todos gustos y dimensiones; sombréanlas multitud de árboles y plantas de deliciosa perspectiva, que mitigan el horror de aquellos sitios é inspiran una dulce melancolía; la virtud, el talento y el orgullo se ostentan alternativamente en emblemas ingeniosos, alegorías sublimes y filosóficas inscripciones; y el extranjero que por primera vez pisa aquel recinto no puede ménos de experimentar un verdadero asombro y mostrar interes por un pueblo que honra de este modo la memoria de los que ya no existen.

Mi imaginacion habia experimentado una rápida transicion á estas sublimes ideas, y ocupado enteramente en ellas, seguia los movimientos del carro fúnebre para presenciar el resto de la ceremonia.—Atravesamos lentamente gran parte del cementerio por los espaciosos paseos que le cruzan; y llegados á una altura, hizo alto el coche, y los encargados del cementerio descendieron el ataud: seguímosle todos con un religioso silencio, y nos encami-

namos á una isleta, en medio de la cual habia un hoyo profundo; en derredor de él formamos un gran círculo, y presenciamos la colocacion del féretro en lo más hondo de aquél; entónces, uno de los más allegados al difunto pronunció un corto y enérgico discurso acerca de sus cualidades y del mérito de sus obras; concluido éste, mi compañero de conversacion (que habia corrido la voz de que yo era extranjero, y hecho de modo que se me diera un lugar preferente) me alargó un puñado de tierra, y al arrojarlo sobre el ataud no pude ménos de experimentar cierta conmocion: todos en seguida hicieron lo mismo, y muchos ayudaron á cubrir la sepultura con coronas de siemprevivas, que habian tomado á la puerta; hasta que, igualado que fué el terreno, se colocó en él provisoriamente una sencilla cruz negra con estas solas palabras: «VÍCTOR DUCANGE.»

La comitiva, dispersada por las sombrías calles del cementerio, fué desapareciendo poco á poco; mi compañero tambien me dejó, citándome para de allí á dos dias en el teatro de la puerta de San Martin, que era el estreno del famoso drama *María Tudor*, de Víctor Hugo (1), y yo me quedé solo, recorriendo aquellos sepulcros con una sensacion difícil de explicar, saboreando el placer de meditar sobre las tiernas inscripciones que á cada paso encontraba.

—«*¡Oh, hija mia! tierra feliz, haz florecer sus virtudes.*»

---

(1) Efectivamente, asistí á este estreno, y en mi vida olvidaré el espectáculo revolucionario que presentó aquella noche el pacífico templo de las musas.



—«*Bajo estas flores descansa un buen padre; ellas crecerán, porque serán regadas por nuestras lágrimas.*»

—«*La muerte me ha separado de mi esposa para hacerme más grato el momento en que nos ha de reunir.*»

—«*La patria llama al héroe muerto, y éste por la primera vez no responde á su acento.*»

Y otros infinitos epígrafes que me llenaban de entusiasmo; y ya iba á llegar á la puerta del cementerio, cuando llamó mi atencion el siguiente mote:

—«*Aquí yace N., bonetero; fué buen padre, buen esposo y buen ciudadano: pasajero, ruega á Dios por él.*»

Y más abajo, en letras menudas, continuaba:

—«*La viuda inconsolable tiene el honor de prevenir al público que sigue con el almacen, calle de... núm...*»

¡Válgame Dios! exclamé dando un suspiro y echándome fuera del cementerio... «¡Adónde diablos el *reclamo* ha ido á anidar!...» ¡Bien se ha dicho que *de lo sublime á lo ridículo no va más que un paso!*

———



XIII.

PARIS RECREATIVO.

Se ha dicho, no sin fundamento, que al establecer una nueva colonia, lo primero que hacian los españoles era fundar un convento, los ingleses una factoría y los franceses un teatro; y siguiendo esta regla de proporcion, la capital de Francia debe tener, y tiene efectivamente, tantos espectáculos escénicos como establecimientos mercantiles la de Inglaterra, como iglesias y conventos poseia hasta hace pocos años nuestro Madrid.

Prescindiendo del aparato teatral de la política, que en aquella capital, madre de las revoluciones y aplicadora práctica de toda clase de teorías, despliega su formidable aspecto civil ó militarmente, segun las ocasiones;—dejando á un lado tambien la escena viva de la sociedad, en la cual campea con todo su poder la inclinacion, el instinto normal de los franceses hácia los juegos escénicos y su fingida declamacion;—haciendo abstraccion de las recepciones oficiales de la córte en que un rey ciudadano (que representa felizmente su papel) contesta con largas y poéticas peroratas á las no cortas que le dirigen los públicos funcionarios; ó vestido con el uniforme nacional estrecha entre sus manos las de sus *bravos camaradas*, que

le dan la guardia, y gasta y destroza un caballo y un sombrero pasando y repasando entre sus filas;—y no cuidando tampoco del clásico espectáculo que ofrece en el palacio del Luxemburgo la cámara de los Pares, ni del vital y romancesco de la de Diputados en el palacio Borbon;—no tomando en cuenta las aristocráticas escenas, más ó ménos públicas, de los salones del cuartel San German, las financieras de la *Chausée d'Antin*, ni las populares y plebeyas de las calles de San Dionisio y San Martin, en que todos los actores despliegan una singular habilidad escénica, una *vis cómica* y aparato teatral que ofrecen *grátis*, por su dinero, al peregrino espectador;—limitándome, en fin, por ahora á los *teatros* y escenas propiamente tales, con sus decoraciones de carton y sus trajes de oropel; á los actores fingidos que representan delante de actores verdaderos; á las farsas del genio que lucen su habilidad delante del genio de la farsa, y se encargan de divertir al pueblo más ávido de diversiones que existe en el mundo, haré una rápida reseña de ellos con la misma conciencia y brevedad con que he tratado de los establecimientos de otras clases.

Pasan de treinta los espectáculos públicos que alimentan diariamente la insaciable curiosidad de los parisienses; y ayudados unos con las crecidas subvenciones del Gobierno, y fiados otros exclusivamente en la constancia de sus parroquianos, sostienen entre sí una magnífica lucha, que da por resultado el rápido vuelo del ingenio, la superioridad incontestable que en este punto tiene París sobre todas las capitales de Europa.—Asombraria verdaderamente á mis lectores si trasladase aquí el simple resúmen del número infinito de individuos empleados allí en esta profesion y sus dependencias; el cálculo aproximado de los capitales invertidos en ello; el movimiento

intelectual á que da lugar, y sus consecuencias sociales y políticas; pero prescindiendo por ahora de estas consideraciones, que me llevarian muy léjos de mi propósito, descenderé á las breves indicaciones de aquellos espectáculos que dejan el más grato recuerdo en la imaginacion del viajero.

Colóquese en primera línea, y áun fuera de toda comparacion, la *Academia Real de Música*, asombroso espectáculo lírico, que, segun decia *Rousseau*, es, de todas las academias, *la que más ruido hace en el mundo.*—En este teatro, como en todos los demas (aunque con muchísima mayor diferencia), son tres los objetos que dividen justamente la atencion del observador, á saber: el local de la escena, los espectadores, y el espectáculo.—En cuanto al primero, puede asegurarse que aquella sala es una de las más ricas y elegantes que existen en Europa; y aunque en el exterior no ofrezca objeto de particular encomio, el interior es bello, rico, suntuosamente decorado, y de una extension capaz de contener cómodamente sentadas dos mil y cien personas, cuya entrada llena produce unos doce mil francos (cuarenta y ocho mil reales).

La costumbre seguida en este como en la mayor parte de los demas teatros de París es dividir el suelo de la sala en *orquesta* (que son las primeras filas inmediatas á ésta, y cuesta diez francos cada asiento), y *parterre* (que son los asientos de las demas filas, y cuestan cuatro francos cada uno); y las localidades altas en *balcon* ó grada descubierta, que corre delante de los primeros palcos; en tres órdenes de éstos, y otra cuarta, que sirve de galería general, bajo los nombres de *anfiteatro*, *paraíso*, etc.—El balcon y los asientos de orquesta son los sitios privilegiados de la elegante concurrencia; los palcos ó aposentos, cuyos precios varian segun su altura ó situacion de fren-

te ó de costado (porque la forma circular ó elíptica de los teatros franceses establece una notable diferencia en perjuicio de los lados), son por lo regular ocupados por las familias; y en las regiones elevadas, cuyo precio desciende en proporcion de su altura, así como en los asientos de *parterre*, se colocan los aficionados cuyas módicas fortunas no pueden sufrir concurrencia con los *guantes amarillos* del balcon.

No es sólo lo subido de los precios lo que hace molesta la asistencia á aquellos grandes teatros, sino la dificultad de obtener sitio, y las muchas diligencias que esta misma dificultad exige.—Anúnciase, por ejemplo, una buena funcion para cualquiera de los dias lúnes, miércoles ó viérnes (únicos en que trabaja este teatro); si al espectador le es indiferente el precio, y si le sobra ademas tiempo para comprometerse de antemano, puede acudir la víspera ó el mismo dia al despacho á retener su asiento, escogiéndole ó designándole en el plano del mismo teatro que está á la vista en la oficina; pero entónces tiene que pagar doce ó quince francos por los asientos de diez, y así á proporcion.—Pero si no gusta de prodigar su dinero ó su tiempo, y sólo se acuerda del teatro pocas horas ántes de empezar la representacion, preciso le será colocarse modestamente en fila en el pórtico del coliseo, aguardar allí una ó dos horas la apertura del despacho, tomar su billete, *no numerado*, cuando le toque llegar al ventanillo; y si aquél es, por ejemplo, de segundos palcos, subir apresuradamente la escalera para ganar por la mano á los que vienen detras; solicitar luégo humildemente el ser colocado por las nada amables y muy vetustas acomodadoras que guardan las llaves; recibir, por lo regular, de éstas una seca negativa, á pretexto de estar todo lleno; tener que bajar no ménos rápidamente al despacho llamado *de suplementos*, donde pagando el exceso

se le cambiará su billete por otro de superior categoría; acaso recibir nuevas negativas, y repetir otra y otra vez la misma operacion, hasta que, colocado, en fin, en un rincon de un pequeño palco de cuatro asientos, y asestando oblícuamente su anteojo por entre un enorme gorro de señora y unas fecundas melenas de galan, puede aguardar allí otra hora á que comience la representacion.

Verdad es que para entretenerla tiene el *Entreacto*, el *Vert-vert*, el *Puente Nuevo* y otros varios periódicos literarios, que son en la misma sala vendidos y pregonados en alta voz, ó el programa del espectáculo, ó el libreto de la ópera; ó bien puede dejar sobre su asiento un guante, un pañuelo, en señal de posesion (señal que, en honor de la verdad, debemos decir que es generalmente respetada) y marchar á pasearse, y hacer tiempo en el magnífico salon de descanso (*foyer*), que por la animacion y elegancia de la concurrencia es uno de los sitios más curiosos de París; una verdadera linterna mágica, en donde suelen ostentarse alternativamente todas las notabilidades políticas, literarias y artísticas de todos los países del globo, desde los reyes presentes y pretéritos hasta los genios futuros y en albor.—Para un forastero (suponiendo á su lado un *cicerone* inteligente) es éste uno de los espectáculos más entretenidos y sabrosos; para un parisien *com'il faut*, el *foyer* y el *balcon* de la ópera son el verdadero teatro, la historia contemporánea literaria, política y galante, con cuyo interes pretende en vano competir el del espectáculo artificial, por grandes que sean su primor y magnificencia.

Sonlo, sin embargo, en realidad, y puede asegurarse que la *Academia Real de Música*, por la reunion de los talentos artísticos que en ella se despliegan, por la importancia de la grande ópera y baile pantomímico que constituyen su espectáculo, por el mérito de cantores, bailari-

nes y orquesta, y por el magnífico aparato en decoraciones y comparsas, es el más admirable espectáculo escénico, la más armónica agrupacion de todos los adelantos en el arte teatral.

Con efecto, despues de citar las grandes óperas de un *Rossini*, de un *Meyerbeer*, de un *Aubert*, de un *Donizetti*: *Guillermo Tell* y *Roberto el Diablo*, la *Muda de Pórtici* y la *Favorita;* los magníficos bailes pantomímicos de la *Sílfide*, la *Rebelion del Serrallo* y el *Diablo enamorado;* los admirables talentos y físicas dotes aplicadas al canto por el tenor *Duprez*, el bajo *Barrouillet*, madama *Dorus-Gras* y otros infinitos; la singular habilidad, el mágico artificio de las bailarinas *Taglioni*, *Essler* y *Paulina Lerroux;* el talento mímico de los *Elie*, *Mazurier*, etc., etc.; despues de contemplar los preciosísimos cuadros-diorama pintados por *Ciceri*, *Philatre* y *Cambon*, y las numerosísimas comparsas, magníficamente ataviadas con toda la verdad histórica; despues de ver, por ejemplo, los pintorescos lagos y montañas de la Suiza y la animada escena de la conjuracion en la ópera de *Guillermo Tell;* el bullicioso mercado y la admirable bahía de Nápoles en la *Muda de Pórtici;* el claustro iluminado por la luna y la escena de la resurreccion de las monjas, ó el interior de la catedral de Palermo, en el *Roberto el Diablo;* la vista de la ciudad de Colonia en los *Hugonotes;* el alcázar de Sevilla en la *Favorita;* el desfile del cortejo imperial al final del primer acto de la *Judía;* el baño de las odaliscas en los jardines de la Alhambra, en el baile de la *Rebelion del Serrallo;* el baile de máscaras en el *Gustavo III;* el vuelo admirable de las ninfas en la *Sílfide;* el mercado de *Ispahan*, y el infierno en el magnífico baile de el *Diablo enamorado* (admirable espectáculo que en el invierno último ha cautivado la atencion de todo París, y formado una gran reputacion de talento mímico á la bai-

larina *Paulina Lerroux*), ¿qué otro espectáculo pudiera ya parecer grandioso? ¿qué nuevos goces exigirian ya los sentidos?

Hay, sin embargo, en el mismo París otro teatro que por sus circunstancias peculiares, aunque sin tantas pretensiones, divide justamente la atencion de la sociedad escogida, y es el de la *Opera Italiana*, que accidentalmente se halla situado en el teatro del *Odeon* desde que hace pocos años pereció el suyo propio en un violento incendio. —El teatro actual está situado muy léjos del centro de París, y ni la disposicion interior de su sala, ni el mérito de sus decoraciones, comparsas y aparato escénico, merecen el más mínimo elogio; pero para justificar la boga que disfruta y lo elevado de sus precios, baste decir que en él despliegan sus talentos los artistas *Rubini*, *Tamburini*, *Lablache*, la *Julieta Grisi* y la *Persiani*, que son consideradas, con razon ó sin ella, como las primeras notabilidades líricas de Europa. — Vinculados, por decirlo así, hace diez años en este teatro y en el Real de Lóndres, trabajan en París desde el dia primero de Octubre hasta el último de Marzo : lo que está muy en armonía con las costumbres de la brillante sociedad que frecuenta aquel teatro, y que suele pasar en el campo los meses del estío; hasta que, á la proximidad del invierno, abandonan sus quintas y castillos, y corren á escuchar á sus transalpinos ruiseñores.—Estos, por su parte, regresando de sus correrías á Lóndres y otras capitales, vienen, cargados de laureles, de guineas y florines, á recoger nuevas coronas en su sala privilegiada, en su sala coqueta, aristocrática y perfumada del Odeon.—En ella encuentran reunida la sociedad más brillante de Europa : la nobleza francesa, los diplomáticos y viajeros extranjeros, los artistas y entusiastas aficionados, que de regreso á sus hogares se en-

cargan de difundir por todas partes la fama de aquellos genios de la armonía.

Pero esta misma fanática adoracion (que tal puede llamarse) hace que aquellos artistas descuiden el aumentar su repertorio y presentar al público parisiense las muchas novedades de la lira italiana, pues seguros como están de sus sesenta, ochenta y cien mil francos anuales, y de ver todas las noches la casa llena de espectadores dispuestos á prodigarles sus bravos y laureles, repiten constantemente las piezas más conocidas, aunque buenas, del antiguo repertorio de Rossini y Bellini: la *Gazza Ladra*, *La Cenerentola*, *Il Barbiere*, *Moisés*, *Norma*, *I Puritani*, *Pirata*, etc., etc., y con dificultad ofrecen una más moderna en toda la temporada, como ha sucedido este año último, con sola excepcion de la *Lucrecia Borgia*, de *Donizetti*.—Pero todo se les tolera, y hasta el completo descuido del aparato escénico y áun lo muy subalterno de las partes secundarias, en gracia del eminente talento y facultades que despliegan los cinco artistas ya citados.

La *Ópera Cómica-francesa* es el tercer teatro lírico de París y ocupa un bellísimo edificio, construido modernamente sobre las ruinas del antiguo teatro italiano que se incendió. Por su situacion, en lo más céntrico del boulevard, por la elegante disposicion de su sala, y por cantarse en ella la ópera bufa y semi-séria francesa, con su música propia y nacional, sin mezcla de italianismo ó germanismo como en la Academia Real de Música, es uno de los espectáculos más frecuentados por el público propio parisiense; si bien el extranjero no halla en aquella música motivos de entusiasmo, ni tampoco en la medianía de los cantantes, entre los cuales figuraba en este año el bajo *Botelli*, que tuvimos hace años en Madrid, y una hija de la señora *Loreto García*.

El *Teatro Frances*, situado en uno de los ángulos del Palacio Real, es el primero de declamacion en aquella capital, y por el admirable conjunto de los talentos artísticos que en él se reunen, puede llamarse digno trono donde campean noblemente los ilustres genios de Molière, de Racine y de Corneille.—El que quiera ver hasta qué punto pueda llevarse la verdad escénica, la dignidad y la nobleza de la accion, la expresion sublime de las más profundas emociones del ánimo, la pureza de la diccion y demas circunstancias que constituyen el encanto del arte teatral, no tiene más que asistir en el *Teatro Frances*, de la calle de Richelieu, á cualquiera de las tragedias ó comedias de la escuela clásica, representadas por sus eminentes actores.

Descuella al frente de todos ellos la célebre trágica *Rachel Felix*, jóven artista que, por un dón particular del cielo, se ha colocado improvisamente á una altura superior sobre todos los actores contemporáneos, y es el más digno intérprete que acaso hayan tenido nunca las sublimes concepciones de Corneille y de Racine. No es fácil decir en cuál de sus cualidades artísticas consiste su mérito principal, porque todo en ella es armonioso y conveniente, todo noble y verdadero. Dignidad y magnífico aplomo en la posicion de la figura; decoro y majestad en la accion; ternura y sublimidad en la expresion de los afectos; excelente voz; pura y delicada diccion, y un cierto sabor antiguo y monumental que sabe prestar á todas las grandes figuras que traslada á la escena, Phedra, Camila, Hermione, Rojana y Esther, que producen en el espectador un sentimiento indefinible de sorpresa y de grata satisfaccion.—A igual elevacion, aunque en el género cómico-urbano de la alta comedia de Molière, se ha sostenido constantemente hasta el invierno último, en que acaba de retirarse de la escena, la célebre *Mlle. Mars*,

la tradicion viva de los recuerdos de la buena escuela, que, á despecho de la edad, ha sabido sostener su inmensa reputacion artística durante medio siglo. Molière y Beaumarchais han perdido en ella su mejor intérprete, y los apasionados á Celimena y á Susana renuncian ya al placer de verlas dignamente representadas.

Entre los actores del primer teatro frances alcanzan, en el género cómico, la mayor altura los señores *Monrose* y *Samson*, aquel, verdadero tipo del Fígaro de Beaumarchais y de los Scapin de Molière, y éste, entendido intérprete de los cuadros políticos de Scribe, de las difíciles creaciones de Bertran de Ranzaw y del lord Bolimbroke (1). En el género trágico, el más atrevido es *Ligier*, el cual, en *Los Hijos de Eduardo* y otras tragedias modernas, ha suplido en lo posible el inmenso vacío que Talma dejó. —En segunda línea aparecen los señores *Firmin*, *Beauvallet*, *Saint-Aulaire* y otros, y las señoras *Noblet*, *Menjaut*, *Plessí*, la hermosa reina Ana, y *Doze*, la bellísima Abigail en el *Vaso de agua*, admirable comedia de Scribe, que se estrenó en aquel teatro el invierno último.

La escuela apellidada *romántica*, que hace pocos años levantó su turbulento pendon con la pretension de hacer olvidar y áun silbar como imbéciles las admirables producciones de Racine y de Molière, y sustituirlas por los delirantes ensueños de una rica fantasía, no pudiendo hallar fácil entrada en el templo de las artes clásicas, en el teatro de la calle de *Richelieu* (que á duras penas se permitió una muestra en los mejores dramas de Víctor Hugo y Dumas, *Hernani*, *Antony* y *Marion*), se dirigió con todo su aparato feudal de horca y cuchillo á uno de los teatros del *Boulevard*, el de la *puerta de San Martin*, donde pudo ampliamente desplegar todos sus gigantescos medios

(1) En *El Arte de conspirar*, y *El Vaso de agua*, de *Scribe*.

para electrizar y seducir á una generacion deseosa de grandes sensaciones, á un público entusiasta y amigo de la novedad.—El gran talento que sin injusticia no pudiera negarse á Hugo, á Dumas, á Soulié, y algun otro de los jefes de aquella escuela, unido al que desplegaban en la ejecucion los actores *Bocage* y *Lockroy*, las actrices *Georges*, *Dorval* y otros de este teatro, le hicieron contrabalancear y áun eclipsar por algunos años la gloria del primer teatro frances; en el dia, los autores románticos están ya muy léjos de *Lucrecia Borgia* y *Ricardo Darlington*, y el teatro de la puerta de San Martin ha vuelto á entrar en su órden inferior, si bien conservando el privilegio de los reales adulterios y de los mantos de púrpura arrojados en el lodazal.

Los otros teatros del Boulevard, llamado por esta razon *del crímen*, que reparten con el de la puerta de San Martin el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crispaciones nerviosas, son el del *Ambigú* y el de la *Alegría*, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Víctor Ducange, Buchardy, Ancelot y otros.—Allí está la originalidad de muchos de nuestros ingenios; de allí vienen en fantástica nube el *Jugador de los treinta años*, el *Campanero de San Pablo*, *Lázaro el pastor*, los *Perros de San Bernardo*, y otros infinitos héroes más ó ménos patibularios ó cuadrúpedos, que no contentos con extasiar y hacer llorar á todo trapo á las grisetas parisienses, aprenden un tantico de lengua castellana, bajo la direccion de cualquiera de nuestros *literatos*, y se introducen en las escenas de la calle de la Cruz ó del Príncipe, para edificacion de nuestro pueblo y encanto de nuestra sociedad.—*Federico Lemaitre* es en París el actor tipo de aquellos dramas, y uno de los más favoritos, si no el primero, entre todos los que trabajan en los teatros de París.

El *Vaudeville*, comedia de costumbres populares que á tal punto de perfeccion han llevado los ingenios franceses, y á su frente la célebre empresa literario-mercantil conocida por la razon de *Scribe y Compañía*, que lleva ya más de cuatrocientos dados á la escena, se reparte los teatros del *Gimnasio*, el *Vaudeville*, las *Variedades* y el *Palacio Real*, y en todos ellos es mucho lo que hay que admirar en el conjunto del desempeño por parte de los actores : *Bouffé*, *Lepeintre* y la señora *Brohan* en el *Gimnasio* se distinguen por la delicadeza y franca naturalidad de su expresion; *Odri* y *Vernet* son los héroes de la farsa y del bajo cómico en el teatro de las Variedades; *Arnal* es el tipo del Vaudeville, y la *Dejacet* la heroína de las picantes intrigas del Palacio Real.

En cuanto al género de estas composiciones, nada dirémos, por ser harto conocidas de nuestro público, y únicamente halla de extraño en ellas el extranjero la indiscreta mezcla de diálogos hablados y coplillas cantadas, lo cual, ademas de absurdo, es ridículo en boca de actores nada aptos para el canto.

Ademas de estos teatros hay otros muchos subalternos, sin género propio, y viviendo por lo regular de las piezas rehusadas por los demas : tales son los del *Panteon* y *Luxemburgo*, las *Locuras-Dramáticas*, el *Café espectáculo*, y otros.—Hay tambien dos teatros infantiles, el de *Mr. Comte* y el *Pequeño Gimnasio*, en donde son niños los actores, que demuestran lo que arriba dijimos, á saber: que todo frances nace cómico, y que allí es naturaleza lo que en otras partes producto del arte.—Por último, son varios los teatrillos de figuras y sombras, entre los cuales los más notables son los de madama *Saqui* y el de *Serafin*.

Pero otro espectáculo existe en París, que rivaliza en

ostentacion con los primeros de la capital, y excede casi á todos en popularidad; y este espectáculo es el *Circo Olímpico*, sobre cuya portada se lee el pomposo rótulo de *Teatro Nacional.*—Dedicado, en efecto, á presentar al pueblo escenas de magnífico aparato teatral y ecuestre, tomadas las más veces de su propia historia contemporánea, y sobre todo, de la más popular, que es la del emperador Napoleon; reuniendo á sus grandiosas proporciones la pompa de su decoracion, el numeroso cortejo y habilidad en hombres y caballos; y auxiliado por autores especiales, que conocen el lenguaje y las inclinaciones del pueblo y saben obligarlas, no es nada extraña la importancia que disfruta aquel espectáculo, y que hasta pretenda rivalizar con el gran teatro de la calle Lepelletier.

Con efecto, á los coros y danzas de la *Opera* opone el *Circo* sus batallas campales, sus ejércitos numerosos, sus asaltos de fortalezas, sus ciudades incendiadas, sus jinetes, caballos y cañones; el aparato de *Roberto el Diablo* y de los *Hugonotes*, en la ópera, tiene que ceder ante el que despliega el Circo en las mil escenas de *El hombre del siglo*, ó *El último voto del Emperador;* y añádase á esto que allí la historia es cierta, los actores ciertos tambien.—El Circo no es propiamente un teatro, es un campo de batalla; allí no se representa la comedia, allí se repite la historia; el actor que representa á Napoleon es el objeto del entusiasmo de toda la compañía; la guardia imperial es un ascenso en ella, y las filas de los austriacos, ingleses ó rusos, un castigo;—no hay que animar allí á los actores para correr al combate; por el contrario, hay que detenerlos para que no se maten de véras; — escogidos casi todos ellos entre las filas de los veteranos del ejército, se entusiasman con sus recuerdos. Cuando suena el cañon, cuando huelen la pólvora, cuando ven delante de sí uniformes blancos ó colorados y un público que

aplaude y les excita con los gritos de «*¡viva la Francia, viva el Emperador!*», entónces no son ya actores, son verdaderos soldados, y el drama se ha convertido en historia.

En este último invierno ha ocupado al Circo la representacion exacta y gigantesca de la traslacion de las cenizas de Napoleon desde la isla de Santa Elena á los Inválidos de París (*Le dernier vœu de l'Empereur*), y era ciertamente original, ademas de lo grandioso del espectáculo, el ver figurar y hablar en él á varios de los personajes de la comision recien llegada de Santa Elena; de suerte que hubo noches que habia un general Bertrand entre los actores y otro entre los espectadores; un Gourgaud en un palco y otro en la escena; un Lascasas hablando y otro oyéndose hablar; y si no sacaron á la escena al mismo hijo del rey de los franceses, príncipe de Joinville, fué porque no asistió al acto de la exhumacion.

Otros muchos espectáculos reparten entre sí el resto de la concurrencia, especialmente en invierno, en que todos son pocos para el crecido número de aficionados.— Entre ellos sobresalen los conciertos públicos del Conservatorio y del salon del pianista Hertz, local suntuosísimo y elegante, capaz de ochocientas á mil personas de entrada, en donde se encuentra alternativamente á todas las notabilidades filarmónicas de París, y pudiera decir de Europa, pues de todas partes van allá á recibir lo que pudiéramos llamar la consagracion artística.— En este invierno se ha oido allí con entusiasmo, ademas de todos los cantantes de los teatros de la capital, á la señora *Paulina García*, hermana de la célebre Madama Malibran, y tambien han lucido sus talentos la señora *Grisi* más jóven, la *Marieta Albini*, tan célebre otro tiempo en Madrid; el señor *Puig*, tan justamente apreciado en nues-

tros salones particulares; el famoso pianista *Listz*, los violinistas célebres *Vieuxtemps* y *Hauman*, el arpista *Labarre*, y otros nombres igualmente distinguidos en las artes.

Hay ademas, para recurso de los desocupados, y grato entretenimiento de las primeras horas de la noche, dos conciertos instrumentales, públicos y diarios, en los extensos salones de las calles de Vivienne y de San Honorato, donde por un franco de entrada se encuentra un bellísimo local, una concurrencia constante y generalmente fina, y una orquesta numerosa, que ejecuta con primor las bellas composiciones de Straus, Beethoven, Musard, Valentino, Jullien, Fessi y demas autores de moda.

Si á todos estos espectáculos añadimos la multitud de bailes públicos, serios y burlescos, enmascarados y *sin disfraz*, campestres y villanos, en mil establecimientos intra y extramuros, decorados con los nombres exóticos y pomposos de *Tívoli*, *Frascati*, *Vauxall*, *Ranelahg*, *La Chaumière*, *L'Ille d'Amour*, *Italia*, *El Prado*, y *El Retiro;* las várias exposiciones ópticas, como el *diorama* del incendio de Moscou, el *navalorama* de las campañas marítimas, el *cosmorama*, *georama*, etc.; los experimentos de física, microscopios solares, linternas mágicas, electricidad y magnetismo, somnambulismo y adivinacion; los ventrílocuos y prestidigitadores; los indios juglares é indianas bayaderas; los volatines intrépidos y autómatas cubileteros; los monstruos humanos, las figuras de cera, perros sapientes, pájaros obreros, pulgas maravillosas, serpientes danzarinas y tigres domesticados; los juegos de bochas, las riñas de gallos, los combates de fieras y carreras de caballos, y otros mil ingeniosos espectáculos, que á cada hora, á cada paso, se reproducen sin cesar, habrá de convenirse en que aquel pueblo es un verdadero laberinto de la imaginacion, un embrollo de los sentidos.



XIV.

EL EXTRANJERO EN PARIS.

En los anteriores capítulos he seguido, aunque ligeramente, al extranjero en sus excursiones parisienses, é indicádole aquellos objetos que naturalmente deben fijar su atencion y su estudio. Procuraré en el presente acompañarle en el círculo de su vida privada, presentando la relacion del individuo con el cáos de confusion que ofrece tan inmenso pueblo, y algunas observaciones sobre el modo de vivir de sus habitantes.

Todas las comodidades que exige el bienestar material le son ofrecidas, como ya queda demostrado, al forastero que, llegando á París con buena voluntad y recursos pecuniarios, quiera aprovechar su tiempo y tomar parte en el sinnúmero de goces con que le brinda el interes ajeno.— Tiene para su mansion centenares, miles de casas de aposento, donde es recibido con decoro y áun magnificencia, segun sus facultades, pudiendo situarse convenientemente y en los mejores barrios de la capital, mediante una justa retribucion, desde la modesta suma de un franco diario hasta la de veinte, veinte y cinco y más.— Suponiendo que el forastero no sea un pobre estudiante de los que

eligen la primera de aquellas moradas, en las calles de Santiago ó de la Harpe, ni tampoco un lord inglés ó un grande de España de los que asisten frecuentemente en el *Hotel Meurice* ó en el de *Castilla*, puede asegurarse que por sesenta á ochenta francos al mes hallará una cómoda y linda habitacion en cualquiera de los *hotels* de las calles de Richelieu, San Honorato, el Boulevard, etc., y en él se verá asistido con todo el esmero que puede desear.

Lo regular es que el forastero pague aparte en el mismo hotel su desayuno, y que salga á comer en cualquiera de los numerosos *restauradores* (fondas) que existen en todas las calles de París.

Estos restauradores, llamados así por la singular ocurrencia del primero de ellos, que puso por enseña el texto sagrado «*Venite ad me omnes qui stomaco laboratis, et ego restaurabo vos*», son una de las especialidades de París, por su magnífica decoracion, su elegante servicio y lo exquisito de su mesa; y á ellos acude constantemente, no sólo la inmensa falange de forasteros, sino tambien gran parte de la poblacion parisiense, en especial los celibatos y gente jóven; siendo por manera interesante el espectáculo que presentan desde las cinco á las siete de la tarde, en que se verifica la comida; iluminados lujosamente, llenas todas sus mesas de concurrentes, agitados por las idas y venidas de multitud de criados apuestos y serviciales, y regentados por elegantes damas, que los presiden desde un rico bufete.—Es preciso convenir tambien en que, si hay pueblos privilegiados por su situacion local, en los cuales pueden gustarse los manjares más exquisitos que ofrece la naturaleza, ninguno, sin embargo, puede competir con París en el arte singular con que allí se sabe prepararlos, de suerte que es preciso un mal estado de salud, ó una costumbre inveterada de sobriedad, para no

pecar de gastronomía en los seductores salones de *Veri* y de *Vefour*, de los *Hermanos provenzales* ó del *Rocher de Cancale*.

Asombra verdaderamente la contemplacion de sus libros, que no listas, de artículos de consumo ; confunde y embrolla la nomenclatura fantástica de sus salsas, y seduce naturalmente y satisface el aseo y limpieza de su servicio, el ingenio y novedad de su condimento.—Supongo igualmente que el forastero tampoco querrá frecuentar todos los dias aquellos privilegiados templos de la gula, ni gastar en ellos quince ó veinte francos para su ordinaria refaccion; pero tiene en su mano el ir descendiendo á otros establecimientos más modestos, hasta los numerosos del Palacio Real, en donde *por dos francos* se le sirve una sopa, tres ó cuatro platos de guisos ó asados y un postre, con el pan y vino correspondiente, y todo bien condimentado, aunque no de tan claro orígen ni bien demostrada alcurnia.—El término medio son los restauradores del Boulevard, donde, pidiendo los platos por lista, y reuniéndose dos amigos, pueden hacer una excelente comida por cuatro á cinco francos cada uno.

Para abrir el apetito ó para procurar una buena digestion, hay tambien hermosos paseos en los llamados *Campos Elíseos*, de una prodigiosa extension, y en los bellísimos jardines de las Tullerías y del Luxemburgo, en todos los cuales, y segun las respectivas estaciones y horas, asiste una crecida concurrencia, ora de niños juguetones y de descuidadas niñeras, ora de forasteros y desocupados, ora, en fin, de una parte de la brillante sociedad parisiense.—El paseo, sin embargo, en aquella capital no es una necesidad diaria y obligada como en la nuestra, por várias razones que se deducen del clima, del distinto repartimiento de las horas del dia, de las distan-

cias, y de la mayor ocupacion; así que, solamente en dias muy despejados y claros de primavera y otoño puede caracterizarse de paseo elegante el jardin de las Tullerías ó los Campos Elíseos; pero nunca (proporcion guardada) presentan el conjunto halagüeño y áun magnífico que el Prado de Madrid en una hermosa mañana de invierno, con su elegante concurrencia y la mezcla lujosa de las modas nacionales y las extranjeras; porque es de advertir tambien que París, el gran taller de la moda, es uno de los pueblos en donde se viste con más descuido y afectada sencillez, especialmente en público, dejando la brillantez del lujo y los caprichos de la moda para la sociedad privada, ó cuando más, para el balcon de la ópera.

Tiene, en fin, el forastero siempre dispuestos á servirle de brújula en tan inciertos mares, domésticos inteligentes, que, mediante su convenida retribucion, le iniciarán prácticamente en todas las revueltas de la ciudad, le mostrarán sus tesoros, y le servirán en los primeros dias, de hilo conductor en tan intrincado laberinto.—Tiene facultad, por una corta suma, de tomar un aire más ó ménos importante, valiéndose desde el modesto *cabriolé de place* á razon de seis reales por hora, hasta el elegante *landaw* de cifras y armaduras anónimas.—Tiene sastres afamados que en el corto término de veinte y cuatro horas rehabilitarán su persona con todo el rigor de la moda; tiene perfumistas y peluqueros que harán por borrar de su semblante las huellas del tiempo ó del estudio; tiene empíricos que le ofrecerán elíxires de larga vida y curarle de sus enfermedades por ensalmo; tiene camaradas que encomiarán su talento á cambio de un billete de la Opera ó de un almuerzo en el café de París; tiene mujeres que le entregarán su corazon y dependencias por un tanto al mes.

En medio de todo este aparato de compañía, y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que *está solo*, en medio de un millon de personas; acaba por entregarse al fastidio, en medio de la más agitada existencia.—¿Qué es lo que le falta? (se dirá).—¡Qué! ¿No lo han adivinado mis lectores?— Le falta la sociedad íntima y privada, aquella que produce las verdaderas relaciones del corazon; aquella que causa los más dulces y tranquilos goces del alma.

Esta sociedad, esta grata concordancia, no vaya el extranjero á buscarla en un pueblo extraño, inmenso, agitado y egoista; y en el momento en que, saciado de su bullicioso espectáculo, se le revela aquel vacío, vacío para llenar el cual son insuficientes todos los halagos brillantes de los sentidos, abandone inmediatamente aquella fantástica escena, y sálgase del torbellino en cuyo centro permanece ya inmóvil y yerta su imaginacion.— Porque en aquella indiferente sociedad, de cuyo conjunto no forma parte, hallará, sí, aduladores de su fortuna, cómplices en sus devaneos; pero no amigos desinteresados y firmes, ni compañeros en su adversidad;—porque tendrá, sí, abiertas á su persona, ó más bien á su bolsillo, todas las puertas de los espectáculos, todas las casas en que se reuna interesada sociedad; pero le serán cerradas las de la vida privada, el interior de la familia, que en vano pretenderá conocer;—porque acaso recibirá de vez en cuando una elegante invitacion á un festin ó á una *soirée* de su banquero de la *Chaussée d'Antin*, ó de sus relaciones del cuartel de San German; pero pasarian muchos años ántes que una familia respetable le reciba en el reducido círculo de su gabinete, donde pueda aprender los verdaderos caractéres y costumbres de la vida privada.

La desconfianza natural en pueblo tan heterogéneo; el egoismo que inspiran el cálculo y el interes; la agitacion

contínua, hacen que el habitante de París sea, en efecto, el único misterio inaccesible al extranjero, la única cosa que se escapa á su investigacion.— Aunque sus propios convecinos no son los mejores jueces en la materia, porque ellos mismos no se estudian ni frecuentan entre sí; y á no ser una parte de la sociedad que, como más disipada, se ostenta diariamente con su pomposo aparato de pasiones exageradas (que es la sociedad casi incomprensible que nos retratan los *Balzac*, *Soulié* y *Sand* en sus ingeniosas novelas), las demas afecciones privadas permanecen modestamente ocultas tras de la brillante escena del gran mundo.

Sin embargo, de algunos datos ó indicaciones que se escapan al través de tan espesa nube, viene á deducir el extranjero que el interes egoista es la base principal del carácter de aquel pueblo, y que sacrificando á él alternativamente, ya los sentimientos más sublimes, ya las inclinaciones más rastreras, se abrazan con el trabajo, y ahogan el vuelo de la fantasía y los tiernos impulsos del corazon.— La familia, allí, bajo este aspecto, es más bien una asociacion mercantil que una agrupacion natural.— El marido y la mujer son trabajadores y consecuentes, más por cálculo que por virtud; su amor amistoso está fundado en el mutuo interes de la sociedad; y los hijos, mirados como réditos de aquel capital, son entregados á ganancias en manos de sus preceptores para enseñarles una profesion ú oficio, para adquirir conocimientos que hagan más crecido su valor.—Todo lo que á esto no conduzca lo miran como inoportuno y hasta incómodo, y por eso rehuyen la sociedad frecuente y exterior, y por eso ponen delante del dintel de su puerta el misterioso emblema de la etiqueta, que parece decir al indiscreto: « No has de pasar de aquí » ; y por eso acaba el extranjero por aburrirse en un pueblo donde nada puede ver

sin pagar su billete; en un teatro donde no puede nunca llegar á ser actor.

¡Qué diferencia de nuestra sociedad castellana, donde la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recien venido, y á dos por tres le brindan aquella expresiva fórmula de «*Esta casa está á la disposicion de usted!*»—Aquí los dones privados del ingenio son prodigados con amabilidad y sin interes alguno; aquí, sin hipocresía, sin reserva, se ponen de manifiesto los más oscuros senos del corazon; aquí nadie calcula el timbre ni la riqueza del presentado para medir sus palabras ni profundizar sus cortesías; aquí las prendas naturales, el talento, la belleza, ó una galan cortesanía, bastan para hallar en los labios una grata sonrisa, un lugar privilegiado en el alma.—Aquí los talentos de sociedad se brindan gratuitamente en reuniones amistosas, no en círculos pagados y públicos; aquí los artistas, los poetas, hacen sonar los ecos de su voz y de su lira para recreo de sus amigos, no por una mezquina especulacion; aquí, cuando llega un extranjero, sea diplomático altisonante, amigo ó enemigo de nuestro país; sea pedante literato, despreciador injusto de nuestras costumbres; sea especulador industrial que venga con deseo de abusar de nuestra buena fe, se le recibe y obsequia á porfía en nuestros liceos y sociedades privadas; se le hace un lugar (¡acaso demasiado!) en nuestras almas; se le adula imprudentemente y se le confian los datos para que luégo sirva contra nuestra política, revele y exagere nuestros defectos, engañe y comprometa nuestro interes.

Sirva de aviso á nuestros compatriotas, que en vano pretendan encontrar nada de esto en los pueblos extranjeros, y singularmente en París; que áun el agradecimiento no tiene lugar en quien cree que el agasajo nues-

tro es un tributo debido á su superioridad; en quien suele pagar nuestra amistad con una afectada cortesía, y la más pequeña prueba de amor con una infamante vanagloria.—Sepan nuestros literatos (que tan ávidos son de traducir las más mezquinas producciones de los ingenios de allende Pirineos) que las suyas son allí completamente ignoradas, y sus nombres mirados con el más injusto desden; sepan nuestros políticos, que tanto se afanan en remedar á los modelos extranjeros, que sus ridículos esfuerzos son mirados con sonrisa en los altos círculos del cuartel de San German ó de la plaza de San Jorge; sepan nuestras jóvenes que su amor ó amistad, si indiscretamente los brindasen, pueden servir de pretexto á novelas y dramas ridículos, en donde se convierten en caricatura los más nobles sentimientos; y sepa, en fin, el viajero que al llegar á aquella capital no puede contar seguramente con amistades sólidas, y que á su salida no dejará tampoco relaciones de corazon.

Esto es lo que pura y simplemente he llegado á comprender de la sociedad íntima de aquella capital, y lo digo con aquella franqueza con que en los anteriores capítulos he elogiado, como merece, su organizacion económica, sus adelantos materiales, su inteligencia superior y su admirable conjunto. Aquí no hay mala fe, ni el deseo de censura que suele arrastrar á los modernos viajeros franceses á pinturas chocarreras de nuestro carácter y costumbres: hay sólo la lealtad y sano criterio del observador imparcial, del censor indulgente, que aplaude lo que cree digno de encomio, combate y lamenta lo que se presta naturalmente á la censura.—Por último, para no continuar más en el estilo declamatorio, que tan mal se presta á mi festiva pluma, permítaseme que, por vía de corolario de todas las consideraciones que preceden, y para terminar este capítulo referente al carácter moral de la socie-

dad parisiense, de esta sociedad mentida, que apénas en dos años me fué dado adivinar; permítaseme, digo, que reproduzca en su lugar propio un desenfado poético con que contesté á una ilustre señora española, que me preguntaba mi opinion sobre las costumbres y la sociedad de aquella capital.

Hélo aquí:

UNA BELDAD PARISIENSE.

En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas,
Del comisario á la voz,
Una de aquestas figuras
Que de retórica son,
Hipérboles por su adorno,
Síncopes por su valor;
En banquillo de justicia
Y pública Exposicion,
Se resigna á la sentencia
Que ha publicado el prebost.—

«En la villa de París
»Y en el año del Señor
»Mil ochocientos cuarenta,
»Se ha presentado ante nos
»*Mademoiselle Heloise*
»*De Sans-devant et Sans-dos*,
»Hija de padres anónimos,
»Natural de *Cotte d'Or;*
»Y vista la insuficiencia
»En que el tribunal la halló
»Para pagar sus empeños
»Con el concurso acreedor,
»El tribunal la declara

»Insolvente, y ordenó
»Que reunida la junta,
»Y prévia declaracion,
»Se proceda al inventario
»De los restos de valor,
»Para entregar á sus dueños
»Por vía de transaccion.»

Empieza la diligencia,
Á la una..... á las dos.....
Á las tres..... y el martinete
Á este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias,
Y en el hecho de Lyon,
Que ha reclamado en su tiempo
Monsieur *Gagelin mayor*.—
Un albornoz africano
Con patente de invencion,
Que falto de pagamento,
Reclama la *Barbe d'Or*.—
Un sombrero *fantasia*
Y un vestido *satin gros*,
Que á madama *Alejandrina*
Deben la tela y *façon*.
Gruesas perlas de Ceylan
En figura y en color;
Un camafeo egipciaco
Premiado en la Exposicion;
Peines de concha..... de ciervo;
Dijes marfil..... de *mouton;*
Y otras diversas preseas
De tan sólido valor,
Adjudíquense á su dueño
El joyero *Bourguiñon*.—
Diez encajes de Bruselas
Tejidos en *Charenton;*
Ricas camisas de Holanda
Con la marca de *Cretonne;*
Abanicos de la China,
Obra de monsieur *Giraud;*

Pieles de marta y armiño
Cazados en *Montfaucon;*
Indianas pañolerías
De la fábrica de *Sceaux;*
Aderezos de oro-símil;
Sederías de algodon,
Y anascotes con el nombre
De *merinos* español;
Con otros muchos objetos
De equívoca produccion,
Que forman el mobiliario
De mademoiselle *Sans-dos*,
Entréganse y adjudican
Al respectivo acreedor.—
Si hubiere quien más reclame,
Que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de Madama
(Saltó á este punto una voz)
El zapato de dos metros
Brodequin de pied mignon.—

El *forniseur* de la ópera
Reclama *les mollets faux*
(En español pantorrillas)
Con seis libras de algodon.—

Guantes pide monsieur *Mayer*,
Y pellizas *Pellevrault;*
Falsas flores *Constantino;*
Rasos bordados *Chapron;*—

Mademoiselle *Victorine*
Pide el corsé *juste-corps*
Con más hierro en su armadura
Que la del Cid Campeador.—

La *tournure* voluptuosa
Que á tanto necio embaucó,
Obra es de mi *crinolina*,
Replica monsieur *Oudinot.*—

El director del Gimnasio,
El coronel *Amorós*,
Reclama de aquellos miembros
La ortopédica instruccion;

Item más: diez almohadillas
Que oportunas colocó
Para llenar diez vacíos
Que no negára Néwton.

—Esos dientes no son suyos,
Exclama *Desirabode*,
Que se los he colocado
Con mis propias manos yo.—

—Pido á mi vez (dijo entónces
El perfumista *Desfaux*)
Cuatro libras semanales
De blanquete y bermellon,

Espuma de Vénus, parches
Y esencia de coliflor,
Y *¡el prodigio de la química,*
La pomada del leon!

Ademas traigo una nota
De bucles, trenza y *bandeaux*
Que dice haberla fiado
El *segundo Michelon* (1).—

— Llegamos á los cabellos,
Y la dama se acabó;
¿Hay quien pida más? (pregunta
El juez adjudicador.) —

—Sí, señor (responde al punto
Una hermafrodita voz

(1) Este peluquero decia en su muestra ó enseña: «Michelon II, hijo y sucesor de Michelon I.»



Con su cigarro en la boca
Y abanico en el bolson).

Yo reclamo las ideas
Que esa dama prohijó,
Y son de una cierta *Lelia*,
De que soy madre y autor.

—Vaya tambien las ideas
Y hasta el metal de la voz,
Que creo le han reclamado
La *Dorus-Gras* ó la *Nau*.—

Sólo queda el esqueleto. ...
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila*,
Para hacer la diseccion.—

De esta atmósfera mentida,
En donde no es dia el sol,
Donde la verdad se viste
Para parecer mejor;
Donde lo blanco no es blanco,
Donde el cuerpo es ilusion,
Donde el alma una mentira
Y la palabra un error;
Donde el engaño preside,
Y reina tan sólo el *yo;*
Donde el que no es instrumento,
Por fuerza es contradiccion;
Donde obliga el *s'il vous plait*
Para mandaros mejor;
Donde el interes os pisa
Y luégo os dice: «*pardon*»;
Donde el amor va sin venda
Delante del amador,
Y con billetes de banco
Hace su declaracion;
Donde la fachada es todo,



Donde nada el interior,
Donde reina la cabeza
Y obedece el corazon;
— ¡Cuántas y cuántas bellezas,
Cuántos autores de pro,
Cuántas famas prestameras,
Cuánto heroismo ficcion;
En la plaza de la Bolsa,
De la tarde entre una y dos,
Salon de públicas ventas
Ante el concurso acreedor;
En míseros esqueletos
Trasformados á su voz,
Para hacer la anatomía
Reclamára otro español!



XV.

UN AÑO EN PARIS.

LAS EXEQUIAS DEL EMPERADOR.

Por fortuna del extranjero existen en aquella capital siempre compatriotas suyos, en cuya compañía se hace casi indiferente la dificultad del trato indígena; y ésta es una razon más para que pueda pasar en París una temporada agradable, por ejemplo, de un año; pues prescindiendo de las satisfacciones privadas, la vida pública le ofrece bastantes para no echar de ménos aquéllas.

El dia primero del año abre magníficamente aquel animado espectáculo con el singular que ofrece el movimiento de la poblacion, que en tal dia celebra con suntuosas visitas y regalos amistosos y de familia *los estrenos* de Año Nuevo; y es imponderable el soberbio aparato que en muebles y alhajas de valor, dulces y chucherías despliegan todas las tiendas y almacenes, y el considerable número de millones de francos puestos en circulacion para satisfacer esta costumbre, explotada, como todas, por el interes y el cálculo parisiense.

Viene luégo el Carnaval con su estrepitoso aparato de

orquestas y danzas : todos los salones de las altas aristocracias, nobiliaria y mercantil, empezando por los regios de las Tullerías, á concluir en los de los especuladores afortunados de la Bolsa, despliegan en esta temporada su respectiva magnificencia, en bailes serios ó disfrazados (sin careta), y en magníficos conciertos y *soirées*, entre las cuales, las más de buen tono son las del cuartel de San German. — El pueblo en general tiene tambien abiertas y brindándole las puertas de todos los teatros y otros establecimientos públicos, desde el magnífico salon de la Opera, hasta la hedionda escena de *la Courtille*, donde puede entregarse libremente á aquella alegría frenética, á aquel vértigo febril que agita en semejante caso á aquella entusiasta poblacion. — La máscara francesa no conserva nada del carácter galante de la italiana y española, y más bien es un salvo-conducto de demasías, un obsceno emblema de impudor. — ¡Lástima causa que salones tan magníficos y bellos como los de la Academia Real de Música, los del Renacimiento y la Opera Cómica, sirvan de escena á aquellas turbulentas y asquerosas bacanales, en que cinco ó seis mil personas fuera de sí parecen dominadas por un espíritu infernal! — Excusado es decir que la sociedad escogida no asiste á semejantes reuniones, y sólo como mera espectadora y en una interminable fila de coches se presenta el mártes de Carnaval á lo largo de los Boulevares, para ver la grotesca procesion del *Buey gordo*, enorme animal que, revestido de guirnaldas, emblemas y colorines, es paseado pomposamente con una lucida comitiva de sátiros, salvajes, turcos, beduinos y ninfas de lavadero.

Los teatros y diversiones públicas siguen sin intermision durante la cuaresma; y el Viérnes Santo por la tarde se tiene, en direccion del bosque de Boloña, el gran paseo conocido por *Lonchamps*, del nombre de una antigua

abadía que no existe, y á que acostumbraba en otro tiempo acudir la poblacion parisiense; el cual paseo, por la multitud y belleza de los carruajes, caballos, trajes y modas que en él se desplegaban, vino á ser el dia que formaba época de la moda anual. Hoy ha decaido mucho de esta importancia, y los forasteros que van solícitos á presenciar aquel espectáculo suelen ser, sin advertirlo, los únicos actores de él.

La primavera en París viene á ser una pura metáfora, pues en realidad puede decirse que allí no se conoce más que un prolongado y rigoroso invierno, que dura desde Noviembre hasta Mayo inclusive. Durante él las lluvias, las nieves, los frios excesivos, alternan sin cesar con una espesa niebla, que embarga casi de contínuo el sol, y penetrando su humedad en los cuerpos, produce un malestar indefinible, un tedio singular; y á veces, impregnada en pestilentes miasmas, causa irritaciones de nervios, ardor en los ojos y en la garganta, y jaquecas agudas.—No hablemos de los demas inconvenientes producidos por la humedad constante del piso, ni del espectáculo inmundo que ofrecen las calles en meses enteros de lluvias y nieves, ni de un frio, en fin, hasta de quince grados por bajo de cero, que permite á los aficionados pasear tranquilamente sobre el Sena.—Sin embargo, algunos dias de Marzo y de Abril suele acertar el sol á dominar la espesa bruma que le envuelve, y en ellos es por manera agradable el paseo, de dos á cuatro de la tarde, por el animado boulevard *de los Italianos*, ó por las hermosas losas de la calle *de la Paz*, sitio privilegiado de la más brillante concurrencia.

El 1.º de Mayo, como dia de la festividad del Rey, hay (ademas de la gran recepcion y peroratas de Palacio)

muchas fiestas públicas, fuegos artificiales, cucañas, carreras en barcas, iluminaciones, etc., las cuales fiestas se reproducen *oficialmente* en los dias 29, 30 y 31 de Julio, aniversario de la Revolucion de 1830, y en ambas ocasiones el pueblo de París acude sin tomar parte y como simple espectador. Porque aquel pueblo no tiene, como todos los demas, su fiesta propia ó patronal; y áun las religiosas le son indiferentes; de suerte que los dias de la Semana Santa, del Córpus, Pascuas y demas, y hasta el de Santa Genoveva, venerada antiguamente como patrona de París, pasan en él desapercibidos, y sólo los dias de *fiesta nacional*, como los arriba citados, son los que le reunen en comun solaz.—La Exposicion anual de pinturas en el Louvre, y la de la Industria, cada cuatro años, son espectáculos tambien que animan la primavera en aquella ciudad.

Llegados los ardores de Junio, toda la sociedad *que se respeta* huye léjos de los muros de la capital, y van á guarecerse, cuál á su lejano castillo de la Bretaña, cuál á su magnífica quinta de la Turena, éste á los elegantes baños de Spa ó de Wiesbaden, aquél á su modesta posesion de Montmorency ó de Passy.—Y los que, obligados por sus ocupaciones, tienen que estar condenados á permanecer en la capital, aprovechan la ocasion de los domingos para lanzarse fuera de barreras, en *ómnibus, fiacres, coucous, diligencias* y *wagones;* en barcos por el rio, ó arrastrados por el vapor en los caminos de hierro; corriendo á saborear las delicias del campo, aunque no sea más que á una GUINCUETA (especie de establecimientos campestres como la *Minerva* de nuestro Chamberí), á un tiro de bala de la capital.— Otros, mejor aconsejados, desembarcan á millares en las animadas fiestas patronales de los pueblos del contorno; visitan sus bosques y deli-

ciosas florestas; consumen alegremente sus provisiones sobre la verde alfombra ó bajo un pintoresco templete dedicado «*Al amor puro y fiel*» por el dueño de una fonda ó el director de una sala de bailes, donde se pagan *dos reales de entrada* y *las señoras grátis*.—O bien, aprovechando la feliz aplicacion de los caminos de hierro, se trasladan en pocos minutos á la magnífica terraza de San German ó á la animada feria y bellos parques de San Cloud, ó visitan la admirable fábrica y museo de porcelana de Sèvres, ó el soberbio pensil y deliciosos bosques de Versálles.

Este último sitio, en particular, es objeto de especial peregrinacion; y la doble vía de carriles de hierro establecidos últimamente á una y otra orilla del Sena permite tal frecuencia de comunicacion con la capital, que en cualquiera de los domingos del verano, en que corren las fuentes del parque, ó se permite al público la entrada del Palacio, puede calcularse en treinta mil y más personas las que en numerosos convoyes de quinientas ó seiscientas cada uno, se trasladan durante el dia á aquella ciudad. —No es sólo el famoso palacio y los ricos é inmensos bosques y jardines de Luis XIV lo que tiene que admirarse en ella; es tambien el grandioso monumento levantado por Luis Felipe á la gloria nacional en el *Museo histórico* que ha mandado reunir en su rico palacio; interminable galería, en que se ven reproducidos en el lienzo y en la piedra todos los hechos memorables de la historia francesa, desde la antigua monarquía de Clóvis hasta la actual de 1830; todos los retratos de personajes notables, monumentos artísticos, y un sinnúmero de otros objetos análogos, que exigen muchas visitas á aquella encantadora mansion.

El espectáculo de las ferias de San Cloud y San German es otro de los más animados y pintorescos que verse

puedan, pues en él vienen á reunirse lo hermoso del sitio de la escena, extensos bosques y bellísimos jardines, numerosa concurrencia de la capital y sus cercanías, é infinito número de tiendas provisionales improvisadas á lo largo de los paseos, con los innumerables y variados episodios que producen multitud de salones públicos de bailes, teatrillos de tablas, exposiciones de monstruos, juegos de manos y experimentos de física recreativa.

Es preciso asistir á semejantes espectáculos para conocer hasta dónde alcanza el deseo de la ganancia en aquellos industriales, para conocer y admirar los ingeniosos medios de charlatanería que despliegan los *saltimbanquis*. —Este tipo, otro de los que abundan en la baja sociedad francesa, y que es absolutamente desconocido en nuestra España, es uno de los más cómicos y grotescos que pudiera inventar la imaginacion más risueña; y no se sabe qué admirar más, si su estrambótica figura y fantásticos arreos, la osada petulancia de sus relaciones y pomposas ofertas, ó la ciega confianza del vulgo, que los cree, como suele decirse, á piés juntos, cuando le brindan con arrancarle las muelas *sin dolor;* cuando le ofrecen elíxires para vencer los rigores de su querida ú obligar á la fidelidad sus maridos; cuando le escamotean las monedas en rápidos juegos de manos; cuando improvisan escenas altisonantes y trágicas, ó recitan poemas burlescos y cuentos de fantasía; todo á la luz de numerosas teas, subidos en carros ó tablados enormes, interrumpidas sus voces por el redoble del tambor ó el ruido de los petardos.—La musa cómica moderna ha presentado este tipo en una pieza titulada *Los Saltimbanquis*, en la cual, bajo la figura popular del héroe *Bilboquet*, se ha hecho célebre el distinguido actor *Odri*, el rey de la farsa; y los graciosos dichos, máximas y epigramas que esmaltan el diálogo en aquella preciosa comedia, han llegado á ser otros tantos

refranes característicos y aplicables á todos los farsantes políticos y literarios, que tanto abundan en las sociedades modernas, y singularmente en la francesa.

Llegado el mes de Octubre, y muy avanzado ya el otoño, van regresando á París las elegantes familias que ocupaban los castillos y casas de campo ; los intrépidos *touristas* que habian salido á recorrer las orillas del Rhin ó las montañas del Pirineo, y toda la cohorte de deidades teatrales que fueron á lucir sus voces, gestos y gambadas en las orillas nebulosas del Támesis ó en las heladas márgenes del Newa.—Todos los teatros de París vuelven á recobrar su actividad, y los ingenios se apresuran á ofrecer á sus apasionados los frutos de sus meditaciones, nacidos en un bosque de la Bretaña ó en una cabaña de la Suiza.—Vuelve á surcar las calles la inmensa multitud de elegantes carruajes, y la actividad del comercio y de la industria llega por aquel tiempo á su apogeo.

Las carreras de caballos en el *Campo de Marte;* los elegantes paseos de los *leones* (1) *al bosque de Boloña*, y el estreno de las piezas nuevas y de los nuevos actores, son los más favoritos espectáculos del otoño, que por otro lado suele presentar dias hermosísimos y templados, hasta que, ya bien entrado Noviembre, empieza la estacion de las

(1) La nomenclatura de la moda, tan fantástica como sus caprichos, ha adoptado en aquella capital el título de *Leones* y *Leonas* para designar aquellos elegantes refinados, de ambos sexos, en quienes el cuidado de sus luengas barbas y cabelleras es la ocupacion principal. Llámanse tambien *Tigres* los otros elegantes de medio carácter, imitadores de aquéllos; *Ratas*, las figurantas del baile de la Ópera (sin duda por lo que devoran de príncipes alemanes, lores ingleses y financieros judíos), y otros nombres así, más ó ménos propios; lo que ha dado lugar á una graciosa sátira que se titula *Bestias curiosas de París y su rastro.*

lluvias, de los frios, de las nieblas, que aconsejo á mis paisanos no aguardar en París.

En el invierno pasado concluyó dignamente el año con el magnífico espectáculo que ofreció la llegada y marcha triunfal de las cenizas de Napoleon á los Inválidos, cuyo pomposo y poético aparato dejó atras á los que nos cuentan las historias de los triunfos en la antigua Roma.

Este memorable suceso y el grandioso nombre de NAPOLEON llenó, puede decirse, durante todo el año, la imaginacion del pueblo frances, cuyo frenético entusiasmo y adoracion idólatra hácia el Emperador y su memoria sorprenden y asombran al extranjero.—Consecuente con su diestra política, el rey ciudadano emprendió la rehabilitacion histórica de aquel nombre ilustre; tornó á levantar sobre la inmortal *columna* de la plaza de Vendome la estatua del Emperador; terminó el *Arco de la Estrella*, monumento triunfal dedicado á sus victorias; el templo de *la Magdalena*, elevado á su gloria; y dispuso, en fin, cumplir el último voto de Napoleon cuando dijo: *Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de aquel pueblo frances á quien tanto he amado.*

En la sesion de la Cámara de los Diputados del 12 de Mayo de aquel año, el ministro de lo Interior pronunciaba las siguientes palabras:—«Señores, el Rèy ha mandado »á S. A. R. el príncipe de Joinville que vaya á la isla de »Santa Elena para recoger los restos mortales del Emperador Napoleon..... La fragata encargada de trasportar »este precioso depósito se presentará á su vuelta á la »embocadura del Sena, desde donde serán conducidos »aquéllos á París, para ser depositados en el templo de »los Inválidos..... Una ceremonia solemne, una gran pompa religiosa y militar inaugurará el monumento que debe »contenerlos para siempre.»

Acogidas por la Cámara con indecible entusiasmo estas y otras palabras del Gobierno, se dispuso inmediatamente la realizacion de tan magnífico pensamiento; y el 2 de Julio siguiente, el príncipe de Joinville dejó á París con direccion á Tolon, de donde zarpó el 7 del mismo mes á bordo de la fragata *Belle Poule*, en direccion á Santa Elena, acompañado del baron Las Cases, de los generales Bertrand, Gourgaud, los señores Marchand, Archambaud, y otros antiguos servidores del Emperador.— El 8 de Octubre, despues de haberse detenido algun tiempo en las costas del Brasil, llegaron á Santa Elena; y en los dias 15 al 16 del mismo se verificó la imponente ceremonia de la exhumacion.—El dia 18 dióse á la vela de nuevo la fragata, cargada con su precioso depósito, y el 30 de Noviembre, á las cinco de la mañana, ancló en la rada francesa de Cherbourg.

Al dia siguiente, 1.° de Diciembre, se recibió en París la fausta nueva de que los restos del Emperador se hallaban ya en Francia, y es imponderable el entusiasmo frenético con que el pueblo de París celebró este memorable aniversario de la batalla de Austerlitz (1).

(1) ¡Quién habia de pronosticar entónces que esta misma fecha, doce años despues (1852), habia de ser la de la inauguracion de un nuevo imperio Napoleónico, en cabeza de su inmediato descendiente, el mismo precisamente que acababa de pasar como desapercibido ante el pueblo frances, que parecia entónces no continuar hácia los herederos de aquel grande hombre la inmensa simpatía que reservaba exclusivamente á su memoria!—Puedo decirlo como testigo presencial. El episodio de la intentona de Boulogne, y el célebre proceso contra su autor, el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, que se representaba en la Cámara de los Pares al mismo tiempo que las cenizas del Emperador se encaminaban á París, donde eran esperadas con una ansiedad indecible, apénas afectó á la poblacion parisiense ni á la generalidad del pueblo frances..... Trasladado el Príncipe y sus compañeros de aventura, los señores

Renováronse desde aquel instante los inmensos preparativos para la entrada triunfal, que se fijó para el dia 15 del mismo Diciembre.—El precioso depósito, partido de Cherbourg el dia 8 por la tarde, y trasbordado al buque la *Normandía*, al estampido de *mil cañonazos*, es depositado en un magnífico altar cubierto con el manto imperial de terciopelo violado, bordado de abejas, y defendido por un grandioso dosel, entre cien lámparas y piras que exhalan aromáticos perfumes.—El 9 por la noche llega el buque con la flotilla que le escoltaba á la rada del Havre; y el 10 por la mañana arriba á Rouen, donde es recibido con unas demostraciones de entusiasmo inaudito; prosigue su majestuosa marcha por el Sena, transportado de nuevo al barco imperial, expresamente construido para este caso, con la forma de un magnífico templo fúnebre, tapizado de terciopelo violeta con abejas de oro, y decorado con guirnaldas y coronas de siemprevivas, estatuas,

---

Persigni, Montolon, etc., á las cárceles del palacio de Luxemburgo, el autor de estos recuerdos tuvo ocasion de asistir como espectador á la célebre sesion de la Cámara en que el mismo Príncipe y sus coacusados se presentaron á hacer su defensa, ayudados por la poderosa voz del célebre orador Mr. Berrier. Vió allí con extraordinario interes la simpática figura del jóven *Luis Napoleon Bonaparte*, del futuro NAPOLEON III, y la de su caballeresco compañero y actual ministro Mr. de Persigni; escuchó conmovido las graves y contadas palabras del primero cuando dijo «que no intentaba su defensa, y que la dejaba á la conciencia de sus jueces»; las arrogantes frases del segundo, y la admirable elocuencia de Berrier; y afectado por todo ello, no acertaba á comprender cómo un pueblo que por entónces mismo se esmeraba en demostrar su fanatismo é idolatría hácia el nombre de Napoleon, dejaba indiferente encausar, sentenciar y sumir tras las espesas murallas del castillo de Ham al inmediato heredero de aquel nombre, á aquel que algunos años despues habia de saludar con el nombre de NAPOLEON III.

trípodes y piras olorosas; precedíalo un barco de vapor conduciendo doscientos músicos de la Academia Real, que ejecutan marchas fúnebres y sinfonías militares, compuestas expresamente para esta solemnidad por los maestros Aubert, Halevy y Adams, y era escoltado por la numerosa flota, que vino engrosándose por todo el trayecto. —Detiénese al fin en Courvevoi, cercano á París, donde por primera vez tocan los despojos del Emperador el suelo frances..... Desde este punto, cerca del puente de Neuilly, hasta el templo de los Inválidos, en una distancia de dos leguas, puede decirse que era una serie no interrumpida de arcos de triunfo, de templetes alegóricos, de pirámides, columnas, obeliscos, estatuas colosales, mástiles y banderas, cuya descripcion sería interminable.

El 15, al amanecer, el precioso féretro, retirado del buque fúnebre, es depositado en el *carro imperial.*—Éste, de una belleza y lujo imponderable, estaba coronado por doce estatuas colosales, doradas, que sostenian sobre un inmenso escudo el magnífico ataud, sobre el que se veian el cetro, la mano y la corona imperial, en oro y pedrerías, y cubierto el todo con un flotante velo de crespon morado, salpicado de abejas de oro.—Tiraban de esta magnífica carroza diez y seis caballos, dispuestos en cuadrigas á la manera antigua, cubiertos de terciopelo violado y con ricos penachos blancos, y eran conducidos por diez y seis caballerizos con las libreas del Imperio.

La guardia nacional del Sena y la tropa de línea cubrian la dilatada carrera desde el puente de Neuilly hasta el templo de los Inválidos.—La entrada en París de la solemne comitiva fué por el Arco de la Estrella, sobre cuya plataforma se habia dispuesto, formando su coronamiento, un grupo colosal y bellísimo, que representaba el *Apoteósis del Emperador*, cuya figura, revestida con el manto imperial, descollaba en el centro.

El órden de la comitiva triunfal era el siguiente. — La gendarmería del Sena, con cien enormes trompetas; la guardia municipal á caballo; varios escuadrones de lanceros y coraceros y muchos regimientos de infantería; las escuelas militares; los ingenieros; los veteranos retirados é inválidos con sus uniformes del Imperio; numerosos destacamentos de todos los regimientos con las águilas de todos ellos y las de la guardia nacional de toda Francia; y otros á caballo con las banderas de los ochenta y seis departamentos del reino.—*El caballo de batalla del Emperador*, con la silla y arnés que le sirvieron cuando era primer Cónsul, y cubierto del ya dicho crespon violeta con abejas de oro; — los generales del ejército de mar y tierra; una carroza con los individuos de la comitiva de Santa Elena,—los mariscales de Francia; las comisiones de las municipalidades;—*el Príncipe de Joinville* y su Estado mayor; — los quinientos marineros de la *Belle Poule,* que debian acompañar el cuerpo del Emperador hasta dejarlo depositado en los Inválidos.—*El carro triunfal*, cuyos cordones llevaban los mariscales Soult y Jourdan, el general Bertrand y un almirante;—los antiguos dignatarios civiles y militares de la casa imperial,—el prefecto del Sena; la Municipalidad de París; los maires y adjuntos, la diputacion de la isla de Córcega, y las comisiones de todos los cuerpos y departamentos de Francia, cerrando la comitiva un ejército de más de cuarenta mil hombres.

A las once de la mañana entraba esta solemne comitiva por bajo el arco de la Estrella; y al asomar el carro imperial, un rayo de sol, penetrando las preñadas nubes que durante toda la mañana le habian ocultado, fué á herir en el rico dorado de las estatuas que sostenian el féretro, y pareció calmar por un momento el horrible frio, de quince

grados, la ventisca y nieve, que durante toda la mañana habia reinado.

Lo que entónces pasó en la inmensa multitud de espectadores no es posible expresarlo.—Aquel sol era *el sol de Austerlitz*, saludado así por el insigne *Víctor Hugo* (1); aquel rayo de sol que iluminaba un instante aquel glorioso féretro hizo caer de rodillas á una poblacion de dos millones de franceses que se creian trasportados á la presencia de su grande Emperador.....! No olvidaré jamas aquel solemne momento, que presencié desde un asiento de la inmensa grada luctuosa y elegante que se habia construido á uno y otro lado de los Campos Elíseos para contener los infinitos espectadores, teniendo á mi lado á nuestro insigne compatriota y mi excelente amigo don Juan Donoso Cortés (el célebre y malogrado Marqués de Valdegamas), y sin que uno y otro, aunque extranjeros, dejásemos de tomar parte instintivamente en aquel entusiasmo febril.

La comitiva imperial siguió su larga carrera hasta el templo de los Inválidos, á cuya puerta salió Luis Felipe á recibirle, y adelantándose á su padre el Príncipe de Joinville, díjole con enérgica entonacion: «Sir, os en-

(1) Víctor Hugo publicó en aquellos dias una preciosa coleccion, que conservo, de sus várias composiciones napoleónicas con el título *Le Retour de l'Empereur*, y en la cual hay trozos dignos por sí solos de inmortalizar á aquel ilustre vate. Al regresar á su casa, aquel dia, de los Campos Elíseos, donde habia presenciado el paso de la comitiva, improvisó los siguientes:

Ciel glacé! Soleil pur! —Oh! brille dans l'histoire
Du funebre triomphe impérial flambeau!
Que le peuple à jamais te garde en sa memoire,
Jour beau comme la gloire,
Froid comme le tombeau!



trego los restos mortales del emperador Napoleon, que por órden de V. M. he conducido desde la isla de Santa Elena.»—A lo que Luis Felipe contestó:—«Yo los recibo en nombre de la Francia.»—Y trasportados que fueron al suntuoso catafalco levantado bajo la inmensa cúpula de aquel gran templo, empezó la ceremonia fúnebre con una inaudita pompa y solemnidad.—La misa de Requiem, cantada por Duprez, Rubini, Tamburini, Lablache, Cholet, Geraldi, etc., y las señoras Grissi, Damaureau, Stolz, Dorus Gras, terminó á las tres de la tarde; y á los cien cañonazos lanzados en este momento desde la explanada de los Inválidos, respondieron otros infinitos hasta los últimos confines de la Francia.



XVI.

LA BÉLGICA.

BRUSÉLAS.

Cuando, abandonando el ruidoso teatro parisiense, y despues de atravesar en el breve término de treinta horas el espacio de 60 leguas españolas (76 francesas) que separa la capital de Francia de la del nuevo reino de Bélgica (1), se encuentra el extranjero en ésta, sin que hasta llegar á ella se haya apénas apercibido de notable mudanza ni en el clima, ni en las costumbres, ni en el aspecto físico del país que ha recorrido; cuando se encuentra en una ciudad cuya forma material se acerca todo lo posible á reproducir proporcionalmente la distribucion, órden y aspecto de París; cuando vea en ella un rio *Senne*, cuyo nombre en la pronunciacion se equivoca con el que atraviesa la capital francesa; cuando se halle con sus *boulevares* y *barreras*, sus edificios públicos, remedos de los greco-franceses; sus recuerdos patrióticos de 1830, sus

(1) Hoy se anda en siete por el *ferro-carril*.

mártires de Setiembre, como en París los mártires de Julio; sus dos Cuerpos Colegisladores y su Rey ciudadano; cuando escuche en boca de todo el mundo la lengua francesa como idioma nacional; cuando halle adoptadas, en fin, su literatura, sus modas y sus costumbres; apénas puede llegar á figurarse que ha variado de país, y como que contempla con cierta sonrisa desdeñosa aquel plagio social, aquella *contrefaçon* política que se llama la capital del pueblo belga.

Sin embargo, si el extranjero se detiene en ella algun tiempo, no deja todavía de descubrir, al traves de tantos remedos, un carácter propio, graves accidentes indígenas, que acabarán por hacerle creer en la nacionalidad de aquel pueblo, y hallar la línea divisoria que le separa del frances.

Hasta su emancipacion en 1830, puede decirse que los belgas nunca habian formado una nacion independiente, pues por su situacion, su escaso territorio y su pacífico carácter, fueron siempre embebidos en la historia y vicisitudes de otras naciones poderosas, como la Alemania, la España, la Francia y la Holanda; las cuales, dominando alternativamente aquel territorio, ya por los derechos de las dinastías, ya por la fuerza de las armas, dividiendo y subdividiendo de mil maneras los ducados de Brabante, de Limburgo y de Luxemburgo, los condados de Flándes, de Haitnaut y de Namur; el principado de Lieja, el marquesado de Ambéres y la *señoría* de Malinas (de que se compone el actual reino de Bélgica), establecieron en aquellos países costumbres, legislaciones y hasta idiomas diferentes.

El matrimonio de María, hija del último duque de Borgoña *Cárlos el Temerario*, con el archiduque Maximiliano de Austria, hizo pasar á esta casa el dominio de

las provincias belgas, y la abdicacion que Cárlos V hizo de sus Estados en la persona de su hijo Felipe II, las incorporó á la corona de España. Perdidas luégo para ésta, y despues de desastrosas guerras, vuelven á incorporarse á la casa de Austria, y reunidas posteriormente á la República francesa, y por último á la corona de Holanda, no han recobrado su independencia hasta que, por la revolucion de Setiembre de 1830, y despues de la larga conferencia de Lóndres, quedó, en fin, reconocida, sancionados los límites del nuevo reino, y aclamado por su monarca el príncipe LEOPOLDO de Sajonia Cobourgo, el 4 de Junio de 1831; desde cuya época los gobierna, bajo el juramento que prestó á la Constitucion belga, promulgada el 7 de Febrero del mismo año.

La Bélgica actual se compone, pues, de las nueve provincias de Ambéres, Brabante, Flándes occidental, Flándes oriental, Haitnaut, Lieja, Limburgo, Luxemburgo y Namur, y tiene por límites: al N., la Holanda; al E., la Prusia; al S., la Francia, y al O., el mar del Norte, en una extension vária de cincuenta leguas en su mayor largo de N. O. á S. O., por treinta y cinco de ancho de N. á S., poblada por unos cuatro millones de habitantes.

Colocado, pues, este reino en una posicion tan ventajosa; enclavado, por decirlo así, entre los cuatro países que marchan á la cabeza de la civilizacion, la Francia, la Inglaterra, la Prusia y la Holanda; pudiendo, por su limitada extension y por el admirable sistema de sus caminos de hierro, comunicarse en breves horas con todos aquéllos; regido por un gobierno justo, liberal y tolerante, que sabe aprovechar el bondadoso carácter de los naturales, en quienes predomina el amor al trabajo y una inclinacion particular hácia la agricultura y la industria; sin

enemigos exteriores; sin grandes movimientos internos; tranquila, en fin, y respetada su independencia por los demas pueblos, no es extraño que en tan breves años como cuenta de existencia política haya podido la Bélgica alcanzar ese grado de prosperidad envidiable en que hoy la vemos, y que atrae á su afortunado recinto infinita multitud de viajeros de todos los países, deseosos de conocer y admirar la encantadora riqueza de sus campiñas y su esmerado cultivo; la actividad de su industria y la riqueza de su comercio; la pintoresca belleza de sus ciudades; la respetable antigüedad de sus monumentos, y la justa reputacion de su Escuela de Pintura; el apacible carácter de sus naturales; la comodidad y tranquilidad de su existencia, y los medios admirables de rápida comunicacion, que hacen hoy de este pequeño país el centro convergente de todos los más civilizados de Europa.

La capital de tan afortunado reino revela naturalmente su importancia, y por la inmensa afluencia de forasteros que en ella vienen á reunirse diariamente, por la magnificencia de sus establecimientos públicos, por la riqueza y elegancia de sus moradores, ocupa un lugar muy superior al que naturalmente parece reclamar una poblacion de cien mil almas, una nueva capital de un reino nuevo y pequeño.

Desplégase Bruselas en forma de anfiteatro sobre el pendiente de una colina, extendiéndose luégo por una rica llanura regada por el rio Senna, y puede dividirse en dos partes muy diversas entre sí, por su fecha y por el aspecto material de sus construcciones.—La ciudad baja ó antigua, cuya fundacion data, por lo ménos, del siglo VI, tiene todos los defectos de las antiguas poblaciones, con sus calles estrechas, tortuosas y sombrías, sus casas deformes, caprichosas y estrambóticas, y hasta su tradicio-

nal descuido en la limpieza y falta de comodidad para los transeuntes. Desgraciadamente, la poblacion mercantil y más vital de la ciudad se encierra en estos barrios, y es por manera incómodo al forastero el tránsito por aquellos callejones y encrucijadas; por lo que en los primeros dias de su permanencia en ella no dejará de dar al diablo su piso desigual y mal empedrado, las estrechísimas aceras, interrumpidas brusca y frecuentemente por trampas abiertas para dar bajada á los sótanos de las tiendas; los puestos de legumbres, de volatería, pescados, etc., improvisados á las mejores horas del dia en calles y placetas; el aspecto innoble y heterogéneo de las fachadas de las casas ; los canales de desagüe; los mezquinos rótulos de las calles, y hasta los títulos indecorosos de ellas, escritos en flamenco y en frances, tales v. gr., *Mercado de tripas*, calles del *Albañal* (*l'Egout*), de los *Ropavejeros* (*fripiers*), de los *Ratones*, de los *Mosquitos*, de la *Putería*, y otros por este estilo.

Formando un singular contraste con aquella parte antigua, se despliega en lo alto de la *Montaña de la Córte* la ciudad moderna, que puede sin disputa compararse á los más hermosos barrios de París y de Lóndres, por sus magníficas y extensas calles tiradas á cordel; sus soberbios edificios públicos y particulares; la elegancia y suntuosidad de sus moradores.— Desde que saliendo de la animada, tortuosa y costanera calle *de la Magdalena*, que limita la ciudad baja y mercantil, descubre el forastero la *Plaza Real*, el cuadro varía repentinamente, y se cree trasportado á otra ciudad diversa, admirando la simetría y magnificencia de la iglesia, palacios y hermosos *hôtels* que decoran esta plaza.—Da luégo vista al *Parque* (hermoso jardin público, muy parecido al del Luxemburgo de París), y ve desplegarse en su derredor las hermosas calles Real, de la Regencia y de Bellavista; los palacios del

Rey, del Príncipe de Orange y de la Nacion, donde tienen sus sesiones los Cuerpos Colegisladores; mira cruzar por todos lados un crecido número de brillantes carruajes (obra de los célebres talleres de esta ciudad), y ve paseando entre los bosques del jardin ó por las anchas losas de las calles una poblacion tan elegante y *fashionable*, que no diria mal en el Bosque de Boloña ó en las praderas de Hyde-Park.

Sin embargo, el viajero observador acaso no hallará tanto placer en tan bello espectáculo como el que le ofrecerán las calles animadas y populares de la ciudad baja, pues en éstas todo es característico y propio, miéntras en aquéllas todo es remedo de otros pueblos, todo arreglado al nivel civilizador de la moderna sociedad.

Por no molestar demasiadamente la atencion de mis lectores, limitaré la material inspeccion de esta ciudad á una ligera indicacion de sus principales objetos de curiosidad, antiguos y modernos, alguno de los cuales mereceria, sin embargo, una descripcion detallada por su importancia histórica y monumental.

Entre los edificios religiosos, por ejemplo, merece sin disputa el primer lugar la iglesia catedral, dedicada á San Miguel y Santa Gudula, monumento gótico de los siglos XIII y XIV, que por su esbelteza y hermosas proporciones ha merecido en todos tiempos los elogios de los artistas.—Son, sobre todo, dignos objetos de atencion en él sus dos altísimas y elegantes torres cuadradas, su magnífica cristalería, las hermosas estatuas colosales que están delante de los pilares de la nave, y representan á Jesucristo y su Santísima Madre y el Apostolado; el caprichoso púlpito de mármoles y figuras de talla, que representan á Adan y Eva arrojados del Paraíso, y las tumbas

de obispos y otros personajes que adornan sus capillas; siendo entre ellas muy notable la moderna del conde *Federico Merode*, muerto en la revolucion de 1830, bella escultura de mármol del distinguido artista belga monsieur *Geefs*, cuyo taller he visitado, y admirado en él la rara habilidad de su cincel.

Las iglesias antiguas de *la Capilla* y del *Sablon* son, despues de la catedral, las más dignas de encomio; y entre las modernas merece el más cumplido la bella rotonda de *Santiago*, conocida por el sobrenombre de *Caudemberg*, y situada en la plaza Real, por su elegante forma greco-romana y la sencillez armónica de su distribucion.—En todas estas iglesias, y las demas, se ven magníficas esculturas, bellos cuadros de las escuelas flamenca y holandesa; y (lo que es áun más de alabar) se observa el esmero en el culto religioso, y la concurrencia del pueblo á los divinos oficios; en este punto, la mayoría del pueblo belga, que profesa la religion católica, lleva mucha ventaja al pueblo frances.

La casa de Ayuntamiento (*Hôtel de Ville*) es, entre los edificios civiles, el que llama más la atencion del extranjero, y uno de los primeros objetos que, por su extendida y justa fama, se apresura aquél á visitar.—Está situada en uno de los frentes de la plaza Mayor, y su construccion (que remonta cuando ménos al siglo XV) pertenece al género llamado gótico-lombardo, con toda aquella elegancia de decoracion y caprichosos adornos que le son propios, especialmente en su elevadísima torre, que le comparte en dos mitades (no exactas), obra maestra de atrevimiento, elegancia y esbelteza; tiene 364 piés de altura, y está coronada por una estatua de cobre dorado que representa á San Miguel.—El interior de este suntuoso edificio corresponde bien á su magnificencia exterior;

sobre todo la gran sala llamada *la Gótica ó de la Abdicacion*, por haber sido en ella donde tuvo lugar la que el emperador V, en el apogeo de su poder, hizo de todas sus coronas en favor de su hijo Felipe II, marchando desde allí á encerrarse en los austeros claustros del monasterio de San Jerónimo de Yuste; suceso memorable de la historia europea, que adquiere toda su importancia á la vista del magnífico local que le presenció.

Las otras salas merecen tambien ser vistas, para admirar en ellas las ricas tapicerías flamencas y los retratos en pié de los duques de Borgoña, reyes de España y emperadores de Austria, que las adornan. — La plaza misma en que está esta casa es un objeto de estudio, por la construccion de sus edificios, obra del tiempo de la dominacion española, y que conservan su especial fisonomía. Entre ellos descuella el que hace frente al *Hôtel de Ville*, y que sirvió de casa comunal hasta 1446; desde sus balcones fué desde donde el famoso *Duque de Alba*, terror de aquellos países, presenció el suplicio de los condes de Egmont y de Horn, jefes supuestos de la insurreccion flamenca, hallándose toda la plaza tendida de luto, y entregada la ciudad á la mayor consternacion.

Por lo demas, apénas se encuentran ya en Bruselas más vestigios de la dominacion española que esta plaza y casa de ciudad; la prision llamada todavía en español de *El Amigo*, que está en la misma casa; el Hospicio de *Pacheco*, y la calle de *Villahermosa*. — No es extraño que el tiempo, las diversas dominaciones del Austria, la Francia y la Holanda, que han sucedido á la española, y más que todo, la odiosa memoria que de ésta ha quedado en aquellos países, á causa de la indolencia y crueldad de los gobiernos de los Felipes, hayan borrado casi del todo el colorido español de aquel pueblo, del cual, por otro lado, nos separa naturalmente la distancia, el clima, leyes y costumbres.

No léjos de la plaza Grande, y en la esquina que forman las calles de *la Estufa* y *del Roble*, se encuentra un objeto de la más rara curiosidad, y es el *Manneken-Piss*, célebre monumento que tanta importancia tiene en aquella ciudad, amiga de sus antiguallas y recuerdos históricos.—Consiste en una figurita de bronce, de poco más de una vara de altura, que representa un niño desnudo y en el acto de orinar.— El orígen de este monumento se oscurece entre los cuentos de la antigüedad, que dicen que un cierto Godofredo, de edad de siete años, é hijo de un duque de Brabante, se perdió en una procesion de jubileo, y fué despues hallado en aquella postura y en aquel sitio, por lo que sus padres hicieron construir aquella fuente, y desde entónces ha sido un objeto de verdadero culto para los bruselenses, en términos que áun hoy dia es reputado por *el más antiguo ciudadano de Bruselas*, y una especie de *Paladium*, al cual miran unida la suerte de la ciudad. Y llega á tanto esta preocupacion, que le tienen destinadas rentas y un ayuda de cámara para su conservacion; á que los monarcas extranjeros y el gobierno nacional le han condecorado con sus grandes cruces y héchole regalos de magníficos uniformes, con los cuales, ó con la *blusa nacional* le visten el dia de las fiestas del *Kermesse*, que se verifica en el segundo domingo de Julio, con general entusiasmo de la poblacion.— Esta afortunada estatuita ha sido robada várias veces y encontrada despues; y cuando se verificó su última desaparicion, en 1817, toda la ciudad vistió luto, hasta que, habiéndola encontrado en manos de su raptor, fué vuelta á colocar en medio de una funcion magnífica y popular.

El palacio del Rey y el del Príncipe de Orange son sencillos edificios modernos, que no merecen particular atencion, exceptuándose en este último la riqueza de sus sue-

los, embutidos de maderas preciosas, y con un delicado trabajo superior á todo encomio; es igualmente rica la decoracion de sus muebles, entre los cuales hay que admirar las soberbias mesas de lapislázuli, regaladas por el Emperador de Rusia á su yerno, y valuadas algunas de ellas en la enorme suma de seis millones de reales.—Cuando aquel príncipe habitaba esta casa, como gobernador que era de la Bélgica á nombre de su padre el rey de Holanda, habia reunido tambien en ella una exquisita coleccion de cuadros de las mejores escuelas, la que despues de su advenimiento al trono de Holanda ha hecho trasladar á la Haya, y hoy sólo queda en el palacio de Bruséłas la magnífica decoracion de sus salones, al cargo de su amable conserje mayordomo, el español D. N. *Cabanillas*, que habiendo servido á las órdenes de aquel príncipe en la guerra de la Independencia, le siguió despues, mereciendo su confianza, y hoy está encargado de hacer los honores á la multitud de extranjeros que visitan diariamente aquel elegante palacio.

El otro, llamado *de la Nacion*, es un edificio moderno de fines del siglo anterior, y en él tienen sus sesiones los dos Cuerpos Colegisladores, y se hallan tambien situados los ministerios con bastante comodidad y buena distribucion.—El palacio de *Bellas Artes*, cuya parte antigua sirvió de residencia á los gobernadores generales de los Países-Bajos, y entre ellos al Duque de Alba, considerablemente aumentado despues, ha venido á convertirse en *Museo de cuadros, Biblioteca pública, Gabinete de Historia natural* y otro *de Física;* objetos todos muy dignos de atencion, sobre todo la Biblioteca, compuesta de 150.000 volúmenes y 16.000 manuscritos curiosísimos, y el gabinete de Historia natural, que por su riqueza y metódica coleccion puede alternar con los más apreciables de Europa.

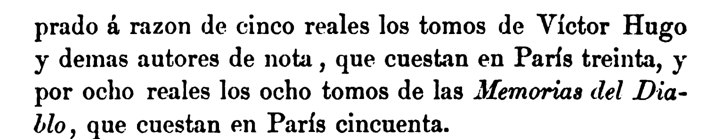
El *Teatro Real*, situado en la plaza de la *Moneda*, es un vasto edificio, comenzado en 1817 é inaugurado dos años despues: su decoracion exterior es parecida á la del *Odeon* de París, y el interior es ámplio y ricamente decorado. En él se dan funciones todos los dias de la semana, excepto el sábado, alternando la grande y pequeña ópera con el drama trágico y el cómico ó con el baile pantomímico. Las piezas, las decoraciones y los actores son por lo regular franceses, y el resultado una bella repeticion de los grandes teatros de París.—Otro pequeño teatro cuenta Bruselas en el *Parque* ó jardin público, y en él suele representarse el *Vaudeville* ó piezas cómicas, con lo cual y un menguado *Circo Olímpico*, hecho de tablas, y en el que es preciso tener el paraguas abierto cuando llueve, concluyen las diversiones públicas, bastantes á satisfacer el carácter pacífico y doméstico de los bruselenses.

El *Jardin botánico* es uno de los objetos más bellos de aquella ciudad, y pertenece á la Sociedad de Horticultura, que tiene en él una elegante y riquísima estufa, donde se cultiva tan prodigiosa multitud y variedad de flores de todos los climas, que prueban muy bien el decidido gusto de los belgas hácia la agricultura y jardinería, y la conciencia con que estudian aquel ramo interesante de ciencias naturales.

Muchos y buenos son los establecimientos de beneficencia é instruccion que encierra aquella ciudad, de los cuales no puedo permitirme la menor indicacion por la brevedad de este artículo, y por estar ya dignamente desempeñado este punto en la excelente obra publicada hace pocos años por nuestro compatriota y amigo el *señor don Ramon de la Sagra*, obra no solamente apreciada en nuestro país, sino en el mismo que describe con interesante exactitud.

Todos los objetos que encierra aquella pequeña capital son, sin embargo, de escasa importancia respectivamente á los que de igual clase ostentan las primeras de Europa; y el extranjero, viniendo regularmente de los grandes teatros de Lóndres y París, halla mezquina aquella escena, y suele abandonarla muy pronto, cansado de su insípida monotonía.—El carácter amable, hospitalario y obsequioso de los belgas; su sociedad franca y generosa; la extremada y *confortable* comodidad de la existencia en un país abundante en productos naturales y manufacturados, propios y extraños, y los goces positivos que ofrece al espíritu una adelantada civilizacion, son, sin embargo, objetos que merecerian más larga permanencia y acabarian por obtener en el ánimo del viajero la preferencia sobre el ruidoso espectáculo de aquellas grandes capitales.

Lo que más admira en ésta es el movimiento importantísimo de su industria; el gusto y perfeccion de sus manufacturas, que participan de la solidez inglesa, del gusto frances y de la baratura alemana, sobresaliendo en varios ramos en competencia con las de aquellos países, como, por ejemplo, en todas las obras de hierro, en la fabricacion de los carruajes, la del papel, la de las telas de hilo, la de los encajes, y de otros mil objetos, que hacen muy mal nuestros comerciantes en ir á buscar á Francia é Inglaterra, pudiendo hallarlos mejores y más baratos en los mercados de Brusélas, de Gante, Courtray, Malinas, Namur, etc.—El comercio de libros, sobre todo, ganaria muchísimo tomando esta direccion, pues es sabido el enorme producto de las imprentas belgas destinadas á reproducir en formas más cómodas, é infinitamente más baratas, todas las obras francesas; especulacion mercantil sobre cuya moralidad no disputarémos, pero que pudiera servirnos con mucha ventaja.—En dicha capital he com-



prado á razon de cinco reales los tomos de Víctor Hugo y demas autores de nota, que cuestan en París treinta, y por ocho reales los ocho tomos de las *Memorias del Diablo*, que cuestan en París cincuenta.

En un pueblo trabajador, pacífico, moderado por carácter, y escaso de diversiones públicas, la vida ofrece poca variedad, y únicamente entrando en los goces delicados de la sociedad íntima y privada puede hacerse soportable aquella uniformidad, y hasta desaparecer el tedio que produce una atmósfera húmeda y sombría en la mayor parte del año.

El belga industrioso y pacífico sabe templar estos inconvenientes con los goces puros de la familia, con la ocupacion del espíritu y el trabajo de sus manos. Sabe oponer á los rigores del clima las grandes comodidades de su mansion, en que despliega toda la brillantez de su industria; y gracias á ella y á la actividad de su comercio, puede, por la mitad del gasto, vivir con toda la comodidad y magnificencia que con grandes sacrificios pudiera proporcionarse en Lóndres mismo. Hasta el forastero participa inmediatamente de estas ventajas, pues halla en Brusélas muchos y magníficos hoteles, muy superiores á todos los de París, y en los cuales, por el reducido gasto de cinco á seis francos diarios, puede proporcionarse una bella habitacion, una opípara mesa y un esmerado y elegante servicio.—Los adelantos de las artes manufactureras, la actividad y buen gusto de un pueblo industrial y mercantil, se revelan á cada paso en la suntuosidad y abundancia de las tiendas, y en la rica decoracion de las casas; miéntras que la soledad y abandono de los paseos, plazas y cafés descubren tambien la ocupacion constante y la natural inclinacion del pueblo á permanecer en lo interior de sus familias.

El sistema de educacion y de sociedad parece tambien muy superior, bajo el aspecto moral y religioso, al que se estila en Francia; y en el semblante de hombres y mujeres, en aquellos semblantes generalmente hermosos y rubicundos, aunque poco animados, se ostenta una tranquilidad interior, una amabilidad y una dulzura que previenen desde luégo en su favor.—No se ven por las calles de Bruselas esos grupos de gentes desocupadas é indolentes que llenan nuestras plazas, ni el agitado bullicio é interesada precipitacion de las que circulan por las de Lóndres y París; tampoco se encuentran por las noches, como en aquéllas, bandadas de prostitutas, ó falanges de rateros, más ó ménos disfrazados; ni rebosan en jóvenes elegantes sus paseos, ostentando un lujo superior á sus facultades, ó una maligna y astuta coquetería.—Las mujeres apénas se presentan por las calles más que en carruajes ó para ir á misa ó á vísperas; tampoco se asoman á las ventanas, y sólo se permiten un inocente ardid, colocando ingeniosamente á los lados de aquéllas, y por la parte de afuera, un juego de espejos, que reflejando los objetos que pasan por la calle, las permite desde adentro ver á todos los paseantes, sin ser ellas vistas, á ménos que, colocadas imprudentemente en la direccion de alguno de los espejos, reflejen en él una linda cara que el pasajero admira, sin poder llegar á descubrir cuál sea la propietaria. — Este ingenioso mecanismo de los espejos, llamados *ladrones*, es general en toda la Bélgica y nuevo absolutamente para mí.

Durante la buena estacion, el habitante de Bruselas tiene tambien para su recreo la hermosa y bien cultivada campiña de sus cercanías, lindas casas de campo y bellos lugares y caseríos. — Entre los objetos de curiosidad de aquellos contornos, son los más notables el palacio y sitio

real de *Lacken*, en una deliciosa situacion y rodeado de muchas y bellas quintas de recreo. — En este sitio está tambien situado el *Cementerio-Jardin*, que viene á ser para Bruselas lo que el del *Padre Lachaisse* para París, y en él se ven muy bellos monumentos, y entre ellos el levantado por su segundo esposo, *Mr. Beriot*, á la célebre cantatriz *María García* (*Madama Malibran*), que allí reposa.

Finalmente, á unas tres leguas de Bruselas no deja el viajero de ir á contemplar los campos de *Waterlóo*, tan célebres por la gran cuestion europea decidida en ellos en 1815.—Waterlóo es una villa de alguna importancia, en cuya iglesia (que es una bella rotonda) se encierran muchos mausoleos elevados á la memoria de los oficiales aliados muertos en la batalla; y en los campos inmediatos de *Mont Saint-Jean* se eleva el monumento principal, destinado á conservar la memoria de aquella sangrienta jornada, que decidió la suerte de Napoleon y de la Europa.—Consiste en una montaña de tierra formada artificialmente, de ciento cincuenta piés de elevacion y cuatrocientos de base, y coronada por un leon colosal de bronce sobre un enorme pedestal de piedra. El soberbio animal tiene una de sus garras sobre una esfera, y vuelta hácia la Francia su erguida cabeza, parece aún amenazarla con su enojo. Ciertamente que despues de las nuevas circunstancias políticas de ambos países, parece inconcebible la permanencia de aquel monumento.

En otro artículo trataré de los caminos de hierro que, partiendo de Bruselas, cruzan la Bélgica, y la ponen en comunicacion rapidísima con los demas países de Europa.





XVII.

LOS CAMINOS DE HIERRO.

«De todos los trasportes (dice *Mr. Chevalier* en una obra justamente célebre), el de los hombres es el más interesante, y el que más importa facilitar; porque si el trasporte de las mercancías crea la riqueza, el de los hombres produce nada ménos que la civilizacion.»

En ningun país puede observarse la verdad de aquella máxima del escritor frances más prácticamente que en el pequeño y próspero reino de Bélgica, que ha ofrecido el primero y único espectáculo de un sistema general de comunicacion por medio de caminos de hierro, y que si cede á la Inglaterra y los Estados-Unidos la gloria de la primacía en su aplicacion, tiene un derecho incontestable de superioridad en la materia, por haber combinado y planteado en pocos años un plan general de esta clase de comunicacion del uno al otro extremo del país; y esto en los dias siguientes á una revolucion política, y apénas reconocida su independencia, y señaládole un lugar entre los Estados de Europa.

El Gobierno belga, ayudado por el patriotismo y la actividad de los habitantes del país, ha hallado medio de

15

realizar tan rápidamente esta mágica operacion, que pareceria increible á no palparla.—En tanto que los demas Estados del continente europeo, gozando de una gran prosperidad y de una tranquilidad perfecta, y pudiendo disponer de recursos inmensos, se han contentado con ensayar en mínima escala la importantísima y civilizadora invencion de los caminos de hierro, estableciendo algunas líneas pequeñísimas y secundarias, por objeto de puro placer ó fantasía, tales como las de París á San Cloud, San German y Versálles; de Nápoles á la Castellamare; de Petersbourgo á Zarkoeselo; de Amsterdan á Harlem; de Dresde á Leipsik; de Nuremberg á Furth, etc.; los caminos de hierro belgas cruzan hoy aquel territorio en sesenta y tantas leguas de extension; ponen en contacto inmediato las diez importantísimas ciudades de Bruséłas, Malinas, Ambéres, Gante, Bruges, Ostende, Thermonde, Courtray, Lovayna y Lieja; y llegando por el Norte á las puertas de Holanda, por el Oeste á las costas fronteras de la Inglaterra; tocando por el Oriente en la monarquía prusiana, y dirigiéndose por dos ramales al Sur hácia el territorio frances, convierten á aquel reducido reino en un punto céntrico de comunicacion entre los cuatro países más adelantados de Europa, y con grandes ventajas del comercio aproximan tambien al Danubio y al Rhin (aquellas dos grandes artérias del país germánico) con el mar del Norte, que preside y domina el genio de Albion.

Todo este verdadero prodigio ha sido para aquel país obra de seis años, y el Gobierno belga ha demostrado en esta obra lo que pueden el verdadero patriotismo, el talento y la constancia. —El 15 de Junio de 1833 monsieur C. Rogier, ministro del Interior, presentó á la cámara de representantes (diputados) un proyecto de ley

para la construccion de las primeras líneas de caminos de hierro, y abierta la discusion el 11 de Marzo siguiente, fué adoptado por aquella cámara y el Senado, en cuya consecuencia quedó promulgada dicha ley el dia 1.° de Mayo de 1834.

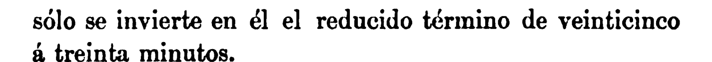
Empezáronse desde luégo los trabajos en la línea de Brusélas á Ambéres por cuenta del Gobierno, y con algunas modificaciones ha seguido incesantemente en el establecimiento de las demas líneas, en términos que al cumplirse los seis años de dichos trabajos, y á mediados del pasado de 1840 (en que tuve el placer de recorrer dichos caminos), se hallaban ya del todo concluidas y entregadas á la circulacion sesenta y dos leguas, ó sean trescientos veinte y tres mil metros, y se habia invertido en ellas la cantidad de cincuenta y seis millones cincuenta y nueve mil seiscientos setenta y siete francos (unos doscientos veinte y cuatro millones de reales), distribuidos en compra de terrenos, trabajos de alineacion, perforacion y desmonte, gastos de hierro y madera, coste de las máquinas locomotoras, coches, wagones, plataformas, desembarcaderos, oficinas y servicio; cantidad extremadamente económica, comparada con la que han costado los caminos de hierro en Inglaterra.

El trasporte de viajeros fué desde luégo tan crecido, que excedió tambien á las esperanzas que se tenian, pues en los ocho últimos meses de 1835 ascendió á cuatrocientas veinte y un mil cuatrocientas treinta y nueve personas; en 1836, á ochocientas setenta y un mil trescientas siete; en 1837, á un millon trescientos ochenta y cuatro mil quinientas setenta y siete; en 1838, á dos millones doscientas treinta y ocho mil trescientas tres; y en los diez primeros meses de 1839 (hasta donde comprendian los estados que tuve ocasion de ver), á un mi-

llon seiscientas noventa y cuatro mil diez y nueve; en términos que puede presumirse en todo el año de 1840 se ha acercado sin duda al enorme número de *tres millones de viajeros* los que hemos disfrutado de aquel magnífico beneficio. Baste este simple resúmen numérico para dar una idea de su importancia.

Los productos en los cuatro años y medio que comprende el cálculo anterior habian sido nueve millones doscientos veinte y un mil setecientos sesenta y tres francos (unos treinta y siete millones de reales), y eso que los precios de trasporte son tan módicos, que, segun el diverso carruaje que se elija, *wagon*, *char-à-bancs* ó berlina, puede calcularse desde *diez céntimos* (unos siete maravedís) hasta *treinta y cinco céntimos* (unos veinte y cinco maravedís) por legua. El trasporte en los caminos de hierro franceses cuesta alguna cosa más, y en los de Inglaterra cuatro tantos; de suerte que los de Bélgica tienen tambien esta gran ventaja, y pueden llamarse los más verdaderamente populares que existen en Europa; así que habiendo empezado su servicio con sólo tres máquinas locomotoras, cuarenta coches, tres tenders y cuatro wagones, contaban ya el año pasado ochenta y dos máquinas, setenta y un tenders, trescientos noventa y dos coches, y cuatrocientos sesenta y tres wagones.

Por una combinacion acaso equivocada, el sistema general de los caminos de hierro belgas tiene su centro en la ciudad de Malinas, á unas cinco leguas de Bruselas, en lugar de ser esta capital, como parecia natural, el punto convergente de todas las diversas líneas ó secciones del camino; así que para trasladarse, por ejemplo, á Gante, Brujas, Ostende ó Lieja, hay que dirigirse primero á la *estacion* de Malinas, desde donde parten los convoyes para aquellos puntos; lo cual ocasiona un rodeo de cinco leguas, que por otro lado se hace poco sensible, pues que



sólo se invierte en él el reducido término de veinticinco á treinta minutos.

El establecimiento ó *estacion central* de Malinas es por lo tanto el punto más interesante y animado, donde pueden observarse el asombroso movimiento, el órden admirable y la rápida circulacion de tantos convoyes que de todas direcciones vienen á estacionar allí y parten contínuamente.—Por lo regular, cada máquina locomotora arrastra tras sí una hilera de treinta ó cuarenta coches y wagones, en cada uno de los cuales pueden calcularse unas treinta personas, que se colocan en el interior y sobre cubierta de las diligencias, y al aire libre, en el buen tiempo; lo cual da un resultado de novecientas á mil personas en cada convoy.

El período de salidas de éstos varía tambien segun las líneas y estaciones; pues, por ejemplo, para Ambéres sale cada media hora, y á veces cada cuarto; para Gante, todas las horas; para Lieja, cada dos horas, etc.; todo lo cual, repito, está muy sujeto á mudanzas, que cuidan de avisarse al público con anticipacion.—La rapidez de la marcha está calculada de ocho á diez leguas por hora, y á veces más, pues recuerdo haber hecho *en una hora y dos minutos* la travesía desde Bruges á Gante, que son doce leguas. Y sin embargo de esta precipitacion, la comodidad es tan extrema, que apénas se percibe el movimiento, y sólo yendo al descubierto molesta algun tanto el viento cuando da de cara, y la rapidez con que desaparecen de la vista los objetos cercanos, por lo que es conveniente fijarla en la lontananza, ó, por mejor decir, no fijarla en ninguna parte.

Los coches ó diligencias se dividen por lo regular en tres ó más compartimentos, ó más bien gabinetes, que comunican entre sí con puertecillas, y están perfecta-

mente distribuidos en cómodos asientos de brazos y forrado todo el interior de blandos almohadones de vaqueta para evitar en todo lo posible los efectos de cualquier fuerte sacudimiento, choque ó explosion de la máquina.—Estos, por fortuna, son tan raros y están tan previstos, que se ha calculado en un número infinitamente menor el de las desgracias ocurridas en estos carruajes al de las que han ofrecido en igual tiempo los carruajes ordinarios; por manera que se han disipado ya todas las preocupaciones contra este medio de trasporte, como lo prueba el asombroso número de viajeros que le adoptan.

Sin embargo, para evitar estas desgracias, ¡cuánto hay que admirar en el órden y metódico artificio con que está combinada la marcha de aquellos enormes convoyes! ¡cuánto trabajo, gasto y constancia no supone en el crecido número de operarios destinados á mantener cuidadosamente desembarazado el camino; á situarse á pequeñas distancias con banderines ó luminarias para avisarse mútuamente de la proximidad del convoy, á fin de que ninguno por equivocacion tome el doble carril de ida por el de vuelta, ó penetre en un *tunnel* (camino subterráneo perforado en una montaña) al mismo tiempo que el otro; para que redoble éste la rapidez de su marcha por medio del mecanismo que dirige la máquina ó para que contenga aquél el impulso de la suya!—¡Qué precision de movimientos en las *estaciones* ó puntos de descanso, para dirigir metódicamente y con una asombrosa celeridad el relevo contínuo de los viajeros y de sus equipajes, la inspeccion prudente de las máquinas! ¡Qué método, órden y sábia administracion en el desempeño de tantas oficinas; en las innumerables anotaciones de tantos viajeros; en el peso, colocacion y trasiego de sus equipajes; en la carga del sinnúmero de mercancías, efectos y animales, que ocupan los carros últimos del convoy!

Realmente es sorprendente para la imaginacion tan asombroso espectáculo, y los señores poetas que afirman que el siglo actual carece de poesía, pudieran situarse conmigo por unos minutos en el establecimiento central de Malinas, donde acaso tendria el placer de hacerles variar de opinion.—Verian allí á todas horas del dia y de la noche, en las hermosas mañanas de otoño, cuando las campiñas belgas ofrecen toda la hermosura y riqueza de su vegetacion, ó en las frias y destempladas noches de Noviembre, cuando el cielo, cubierto de nubes, envia torrentes de agua sobre una tierra que desaparece, convirtiéndose en un lago contínuo; á la brillante luz de los rayos del sol más bello, ó al pálido y lúgubre reflejo de mil teas y de innumerables faroles; verian, repito, el más variado cuadro que la civilizacion moderna puede ostentar, mirando llegar por todas partes, partir en todas direcciones contínuamente máquinas gigantescas, despidiendo el resplandor vivísimo del fuego que las alimenta, dejando en pos de sí una faja negra y espesa de humo, que marca su camino, despidiendo un mugido bronco y monótono, y avanzando ó alejándose con mágica celeridad.—Verian en pos de ellas una fila interminable de carruajes que, no bien hecho alto, vomitan de su seno una poblacion entera, miles de gentes de todas edades, sexos y condiciones; verian allí cruzarse el belfo aleman y el inglés altivo, el frances animado y el tranquilo holandés, mezclados y allí confundidos sus lenguajes con el flamenco, que suelen hablar los conductores; el elegante de Bruselas, que va á los baños de Spa, con el mercader de Amsterdan, que se dirige á Francia para surtir su almacen; el industrial de Manchester, que va á buscar nuevas salidas á sus manufacturas en Alemania, con el literato de París, que viene á hallar uno ó dos tomos de impresiones de viaje en las orillas del Rhin; el sacerdote flamenco, con su elegante

sotana y su sombrero tricornio, que va á Lieja á asistir á una conferencia eclesiástica, con la brillante dama de Bruselas ricamente ataviada, que pasa á Ambéres para asistir al estreno de la ópera nueva.

Sorprendido el viajero con la grata variedad de tan animado espectáculo, saboreando en su imaginacion la facultad voladora que la industria moderna pone á sus piés, fluctúa, titubea sobre el rumbo que debe tomar, y sigue con sus miradas codiciosas los diversos convoyes que ve partir; y á la verdad, ¿qué punto del globo, qué ocasion pudiera brindarle tan animados contrastes?—Si se decide á montar en el que parte hácia el Norte, ántes de una hora se hallará en la romántica Ambéres, la de los grandes recuerdos históricos españoles y tudescos, y ántes de acabarse el dia habrá podido dar fondo en las córtes de La Haya y Amsterdan.—Si toma hácia el Oeste, tres grandes y bellas ciudades, Gante, Bruges y Ostende, le salen al paso, y ántes de seis horas puede saludar las costas de la Gran Bretaña.—Si gira al Este, Lovayna, Tirlemond, Lieja le conducen á Aix la Chapelle, en Prusia.—Si se dirige al Sur, la capital, Bruselas, y otras ciudades importantes, le ponen en el camino de París.—En el mismo dia puede, si gusta, dormir en Holanda ó almorzar en Prusia, comer en Bélgica y cenar en Francia ó Inglaterra; y todo sin la más mínima molestia, casi sin apercibirse de haber variado de sitio. Dígase despues si es ó no poética esta situacion.

Allí los conocidos se encuentran en los caminos como pudieran en las calles de una ciudad; los coches de los convoyes ofrecen el mismo trasiego y movimiento de tripulacion que los *ómnibus* de París; cualquier motivo es suficiente para emprender un viaje de veinte ó treinta leguas; como que no se cuentan éstas, sino el espacio de

dos ó tres horas que en ellas se emplea; una visita, una funcion pública, una ópera nueva, una aventura amorosa, bastan para decidir á un habitante de cualquiera pueblo de Bélgica á montar en el carruaje, sin más preparativos de viaje, vestido elegantemente, y sin necesidad de pasaportes ni diligencias, á sorprender agradablemente á un amigo, ó asistir á tal romería flamenca, á cual cacería del país walon, y volverse luégo descansadamente á dormir á su pueblo.

El rápido contraste que ofrecen en el espacio de pocos minutos los distintos accidentes del clima, suelo, usos y costumbres de las diversas provincias (que existen muy marcados, á pesar de la frecuente comunicacion, por el apego de aquellos naturales á sus respectivas tradiciones) sorprende tan agradablemente al espectador, que no hay palabras para expresar su indefinible satisfaccion.—Apénas acaba de dejar las animadas ferrerías de Lieja, las pintorescas montañas de Namur y las risueñas márgenes del Mosa, se encuentra en las ricas llanuras, en los deliciosos jardines de la Flándes oriental; no bien escuchaba el armonioso juego de campanas (*carillon*) de la catedral de Ambéres, siente rugir á cuarenta leguas las olas embravecidas del mar del Norte en las playas de Ostende.—Allí, para los usos de la vida social, no existe propiamente distincion de pueblos; y toda la Bélgica, en su extension de sesenta leguas, no forma más que una sola é inmensa ciudad, en la cual es más fácil la comunicacion que entre los diversos barrios de Lóndres ó París; no hay en rigor necesidad de correos, porque se pueden recibir cartas de todos puntos muchas veces al dia; y en caso de sublevacion ó ataque imprevisto de cualquier punto del reino, puede improvisarse en él un ejército de veinte ó treinta mil hombres, conducidos en muy pocas horas en alas del

vapor. Véanse qué consecuencias tan importantes se deducen de la completa aplicacion de aquel admirable invento.

Y no se crea que los belgas para establecer su sistema de caminos no han hallado obstáculos inmensos que vencer en la naturaleza misma del terreno; pues aunque llano por lo general en las provincias de Brabante, Ambéres y las dos Flándes, en otras varía extraordinariamente de accidentes, y hasta llega á ser de montaña formal en las de Lieja, Namur y otras.—Pero nada ha sido capaz de contener el decidido arrojo é infatigable laboriosidad de aquel pueblo. En unas ocasiones, preciso ha sido al camino atravesar rios tan imponentes como el Escalda, y para ello se han establecido puentes giratorios, que, recogiéndose despues de dar paso á los convoyes, dejan expedita la navegacion; en otras, cruzar por bajo otros caminos comunes, por medio de bóvedas (*viaducts*) que ofrecen el singular espectáculo de varios carruajes ordinarios marchando en sentido inverso sobre los que van arrastrados por el vapor: han tenido á veces que inutilizar calles enteras de pueblos con los carriles de hierro: que establecer en otras ocasiones sólidas calzadas sobre terrenos bajos y pantanosos: que perforar, en fin, montañas elevadas para abrirse paso por medio de un camino subterráneo y durante el espacio de media legua.

De todos estos atrevidos esfuerzos del arte, el que más afecta el ánimo del viajero es el gran *tunnel* (bóveda) de esta clase, abierto entre Lovayna y Thirlemond, que penetrando en el interior de una alta montaña, sigue por espacio de novecientos noventa metros (*unas mil doscientas varas castellanas*) hasta volver á ganar la llanura.—El convoy se lanza por la estrecha y oscura galería con un ruido terrible, producido por el mugido de la máquina locomotora y el frote de las ruedas en los carriles de

hierro, y aumentado y repetido cien veces por el eco de la bóveda, que parece desplomarse con la montaña que tiene encima: á los pocos instantes de penetrar en aquel misterioso recinto desaparece absolutamente la luz del dia, y el viajero, atemorizado involuntariamente con aquella profunda oscuridad, con aquel ruido infernal, en que sobresalen de vez en cuando los chispazos ardientes de la máquina y los agudos silbidos de los conductores, se cree trasportado á las entrañas del Étna, adonde Vulcano y sus cíclopes forjaban los rayos del rey del universo; pero todos estos temores se disipan cuando, acercándose rápidamente á la boca de salida, va súbitamente volviendo á aparecer á sus ojos la luz del dia; hasta que, fuera ya de la tremenda caverna, se ofrecen á su vista las ricas praderas de Brabante Walon, el cielo despejado, y las lindas poblaciones de Thirlemond y de Cumptich.

Recapitulando las várias indicaciones que dejo sentadas, diré que no es el aspecto material de los caminos de hierro de Bélgica lo que en ellos me ha causado sorpresa; pues habiendo ya anteriormente tenido el placer de ver los de Lóndres á Birminghan y de Manchester á Liverpool, en Inglaterra; los de las inmediaciones de París, y de Lyon á San Etienne, en Francia, no me era desconocido aquel espectáculo; lo que sí confieso que me ha entusiasmado y sobrepujado á mis esperanzas es el que ofrece un pueblo donde esta clase de comunicacion se halla establecida por sistema general, y las variaciones fundamentales que produce en su vida social, política y mercantil.—Digna es tambien de admiracion la inconcebible actividad con que el Gobierno belga ha sabido llevar á cabo tan alta empresa en el breve período de seis años, y en medio de la incertidumbre y agitacion producida por su nueva situacion política; el órden admirable con que allí se han sabido



combinar para obra tan importante los capitales, el tiempo y el trabajo; la extremada comodidad, en fin, y baratura con que han llegado á popularizar y hacer de uso comun el invento característico del siglo en que vivimos, que los demas Estados del continente europeo se han contentado con probar en pequeños é insignificantes ensayos, y que en la misma Inglaterra está aún, por su alto precio, vinculado á la aristocracia de los viajeros.



XVIII.

LAS CIUDADES FLAMENCAS.

GANTE.—BRUGES.—OSTENDE.

Una de las circunstancias que hacen por manera interesante una excursion por el país belga es la rara variedad que las diversas provincias é importantes ciudades de tan reducido reino presentan entre sí, tanto por lo que dice relacion con su material fisonomía, cuanto por lo concerniente á las costumbres y carácter de sus habitantes; y bajo ambos aspectos puede afirmarse que, á no ser la Italia, ningun otro país de Europa ofrece tan rápidos contrastes y marcada discordancia. Y este variado panorama físico y moral produce tanto mayor efecto en el ánimo del viajero, cuanto que puede disfrutarle en el breve término de pocas horas, y caer, como por encanto, desde el uno al otro confin del reino, desde la animada sociedad walona á la tranquilidad risueña de la vida flamenca; desde el agitado movimiento mercantil de Ambéres al industrioso taller de Courtray.

Por otro lado, ¡á qué consideraciones filosóficas ó poéticas no da lugar la vista material de aquellas antiguas

ciudades, cuya agitada crónica ofrece en cada una de ellas un continuado drama, que, aunque desenvuelto en tan pequeño teatro, halló ecos, simpatías y relaciones en todas las grandes escenas de que la moderna Europa ha sido testigo! —¡Quién no ha de recordar, por ejemplo, en la antigua ciudad de *Bruges* el poder é influencia de los soberanos duques de Borgoña y condes de Flándes; las guerras civiles, las persecuciones religiosas, la antigua prosperidad de aquel emporio del comercio, de aquella *Venecia del Norte!* —¡Cómo mirar indiferente en *Gante* la patria del más poderoso monarca del orbe, de aquel CÁRLOS V, en cuyos dominios no se ocultaba nunca el sol, y que, harto de victorias y conquistas, vino al fin de sus años á despojarse de él voluntariamente á pocas leguas de allí, en la Casa Comunal de *Bruséla*s*!*—¡Cómo no entregarse á la meditacion ante el austero palacio de los obispos soberanos de *Lieja;* ante la afiligranada casa de la ciudad de *Lovayna*, testigo de sangrientas venganzas populares; ante los muros de *Namur*, que vieron morir al triunfador de Lepanto; ante la ciudadela de *Ambéres*, que lleva aún el nombre de su fundador el Duque de Alba!

«*¡Dichosos los pueblos* (decia Montesquieu) *cuya historia es fastidiosa!*»—No pueden por cierto llamar tal los belgas á la suya, tan agitada por grandes movimientos interiores, y en que brillan los nombres de *Artebelde* y *Brederode*, de *Egmonth* y de *Horn*, y tan singularmente unida á los grandes acontecimientos europeos, como que en su territorio han disputado el Imperio los romanos y los francos, los tudescos y españoles, los franceses y la Santa Alianza. ¡Sangriento y prolongado drama, que abre JULIO CÉSAR en las espesas florestas de *Soignes*, y cierra cayendo Napoleon en los llanos de *Waterlóo*.

Por fortuna, para templar tan sombríos recuerdos tie-

ne tambien la Bélgica los de sus grandes ingenios, cuyas obras esmaltan, por decirlo así, el cuadro interesante de aquel hermoso país.—Tiene sus góticas catedrales, elevadas á las nubes por los siglos pasados; tiene sus palacios y casas comunales, tejidas en piedra con tal primor y delicadeza de labores, como suele ostentar en sus famosas telas de encaje; tiene en Ambéres un RUBENS y un VANDYCK, capaces ellos solos de inmortalizar á una nacion; tiene un *David Tenhiers*, que ha sabido perpetuar sus costumbres populares con la admirable verdad de su pincel; tiene en Flándes á los hermanos *Van-Eick*, inventores de la pintura al óleo; tiene en el país walon á un poeta *Malherbe*, á un compositor *Gretri*, á quienes puede llamarse los padres de la poesía lírica y de la música francesa.

Viniendo, pues, á mi paso por aquel bello país, le reduciré, en gracia de la brevedad, á tres solos capítulos: el primero, que es el presente, lo dedicaré á las bellas provincias flamencas; en el segundo me ocuparé en recordar rápidamente el país walon y las provincias de Lieja y Namur; concluyendo esta reseña con una excursion especial hecha al Norte, á la interesante ciudad de AMBÉRES.

Luégo que el viajero ha tomado asiento en el convoy que parte de Bruselas cada media hora para la estacion central de Malinas; luégo que ha sonado la campana, señal de partida, y que la máquina locomotora, arrancando con impetuoso brío, hace deslizarse rápidamente las ruedas de los carruajes sobre los carriles en que van encajadas; luégo, en fin, que el viajero, reponiéndose de la primera impresion, puede saborear las agradables sensaciones que aquella escena admirable le ofrece; si vuelve

la vista á su derecha, mira desfilar rápidamente delante de él los hermosos árboles de la *Alameda Verde*, bello paseo de Bruselas, y por el otro, la interminable serie de casas de campo que llenan la distancia desde las puertas de la ciudad hasta el lugar de *Schaerbek.* — Pasa despues por delante de los hornos del carbon de piedra y por la hermosa llanura de *Mont-plaisir*, punto de reunion, en ciertas épocas del año, de la más brillante sociedad de Bruselas ; mira á lo léjos las bellas torres del palacio Real de *Lœcken*, y hace un ligero descanso ó estacion de dos minutos en *Vilvorde*, donde hará bien el viajero en detenerse á visitar la célebre casa de reclusion, que tan bien describe el señor *La Sagra* en su obra que ya he citado. Siguiendo despues otras dos leguas el camino sin notables accidentes, llega á la estacion central de Malinas, á cinco leguas de Bruselas, y á los treinta minutos de haber salido de aquella capital.

Desde Malinas á *Gante* se cuenta la distancia de diez leguas, es decir, el espacio de una hora y algunos minutos, durante el cual el viajero no tiene un instante de reposo, viendo pasar rápidamente delante de su vista los más bellos paisajes, los lindos pueblos y caseríos de la Flándes oriental, el magnífico rio Escalda, y los canales que cruzan todo el país. En especial, despues que pierde de vista la antigua y bella ciudad de *Thermonde*, y que entra de lleno en las hermosas provincias flamencas, el aspecto de la campiña es realmente maravilloso, risueña la fisonomía de los lugares, y admirable el movimiento de su poblacion; hasta que, apénas saboreado el placer que le produce cuadro tan encantador, da vista á la gran ciudad de Gand (Gante), capital de la Flándes oriental, y á los pocos minutos hace alto el convoy en uno de sus arrabales.

Allí están ya esperando á los pasajeros multitud de

faetones (*ómnibus*) de elegante forma, con sus ventanillas ojivas y cerradas con cristales de colores y caprichosos dibujos, en cualquiera de los cuales toma asiento, diciendo la fonda en que quiere descender. Éstas, por lo general, exceden en magnificencia y comodidad á todas las de París, y compiten con las mejores de Lóndres; de suerte que al entrar en la llamada *del Correo* (por ejemplo), me persuadia haber llegado á una de las primeras capitales de Europa.

GANTE (*Gand*), en efecto, es una de las ciudades más interesantes por su antigüedad é importancia histórica, por su extendido comercio y por su fisonomía propia y singular. Capital un tiempo del poderoso condado de Flándes; principal teatro de las famosas guerras civiles y extrañas, políticas y religiosas, que forman la historia de aquel pueblo, cuna de Cárlos V y víctima de su formidable poder; córte provisional de Luis XVIII, emigrado de Francia durante el último período de la vida política de Napoleon, la ciudad de Gante ofrece á cada paso al curioso observador los más grandes recuerdos, impresos materialmente en sus calles y monumentos. — Por cualquier lado que tienda la vista, no puede prescindir de ellos; ya le sale al paso la famosa torre del Concejo (*Beffroy*), cuya lúgubre campana llamaba á los ciudadanos á las armas en tiempo de las frecuentes revueltas civiles, y desde cuya altura contemplaba Cárlos V á la ciudad vencida que le habia dado el sér, y rechazaba el proyecto de destruccion que le proponia el Duque de Alba.—Ya la magnífica *Catedral*, la más opulenta de toda la Bélgica, en que áun se conserva la pila en que recibió el bautismo el poderoso Emperador; ora los restos del antiguo palacio llamado *La Córte de los Príncipes*, en que aquél nació, y sobre cuyas ruinas se halla hoy establecida una fábrica de cer-

veza; ora las torres feudales y puerta de entrada del *Castillo de los Condes de Flándes*, que tambien el tiempo borró.

Hállase luégo en la plaza del *Mercado del Viérnes*, tan célebre en las revueltas flamencas; mira á pocos pasos colocado con misterioso respeto el gran cañon ó culebrina de diez y ocho piés de largo por diez de anchura, y de peso de treinta y tres mil libras, que tan importante papel jugó en aquellas escenas, conocido en la historia por el nombre de *Dulle Griette* (Margarita la rabiosa), y en el vulgo con el apellido de *la Maravilla de Gante;* ó trasladándose á la época moderna, se encuentra en la calle *de los Campos* con la casa del Conde Sthennuysse, que ocupó Luis XVIII durante los cien dias del último período Napoleónico. En aquella calle se puede decir que se hallaba reunida toda la antigua córte de los Borbones, y hasta el Duque de Wellington ocupó tambien una de sus casas. Este período fué el último de importancia política para aquella ciudad.

Si, prescindiendo de los recuerdos históricos, atiende únicamente el viajero al aspecto material de la ciudad, difícilmente puede hallar otra de más grata originalidad. —Cruzada toda ella por multitud de canales, que le prestan mucha semejanza con Venecia, comunicando entre sí las orillas con más de ochenta puentes, conserva aún la mayor parte de sus casas la forma piramidal, los caprichosos adornos, esculturas y follajes de la arquitectura de la Edad Media; pintorescas fachadas, como la de la *casa de los Barqueros*, á orillas del canal grande; ó la de Ciudad (*Hôtel de Ville*), admirable edificio gótico en parte y parte moderno; torres elevadas y caprichosas portadas en multitud de iglesias de todos los tiempos; bellos peristilos y columnatas en los edificios modernos, como la *Universidad, el Casino, el Teatro*, etc.; calles anchas y despejadas,

elegantes casas particulares en los barrios centrales, paseos deliciosos, bellas plazas en el interior de la ciudad.—Gante, en fin, cuya poblacion en el dia asciende á unos noventa y cinco mil habitantes, cuya industria activa la hace apellidar justamente la *Manchester de la Bélgica*, cuyo comercio con el interior y con la Inglaterra hacen refluir en ella inmensos capitales, es ciertamente digna de ser considerada como una de las más importantes ciudades de Europa.

Bajo el punto de vista artístico, ¿qué diré sino que toda ella es, como nuestro Toledo ó Sevilla, un verdadero Museo, un *álbum* gigantesco, en cuyas páginas todos los grandes artistas han dejado impreso su nombre?— Sólo *la catedral,* dedicada á San Babon, mereceria un tomo entero para describir convenientemente los innumerables y preciosísimos objetos que en arquitectura, pintura, escultura y alhajas de valor encierra y la hacen una de las más ricas de la cristiandad.—Casi toda ella está revestida de primorosos mármoles; sus altares y capillas cubiertos de cuadros magníficos, de esculturas admirables, no pudiendo ménos de citar entre los primeros el que se halla en la capilla llamada *del Cordero* y fué pintado por los hermanos *Wan-Eyck,* inventores de la pintura al óleo; el cual, á pesar de sus cuatro siglos de fecha, conserva una trasparencia y verdad de colorido que no puede encarecerse bastante, y que da márgen á pensar que la traicion doméstica que arrebató á aquellos célebres hermanos el secreto de la pintura al óleo, no fué tan completa, que revelase todo el ingenioso mecanismo de que se valian.—Una copia de aquel admirable cuadro, mandada hacer por Felipe II, estaba en el Escorial, de donde pasó á poder del Mariscal Soult, y luégo á la de Mr. Dansaert Engels, de Bruselas, el cual creo se le ha vendido despues al Rey de

Prusia.—Hay otros muchos cuadros de Otto Venius, Van Cleef, Coxie, Rombonds, y demas autores célebres de la escuela flamenca, y entre todos ellos llama justamente la atencion el que representa á *San Babon entrando en la Abadía de San Amand*, una de las célebres obras del inmortal Rubens.—Sería nunca acabar el intentar hacer mencion de los demas objetos de interes artístico, como las admirables esculturas del púlpito, los sepulcros de obispos, estatuas y altares; pero no permite tanto mi rápida reseña.

Las demas iglesias de Gante todas ostentan igual riqueza en obras de arte, siendo imperdonable dejar de citar la antiquísima de *San Nicolas*, que data del siglo XI; la de *Santiago*, la de *San Miguel*, en que está el cuadro capital de *Vandyck*, que representa á *Cristo crucificado y un soldado presentándole la esponja.*—En ella vi tambien un San Francisco de Paula, de nuestro Rivera, el ESPAGNOLETO; la de San Pedro, y otras infinitas iglesias, todas notables y dignas de descripcion especial.

Pero obligado á concluir este artículo, le terminaré haciendo sólo mencion del *Beguinage*, especie de comunidad religiosa de mujeres, especial de los pueblos flamencos, las cuales, sin hacer votos religiosos ni perpétuos, se reunen bajo cierta regla formada por su fundadora Santa Begue, y forman en cada ciudad flamenca (especialmente en Gante y Bruges), no un convento, sino una verdadera ciudad dentro de la principal, con sus calles, plazas y multitud de casitas, todas idénticas y sencillas, y una iglesia en la plaza central.—En el Beguinage de Gante hay en el dia más de seiscientas beatas ó *beguinas*, y está cercado y completamente independiente de la ciudad. La forma de las casitas, en cada una de las cuales viven seis hermanas, es muy cómoda y sencilla, y pu-

diendo ser visitadas, es fácil al viajero juzgar de su aseo y economía interior. Todas las hermanas gastan un traje pardo uniforme, una especie de mantilla blanca que llaman *la faille*, y es por manera original el aspecto que presenta desde el coro la sencilla iglesia de la comunidad cuando á la hora de los oficios del anochecer se hallan reunidas en ellas tantas mujeres uniformemente vestidas.

Entre los monumentos modernos de Gante merece el primer lugar *la Universidad*, soberbio edificio del género clásico, en que, ademas de la elegancia de la forma y la riqueza material, hay que admirar el grande establecimiento de enseñanza, y sus numerosas dependencias de cátedras, sala de exámenes (magnífica rotonda mucho más bella que la cámara de diputados de París); salones de Biblioteca, gabinetes de Física, de Historia Natural, objetos todos dignos del mayor elogio por su riqueza y científica colocacion, y tales como ninguna capital de departamento en Francia puede presentar.— El *Teatro*, obra tambien moderna, es elegantísimo y capaz; igualmente bello el edificio llamado *Casino*, en que se dan conciertos públicos; el *Jardin Botánico* está considerado como el primero de Bélgica, y la famosa *Casa de detencion*, tan bien descrita por el Sr. La Sagra, otro de los objetos que hacen aquella ciudad digna del interes y la curiosidad del viajero.

Siguiendo luégo la excursion, y á doce leguas de Gante, se encuentra la no ménos célebre ciudad de BRUGES, capital hoy, y un tiempo córte de la Flándes occidental, tambien ciudad populosa, de doscientos mil habitantes, y centro de comercio adonde los venecianos, genoveses, pisanos, españoles y franceses iban á cambiar sus producciones con las que de Rusia, Polonia y Sajonia apor-

taban los navíos de las ciudades anseáticas, hasta que en el siglo XV, por causas largas de enumerar, se trasladó á Ambéres este gran mercado, decayendo rápidamente la importancia y nombradía de Bruges.

Pero, á pesar del transcurso de los siglos y de las sangrientas guerras políticas y religiosas de aquel país, la ciudad de Bruges es la que puede decirse que conserva aún en su totalidad aquella fisonomía propia y original de la Edad Media y del país flamenco.—Por todas partes las góticas torrecillas, los laboreados frontispicios, los relieves interesantes de los grandes palacios feudales, alternan con las filas de casas cuyas fachadas, terminadas en punta cortada en picos á manera de escalones, anuncian al viajero que se halla, por decirlo así, en el corazon de un pueblo antiguo y tradicional, con historia propia y fisonomía característica.

Y aquí me parece del caso contradecir en parte la opinion de los viajeros, que no dudan en asentar la especie de que en los pueblos de Flándes, y especialmente en Bruges, es donde se halla el remedo de las ciudades españolas; pues pudiendo por vista propia juzgar de la mayor parte de éstas, y principalmente de las antiguas Toledo, Búrgos, Valladolid, Segovia, Salamanca, Sevilla, Zaragoza, Valencia y Barcelona, etc., no dudo en asegurar que en ninguna de ellas he hallado semejanza con las ciudades flamencas, y que me parece muy gratuita la calificacion que se hace de su españolismo.— Ni pudiera ménos de suceder así; porque la efímera dominacion de la monarquía castellana en aquel país no pudo dejar, como todo el mundo conoce, gratos ni duraderos recuerdos; y porque los tercios españoles conducidos por Cárlos V ó su hijo D. Juan de Austria, por el Duque de Alba, el Marqués de Spínola, no iban á Flándes á edificar, sino á conquistar el país con la fuerza de las armas.—Más natu-

ral era decir que aquellos guerreros, á su regreso, importaron á nuestra España los usos y costumbres flamencas; que los artistas que militaban en los tercios ó seguian la comitiva de los príncipes, tomaron allí las ideas de sus monumentos arquitectónicos; y con efecto, sabemos que *Juan de Herrera* y *Gaspar de Mora* estuvieron en Flándes, y en sus obras del Escorial y de Madrid se encuentra no poca semejanza con las antiguas de aquel país.

Sabido es, ademas, la proteccion que el flamenco Cárlos V dispensó á los señores flamencos de su córte española, los cuales se fijaron en ella y fundaron muchas casas que áun se conservan, miéntras que las familias españolas que fueron á Flándes, todas ó las más desaparecieron de allí cuando cambió aquel país de dueño. Por último, y en prueba de aquella observacion, citaré aquí la carta que Felipe II escribia desde Bruselas, á 15 de Febrero de 1589, á su arquitecto Gaspar de Vega, que á la sazon estaba encargado de la construccion de la casa de Caballerizas de Madrid (hoy Armería Real), mandándole que *guardase en ella la forma de los edificios flamencos, cubriendo el techo de pizarras*, etc.; y en efecto, así está, y en el costado lateral, rematado en punta con escalones, se ve tambien el remedo de las fachadas de las casas en Gante y Bruges, y de ninguna manera se parece á las de nuestras ciudades antiguas.

Más bien pudiera hallarse alguna analogía bajo el aspecto del carácter y costumbres de sus habitantes; religiosos, francos, sencillos y de una apacible monotonía.— Efectivamente, cuando al revolver las esquinas de las calles de Bruges me hallaba de repente con una imágen de un santo colocada en su nicho, con sendos farolillos laterales, y una piadosa anciana rezando delante de ella;— cuando al pasar por el mercado veia á las mujeres del pueblo vestidas con un gracioso *dengue* y corpiño de guar-

niciones, como nuestras montañesas de Leon, y cubierta la cabeza con una especie de mantilla evidentemente española;—cuando entraba en sus templos y me hallaba con aquella media luz, producida por las pintadas cristalerías, con el pálido resplandor de cien lámparas delante de los altares; con las imágenes de la Vírgen adornadas con ricas vestiduras; con el olor á incienso, y los ecos del órgano religioso, parecíame por un momento hallarme transportado á nuestra España, y la ciudad de Bruges reunia entónces para mí otro atractivo más á los muchos con que cuenta.

Pero esto no prueba sino que los flamencos participan, como los españoles, del apego á las prácticas religiosas, y á la consecuencia en los antiguos usos; y con efecto, las mismas fisonomías, los mismos trajes, los propios juegos, bailes y entretenimientos que tan admirablemente trasladaron al lienzo los célebres pintores de la escuela flamenca en los siglos XVI y XVII, esos mismos se encuentran en el dia, vivos y palpitantes, y con una portentosa exactitud; así como en la Mancha es frecuente hallar entre sus labriegos el tipo de Sancho Panza, ó entre sus mozas el de Maritórnes, delineados por Cervántes, y en las ferias andaluzas los mendigos de Murillo ó los matones de Quevedo.

Los viajeros han dado en decir tambien que en la fisonomía de los brugenses (cuyas mujeres en especial son notables por su belleza) se revela la analogía con las razas meridionales que ocuparon aquel país; pero esto es otra solemne falsedad; pues, como queda ya indicado, en ningun país de Europa puede hallarse un tipo indígena más pronunciado; y si posible fuera que un extranjero cayera de las nubes en cualquiera de las calles de Bruges, al ver aquellas facciones tan semejantes, aquellos anchos y apa-

cibles rostros, aquellas mejillas sonrosadas, aquella tez transparente, aquellos labios bermejos, aquellos ojos azules, aquellos cabellos luengos, rubios y ensortijados, no dudaria un instante en reconocer que tenía delante á los originales de *David Theniers*, y aunque no los oyese hablar en flamenco (especie de dialecto sajon, de uso casi general en aquel país), no titubearia en afirmar que estaba en Flándes, en la patria de la manteca y del buen queso.

La poblacion de Bruges, reducida hoy á cuarenta y cinco mil habitantes, hace consistir su principal industria en la fabricacion de telas de hilo y mantelerías.— Entre los muchos y bellos edificios que hermosean á aquella ciudad, llama justamente la atencion del viajero la magnífica casa comunal (*Hôtel de Ville*), de un gótico puro y bien conservado, aunque destituido de los muchos adornos de estatuas de reyes y condes que fueron quemados con la horca en 1792 por las tropas republicanas.—En la misma plaza donde está esta casa, se encuentran otros dos monumentos célebres de Bruges, y es el de la derecha la capilla gótica llamada *de la Sangre de Cristo*, de que se conservan algunas gotas en una riquísima urna de trabajo plateresco; y el de la izquierda el *Palacio de Justicia*, antigua residencia de los condes de Flándes y del tribunal del *Franco de Bruges*, en una de cuyas salas se ve una exquisita obra de talla que adorna una chimenea, y es el trabajo más delicado de esta especie que recuerdo haber visto, aunque entren en corro las magníficas sillerías de Toledo, Búrgos, Miraflores, etc.

Pero el edificio que más impreso queda en la mente del viajero que visita á Bruges es la *Torre del Mercado*, ó Albóndiga, de una forma elegante y magnífica, de una elevacion de trescientos sesenta piés, y desde cuya altura,

ademas de todo el conjunto de aquella romántica ciudad, se descubren todas las bellas campiñas de las dos Flándes, las ciudades de Gante, Courtray, L'Écluse, Ostende, y allá en el fondo, perdidas en la bruma, las costas de Holanda y las de Inglaterra.—Esta torre posee ademas un *carillon* ó juego de cuarenta y ocho campanas, que es el más célebre de toda la Bélgica, y están dispuestas aquéllas con tan admirable consonancia, que pueden ejecutarse con ellas las más lindas tonadas, dando lugar en las solemnidades religiosas á que los campaneros de Bruges se luzcan y ganen apuestas á los demas del país. Sirve tambien dicha torre para colocar en ella guardas ó vigilantes que con el sonido de una trompeta anuncian los incendios que ocurren durante la noche.

La catedral de San Salvador, bellísimo monumento gótico de los siglos XIV y XV, á pesar del violento incendio que sufrió en el año pasado de 1839, se halla ya del todo restaurada por la generosidad y espíritu religioso de los brugelenses. En aquella famosa iglesia fué donde Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó, en 1499, la insigne Orden del *Toison de Oro*, que hoy sólo pueden dispensar los reyes de España, como duques de Borgoña, y el Emperador de Austria; y en la misma iglesia se celebró el primer capítulo de aquella Orden, conservándose todavía colgadas alrededor del coro las empresas ó armaduras de los caballeros que concurrieron á él.—En la iglesia llamada de *Nuestra Señora* (que es la segunda de Bruges, y cuya elevadísima torre sirve de señal á los navegantes) hay que admirar en una de sus capillas los magníficos mausoleos de bronce, ricamente esculpidos y esmaltados, que Cárlos V y Felipe II hicieron trabajar para encerrar los restos de los últimos duques de Borgoña, Cárlos el Temerario y la archiduquesa María; cuyos

bellísimos monumentos se conservan cuidadosamente, gracias á un armazon de madera que los cubre y que levanta el *cicerone* de la iglesia cuando algun visitador desea verlos; loable costumbre que hubiera sido de desear ver puesta en práctica en nuestras iglesias, tan adornadas con obras de esta especie, con lo cual no se verian mutilados por manos mal intencionadas los magníficos sepulcros de Juan II, en la cartuja de Miraflores; de los Reyes Católicos, en Granada; del Cardenal Cisnéros, en Alcalá; del Cid, en Cardeña, etc.

La iglesia del hospital de San Juan, y una sala contigua al mismo, encierran tambien una bellísima galería de pinturas admirables de los hermanos Van-Eyck y de su rival Hemling, en donde puede observarse la obstinada lucha entre el antiguo método de pintura seguido por éste y la invencion de aquéllos. — Ultimamente, la iglesia llamada de Jerusalen ofrece la rara singularidad de ser una reproduccion exacta de la del Santo Sepulcro, para lo cual el arquitecto Pedro Adornés, que la construyó, hizo tres veces la peregrinacion á aquellos Santos lugares.—Y termino aquí la indicacion de algunas de las innumerables bellezas artísticas que encierra aquella antigua ciudad.

Nada diré de la de *Ostende*, distante unas cuatro leguas de Bruges, porque su construccion sencilla y moderna (á causa de los frecuentes sitios sostenidos contra españoles, franceses é ingleses, que la arruinaron en diversas ocasiones) nada ofrece de particular, más que ser el único puerto, propiamente de mar, que cuenta la Bélgica, y está destinado especialmente á la marina Real.

Saludando las embravecidas olas del mar del Norte, regresé á Malinas atravesando de nuevo las deliciosas



campiñas de las dos Flándes, entretenida la vista con el cuadro pintoresco y variado de aquel hermoso jardin, y ocupada la memoria en el recuerdo de las páginas de nuestra historia nacional, escritas con sangre en aquellas hoy felices campiñas. Únicamente tuve el sentimiento de que la estacion avanzada y el mal temporal no me permitiesen disfrutar en ellas alguna de aquellas alegres y animadas fiestas dominicales que describen en sus relaciones los graciosos de Calderon y Lope; y cuyas populares escenas podemos, por fortuna, contemplar, trasladadas por el mágico pincel de Theniers, en la preciosa coleccion que encierra nuestro Museo de Madrid.



XIX.

MALINAS.—LIEJA.—NAMUR.

La distancia mayor que comprenden los caminos de hierro es la de cincuenta y cinco leguas que median entre Ostende y la ciudad walona de *Lieja*, capital de la provincia de su nombre; y esta distancia se franquea en el corto término de siete horas, variando en ellas tan rápidamente de situacion local, que se hace sensible hasta en el reloj que lleva el viajero; y cambiando tambien el aspecto del país y de las costumbres de los habitantes cuanto difieren entre sí las diversas razas del Norte y Meridional; el clima nebuloso de aquél, y la clara y despejada atmósfera de éste; los terrenos bajos, llanos y pantanosos de la Flándes, y las pintorescas montañas á cuyo pié corre el apacible *Mossa*.

Sin embargo de este rápido movimiento, ¡cosa singular y que han observado conmigo otros viajeros! y es que el fastidio de la travesía está en razon de la distancia, no del tiempo empleado en salvarla; pues por mucho que vuele el cuerpo, es áun más voladora la imaginacion; de suerte que en la del viajero puede asegurarse que cuatro horas sobre el camino de hierro equivalen á doce sobre los caminos ordinarios. Esto no quita para que al apearse

en Malinas, á las doce del dia, deje de reconocer con sorpresa que eran las nueve cuando dejó en Ostende las orillas del mar del Norte.

La ciudad de MALINAS, apellidada por mucho tiempo *la Dichosa*, á causa del solemne jubileo que el Pontífice Nicolás V la concedió, y *la Limpia*, por el esmerado aseo de sus calles, es sólo hoy una ligera sombra de lo que fué un dia, cuando era cabeza de la Señoría que llevaba su nombre, y lugar de residencia de un Parlamento supremo. —Conserva, empero, como todas las ciudades de Bélgica, muchos recuerdos materiales de su antigua historia, tales como la casa de Ciudad, el palacio arzobispal, el colegio municipal, y sobre todo, su hermosa *catedral* y otros edificios religiosos, que no dejan de visitar con atencion los viajeros aficionados, por las muchas y apreciables obras de arte que encierran.

Dicha catedral está dedicada á San Rombaldo; es obra del siglo XIII, y se anuncia desde léjos majestuosamente por una bella torre cuadrada, en que hay un reloj con un admirable juego de campanas (*carillon*), uno de los signos característicos de las catedrales belgas. El adorno interior de aquel templo responde bien á su noble aspecto exterior; son realmente admirables las obras de escultura en las tumbas de señores y arzobispos de Malinas, que llenan las capillas y el coro, y toda la iglesia es un verdadero Museo de cuadros admirables, entre los que sobresale un famoso *Calvario* pintado por *Van-Dick*.—En otra iglesia, llamada de *Nuestra Señora*, puede admirar el viajero el célebre cuadro de *Rubens* que representa *La Pesca milagrosa*, y otra multitud de pinturas excelentes.—En la de *San Juan* luce tambien el mágico pincel de Rubens en el cuadro del coro que representa *La Adoracion de los pastores*, y otras muchas pinturas de su mano que ha-

cian decir frecuentemente á aquel grande artista: « *El que quiera ver lo que yo sé hacer, que vaya á San Juan de Malinas.* » —Todas las demas iglesias son igualmente ricas en materia de arte.—Esta ciudad, célebre igualmente por la fabricacion de sus encajes, conserva aún su antigua nombradía, aunque decaido este ramo con la competencia de los tules, distinguiéndose, empero, notablemente los encajes de Malinas, por su belleza, solidez, delicadeza y buen gusto en el dibujo.

Luégo, desde que en dicho Malinas, estacion céntrica del viaje, toma asiento el viajero en el convoy que sigue hasta Lieja, continúa el camino paralelo con el hermoso canal de *Lovayna*, delante de cuya ciudad se hace estacion, pudiendo detenerse en ella, que bien lo merece por su importancia histórica, la riqueza de sus monumentos públicos y la fama de su Universidad Católica.—Por mi parte, confieso que, por una pereza imperdonable, me contenté con verla desde afuera, y con admirar la imponente masa de su célebre casa comunal, uno de los edificios góticos más ricos de adorno que cuenta la Bélgica, y áun la Europa toda; y siguiendo nuestra marcha por las inmensas y fértiles llanuras del Brabante walon, dando vista á multitud de pueblos, castillos y caseríos, célebres en la comarca, marcados muchos de ellos en nuestra historia, como el de *Roosbeck*, en cuyos campos las tropas españolas obtuvieron una señalada victoria sobre las del gran Bailío *Jacobo de Glimes;* y perdiendo, en fin, de vista la llanura para entrar en un terreno quebrado y montañoso, llegamos al famoso *tunnel* de Comptich, de que ya he hablado en el capítulo de los caminos de hierro. — Saliendo, pues, de aquella prolongada caverna, y pasando luégo por delante de ciudades tan importantes como Thirlemont, Landen, Waremme, etc., se llega,

en fin, al pueblo de Ans, tres cuartos de legua ántes de Lieja, adonde concluye hasta el dia el camino de hierro. Aquí hay necesidad de trasegar á los viajeros en coches comunes para llegar á la ciudad, y entónces es cuando se hace sensible la diferencia de uno y otro medio de trasporte.

La historia de la antigua y célebre ciudad de *Lieja* es una de las más interesantes, ó acaso la primera entre todas las de las ciudades de Bélgica; poblada desde el siglo VII, dominada durante ocho centurias por sus obispos soberanos, en lucha siempre contra el espíritu turbulento de democracia; sosteniendo otras veces sitios y saqueos terribles por Cárlos el Temerario y otros señores antiguos y modernos; agitada por un espíritu de inquietud y vitalidad que ha tenido siempre en alarma á todos los Gobiernos que han dominado la Bélgica, ha sido víctima de las desgracias que son consiguientes á aquel espíritu de sus habitantes; los cuales, por otro lado, dedicados con todo el ardor de su entusiasmo al cultivo de las artes y á las ciencias, han dado á conocer bien en todos tiempos la potencia de sus facultades intelectuales, al paso que su alegre carácter (que participa mucho de la vivacidad francesa) forma un contraste halagüeño con la apacible serenidad de los brabanzones y flamencos.

La extension de aquella ciudad es tan considerable, que llegan á contarse en ella hasta once mil casas, aunque sólo está poblada por unos sesenta mil habitantes. Bajo dos aspectos diferentes puede ser considerada: bajo el punto de vista monumental y artístico, ó bajo el industrial; el primero ofrece aún bastantes objetos de interes, si bien el conjunto de la ciudad está distante del carácter original de las flamencas; pero su estado industrial es realmente floreciente, y en sus diversos ramos presenta un cuadro interesante para el curioso observador.

Sus muchas y excelentes fábricas de armas, entre las cuales se cuenta la gran fundicion de cañones, una de las primeras de Europa; la explotacion de las ricas minas de carbon y de hierro de sus contornos; los soberbios establecimientos de *Seraing*, en que han sido trabajadas todas las máquinas que andan en los caminos de hierro; las de cristalería de *Val Saint Lambert*, y un sinnúmero de otras importantes fábricas, cuyas altas chimeneas humean en sus contornos, asemejándolos en parte á los de la ciudad inglesa de Birmingham, dan luégo á conocer la riqueza de esta de Lieja, colocada afortunadamente en el punto intermedio entre la Bélgica y la Alemania, y sobre un rio que la comunica con la Francia y la Holanda.

El material aspecto de Lieja tiene muchos puntos de contacto con las ciudades departamentales del Norte de Francia; con sus naturales divisiones de antigua y moderna; su rio que atraviesa la ciudad; sus casas altas, y oscuras calles, sucias en aquélla, alineadas y limpias en ésta; su antigua catedral y sombrío palacio de Justicia; su *boulevard* y diques á la orilla del rio, y hasta los edificios modernos greco-franceses, el exterior de las casas particulares, el adorno de las tiendas, y una bella galería de cristales (*pasaje*) como las de París, todo es análogo á lo que se halla en Francia.—Por último, el idioma de la sociedad media (pues en las clases bajas está todavía muy generalizado el dialecto walon) es más frances que el que suele hablarse en algunos departamentos de aquella nacion.

Entre los edificios antiguos quedan aún dignos de atencion el ya dicho *palacio de Justicia*, residencia un tiempo de los obispos soberanos, con un claustro interior muy digno de atencion; las magníficas iglesias de Santiago,

San Martin, San Bartolomé, Santa Cruz y la catedral de San Pablo, obra de diversos siglos, que ofrece en el dia un todo bastante mezquino comparado con otras catedrales belgas.—Esta iglesia es la única que he visto iluminada por el gas durante los oficios de la noche, habiéndome tocado visitarla el primero de Noviembre, fiesta de Todos los Santos.

El vasto edificio de la *Universidad* encierra, ademas de los departamentos de enseñanza, una excelente biblioteca de setenta y cinco mil volúmenes, y muy bellos gabinetes de Historia Natural, Física, Química, Anatomía, dignos de la mayor alabanza; así como el *Jardin Botánico*, rico y bien clasificado, de cuyos establecimientos conservo apreciables noticias, que me suministró el jóven y apreciable Doctor *Morren*, catedrático de Botánica en aquella Universidad, que tuvo la bondad de acompañarme en mis excursiones liejenses con aquella amabilidad y cortesía de que hace tambien mencion el señor *La Sagra* en sus viajes.

El teatro, en fin, obra de este siglo, y cuya primera piedra fué colocada por la célebre actriz francesa la señora *Mars*, en 1.° de Julio de 1818, es un edificio bastante pesado y sin novedad. — Desgraciadamente, la compañía que cantaba la ópera de *Fra Diavolo* era más pesada aún, y en mi vida recuerdo haber visto un acompañamiento de silbidos más estrepitoso que el que hacian los concurrentes desde el principio hasta el fin de la funcion.

Mi detencion en esta ciudad fué tan corta, que no me atrevo á decidir si tuvo ó no razon *Mr. Alejandro Dumas* en afirmar que en ella no se halla medio de comer á otra hora que á la una de la tarde; que allí es desconocido el pan, y que se suple con una especie de tortas y bollos de maíz; que las sábanas de las camas son en ella tan pe-

queñas como toallas, y que si tapan los hombros, dejan al aire los piés, etc. — Esta manera de rasguear de una sola plumada las costumbres de un pueblo es muy propia del carácter frances, pero no me parece la más prudente; en cuanto á mí, puedo decir (y perdone aquel célebre viajero) que comí en Lieja muy bien á las cinco de la tarde (si bien el uso general en Bélgica, como en España, es comer desde la una á las tres); que no tengo presente si tuve pan; pero en fin, — «á falta de pan (dice un refran castellano), buenas son tortas», — y que las sábanas del *hotel* de la Europa, la habitacion, los criados, y hasta las lindas hijas del ama de la casa, todo me pareció más que regular, y de ningun modo merecedor de la filípica Dumástica.

El plan de mi viaje hizo que desde Lieja me dirigiese á Namur por camino ordinario, pues en esta travesía no le hay todavía de hierro; y no me pesó de ello, porque de este modo pude recrear la vista con la magnífica perspectiva que ofrecen las orillas del Mossa, bordadas de colinas y montañas pintorescas, alternando con valles deliciosos, ricos y variados huertos y jardines, saltos y manantiales de agua cristalina; molinos y fábricas, rocas elevadas, y sobre ellas lindos castillos y casas de recreo; multitud de pueblos y caseríos bellísimos, y demas objetos que han hecho aplicar á esta comarca el apodo de la *pequeña Suiza.* — Todo esto va en aumento, áun despues de salir de Namur hasta la ciudad de *Dinant*, que dista de ella cuatro ó cinco leguas, y especialmente esta travesía tiene mucha semejanza con los bellos y pintorescos contornos de Bilbao y otros puntos de las provincias Vascongadas.

La ciudad de *Namur* es una pequeña poblacion forti-

ficada, que ofrece poco interes al viajero, aunque el aspecto moderno de sus edificios, la comodidad y aseo de sus calles la hacen sin duda grata á la vista. Tiene una bella *catedral* moderna, del siglo pasado, verdadera miniatura de los templos clásicos de San Pedro en Roma y San Pablo de Lóndres, en la cual se encuentra el monumento bajo que fueron depositadas las entrañas de *don Juan de Austria*, muerto en la aldea de Bouges, á un cuarto de legua de Namur, el 20 de Agosto de 1578.—Tiene una célebre *ciudadela*, que tantos y tan reñidos sitios ha sostenido contra españoles, franceses, ingleses y alemanes; tiene excelentes y nombradas fábricas de cuchillería, de que hace un importante comercio; tiene, en fin, muchos establecimientos de instruccion y de beneficencia, dignos de ser visitados.—De éstos sólo haré mencion de dos; el primero, el *colegio de Jesuitas*, quienes, valiéndose de la proteccion que indistintamente ofrece á todos los ciudadanos la ley belga, han levantado en estos últimos años un magnífico edificio con destino á la enseñanza, en el que reunen ya hasta seiscientos alumnos internos de buenas familias de todo el país; y en el régimen interior, aseo y decoro del establecimiento se observa aquella inteligencia, aquel conjunto agradable, que fué siempre el distintivo de las casas de la Compañía. En ésta hallé dos padres jesuitas de la casa de Madrid, que habiendo escapado afortunadamente de los sangrientos dias 17 y 18 de Julio de 1834, han ido á parar á Namur, donde se hallan ejerciendo ya entre sus compañeros funciones de importancia.

El otro establecimiento de que quiero hacer mencion es la moderna *Penitenciaría de mujeres* (posterior á la obra del señor La Sagra, y de que aquél no pudo dar noticia), verdadero modelo de este género de establecimientos, por su material construccion y su régimen interior. Sin me-

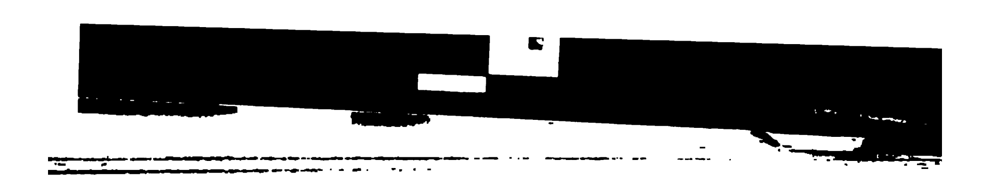
terme á tratar la cuestion de penalidad, muy ajena de mis escasos conocimientos y del objeto de estos artículos, no pude ménos de reconocer en este establecimiento un órden tan grande en su mecanismo, una aplicacion tan clara de las doctrinas modernas en este punto, que dejaron en mi memoria una profunda impresion, neutralizada por la dolorosa sensacion que me produjo el aspecto de cuatrocientas cincuenta mujeres, muchas de ellas jóvenes y hermosas, condenadas al encierro y al trabajo, algunas perpétuamente, y todas al más rigoroso silencio.

Al entrar en aquella triste mansion, dejan su traje y se les obliga á tomar el modesto y uniforme de la casa; pierden su nombre, y son designadas únicamente por un número; pierden tambien el uso de la libertad, y hasta se las exige que olviden el de la lengua..... ¡Qué mayor castigo para una mujer!.... ¡Renunciar al deseo de agradar, al interes de su persona, al placer de comunicar sus pensamientos!.... Sentadas durante todas las horas del dia á lo largo de la gran galería obrador, hilan ó tejen en los talleres, vigiladas rigorosamente por las guardianas, que no bien observan á alguna remover los labios, apuntan su número en la libreta, dan luégo parte al Director, y queda designada la infeliz para sufrir el castigo de tal ó tal pérdida de parte del alimento, tal ó tal reclusion forzada, etc.—En aquel terrible cuadro, por otro lado animado con una hermosa luz que viene de las ventanas del techo, y la presencia de tantas mujeres de todas edades, todas con su toca blanca uniforme, y bajo cuyo modesto y desairado córte todavía las hermosas hallan medio de parecer bien, sólo se oye el ruido monótono de los tornos ó las pisadas de las guardianas; y áun el profano que hacian nuestras botas al recorrer aquella triste mansion (favor raramente dispensado á visitadores de otro sexo) no alcanzaba á romper los lazos del temor y á hacer le-

vantar ó volver la cabeza á aquellas infelices, cuyo silencia elocuente despedaza el corazon.

Todavía penetré más allá de Namur por aquella parte de la Bélgica, pues llegué á tocar con los límites del Luxemburgo y las Ardennes, hasta *Beauraing*, territorio del dominio del *señor duque de Osuna*, descendiente de la ilustre casa de Beaufort, quien conserva en él restos de un antiguo y célebre castillo. — Mi intento era conocer la vida de los habitantes del campo y de las pequeñas poblaciones apartadas de las grandes carreteras; y si el movimiento y animacion de aquéllas me habian sorprendido, no fué ménos grata la impresion que me produjo el uniforme aspecto de bienestar, de seguridad y de alegría que me ofrecieron éstas. — Pueblos pintorescos y variados, campos bellísimos, bosques deliciosos y bien cultivados, castillos y quintas de trecho en trecho, donde habitan la mayor parte del año sus opulentos dueños, vecinos de la córte ó de otras ciudades; la más completa seguridad á todas horas; la frecuencia de comunicaciones; animacion en los trabajos del campo y de la industria durante toda la semana; fiestas religiosas en las modestas iglesias; bailes y juegos en las plazas los domingos; autoridad paternal en los poderosos; docilidad y cariño en los subalternos; uniformidad del existir; moderacion en los deseos; respeto á la propiedad y amor á la familia y al país: esto es lo que se me revelaba á cada paso en aquellos pueblos, cuyas entradas veia defendidas dia y noche solamente por una simple vidriera; en aquellos campos en que miraba circular á todas horas hombres y mujeres; en aquellas quintas apartadas una ó dos leguas de las poblaciones, en la cima de una montaña ó en el fondo de un bosque, y habitadas por sus señores sin guardas ni precauciones; en aquellos párrocos explicando el Evangelio bajo el pórtico

de la iglesia; en aquel tranquilo hogar del pobre; en aquellos ricos salones del señor, animados unos y otros con el divino ambiente de la paz doméstica. Y no me causó sorpresa cuando en una de mis correrías alcancé á ver al mismo rey *Leopoldo*, que con una modesta comitiva suele salir á caza por aquellos contornos, ó dirigir por sí mismo la traza de un camino ó de alguna otra obra importante; aparato sencillo, que hace el elogio de aquellos habitantes, y contrasta visiblemente con el formidable de que tiene que rodearse el *rey ciudadano* cuando sale á recorrer las calles de su *buena ciudad de París.*





XX.

AMBÉRES.

La última de mis excursiones por el país belga fué exclusivamente consagrada á visitar la ciudad de AMBÉRES, célebre emporio del comercio, y lugar tan señalado por los grandes hechos de armas de várias naciones.— Especialmente para un español, apasionado ardiente de nuestras antiguas glorias, la visita á aquel gran teatro histórico es una peregrinacion que excita las más profundas sensaciones, y con desconfianza de poder expresarlas, entro en este último período de mi bosquejo cuando ya debe hallarse fatigada la atencion de los lectores, no ménos que las débiles fuerzas de mi pluma.

AMBÉRES, una de las plazas más fuertes de Europa, se halla bañada al Oeste por el magnífico rio *Escalda*, cuyas orillas defienden multitud de baluartes, y rodeada por la parte Norte de fosos y murallas de grande fortaleza; hácia el Mediodía tiene para su defensa la célebre *Ciudadela*, mandada construir por el Duque de Alba *D. Fernando Álvarez de Toledo.*—La figura de la ciudad asemeja á la de un arco extendido, cuya cuerda forma el rio, y su mayor extension es de media legua. Aunque distante unas

diez y siete leguas del mar, es considerada como puerto, y puerto importantísimo, porque la capacidad del Escalda, que tiene delante de la ciudad más de ciento ochenta varas de anchura por quince de profundidad, permite á los buques de alto bordo remontar hasta sus muros, y estacionar en el magnífico puerto mandado construir por el emperador Napoleon. El interior de la ciudad, ademas, está cruzado por varios canales, que comunican con el rio y le presentan toda la facilidad que su comercio necesita.

Aunque decaida en parte de la importancia mercantil que tuvo en los tiempos en que quinientos buques aportaban diariamente á sus orillas los tesoros de ambos mundos; — en que cinco mil negociantes se reunian en su *Bolsa* ó lonja de comercio, poniendo en circulacion todos los años quinientos millones de florines; — de aquella época, en fin, en que, habiendo aceptado Cárlos V el convite del negociante amberino *Daems*, su acreedor por dos millones de florines, arrojó éste al fuego la firma del crédito, diciendo que «se daba por sobradamente satisfecho »con el honor de haber tenido á su mesa el monarca so»berano de tantos pueblos»; — sin embargo, todavía el movimiento mercantil de su poblacion, reducida hoy al número de ochenta mil habitantes, sus importantes fabricaciones de sederías, tules, galones, refinos de azúcar, etc.; su bello caserío, el rango militar de su fortaleza, y la importancia artística de su Escuela de Pintura, constituyen aún á Ambéres en un puesto muy interesante entre las ciudades de Europa.

Fundada en los tiempos más remotos, y de que no hay noticias exactas; conocida en la antigua historia con los nombres de *Andoverp*, *Andoverpia*, *Antuerpia*, *Antwerp* y otros derivados de las palabras flamencas *Hand-Werpen*, que quiere decir *mano arrojada*, ó *Aen t'werp*, que

significa *delante del rio;* — dominada sucesivamente por los romanos, normandos, francos, lorenenses, por los duques de Brabante, los monarcas españoles, alemanes, franceses, holandeses y belgas; — elevada al apogeo de su poder por Cárlos V y Felipe II, en cuyo tiempo llegó á ser la primera plaza del comercio del Norte, con una poblacion de doscientas mil almas, y más de dos mil buques en su puerto; — despedazada luégo por las guerras de religion; — tomada por asalto, saqueada é incendiada por el ejército español en el año de 1576 y en otros sitios célebres, más tarde por el Duque de Malboroug y los ingleses; despues por los franceses y brabanzones; por las tropas de la República, por las imperiales, por las de la Santa Alianza, y últimamente, en 1832, por las franco-belgas, que obligaron á los holandeses á evacuar la Ciudadela, no hay género de desgracia ni de horrores de que no haya sido víctima aquella ciudad, y sin embargo, todavía levanta orgullosa su frente y forma el encanto del viajero que la visita.

En ella sí que puede justamente decirse que se revela todavía más de una huella del paso de la raza española; en ella sí que sus edificios públicos (algunos de ellos obras de arquitectos españoles), que muchas de sus casas particulares, propiedad de los comerciantes de nuestra nacion que allí iban á establecerse, denuncian á cada paso la dominacion castellana; y sin tratar ahora de la célebre fortaleza del Duque de Alba, de la casa de Ciudad, de las muchas iglesias, como el convento de las Carmelitas, fundado por la misma Santa Teresa, y otros de orígen español, no hay más que dar una vuelta por las calles de la ciudad para encontrar aún en muchas de sus casas aquel modo de construccion peculiar de nuestro país; aquellos patios enlosados, aquellas rejas bajas y salientes, aquellos

balcones de madera, aquellas tapias de ladrillo y pedernal, aquellas puertas arqueadas, aquellas armas y empresas nobiliarias esculpidas en piedra berroqueña sobre ellas (algunas todavía conservando los motes en latin, castellano y vascuence), aquellos nichos con cruces y santos, aquellas celosías y miradores que constituyen aún la fisonomía especial de las casas de Toledo, Valladolid, Segovia, etc.

Sin embargo, la inmensa mayoría de las casas de Ambéres ostenta hoy toda la grandeza y elegancia del arte moderno; sus calles anchas y alineadas presentan un magnífico golpe de vista; su excelente piso y alumbrado por medio del gas (como en todas las ciudades belgas) ofrece la mayor comodidad; y la riqueza y abundancia de sus tiendas de comercio, cafés, fondas y mercados, la hacen, en mi juicio, superior en suntuosidad y agrado á la misma capital Bruselas.

Los monumentos públicos encierran tambien todo aquel agrado é interes que los de las otras ciudades sus rivales; y baste decir que Ambéres es la patria de *Rubens*, de *Van-Dick*, de los dos *Theniers*, y de tantos otros célebres artistas, jefes de la escuela llamada *flamenca*, y que han consignado en aquella ciudad las más brillantes obras de su talento.

Con efecto; si para conocer bien á RAFAEL es preciso ir á Roma, y visitar á Sevilla para apreciar dignamente á MURILLO, para admirar á RUBENS es necesario ir á Ambéres.— Allí, en todas las iglesias, en todos los palacios, museos y colecciones particulares, están prodigadas las flores de su fecundo pincel; allí está la casa en que vivió; allí la tumba que le encierra; allí, en fin, la estatua colosal que el entusiasmo de los amberinos le ha erigido en el año último.

Era el dia 15 de Agosto de 1840, y cumplíase en él el segundo aniversario secular de la muerte del grande artista.—Las autoridades de Ambéres, secundadas por las muchas corporaciones científicas, y por el entusiasmo general de la poblacion, habian dispuesto elevar á la memoria de aquel hombre ilustre una estatua colosal de bronce, que le representa, sobre un pedestal adornado de relieves alegóricos.—Una gran parte de la poblacion de las ciudades belgas y holandesas, francesas, inglesas y alemanas se habian apresurado á correr á tomar parte en las magníficas fiestas dispuestas para aquella solemnidad europea. Las calles de Ambéres rebosaban en gentes de todas naciones, costumbres y dialectos; las fachadas de las casas, adornadas con guirnaldas y colgaduras; las avenidas de las calles con arcos de triunfo, templos alegóricos, obeliscos y decoraciones transparentes, ofrecian un espectáculo semejante al que cuentan las historias que presentaban cuando en 1685 hizo su entrada pública el príncipe don Fernando, infante de España. — Por todas partes veíanse flotar guirnaldas y banderolas; por todas se leian versos é inscripciones alegóricas al héroe de la fiesta nacional. Las salvas de artillería, el redoblar de las campanas, el armonioso juego de los *carillones*, el ruido de los cohetes y de las aclamaciones de la multitud, embargaban el alma y ponian en suspenso los sentidos.

Durante doce dias consecutivos, una larga serie de solemnidades religiosas, artísticas y literarias, de espectáculos alegres, juegos, bailes y regocijos, en que la opulenta ciudad de Ambéres gastó más de tres millones de reales, consignaron dignamente el objeto de aquella fiesta. — La municipalidad hizo abrir dos medallas con el busto de Rubens; la Sociedad Real de Ciencias, Letras y Artes, la Flamenca, el Ateneo y otras repartieron premios á los autores de las mejores memorias en elogio del

artista; y aquéllas y éstos fueron distribuidos al inaugurarse la estatua delante del puerto, con magnífico aparato y ceremonias, al mismo tiempo que se botaba al agua un bello navío; que las fuentes públicas corrian vino y cerveza; que se hacian cuantiosas distribuciones de víveres á los pobres; que la ciudad, toda iluminada, presentaba el aspecto de un ascua de oro.

Otro de los dias estaba consagrado á las festividades religiosas, como no podia ménos en pueblo tan amante de su gloria como de su fe, y en él se verificó la gran procesion de la Vírgen, patrona de Ambéres, la solemne misa y *Te Deum* en la Catedral, y la visita á la tumba de Rubens, en la iglesia de Santiago.—Otros dias, en fin, tuvieron lugar los grandes conciertos dados por la Sociedad de la Armonía y la de Guillermo Tell; la Exposicion de las flores, la de la Industria, la de las Bellas Artes, los juegos navales sobre el Escalda, el paseo de la gran cabalgata del gigante *Antígono* y su familia (una de las antiguallas de Ambéres), y el *Carro de Rubens;* las grandes fiestas teatrales, los fuegos de artificio, los bailes en las plazas públicas, los banquetes monstruos, las paradas de la tropa y la entrada triunfal de las sociedades extranjeras del *Arco* y de la *Ballesta.*—De este modo solemnizó Ambéres la memoria de su grande artista, dando en ello prueba de su entusiasmo nacional, de su magnificencia y buen gusto.

Reclamando la indulgencia de mis lectores por este episodio que me he permitido, seguiré la rápida reseña de los principales objetos de curiosidad que llaman la atencion en aquella ciudad insigne.

Sea el primero la famosa *Ciudadela,* que tanta importancia presta á la posesion de Ambéres, y fué, como ya queda sentado, mandada construir por el Duque de Alba para tener en respeto á aquella indómita poblacion.—

Como casi todas las ciudadelas de esta clase, la de Ambéres presenta la forma de un pentágono regular, con cinco frentes de fortificaciones, dos que miran al campo, uno al rio, otro á la ciudad, y otro á las obras avanzadas de fortificacion que protege.—A pesar de las mudanzas de dueños y de las variaciones materiales que ha sufrido, todavía los bastiones ó baluartes de aquella ciudadela conservan los nombres españoles de su fundador: el que mira á la explanada se llama el baluarte de *Fernando;* el que está á su derecha se llama de *Toledo;* otro, el de *Paccioto* (nombre del arquitecto constructor); otro, el de *Alba,* y otro, en fin, el del *Duque.*

Despues de la revolucion de Setiembre de 1830, la ciudad de Ambéres fué ocupada por los belgas, independientes ya; y las tropas holandesas, retirándose á la ciudadela, incendiaron el arsenal y muchas casas de sus cercanías. Pasáronse así los años de 1831 y 1832, durante los cuales la ciudad quedó fortificada grandemente por los belgas; armadas sus baterías; abiertas trincheras; levantados parapetos, y coronado todo ello por un número de cuatrocientas diez piezas de artillería, que hacian respetable su agresion á los holandeses. Por su parte, éstos habian fortificado poderosamente la ciudadela, bajo el mando del baron *Chassé*, y tal era su estado cuando los gabinetes de París y Lóndres resolvieron arrojarlos á viva fuerza de aquella posicion. A esta nueva, el terror de un choque violentísimo se esparció por la ciudad; muchos habitantes abandonaron sus hogares, y otros tomaron todas las precauciones posibles para el caso de un bombardeo.

Un ejército frances de sesenta y cinco mil hombres, á las órdenes del mariscal *Gerard*, y mandadas sus divisiones por los Duques de *Orleans* y de *Nemours*, ocupó la ciudad el dia 28 de Noviembre de 1832; y el 30, á la media noche, rompió el fuego de la ciudadela contra los tra-

bajos de aproximacion, emprendidos por los franceses, á pesar de las lluvias continuadas y en medio de indecibles obstáculos.—El 4 de Diciembre rompieron éstos, en fin, por su parte, el fuego, siguiéndole durante diez y nueve dias, con tan horrible vigor, que muy luégo fueron acribillados por las balas los edificios de la ciudadela, el piso de sus plataformas hundido por las bombas, y mutilada gran parte de su guarnicion.—El 14 de Diciembre fué tomada por asalto la luneta de San Lorenzo, despues de quince dias de trinchera abierta, y el 22 el fuego redoblado de todas las baterías francesas y belgas, y el de las lanchas cañoneras estacionadas delante de los fuertes, cubrieron materialmente de proyectiles todo el suelo de la plaza, habiéndose calculado en setenta y cuatro mil los disparos de la artillería sitiadora; de los cuales, veinte mil bombas, que dejaron arruinados todos sus edificios, y ni un palmo siquiera de abrigo á sus defensores; en términos que el dia siguiente 23, al tiempo de ir á darse el asalto general, dos oficiales holandeses se presentaron como parlamentarios en el campo frances; pero miéntras se trataba de las capitulaciones, el comandante de la escuadrilla holandesa, *Koopman*, no queriendo entrar en ella, intentó escapar con sus buques; mas detenido por las baterías francesas, prefirió incendiarlos durante la noche, último y terrible episodio que ofreció aquel sangriento cuadro.

Al dia siguiente, 24 de Diciembre, la guarnicion, de cinco mil hombres, entregó las armas, y los franceses tomaron posesion de la ciudadela, que el 31 entregaron á los belgas, llevando sólo á París, por testimonio de su conquista, las banderas holandesas.

Todas estas noticias las debo al amable conserje de la ciudadela, que me acompañó en mi visita, y me contó el sitio con toda la inteligencia de un militar y con toda la exactitud de un testigo de vista.

Viniendo ahora á los edificios públicos de la ciudad, sólo me permitiré citar algunos, como la *Casa Consistorial*, obra de bella apariencia del siglo XVI, y del tiempo de la dominacion española. — La *Bolsa*, tambien de la misma época, especie de claustro abierto entre cuatro calles que le dan entrada, de una fisonomía original y propia.—La *Casa Anseática* delante del puerto, que sirvió en otro tiempo de factoría á las ciudades anseáticas, soberbio edificio, con el cual juega bien el otro de *Depósito Mercantil*, de moderna construccion.—El *Teatro*, en fin, inaugurado en 1834, de una bella y suntuosa forma, y que, como el de Bruselas y el de Gante, puede competir con los más bellos de París ó de Lóndres; sin embargo, su misma magnificencia y suntuosidad pudiera achacarse de exagerada, atendiendo á la reducida poblacion de Ambéres, y á la poca inclinacion que manifiesta á los espectáculos escénicos, bastando á los activos negociantes, de que se compone en su mayor parte aquélla, reunirse por las noches en cualquiera de los muchos cafés *estaminets*, formar corro en derredor de una mesa con sendos vasos de cerveza delante, y su pipa en la boca, y pasar así tres ó cuatro horas tratando de sus negocios, ó narrando sus aventuras, con aquella calma y franca solemnidad con que los pinta David Tenhiers en sus admirables bocetos.

Puede presumirse que en aquella *ciudad-museo*, el establecimiento que lleva especialmente este nombre será de una riqueza extraordinaria: lo es, con efecto, bajo el punto de vista del mérito de las obras en él expuestas, aunque malamente colocadas en un antiguo edificio destemplado, húmedo y con escasísima luz. — En él se admiran más de doscientos cuadros de la escuela flamenca, entre ellos muchos de Rubens y de Van-Dick, y el sillon de que aquél usó en la sala de Juntas. En este edificio se reune la Sociedad de Fomento de las Bellas Artes, y en una de sus

salas hay abierta una Exposicion perpétua de las obras de los artistas contemporáneos, que, rifadas en el dia 1.° de cada año, sirven á estimularlos y sostenerlos, llamando la atencion muchos cuadros en ella expuestos, por las buenas tradiciones de las escuelas flamenca y holandesa, que se conservan aún en los jóvenes pintores amberinos.

Las iglesias de Ambéres merecen fijar muy especialmente la atencion del viajero. — Grandes, bellas, ricas, bien cuidadas y cubiertas con profusion de mausoleos de mármol, de bellísimas pinturas y efigies, necesitan muchas y prolongadas visitas para ser bien conocidas, y exigirian aquí una difusa relacion.—Desgraciadamente, no la permite el espacio; y así, sólo diré que en la de Santiago (admirable edificio, casi todo de mármoles, enriquecido por una verdadera galería de cuadros de primer órden) se encuentra una capilla destinada á la familia de Rubens, que en ella reposa, y cuyo panteon cubre una ancha losa con las armas del célebre artista caballero, del favorito diplomático de María de Médicis y Felipe IV. —El más bello adorno de esta capilla consiste en un cuadro pintado de su mano, que representa la Santa Familia, en el cual introdujo su retrato el artista, bajo la figura de San Jorge, y los de su padre y sus dos mujeres, bajo los de San Jerónimo, Marta y Magdalena. — En la iglesia de San Andres, obra de la infanta Margarita, hay que admirar magníficas esculturas, y un bello mausoleo erigido por dos señoras inglesas á la memoria de la infortunada María Stuarda.—En la de San Pablo, en la antigua de los Jesuitas, hoy San Cárlos Borromeo, dirigida por el mismo Rubens; en la de San Agustin, en la de San Antonio, en la de San José, que perteneció á las Carmelitas, fundadas por Santa Teresa de Jesus, y en otras várias, una riqueza inmensa en cuadros magníficos, de bellas esculturas, de alhajas y curiosidades.

Sobre todo, la magnífica *Catedral*, dedicada á *Nuestra Señora*, es uno de los monumentos de arrogante osadía, uno de los más admirables conjuntos artísticos que existen en Europa.—Atribúyese su construccion al siglo XIII, y tiene de largo quinientos piés, por doscientos treinta de anchura y trescientos sesenta de elevacion: su nave principal es reputada por la más perfecta, despues de la de San Pedro en Roma; y cuando se entra en ella, causa un movimiento de agradable sorpresa su bella cúpula iluminada lateralmente; el techo pintado al fresco con magnificencia; su elegante vidriera, y la riqueza de sus altares de mármol y de elegante forma.—Deteniéndose á visitar sus capillas, llega á su colmo el placer del artista, contemplando los más célebres cuadros de la escuela flamenca; sobre todo, las obras capitales de Rubens y Van-Dick, el *Descendimiento* y la *Elevacion de la Cruz*, colocados en los lados del crucero, exigen absolutamente la peregrinacion á Ambéres de todo artista entusiasta.

La famosa torre lateral que decora la portada de este soberbio templo, acabada en 1518, es tambien una de las más bellas y atrevidas que existen en el mundo.—Su elevacion es de cuatrocientos sesenta y seis piés, y se sube por seiscientos veinte y dos escalones hasta su última galería; posee un juego de noventa y nueve campanas, que ejecuta á cada hora preciosas sonatas: la campana grande (cuyo padrino fué Cárlos V) pesa seis mil libras, y necesita diez y seis hombres para ser movida.

Desde aquella altísima galería se descubre casi toda la Bélgica, y parte de la Holanda; Bruselas, Malinas, Lovayna, Tournouth, y hasta, con el auxilio de un buen anteojo, alcánzase á ver el humo de los vapores que entran por la embocadura del Escalda: el majestuoso curso de aquel rio, las llanuras pantanosas de la Holanda, la ciudad de Flesinga, y aquellos muros de *Breda*, que me recorda-



ban el drama de *Calderon*, el cuadro de *Velazquez* y la lacónica carta del Conde-Duque de Olivares al general de nuestro ejército : «*Marqués de Espínola, tomad á Breda.*»

Pero la estacion invernal se habia adelantado durante mi permanencia en aquel país; el Escalda y el Mossa, á ejemplo del Ródano y el Saona, habian olvidado sus márgenes y se extendian por las artificiales praderas del País Bajo, convirtiéndolas en un eterno lago, que habia que atravesar á bordo de una diligencia.—Tuve, pues, aunque con sentimiento, que renunciar al proyecto de seguir hasta Amsterdam y La-Haya, y terminar aquí un paseo que con tal desencadenamiento de elementos me ofrecia peligros ciertos por dudoso ó escaso placer; regresando á Bruselas, y de allí á París, no sin dar un largo rodeo, para tener el gusto de visitar la suntuosa y antigua catedral de *Reims*.

Pasado en París lo más crudo del invierno, habia determinado continuar mi correría y visitar

«*il bel paese*
ch'Apennin parte, e'l mar circonda e l'Alpe»:

pero las embajadas italianas ofrecen hoy mil inconvenientes para autorizar los pasaportes de los viajeros españoles. Torné entónces mis miradas á la Gran Bretaña; pero la vi envuelta en espesas nieblas, de que conservaba triste memoria por otro viaje que hice á aquel país hace siete años.—Visto lo cual, y atendidos tambien los deseos que picaban el ánima de platicar con mis paisanos en el habla de Cervántes, y de tornar á ver el agraciado rostro y lindo talle de mis paisanas, tomé rápidamente la vuelta del Pirineo, saludé las Castillas, y dí fondo á pocos dias en la casa de postas de Madrid.



DE VUELTA Á CASA (1).

EPÍLOGO.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir más allá del puente de Toledo ó de la venta del Espíritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y éstas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de Palacio ó desde el campo del Moro.—Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer excepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa, creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia, entre otras cosas, que el cerro de los

(1) Este artículo, escrito por el autor al regreso de su primer viaje á Francia é Inglaterra (1833-1834), puede servir de epílogo de ambos, y como tal, no parece desdecir al final de estos RECUERDOS; porque, tratando del mismo asunto y en igual estilo, resume el pensamiento crítico y la leccion moral que se propuso el autor en aquéllos.

Angeles, mirado de cerca, tiene diez leguas de altura, ó se extendia en pintar las costumbres sociales de Villaverde ó de Getafe;—semejante en esto á un viajero frances (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: «*Sábado 24 pasamos á cinco leguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*»

Si por un exceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la córte, llegaba nuestro convecino á hacer alguna expedicion á los sitios Reales, ¿quién le podia sufrir entónces? Cristóbal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no ménos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años ántes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y tantos años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un vaiven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas.— Señores, atencion... mírenles ustedes bien... ¿los ven ustedes?... pues ya no los ven.—Hoy en el Prado, mañana en el *Boulevard,* pasado en *Hyde-park;* amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Lóndres.

Para los madrileños en especial, la visita á París es tan

necesaria como para los musulmanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses el *viaje grande.* No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia; y al oir las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oir y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que están á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria, y los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *maneras* y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trajes, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Sólo la moneda se nos va.

Á vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecr quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será, por lo ménos, aquel que, como yo, á la calidad de *Curio-*

so reuna la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme; y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ninguna comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los países extranjeros, quise visitarlos sólo por gusto ó comodidad, á expensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de más de cuatro exagerados con esta sencilla expresion: «*lo he visto tambien.*»

Ocasion era ésta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de mi detenido viaje por Francia, Inglaterra y Alemania, amenizada con episodios más ó ménos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos el movimiento y la vida de Lóndres y París, su comercio é industria, espectáculos y diversiones; el puerto de Liverpool y el de Brigthon; las escuadras inglesa en Porstmouht y la francesa en Tolon, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lyon y de Marsella; describiria las pintorescas orillas del Rhin, y me daria, en fin, importancia suma, sin más trabajo que el de trasladar alguno de los innumerables itinerarios, guías y cartas de ruta que comprára al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya auténtica, que me hiciera aparecer, cual otro *Sterne*, sentimental á los ojos de mis lectores.—De este modo, pues, fácil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos, que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros extranjeros, y dar de sus países una idea tan extravagante, por lo ménos, como la

que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances (1).

Los españoles, sin embargo, pecamos en el extremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aquí la razon por que carecemos de descripciones originales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino áun de los países más conocidos de Europa y áun de nuestra misma España.—El miedo de no hacerle con perfeccion nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia, deberia, más que ningun otro, seguir en este punto la moda del país; empero, entre relacionar minuciosamente el viaje ó hablar sólo de la vuelta; entre desenvolver el argumento del drama ó decir sólo su desenlace, hay por lo ménos tanta distancia como de Humbolt ó Víctor Hugo á mi persona, como del Diccionario de Miñano á la Guía de caminos, como de un *infolio* á un folletin de diario. Y es para sólo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores (2).

(1) De esta ligereza y mala fe de los modernos viajeros transpirenáicos se dijo lo bastante en el artículo primero, que sirve de introduccion á estos RECUERDOS. Mas, á pesar de lo acerbo de aquella punzante sátira, no pudo el autor adivinar todos los dislates y chocarrerías que despues habian de consignar en sus respectivas leyendas sobre España, MM. Charles Didier (*Six mois en Espagne*); Roger de Beauvoir (*La Porte du Soleil*); Teophile Gauthier (*Tras-os-montes*); Alexandre Dumas (*De Paris á Cadix*); Chalamel (*Un été en Espagne*); Georges Bourrow (*La Bible en Espagne*); Giraud et Desbarolles (*Deux artistes en Espagne*), y otros muchos que sería enojoso recordar.

(2) El regreso de este primer viaje en 1834 fué por el Lionés, la Provence y el Languedoc, entrando en España por Cataluña.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera allí para conducir los viajeros á Barcelona.—Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es difícil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser más animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles, en sus trajes respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas, se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruajes respectivos: los caminantes se apresuran en torno de ellos; los mayorales chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«*Conducteur, prenez garde à ma malle.*»—«*Muchacho, esa sombrerera.*»—«*A Deu, noya, á la turnata.*—«*Mon porte-manteau.*»—«*¿Combien d'ici à la frontière?*»—«*Las onse horas.*»—«*Bon voyage.*»—«*Messieurs, en voiture.*»—«*Señores, á la diligencia.*»—«*Iiiiif, á Perpiñan.*»—«*A Barselona; zagaaa-la.*»

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacía calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sujetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo

que reconocia, asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venía acompañado de una linda jóven hija suya, que, aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de París. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera faltado el interes, y sobre todo el *movimiento*. Teniamos allí, ademas de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lyon, un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de París, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero frances. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aquí punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos, que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendiendo los estrechos límites de este artículo y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filosófico podia deducir la exageracion ó falsedad de las ideas que los vagos rumores, las extravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro país á los extranjeros, y áun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, hervian sus cabezas en multitud de planes más ó ménos importantes, que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apénas

podido saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos era el de clamar contra la inercia de los españoles; lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres; el respetable anciano que regresaba á su patria atribuíalo todo á la empleomanía, esta funesta plaga de nuestra sociedad, que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta, con ruina de los pueblos, las clases improductivas, y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social.

—Vea V. aquí, exclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que, á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh, si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este país!

— Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe V., si no, al mayoral, que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y así lo demas.

— Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion; nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto.....

A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche, para rogar que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas cordilleras que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea V., le dije yo al inglés, algo que podria opo-

nerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos.

— Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro país, y sólo el estímulo de los extranjeros podrá hacerles progresar. Convencido de ello, traigo á él, no sólo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria extranjera.

— Desengáñense VV., señores; no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros países la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna, estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay), sin detenerse en ellas, procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos VV. tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades.

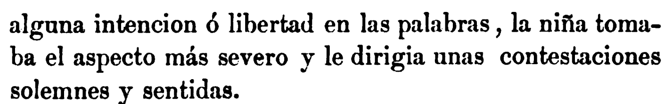
— «¡Ah! el buen español (exclamaban los extranjeros), cómo sale á la defensa de la patria.» —

Otras veces, sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas países; nos entusiasmábamos al recordar el sinnúmero de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos, recordábamos

con placer los teatros de París y de Lóndres; y luégo comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las artes presentan hoy en nuestro suelo, y excitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al país de instruccion y de recreo.

Por último; cuando, cansados de estas discusiones, llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París; con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tul Dobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto, que no perdia el tiempo, como nosotros, en discusiones áridas y encrespadas, y cuando más, terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos.—Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj; se trataba de literatura, nos citaba un trozo del *Petit Courrier* ó del *Almanach des Dames;* pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia, que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando éste, por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella



alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto más severo y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era más armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivas, hablando un mismo lenguaje y colocados en igual categoría, no era difícil que muy pronto llegáran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. — Los extranjeros pedian un *fiacre* que los condujese. No los habia allí á mano. Los españoles se contentaban con un mozo; tampoco se presentaba ninguno. Aquéllos preguntaban por un *hotel.*—« Aquí no hay hoteles.» —Éstos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles. —Tampoco. —« Las cosas de España», decia el comerciante. —« Esta gente no quiere moneda», replicaba el inglés. —« *¡ Oh le vilain pais!*», concluian el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear, despues de un agitado viaje, la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponia legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopías. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde ménos pudiera pensar, acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por más que pretendió ocultárseme, no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

—¡Qué quiere V., amigo! á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera á nacer!

—Probablemente haria V. lo mismo: créame V., le repliqué; si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro país, no hablaria de caminos de hierro, ó los aplicaria sólo al camino de la Tesorería, que es el único frecuentado en España.

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un cipres, trayendo bajo el brazo un rollo de papel, áun más largo que él mismo. Venía acompañado del fabricante lionés, y ambos tenian que hablar á S. E.; aquél para recoger la primera parte de su proyecto, que hacía seis meses que habia entregado, y dejar la segunda; pues, cansado de esperar, hacía ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América; el fabricante venía á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su país.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje.—El comerciante empresista, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros*, *ómnibus*, *casas de baños*, *divanes*, *hoteles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila.—Tambien me dijeron que el literato, habiendo verificado várias de las publicaciones que nos anunció, sólo habia podido obtener veinte suscriciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje y yo. — Sólo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente; el uno, con su relumbrante salon, y la otra con su

fantástico taller; aquél, descargando las cabezas, y ésta, adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle várias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella, en términos que el lúnes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, miéntras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame sólo dar cuenta de mi persona; pues, segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos económicos y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia ántes de mi viaje; creia haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero..... ¡qué se yo por qué.....! así que me vi en Madrid, empecé á levantarme á las siete, luégo á las ocho, despues á las nueve; empecé á salir á las doce; á sentarme en las librerías á la una, y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos; á comer la inevitable olla á las tres; á echar la siesta á las cuatro, y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho; á tertulia á las once; á cenar á las doce, y acostarme á la una; y así, un dia tras otro, se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros países) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de

5 por 100 al año; por cierto que en el valor *efectivo* de aquél he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios, me costó más trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que, si en las circunstancias en que nos hallamos, escribia de historia, ó de viajes, ó de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones.—Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero, en primer lugar, yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente, y sin poder hablar de *excision* y *colisiones*, y *garantías* y *pronunciamientos*, y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones y proponer medidas y sistemas, ¿quién me hubiera entendido?—Pero es el caso que yo queria escribir y..... ¿qué remedio.....? me decidí á escribir folletines para el *Diario* (1).—Con esto, por lo ménos, lograré ser leido ántes que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flándes ó de queso de Rochefort; y si de este modo paso á la posteridad, no será, por lo ménos, sin algo de sustancia.

(1) Alude á que este y algun otro artículo del autor se publicaron en 1835 en el *Diario de Madrid.*

FIN.



INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.



BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca. Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Hija, esposa y madre, por doña María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

La Abuela, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Sol de invierno, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

La Senda de la gloria, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Las esclavas del deber,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor, —4 pesetas.

* **Glorias de la mujer,** por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor. —4 pesetas.

* **Los Mártires del Amor,** por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

Tres Genios femeninos, por D.ª María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Luz y sombra,** por D.ª María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances. —8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Cañete, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Hechos y dichos,** por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer,** por don José Selgas.—2,50 pesetas.

* **El Mundo invisible,** continuacion

